AGUSTINA BUERA

La noche que comencé a quererte



Planeta

La noche que comencé a quererte

AGUSTINA BUERA

La noche que comencé a quererte

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Epílogo

Agradecimientos

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

Buera, Agustina
La noche que comencé a quererte / Agustina Buera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-9739-9

1. Narrativa Infantil y Juvenil. I. Título.
CDD A860.9282

© 2026, Agustina Álvarez Buera

Todos los derechos reservados

© 2026, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1.ª edición digital: abril de 2026
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-9739-9

Para Micaela y Catalina. Gracias por regalarme
el amor que solo puede darte una hermana.

Capítulo 1

Me remuevo hasta que encuentro una almohada para aplastarla contra mi cara, tapando la luz invasiva que me golpea y me hace fruncir las cejas y apretar los párpados. Giro hasta quedar boca abajo y presiono con fuerza la almohada para que ningún rayo de sol entre en mi cueva. *Tenés sueño, seguí durmiendo,* me digo, pero me estoy engañando a mí misma. Sé muy bien que no voy a seguir durmiendo, ya me desperté. Con un bufido, tiro la almohada a un lado y me quedo mirando la pared de un color que no es el de mi habitación y la puerta que tampoco es mía. Me siento de golpe, la sábana entre mis piernas. Bajo la mirada y me encuentro con una remera que tampoco es mía.

—¿Dónde mierda estoy?

Mi mirada salta de una punta a la otra, absorbe el espacio. Las paredes son verde oscuro; la decoración es discreta, hay un sillón en la esquina, justo al lado de la ventana gigante que tiene las cortinas de gusto, una estantería llena de libros, una cómoda frente a la cama y la cama en sí, con sábanas grises y un acolchado azul oscuro. Ah, y también hay una planta gigante que está a cinco centímetros de ser considerada un árbol. Me froto la cara; debería estar preocupada, pero reconozco el buzo tirado en el piso y de repente sé dónde estoy y me doy cuenta de que me estoy haciendo pis.

Salir de la cama requiere más esfuerzo de lo normal, siento cada extremidad pesada y al mismo tiempo como si estuvieran hechas de gelatina. Me estalla la cabeza y creo que la forma más rápida y efectiva de frenar el dolor sería partiéndomela contra la superficie más cercana. Mientras camino hacia la puerta, recojo mi pelo y hago

un rodete que no necesita de nada para agarrarse más que el pelo en sí. Freno mis pasos ante el estante de libros y estoy a punto de leer los lomos cuando escucho un carraspeo. Un hombre alto y enojado me observa apoyado contra el marco de la puerta.

—Buenos días —le digo con una sonrisa que no me devuelve. Entrecierro un poco los ojos —. ¿O no? —No se le mueve ni medio músculo de la cara. Solo me mira. Mientras él se queda ahí estudiándome, yo me doy cuenta de que solo llevo una remera. Nada más. Debería buscar algo para ponerme, pero a simple vista no encuentro nada.

De golpe, aparecen muchas preguntas en mi cabeza. ¿Dónde están mis cosas? ¿Por qué estoy acá? ¿Qué hora es? ¿Por qué el hombre que está tapando la puerta tiene cara de haber pisado mierda? ¿Por qué estoy con resaca? Y la más importante: ¿qué pasó anoche? Solo hay una persona que tiene las respuestas para todas mis preguntas y en estos momentos pareciera que prefiere matarme o morirse antes que hablar conmigo. Exhalo.

—¿Puedo ir al baño? —pregunto.

—No me tenés que pedir permiso, Juana. —Y es como dice mi nombre lo que termina de confirmar su enojo.

—Eso ya lo sé, Tomás. —Mi intento por replicar su tono mordaz no tiene el mismo efecto. En mi defensa siento que me están saltando sobre la cabeza al mismo tiempo que alguien me grita al oído. Fue lo mejor que pude hacer en el estado en el que estoy—. Pero si no te corrés no puedo pasar, y si no puedo salir del cuarto entonces voy a tener que hacer pis en una esquina —sonrío—. Tu decisión —encojo un hombro.

Tomás me mira por unos segundos y sé que está pensando en no dejarme pasar solo para ver si haría pis en un rincón. Veo cómo su pecho se infla y desinfla, y finalmente se separa del marco. Gesticula para que pase y, aunque el gesto parece caballeroso, todo eso desaparece cuando me encuentro con su expresión de hastío. A veces pienso que esa es la cara con la que nació. Me imagino a la partera sacándolo de la panza de su mamá y Tomás con esa cara de fastidio ya instalada.

Camino hasta la puerta y hago una reverencia que parece sacarlo más de quicio. Tengo que suprimir una sonrisa.

—Muchas gracias —digo cuando vuelvo a incorporarme. Apenas pongo un pie en el pasillo, Tomás se da media vuelta y va hacia las escaleras. Cuando vuelve a hablar solo puedo ver su espalda.

—El desayuno está listo. Hay un par de cepillos de dientes nuevos, agarrá el que quieras. Ah, y si necesitás ropa, fijate en mi cómoda. Te espero abajo —esto último lo grita porque llegó al final de las escaleras.

—¡Gracias! —grito con el cuerpo adentro del baño y la cabeza afuera. Cierro la puerta y un poco agradezco no tener pantalones ni nada porque realmente me estaba haciendo pis. Cierro los ojos y ya más relajada intento recordar algo de anoche, alguna punta de donde tirar.

Ayer trabajé como siempre, cerré el café a las siete y me acuerdo estar distraída mientras cerraba el candado. No fue hasta que llegué al supermercado que me di cuenta de que me había dejado el celular al lado de la caja registradora del café. Podía volver, pero estaba cansada, cerca de casa e incluso estaba llegando tarde. Volver al café, subir la persiana y volver a cerrar significaba un esfuerzo que no tenía ganas de atravesar.

Recuerdo poner las llaves de casa en la cerradura. Al toque me invadió una sensación fea, asfixiante. Y ahí *supe* que algo malo me esperaba del otro lado de la puerta. Mis pies no quisieron moverse. A lo mejor estaba equivocada, era mi cansancio hablando. En invierno no suele haber tantos clientes, pero no tenía ni a Fausto ni a Delfina para ayudarme. Y aunque me gusta pensar que puedo sola, es bastante desgastante. Seguro era eso, pensé entonces, parada con las llaves mordiéndome la palma de la mano, estaba cansada. Pero mi intuición me gritaba que no estaba equivocada, que algo horrible estaba pasando dentro de mi casa.

Veo mi reflejo en el espejo del baño de Tomás, el cepillo de dientes en la boca, espuma como si tuviera rabia y mis cejas fruncidas. *¿Qué pasó cuando entré?* Como una ola avasallante y gigante, el recuerdo me golpea y veo el momento de realización: el reflejo de mis ojos haciéndose grandes, la mano que viaja a mi

pecho, mi cara contorsionándose para llorar, cómo me escondo de mí misma cuando finalmente cierro los párpados. Pero el recuerdo de lo que pasó sigue ahí, no puedo esconderme de él por más que quiera.

Como si mi cuerpo no fuera mío termino de lavarme los dientes y un poco la cara. Vuelvo a la habitación de Tomás y rebusco entre su ropa hasta encontrar algo que pueda servirme como pantalón. Es un hombre alto, pero yo no soy bajita, así que dentro de todo me va bien. Bajo las escaleras como si llevara cemento en los pies; en mi cabeza, una y otra vez se reproduce el recuerdo de ayer, como si fuera un disco rayado, no lo puedo parar por más que trate de desviar el tema. Una vez que llego abajo, el olor a café y tostadas logra distraerme un poco. Cuando levanto la vista me encuentro con Tomás sentado en una silla y los antebrazos apoyados en la mesa del comedor. Hay dos tazas con café, la mía con un poco de leche y la de él no. Pero lo que más me llama la atención es la cantidad abismal de tostadas que hay en la mesa. Y la variedad de mermeladas. Hay como cinco. Con cautela, como si yo fuera una gacela y él un león, me acerco hasta una de las sillas, la arrastro y me siento.

—Comé. —Señala con el mentón la torre de tostadas—. Te va a hacer bien.

—¿Eso es mermelada de tomate? —La reconozco medio por descarte porque es demasiado roja como para ser de frutilla. Frunzo un poco la nariz.

—No la juzgues sin probarla —responde al mismo tiempo que su mano entra en mi campo de visión y agarra una tostada.

Por supuesto toma la mermelada de tomate y se unta una buena cantidad. La muerde con sus ojos puestos en mí. Mensaje captado: no se jode con las mermeladas en esta casa. Por respeto y porque un poco me intimida esa mirada, decido darle una oportunidad. Y me cago en todo, es riquísima. Tomás alza un poco las cejas, como diciendo, *¿viste?*

Le doy un par de mordiscos, pero no llego a terminarla. Siento el estómago revuelto.

—¿No te acordás de lo que pasó ayer? —El hombre que tengo enfrente no termina de tragar para hablar.

Todo mi cuerpo se congela. ¿Él sabe? Puede ser, después de todo estoy en su casa, a lo mejor le conté. Tendría todo el sentido del mundo. Dejo la tostada en el plato y agarro con ambas manos el café. Necesito estar un poco más despierta y con menos dolor de cabeza para tener esta conversación.

—Ayer fuiste a Bar.

Bueno, al menos ahí tengo la respuesta de por qué siento que me va a explotar la cabeza en cualquier momento.

—¿En serio no te acordás? —agrega con un tono casi acusador.

—Sí… —Le doy un sorbo al café—. Me acuerdo de entrar al bar y… ¿te pedí *shots* de tequila?

Tomás asiente con la cabeza.

—¿Cuántos me tomé?

—Demasiados. —Agarra otra tostada y la unta con una mermelada que parece ser de durazno.

—¿Por qué tenés tantas mermeladas? —pregunto. Tomás me mira como si supiera lo que estoy intentando hacer, pero no me dice nada y responde mi pregunta.

—Muchas. Las hago yo.

El silencio es ensordecedor. Tomás no me transmite el tipo de hombre que haga sus propias mermeladas. Y sé que él puede leer mis pensamientos.

—Me calma cocinar. Y me gustan las mermeladas.

Asiento con la cabeza.

—Te entiendo, es bastante catártico cocinar.

Nos sumimos en un silencio extraño mientras desayunamos. Tomás es un hombre tranquilo, callado, solo habla cuando cree que tiene algo importante para decir. No es de las personas que hablan por hablar. Por eso me sorprende que sea él el que interrumpe el silencio a continuación.

—Estabas triste ayer, pero no me quisiste decir qué pasó. Y también me hiciste prometerte que no le iba a decir a nadie que estabas triste. ¿Qué pasó, Juana?

Mis ojos se concentran en la gota de café con leche que derramé cuando revolví el azúcar con la cuchara. No sabe, no le conté. Exhalo, aliviada de que mi lengua alcoholizada no haya estado verborrágica.

—Me fui a dormir preocupado.

—Perdón —digo pasándome una mano por el pelo y como consecuencia desarmándolo. Vuelvo a armar el rodete esquivando los ojos de Tomás.

—No tenés que pedirme perdón. Solo quiero saber qué pasó. ¿Algo con Daniel?

Niego con la cabeza y me obligo a darle otro bocado a la tostada. Un poco para tener la boca ocupada y que sea mi excusa para no tener que hablar y otro poco porque sé que me va a hacer bien si tengo algo que absorba el alcohol que todavía sigue en mi sistema.

—¿Juana? —Lo miro a los ojos y me doy cuenta de que hay un dejo de preocupación en cómo se arquean sus cejas, cómo se contorsiona su boca, cómo sus ojos marrones me quieren descifrar.

—No quiero hablar del tema. —Con esfuerzo termino la tostada y me llevo la taza a los labios. Tomás no insiste, simplemente continúa desayunando. Cada tanto, me da alguna que otra mirada de reojo.

Tengo varias razones por las cuales no quiero hablar de anoche, pero creo que en este momento la principal es que me muero de vergüenza y prefiero que siga siendo un secreto. Si no se lo cuento a nadie, ¿pasó realmente?

Dirijo mi mirada hacia la ventana que está a la izquierda. Veo cómo las ramas de los árboles se sacuden y cómo el sol se esconde detrás de nubes gordas y oscuras. No hace falta que mi piel sienta el aire para saber que hace frío. Viene siendo un invierno duro, y los rumores de una posible nevada invaden mi café todos los días. El pueblo entero está excitado ante la perspectiva de despertar un día y ver blanco por todos lados.

—¿Creés que va a nevar? —digo con la mirada fija en el exterior.

—No.

—Qué positivo. —Giro mi cabeza y Tomás encoge ambos hombros al mismo tiempo que le da un sorbo a su café.

—Soy realista. No nieva en Nanai.

—El primero de agosto del noventa y uno nevó.

—Hace treinta y cuatro años.

—¿Pero nevó o no? —Levanto una ceja. Tomás pone los ojos en blanco y lo tomo como punto final de la conversación. Sonrío satisfecha y vuelvo a mirar el trabajo del viento helado.

Esta vez el silencio es interrumpido por el celular de Tomás.

—¿Sí? —Un poco me alegra saber que su tono mordaz no es solo para mí. La persona del otro lado habla y creo reconocer esa voz. Los ojos de Tomás me miran por un segundo—. Sí, está acá conmigo

—*¿Quién es?* —le pregunto solo moviendo mis labios. Él me ignora y sigue escuchando a la otra persona

—Está bien. Sí. ¿Te acordás que yo soy el mayor? —Tomás suelta un bufido—. Ya te dije que sí. —Pausa—. Vas a tener que preguntarle a ella. No, no es porque no te quiera contar, es porque no lo sé.

Intento llamar su atención, pero no tengo éxito.

—No sé si quiere hablar con vos. —Tomás me observa de reojo y parece pensarlo. Tapa el micrófono del celular y susurra "Fausto".

Mi primer impulso es decir que sí, que yo siempre voy a querer hablar con mi mejor amigo, pero lo pienso unos segundos y me doy cuenta de que no puedo esconder la verdad de él. Tomás parece entenderme sin que le diga nada y destapa el micrófono

—No quiere. —Abro mucho los ojos, ¿se puede tener menos tacto?—. Dale, le digo, sí. ¿Listo? Tengo cosas que hacer, Fausti. Sí, ya sé. Beso.

Tomás tira el celular sobre la mesa y me mira con una ceja levantada, seguro esperando que le diga algo.

—Siempre me olvido lo dulce que sos.

Sin responderme empieza a levantar las tazas y las pone en la bacha; al plato todavía lleno de tostadas, porque hizo un millón, lo deja en la mesada. Cuando abre la canilla me paro para ayudar.

—No hace falta —dice cuando atino a agarrar la esponja—. ¿Querés que te lleve a tu casa? Debería ir a entrenar, así que si querés te puedo alcanzar antes de ir al club.

Como si me hubieran inyectado el aire frío de afuera: así se siente la idea de volver a mi casa. No quiero. No puedo. Lo primero

que pienso es que ojalá estuvieran Delfina, o Fausto, o mi hermano con Matilda. Pero en simultáneo un poco agradezco que no estén acá, no tener que hablar del tema, afrontarlo.

Miro el perfil de Tomás, su concentración en la taza que minutos atrás estaba en mis manos. Si alguien me preguntaba cuál era la persona ideal para acompañarme en esta situación, nunca habría dicho Tomás. Nos conocemos desde chicos, pero jamás fuimos amigos. No diría que nuestro vínculo es superficial porque él sabe cosas íntimas, como el hecho de que mi papá es alcohólico, y yo sé cosas íntimas de él, como que su papá abandonó a su familia cuando nació Fausto, y por eso ambos pasaban tantas horas en mi casa. Su mamá era cajera del único supermercado del pueblo, tres veces a la semana trabajaba doble turno y esos días los hermanos Acosta venían después del colegio y se quedaban a cenar. Pero la diferencia de cinco años nos empujó a emparejarnos por edad. Yo tengo la misma edad que su hermano y Tomás tiene la misma edad que el mío. Lo lógico era que yo pasara tiempo con Fausto, aunque cuando éramos chicos nos costaba un poco encontrar puntos en común. No fue hasta de más grande que nuestra amistad tomó intensidad. Pero cuando venía a casa y nuestros hermanos tenían alguna otra actividad, nos veíamos obligados a pasar tiempo juntos. Muchas veces simplemente éramos la compañía del otro mientras cada uno hacía lo suyo.

—¿Juana? —Cuando vuelvo al presente me doy cuenta de que Tomás ya terminó de lavar todo y ahora tiene un repasador en la mano.

—No quiero volver a mi casa —anuncio, mis ojos fijos en los suyos—. No quiero —repito, sacudiendo la cabeza.

Silencio.

—Juana…

—A lo mejor me quedo en el Hotel Mancini. —Me siento un poco incómoda por la intensidad con la que me está mirando. Y un poco me molesta también por la pena que no puede esconder. No me gusta que sienta lástima por mí. Esa es otra de las razones por la cual quiero mantener el secreto un tiempo más. Sé que, en cuanto

se corra la voz, la gente va a mirarme como si fuera una nena a la que se le cayó el helado sobre el asfalto caliente en pleno verano.

—Hay treinta minutos de Mar del Plata a Nanai.

—Lo sé.

—No es cómodo para ir y venir todos los días.

—Mi hermano lo hace —respondo resuelta.

—Valentino no va todos los días.

—No tengo otra opción.

—¿Delfina no te dejó las llaves para que le riegues las plantas? —señala Tomás.

—Sí —suspiro—, pero se siente raro quedarme en la casa de alguien sin que lo sepa. —Tomás abre la boca para argumentar, pero hablo antes de que pueda pronunciar media palabra—: Si la llamo para preguntarle, me va a bombardear a preguntas que no quiero responder. Y voy a preocupar a mi hermano. Y se merecen este viaje, descansar.

Más silencio.

—Podés quedarte acá, entonces.

Me hubiera gustado haber controlado un poco más los músculos de mi cara porque mi boca se abre y no la puedo volver a cerrar. Sí, definitivamente hay alcohol dando vueltas todavía.

—¿Qué? —dice un poco ¿ofendido? ¿enojado?

—Perdón. —Alzo las manos en son de paz—. Es que no me esperaba tu propuesta. No te quiero joder. Además, ¿dónde dormiría?

—Tengo otra habitación. ¿Dónde pensás que dormí ayer? —pregunta alzando una ceja.

—¿En el sillón?

—Tengo treinta y tres, si duermo en el sillón me levanto hecho mierda. Podés quedarte, si querés, tampoco te voy a obligar —finaliza con un movimiento de hombros.

Me muerdo los labios, pensando en su propuesta. Tampoco me parece una locura lo que está proponiendo. Usa ese instante de duda para insistir un poco.

—Estoy cerca del café, tendrías una habitación para vos sola y prometo no presionarte para que me cuentes lo que sea que pasó

ayer que te hizo tomar *litros* de vodka y jugar a los dardos con los chicos del bar.

A medida que va hablando voy recordando.

—¿Puede ser que cuando le errabas tenías que tomar un *shot*? —pregunto con miedo de saber la respuesta, aunque ya la sé. Tengo en la cabeza una imagen borrosa de un dardo en mi mano y después ese mismo dardo en el piso. Gritos de victoria de lo que supongo era el otro equipo. Unas palmadas en mi espalda para consolarme por perder y un *shot* de vodka apareciendo frente a mis ojos, la prenda.

—Sí, y nunca en mi vida vi a alguien con tan mala puntería. Sos malísima, Juana. —No lo dice de mala manera; incluso me dirige una sonrisa que me invita a devolvérsela.

Apoyo la cadera contra el borde de la mesada. Tomás termina de secar la cuchara que usamos para untar las mermeladas, la guarda en el primer cajón y cuando lo cierra se acomoda, imitando mi pose. Nos observamos con los brazos cruzados sobre nuestros pechos. Tomás inclina un poco la cabeza, a la espera de mi respuesta.

—Acepto tu propuesta.

Su sonrisa es tan grande que aparecen sus dos hoyuelos.

Capítulo 2

Al rato estamos yendo a buscar mis cosas a casa. Tomás apaga el motor y antes de que se ofrezca a bajar, lo freno.

—Ya vuelvo. —Me saco el cinturón y abro la puerta del auto. Escucho mi nombre una sola vez, pero apenas visualizo mi casa el resto del mundo pasa a un segundo plano. Me siento como abajo del agua.

Camino hasta llegar a la puerta naranja. La pintó de ese color mi abuela Lila cuando yo era chiquita y no me atreví a cambiarla. Dentro de la casa hay cientos de rastros de ella que no pienso sacar. Vivir acá no solamente me recuerda a mi infancia, es también encontrarme con ella mientras camino.

No es hasta que giro el picaporte y me encuentro con todo oscuro que me doy cuenta de que la decepción que me invade. Prendo la luz y es peor. Puedo ver con claridad su ausencia. Los cambios son casi imperceptibles para el ojo humano común y desconocedor, pero yo lo noto. Su taza ya no está al lado de la cafetera. Fijo la mirada en ese espacio vacío del que nadie más que yo se percataría. Respiro hondo y camino al cuarto voy prendiendo las luces y descubriendo nuevas y pequeñas ausencias. En el baño ya no está su rasuradora ni su cepillo de dientes. El libro que estaba leyendo no está por ningún lado y puede ser que lo haya buscado unos buenos minutos. En el armario no está su ropa y por un segundo, con mi cuerpo congelado y mis ojos húmedos, dudo de si alguna vez estuvieron. Me siento en la cama confundida y con la mirada perdida. Cierro los ojos y espero que caigan las lágrimas, pero cuando me llevo los dedos a la cara no las encuentro. Con una

exhalación larga me levanto, busco un bolso y empiezo a meter ropa sin mucho análisis ni protocolo.

Siento como si las paredes de mi habitación cada vez estuvieran más cerca de mí, atrapándome. El aire sale de mi boca, pero no siento que entre por mi nariz. *Llorá,* me digo a mí misma. *Llorá y te vas a sentir mejor.* Pero no puedo. Con la visión nublada termino de guardar todo en el bolso y lo cierro.

Tomás no está esperándome dentro del auto cuando salgo.

—Tardaste —dice apenas abro la puerta y me lo encuentro parado en la entrada, manos en la cintura, cejas juntas en un gesto que no sé si es de enojo o de preocupación.

—Perdón.

—No me pidas perdón. Me preocupé. ¿Necesitás ayuda con algo?

Niego con la cabeza.

—Creo que tengo lo suficiente para un par de días.

—Siempre puedo volver a buscarte más ropa —ofrece al mismo tiempo que me saca el bolso de las manos y se lo pone sobre el hombro. Dos segundos después me encuentro siguiéndolo al auto.

—Puedo venir yo. —Tomás me observa sobre su hombro mientras abre la puerta del baúl y tira el bolso—. Salí viva, ¿o no? —Le ofrezco una sonrisa que no lo convence del todo.

—Ya te dije que no me jode venir. —Cierra el baúl y se endereza —. ¿Te da vergüenza que revuelva el cajón de tu ropa interior? —Alza ambas cejas y su comisura derecha sube más que la izquierda —. No creo encontrarme con nada que no haya visto. —Encoge un hombro y se apoya contra el auto, al lado de la puerta del pasajero.

Camino hasta el auto y Tomás contorsiona su cuerpo para abrirme la puerta. Cuando nuestras miradas se encuentran puedo ver la sombra de una sonrisa divertida. Le sonrío y eso parece intensificar la suya.

—No me da vergüenza que veas mi ropa interior —le aseguro.

—Es bueno saberlo. —Con mis manos en el cinturón de seguridad me congelo por un microsegundo antes de girar la cabeza y fulminarlo con la mirada. Tomás ya está con los brazos en alto—. Por si querés que venga yo a buscarla. —No puede esconder la sonrisa cuando habla—. Dios, Juana, qué mal pensada. —Mi

respuesta es revolear los ojos y ponerme el cinturón de seguridad. Tomás cierra mi puerta y camina hasta el otro lado.

—¿Te llevo al café?

—Creo que quiero bañarme primero. Y ponerme ropa mía.

—Puedo llevarte después, si querés. —Prende el motor y puedo ver de reojo el movimiento del brazo de Tomás al poner primera.

—Creo que prefiero ir caminando.

—Hace frío. —Ese es su gran aporte. Nos miramos por un instante antes de que vuelva a fijarse en el camino—. ¿Qué? No me mires así. *Hace* frío. Y además en auto son cinco minutos. Si estás cansada de anoche puedo llevarte y…

—No quiero, Tomás.

Mis palabras tienen un efecto demoledor. Me llevo ambas manos a la cara y las arrastro un par de veces, arriba y abajo y a los costados. Derrotada, dejo caer mi cabeza hacia atrás. Respiro un par de veces, intentando armar bien las palabras en mi cabeza para que mi boca no me vuelva a traicionar.

—Perdón. Estoy cansada, triste y vos no tenés la culpa de nada de eso. Perdón. —Muevo mi cabeza lo suficiente para ver su perfil.

Hace años que veo este rostro y jamás encontré a Fausto en él. Son parecidos en líneas generales. Pelo castaño y ondulado, ojos marrones y una nariz recta y grande. Pero hasta ahí llegan las coincidencias. Tomás tiene un lunar cerca de su ojo derecho. Tiene barba, pero no esa barba que es frondosa y larga. No. Es esa barba de "no me afeito hace un par de días y lo iba a hacer, pero me olvidé". Lleva el pelo más largo también. No creo que pueda atarlo, pero sí tiene el largo suficiente como para ponerlo detrás de las orejas. Cerca del párpado izquierdo tiene una línea blanca de una cicatriz.

—Te siento mirándome. —Su voz me despierta y, no voy a mentir, que sepa que lo estoy observando hace que se tiñan mis cachetes—. No te disculpes. —Tengo que pestañear un par de veces para recordar lo que estábamos hablando antes de que me distrajera—. No soy la mejor persona para estas situaciones. Consolar no es lo mío. Y se ve que quiero compensarlo ayudándote hasta para atarte los cordones. —Sus palabras me hacen reír. No es una risa hecha y

derecha, suena más bien como un bufido—. No te rías. Soy un asco. ¿Te acordás cuando Fausto cortó con Cecilia?

Cómo olvidarme. Fue su primera novia. Total desgracia. Lloró una semana de corrido y parecía que llevaba cemento en los pies cuando caminaba. Desprendía tristeza hasta por los poros. Con Delfina teníamos la teoría de que, si pasabas muchas horas cerca de él, te ibas a empezar a sentir triste. No nos despegamos ni un segundo de su lado.

—Vino a pedirme un consejo —continúa Tomás a mi lado—. Y me quedé helado. No tenía ni la más puta idea de qué decirle. Creo que lo primero que me salió fue un "no estés triste, nadie se murió porque lo haya dejado su novia". Y con eso solo logré que se pusiera a llorar. —Exhala y niega la cabeza para sí mismo—. Soy un asco, Juana. De todas las personas que podrían estar ahora con vos, te tocó la peor. Soy más de los que resuelven, arreglan lo que se rompió. Como esa vez que Fausto estaba triste porque había perdido su autito favorito y fui y le di el mío. —Siento su mirada de reojo—. Pero algo me dice que esta situación no es de las que puedo solucionar dándote un autito de juguete, ¿no? —Niego, una sonrisa triste en mis labios. Lo veo suspirar—. Lo supuse. Juana, soy un asco con las palabras y los sentimientos y todo eso. Pero quiero que sepas que, si necesitás que mate a alguien, puedo buscar a alguien que lo haga.

El comentario me hace reír y rompe con la tensión. Veo cómo sonríe ligeramente. Y es ahí cuando me doy cuenta de que en el último año no lo vi sonreír tanto. Pasamos el resto del viaje en silencio, hasta que llegamos a la casa de Tomás.

—¿Tenés hambre? —pregunta mientras nos sacamos las capas de abrigo. Le agradezco por la campera que me prestó y me dice que puedo usarla siempre que necesite y que no le agradezca. Le vuelvo a agradecer. Pone los ojos en blanco y un poco me gusta testear su paciencia—. Puedo cocinar algo rápido mientras te bañás. Y mi propuesta de llevarte sigue en pie, si querés.

Inclino un poco la cabeza y lo estudio mientras se saca la última capa de abrigo. Una remera azul lisa le abraza el torso y los brazos.

—Gracias. Pero creo que me voy a dar una ducha rápida y almorzar directamente en el café.

Tomás asiente con la cabeza y no encuentro ningún rastro de reproche en su cara.

—A la noche no estoy —dice mientras se aleja de mí para ir a la cocina. Abre la canilla y se enjuaga las manos con detergente. Es de *esas* personas—. Pero sentite cómoda de abrir la heladera y comer lo que quieras.

Cuando salgo de bañarme no hay rastro de él. Pero dejó una nota al lado de un juego de llaves.

No las pierdas.

No es hasta que dejo de hacerlo que me doy cuenta de que le estaba sonriendo a un pedazo de papel.

Capítulo 3

Lo primero que veo cuando entro al café es mi celular en la caja. Por un segundo, me pregunto si realmente lo necesito. Las ganas de desaparecer nacen en las puntas de mis dedos y recorren mi cuerpo completo hasta llegar a mi cerebro. A lo mejor la respuesta es irme al país más lejano de Argentina y que nadie pueda encontrarme nunca más.

Prendo las luces, me pongo el delantal, me ato el pelo, todo mirando de reojo la pantalla negra del celular. Me aterra lo que me vaya encontrar. Pausa. También me aterra lo contrario. El silencio es un mensaje tan fuerte, y mi cabeza encuentra esa alternativa mucho peor que la de una catarata de mensajes. O no. No lo sé. Hay pocas cosas que sé. Sé que estoy enojada, dolida, avergonzada. ¿Triste?

Contra toda lógica me gustaría que estuvieran Delfina y Fausto en la cocina conmigo en este momento. Están en unas vacaciones que les regaló mi hermano. En realidad, los únicos que nos quedamos en Nanai somos Tomás y yo. Todos los miembros de nuestro grupo de amigos están esparcidos por el mundo ahora mismo y hasta dentro de tres semanas.

Al mismo tiempo, sé que si estuvieran acá querrían hablar del tema, o me verían con lástima en sus ojos, y no lo soportaría. Pero cuando veo el vacío en la cocina y lo único que escucho es la heladera y mis pies arrastrándose por el piso, me aparece una angustia en el pecho. Exhalo todo el aire de mis pulmones y agarro el celular con la intención de llamar a alguno de los dos, pero la pantalla nunca prende. A lo mejor es una señal, me digo a mí misma mientras vuelvo a la cocina. Prendo la radio, que me sorprende que todavía funcione porque era de mi abuela, para aislar mis

pensamientos. Pispeo la hora en el reloj gigante que cuelga en la pared y me doy cuenta de que tengo una hora antes de abrir. Con las noticias de fondo llevo las medialunas que dejé ayer en la heladera al horno. Calibro la cafetera. Armo alfajores de maicena. Corto varias rebanadas de pan. Mientras el cuchillo se hunde en el pan de masa madre, me acuerdo de la cantidad abismal de tostadas que me preparó Tomás. Y de las mermeladas. No puedo creer que haga mermelada.

La tarde es tranquila, como suele ser el invierno en Nanai. La mayoría de los clientes son las personas que viven acá, a diferencia del verano. Un poco me gustaría que fuera temporada alta; quisiera estar tan ocupada que no le daría tiempo a mi cerebro de pensar y pensar y repensar...

—Un café y dos medialunas. —Benito me sonríe y esa sonrisa desaparece lentamente cuando ve algo en mi cara. Seguramente son mis ojeras. O a lo mejor la transparencia que tantas veces fue virtud y hoy es mi enemiga. ¿Pueden ver los demás el dolor que se esconde en mí?—. Juani, ¿todo bien?

—Sí, perdón. Dormí mal anoche —contesto rápido, quizás demasiado.

—¿El frío? —Asiento con la cabeza, porque no voy a vomitarle sentimientos a Benito mientras estoy trabajando. Y porque algo me dice que si empiezo a hablar no voy a parar—. Este invierno está siendo duro. Ayer dormí con cuatro frazadas. ¡Cuatro! —continúa; para más énfasis, levanta cuatro dedos y abre bien los ojos—. No veo la hora de que llegue el verano. —El comentario me hace soltar aire por la nariz y levantar un poco las comisuras.

—Recién arranca. —Benito suspira con una desolación desproporcionada.

—Ni me lo digas…

La tarde se pasa bastante rápido para mi gusto. Cuando Ana me saluda con la mano y sale del café, vuelvo a estar completamente sola. Siento incomodidad, una pizca de desesperación. Es en ese instante, atrás del mostrador, con el delantal todavía puesto, una mano sobre mi cintura, que me doy cuenta de una triste realidad. No sé estar sola. No sé qué hacer conmigo misma. Me llevo el pulgar

entre mis dientes y me muerdo la uña un par de veces antes de recordarme que ese es un hábito horrible. Lo reemplazo por uno que no es bueno, pero tampoco es tan terrible. Me sueno todos los dedos y exhalo cuando termino. Me aseguro de tener todo antes de salir del café y bajar la persiana.

Benito tiene razón, es lo primero que pienso cuando pongo un pie afuera. El frío se mete por todos lados, y pienso que no estoy lo suficientemente abrigada. Automáticamente mis pies hacen el camino hacia mi casa, pero me doy cuenta a tiempo y en vez de girar a la izquierda sigo derecho. A lo mejor no es solamente que no quiero entrar a mi casa, notar su ausencia, dormir en esa cama, revivir lo que pasó. A lo mejor también es que no quiero estar sola.

La casa de Tomás está vacía, las luces apagadas. Me saco la bufanda y la campera y cuelgo todo en el perchero de la entrada. Voy hasta el baño, me lavo las manos con agua prácticamente hirviendo para entrar en calor, y me veo en el espejo. Entiendo por qué todo el mundo en el café me miraba con un poco de pena y me preguntaba si me sentía bien. Tengo ojeras oscuras hasta la garganta, unas arrugas de cansancio al lado de los ojos. Suspiro, me seco las manos y voy a la cocina. Antes de ponerme a cocinar busco mi cargador y enchufo el celular. Me obligo a no revisarlo. Necesito mantenerme ocupada para no caer en la locura. Necesito tener algo que hacer para no pensar. Abro la heladera y me encuentro con más de lo que esperaba para ser la casa de una sola persona. Y muchas mermeladas. En serio, ¿cuánta mermelada puede consumir un ser humano? Después de revisarle toda la cocina me decido por hacer un guiso de lentejas, una receta que me va a entretener un tiempo largo. Y como estoy empecinada en hacer que mi cerebro piense lo menos posible, también voy a hacer un flan. Si mi mamá me viera en este momento, estaría negando con la cabeza y diciendo algo como que yo siempre cocino como una desquiciada cuando estoy estresada, triste o queriendo evitar algo. Por supuesto lo negaría, aunque en este caso puedo tachar las tres casillas.

Estoy picando la cebolla cuando escucho las notificaciones llegar una tras otra. Me obligo a seguir picando.

No agarres el celular. Ignoralo. Seguí picando, Juana. No vayas.

Solo aguanto la mitad de la cebolla. Con el repasador en la mano veo cómo se ilumina la pantalla con mensajes de Fausto, Delfina, uno de mi hermano, dos de mi papá. En otro momento, me pondría nerviosa pasar todo un día sin estar en contacto con mi papá, no saber nada sobre él.

La pantalla se vuelve a iluminar. Otro mensaje de Delfina. Pero ninguno de él. Ni una llamada perdida. Nada. En las veinticuatro horas que pasaron no intentó contactarse ni una vez conmigo. La pantalla del celular se bloquea y puedo ver mi cara de confusión y dolor ante su ausencia. Tomo aire y estoy a punto de dar un paso para alejarme y volver a la cocina cuando la pantalla se vuelve a iluminar. No tengo agendado el número.

Número desconocido: ¿Todo bien? Avisame si necesitás algo. Seguro llegue cerca de las doce, depende cómo venga la noche. Comé.

Apoyo el repasador en mi hombro y agarro el celular.

Yo: Perdón, ¿quién sos?

Número desconocido: ¿En serio?

Yo: Me parece que te confundiste de número.

Número desconocido: Juana.

Yo: Ah, sabés mi nombre. Me gustaría poder decir lo mismo.

Número desconocido: Me alegra saber que tenés la energía suficiente para exprimir mi paciencia, lo voy a tomar como la respuesta a mi pregunta de si estás bien.

Sonrío.

Yo: ¿Comés acá? Hice guiso de lentejas. Y flan.

Número desconocido: Iba a picar algo acá, pero ahora que sé que eso es lo que me espera en casa no hay chances de que no cene ahí. Gracias por cocinar. Quería dejar algo preparado, pero no llegué.

Yo: Me hiciste un favor. Necesitaba mantenerme ocupada.

Número desconocido: Bueno, me alegra haber ayudado. Ah, y una última cosa.

Yo: ¿Sí?

Número desconocido: Agendame.

Capítulo 4

Ayer me quedé dormida antes de que llegara Tomás, y cuando bajo a la cocina a la mañana, me encuentro con que comió lo que cociné. Y no solo eso, dejó café hecho. Es ahí cuando me encuentro con una nota al lado de la cafetera.

Me quiero casar con el flan.

Le sonrío a la notita y busco papel y birome.

Somos dos.

Llevo ambas notitas a la heladera, agarro un imán y pego una al lado de la otra.

Desayuno mi taza de café con leche en la mano y la mirada perdida en la ventana. Los domingos de invierno abro el café hasta el mediodía. No sé por qué, pero caigo en la cuenta de que mañana es lunes y que no suelo abrir, lo que significa un día entero sin nada para hacer. La idea de no tener ninguna actividad me hace entrar en pánico. Estoy pensando en eso cuando el tono de llamada de mi celular hace que casi tire la taza. Respondo rápido antes de que despierte a Tomás. Son las siete de la mañana y no tengo idea de a qué hora se terminó acostando.

—¡Vive! —es lo primero que dice mi mejor amiga. Veo el cielo celeste atrás de ella y la envidio. No recuerdo cuándo fue la última vez que vi el sol—. ¿Se puede saber dónde estuviste ayer? Te llamé doscientas veces. Fausto también. Si hoy no respondías le iba a decir a Valentino. No podés desaparecer así, Juana.

—Solo fue un día. ¿Y no hablaste con Fausto? —Me enternece que mi mejor amigo me haya guardado el secreto. Al menos duró un día. Más de lo que esperaba, honestamente.

—No. No hablé con él. ¿Dónde estabas? —Frunce los ojos y puedo ver su esfuerzo por intentar ver detrás de mí—. ¿Dónde estás? —pregunta al mismo tiempo que abre mucho los ojos—. ¿Esa es la cocina de Tomás? ¿Y su taza? —Esto último lo dice casi gritando. Bajo un poco el volumen de mi celular.

—No grites —susurro con los dientes apretados—. ¿Y cómo sabés qué tazas tiene Tomás? —Su respuesta es encogerse de hombros.

—No me digas que no grite —dice gritando. Pongo los ojos en blanco—. ¿Qué hacés en su casa? —Puedo ver el momento justo en el que su cerebro se va muy lejos. Con los ojos enormes y la mandíbula abierta de manera poco natural, me observa como en estado de *shock*—. ¿Por eso no respondías ayer? ¿Estabas ignorándonos a propósito? ¿Avergonzada de tus acciones?

Inclino la cabeza, sabiendo adónde fue su mente, pero no pienso darle el lujo de mostrar señales de que sé de qué está hablando. Delfina toma aire, preparándose para decir las palabras más difíciles en toda nuestra amistad.

—¿Estuviste con Tomás? —lo dice tan seria que no puedo evitar tirar la cabeza para atrás y reírme con fuerza—. Lo digo en serio, Juana. —Abro los ojos y ni un músculo de su cara se mueve y no puedo evitar volver a reírme—. ¡Juana! —grita algo exasperada y tengo que respirar profundo y concentrarme para lanzar otra carcajada.

—¿Vos te estás escuchando? —digo con la voz algo agitada por la risa.

—No me estás respondiendo, Juana.

—¡Porque no tiene sentido lo que estás preguntando, Delfi!

—Perdón, pero es domingo a las… —levanta los dedos para sumar las horas de diferencia—... siete de la mañana. Y estás desayunando en su casa. No creo que hayas decidido ir específicamente hasta allá tan temprano solo por su café.

—No estuve con Tomás. —Intento no reírme porque si no, no me va a creer—. ¿Estás loca? ¿Tomás y yo? —Delfina revolea sus ojos

celestes—. ¿Qué? —me sale un poco a la defensiva, pero es una locura lo que me está planteando—. Jamás estaría con Tomás —agrego, procurando que mi voz sea un susurro apenas perceptible.

Delfina me mira como si estuviera harta de mí.

—Lo decís como si Tomás fuera horrible.

—No dije eso.

—A todo el mundo le gusta Tomás.

—Bueno, a mí no. Perdón.

—¿Vos viste a ese hombre? —insiste Delfina.

—¿Esta sos vos diciéndome que te gusta el hermano de nuestro mejor amigo?

Ahora es el turno de ella de reírse.

—No —responde divertida—. No me gusta Tomás.

—¿Cuando vos lo decís tengo que creerte, pero cuando lo digo yo estoy mintiendo?

—Perdón. —Alza ambas manos—. Pero ¿quién está a estas horas de la mañana en su casa tomando café? Además, yo no lo tomo como un insulto que insinúes que me gusta. Vos estabas a dos segundos de vomitar.

—Estás exagerando. No me parece horrible, simplemente la idea de estar con él se me hace… rara.

Delfina me analiza con sus ojos como si quisiera comprobar si le estoy mintiendo.

—Igual tenés razón —dice con un suspiro largo—. No estarías con alguien al mismo tiempo que estás de novia, no sos esa clase de persona. ¡Pero una tiene ojos! ¿Sabés que podés decir si alguien te parece lindo, no? Eso no es engañar, Juana.

Asiento con la cabeza, obligándome a no abrir la boca porque no confío en mí misma en este momento.

Se escuchan unas voces a los lejos y deben ser Matilda y Valentino. También se escucha un ladrido. Ringo. Delfi mira hacia atrás y después vuelve a mí.

—¡Me tengo que ir! —No puede evitar sonreír cuando lo dice. Lleva menos de una semana allá pero cada vez que hablamos puedo ver su emoción. Una minúscula parte de mí tiene terror de que no vuelva cuando termine el mes. Empujo esos pensamientos lo más

lejos posible. Su sonrisa es contagiosa, y se la devuelvo—. Mati y Valen organizaron un pícnic en el Central Park y después tenemos museo.

—¿Va Finn? —Esta vez es mi turno de incomodarla.

—Puede ser que vaya al museo directo. —Me hace reír lo mucho que intenta no sonreír cuando lo nombra y la manera en la que fracasa. Quiero preguntarle por él, pero con un vistazo más al reloj me doy cuenta de que ya estoy llegando tarde.

—Escuchame, me tengo que ir al café. ¿Hablamos después? Mándame fotos de absolutamente todo. ¡Y mándales un beso a esos dos! Ah, y a mi ser favorito en todo el mundo. —Como si supiera que estamos hablando de él, Ringo aparece con las patas apoyadas sobre la mesa y la cara muy cerca del celular, como si quisiera corroborar que soy yo a través de olfato—. ¡Hola, Ringo de mi corazón! Te extraño. —Su respuesta es un ladrido—. Apenas llegues a Nanai, pienso secuestrarte durante un mes, mínimo.

—¡No podés robarte a mi perro, Juana! —grita mi hermano desde algún lugar de la casa.

—Por las dudas cerrá con llave la puerta de tu casa.

La risa de Valentino es como un trueno alejándose. Automáticamente siento cómo mi pecho se llena de felicidad al saber que es feliz.

—Me voy, mandale un beso a Tomi. Ah, y a Lucas —es lo último que dice mi mejor amiga antes de cortar.

Lavo la taza que usé y, como se ve que no tengo control, agarro otro papel y la birome.

Gracias por el café :)

La dejo al lado de la taza que usó ayer.

Capítulo 5

Como una ráfaga de viento, la música me golpea apenas abro la puerta. Miranda suena a través de los parlantes que Tomás tiene distribuidos por el *living*. Porque obvio no solo hace mermeladas caseras, sino que también tiene un equipo de música. Lo busco con la mirada mientras cuelgo mi abrigo en el perchero, pero no lo encuentro.

—¿Tomi? —Tengo que levantar un poco la voz si no quiero que Ale Sergi me tape. Niego un poco atónita al descubrir que Tomás escucha Miranda. Voy hasta la cocina y la encuentro vacía—. ¿Tomás? —De nuevo no recibo respuesta. A lo mejor está arriba.

Es cuando entro a mi habitación que me encuentro con una imagen que me hace desear que el ser humano pudiera grabar con las retinas de sus ojos. Tomás está de cuclillas, dándome la espalda, mientras pasa un trapo por la cómoda. Mis ojos encuentran una regadera que apoyó encima, sobre un trapo, supongo para no arruinar el mueble. Pestañeo. Tomás sigue enfocado en uno de los cajones y tararea. Por alguna razón mi vista se detiene unos segundos en los músculos de su espalda respondiendo a los movimientos de sus brazos. Vuelvo a pestañear. Carraspeo. Nada. Toso. Fuerte. Esta vez el cuello de Tomás se contorsiona y sus ojos se abren ligeramente por medio segundo antes de que la sorpresa desaparezca. Me sonríe con cierta timidez. Y luego hace algo terrible. Se para. Aunque afuera haga un frío de cagarse, el hombre que tengo enfrente decidió que un *short* era una buena opción para estar entre casa. Y como si eso no fuera suficiente, tiene metidos los costados del *short* debajo del bóxer, haciendo que el noventa por ciento de su pierna esté desnuda. Pestañeo por tercera, cuarta,

quinta y sexta vez, una detrás de otra, y me enfoco en la cara de Tomás y no en el tamaño de sus muslos.

—¿Te asusté? —Mi voz sale atorada. Carraspeo—. Te llamé dos veces, pero creo que no me escuchaste.

Tomás se levanta el borde de la remera. Ahora que mi cerebro volvió a tener la capacidad de fijarse en otras cosas que no sean las piernas de Tomás, noto que es de un recital de Babasónicos del 2022. Lo sé porque yo también fui, con Delfina y Fausto. Ni sabía que a Tomás también le gustaran. Sigo el movimiento de su mano y cómo se seca la frente.

—Perdón, estaba medio metido en mi mundo.

—¿Miranda, eh?

Tomás me sonríe con tanta timidez que un poco me quiero golpear la cara por mi comentario.

—Me pone de buen humor —dice encogiéndose de hombros—. Además, me hace más llevadero limpiar.

—¿Estás haciendo limpieza profunda?

—Todos los domingos.

—Dejame que te ayude. —Me arremango el buzo y me ajusto la colita de pelo. Busco con la mirada en qué puedo ayudar.

—No hace falta, venís de trabajar. —Hago un gesto con la mano, quitándole importancia—. En serio, Juana. Además, ya termino. Me quedan las habitaciones y terminar de regar las plantas.

—De a dos vamos a terminar más rápido. Decime cómo te puedo ayudar. —Pongo mis manos en la cintura y lo desafío a que me vuelva a decir que no con la mirada. Puedo ver el momento en que se rinde cuando exhala y me tira un trapo algo húmedo. Aterriza justo en mi cara. Lo quito con lentitud mientras lo miro tiesa—. Diu, Tomás —digo completamente seria. Tomás me regala una mezcla de risa y bufido. Señala con la pera el mueble y me pongo a limpiar.

Pasamos horas limpiando, barriendo, acomodando.

—¿Cuánto te lleva limpiar todo esto vos solo? —le pregunto cuando estamos en el baño. Tomás está descalzo, dentro de la ducha, con un cepillo de dientes viejo. Cuando le pregunté qué pensaba hacer con eso me dijo que limpiar las juntas. Negué con la cabeza y le dije que podía hacerlo con un cepillo más grande para

hacerlo más rápido. ¿Su respuesta? Prefería tardar un poco más, pero hacerlo bien. Yo, muy ofendida, le dije si estaba insinuando que limpiaba mi casa mal. La expresión que me dio se podría traducir como *si el saco te queda…*

—Unas cuatro horas. Contando las plantas de afuera de la casa también.

—¿Cuatro horas? —exclamo—. Dios, definitivamente no estoy limpiando bien mi casa. —El comentario hace que Tomás se ría bajito.

—Las plantas me llevan casi la mitad del tiempo. No es solo regarlas. También tengo que limpiarles las hojas con un algodón húmedo.

Freno mis movimientos.

—¿Perdón?

—Como escuchaste.

—No tenía idea de que te interesaba tanto el mundo de las plantas.

—¿Querés que te muestre? —Asoma la mitad del cuerpo fuera de la mampara; tiene los ojos bien abiertos, como un nene al que le acaban de ofrecer el mejor juguete del mundo.

¿Cómo decirle que no?

Dejando el baño a medio hacer, Tomás me hace un recorrido por la casa, pero esta vez deteniéndonos en todas las plantas que hay. No me había dado cuenta de que tenía *tantas.* Pasamos por la que está en mi cuarto, que ya regó, pero no importa.

—Esta se llama Calathea Stromanthe Tricolor.

—Es hermosa —digo con mis ojos pegados al color de sus hojas en tonos verde, crema y un rosa intenso. Es hipnotizante.

—Sí. Y sus hojas se mueven en respuesta a la luz. Igual esta es la segunda que tengo. La primera se me murió a los pocos días de traerla.

—¿En serio?

Tomás asiente con la cabeza, se acuclilla frente a la planta y con delicadez acaricia las hojas.

—Creo que la ahogué. Y quemé. Todo al mismo tiempo.

No puedo evitar reírme. El sonido hace que Tomás me observe sobre su hombro con la sombra de una sonrisa.

—No necesita luz directa, ¿y adivina qué hice?

—¿La pusiste en el lugar con más luz de toda la casa?

—Error de novato. —Niega con la cabeza y se incorpora—. Como regarla todo el tiempo sin fijarme si lo necesitaba. Después de eso nunca más me llevé una planta sin preguntarle a Violeta cuáles son los cuidados específicos de lo que me llevo. Cada planta es un mundo.

—Sos una caja de sorpresas.

—¿Porque me gustan las plantas? —Inclina su cabeza.

—Hacer mermeladas, escuchar Miranda. Y tampoco sabía que habías ido a ver Babasónicos —agrego señalando su remera—. Yo fui también.

—Lo sé.

—Pudimos haber ido juntos.

—Pudimos, sí.

—¿Cómo puede ser que haya cosas que no sé de vos si te conozco desde que tengo memoria? —susurro un poco aturdida por la cantidad de información que ingresó a mi cerebro sobre Tomás. Hace dos días nunca hubiera adivinado que sus pasatiempos eran cuidar plantas y los domingos hacer limpieza profunda de la casa.

—Supongo que no se dio. —Encoge ambos hombros.

—Sí, tenés razón —digo poco convencida.

Tomás sale de la habitación y me hace un gesto con la mano para que lo siga.

Pasamos toda la tarde del domingo viendo y hablando de plantas. Sus nombres, sus cuidados, desde hace cuánto las tiene, cuáles son más difíciles de mantener con vida. Aprovecho ese momento para decirle que una vez maté un cactus. Me mira con horror puro y genuino. Al mismo tiempo regamos y limpiamos. Y puedo entender perfectamente por qué a Tomás le gusta hacer esto. Es terapéutico. Puedo sentir cómo mi cerebro se derrite de la relajación. Me gustaría no tener incorporada la facilidad para asesinar plantas.

—Y esta sería la última de la familia —dice con orgullo mientras observamos una planta que tranquilamente podría ser un árbol.

Estamos afuera, ya está anocheciendo. Hace tanto frío que no dejamos de movernos para no perder el poco calor que nuestros cuerpos tienen. Tomás tiene un gorro de lana rojo que resalta sus facciones. Sus ojos marrones parecen casi de color miel.

—Es enorme —Cada vez que alguno de los dos habla, sale humo por nuestras bocas.

—Es un pino.

Giro el cuello tan rápido que me duele.

—¿Tenés un pino en tu casa?

—Así es.

—¿No debería estar en la tierra?

—Sí, pero todavía no tuve tiempo de trasplantarlo.

Ambos nos quedamos mirando la maceta con el pino bebé en ella.

—Un pino.

—Sí.

—Jamás vi uno tan chico. ¿Cuántos años tarda en crecer por completo?

—Puede tardar entre cincuenta o cien años en alcanzar su madurez completa.

—¿No te da pena saber que a lo mejor no llegás a verlo?

Tomás mastica mis palabras, sus brazos cruzados a la altura del pecho.

—A lo mejor no veo el resultado final, pero voy a poder verlo crecer. Crecen unos sesenta a noventa centímetros por año. Con eso me basta.

Vuelvo mi vista al pino bebé.

—Si necesitás ayuda para pasarlo a la tierra me encantaría darte una mano.

Esta vez nos miramos al mismo tiempo.

—Me encantaría, Juana.

Apenas ponemos un pie en la casa, Tomás tira más leña al fuego. Siento que el frío jamás va a salir de mi cuerpo. La única solución es bañarme con agua hirviendo y nunca más salir de la cama.

—Sobró comida que hice al mediodía —dice Tomás mientras camina hasta la cocina—. Sopa de papa y puerro. —Quiero decirle que es mi comida favorita pero antes de que pueda siquiera pronunciar una palabra, cierra la puerta de la heladera y vuelve a hablar—. Si querés podés darte una ducha mientras la caliento, ¿te parece? Te llamo cuando esté.

Un rato después estamos los dos en la mesa, cuchara en mano, soplando y llevándonos la sopa a la boca.

—Estaba pensando en que mañana podrías venir conmigo al club.

Alzo los ojos de la sopa.

—A la mañana entreno. Podés venir conmigo.

Inclino la cabeza.

—No me mires como si me hubiera salido una cabeza extra. —Pone los ojos en blanco y es un gesto tan ajeno a él que me toma por sorpresa—. ¿Tenés malla enteriza? —Asiento con la cabeza—. ¿La trajiste acá? —Niego con la cabeza. Al parecer me quedé sin palabras—. Mañana la paso a buscar temprano. Y ni se te ocurra decirme que no. Ya hablamos esto, no hay nada en tus cajones que no haya visto antes. Aprovechá a dormir. Nos vamos temprano. Así podés entrenar antes de ir a trabajar, ¿te parece? —Se lleva la cuchara a la boca y no agrega nada más. Y tampoco me da lugar a negarme.

Le cuento que Delfina ya sabe que estoy acá y su respuesta es que nos da dos días máximo antes de que Valentino nos llame a alguno de los dos. No le contradigo. No por Delfina, ella sabe guardar secretos. El que tiene problemas con eso es Fausto. No puede mantener un secreto ni aunque su vida dependiera de eso.

Levanto la mesa, y casi peleándome con Tomás, me pongo a lavar los platos. Él se coloca a mi lado con el repasador. En menos de diez minutos tenemos todo limpio y guardado. Nos decimos buenas noches y no es hasta cuando apoyo la cabeza en la almohada que me doy cuenta de que no pensé ni medio segundo en Lucas.

Capítulo 6

Cuando bajé a desayunar había tostadas y café preparados sobre la mesa. Tomás me sonrió y deslizó una taza hacia mí sin decir nada. Pasamos todo el desayuno en silencio y entendí que el hombre que masticaba y tomaba callado no pertenecía al grupo de personas que les gustaba hablar a las seis y media de la mañana.

—Voy al auto a encender la calefacción, así se va calentando. Te espero allá. —Asiento con la cabeza porque mi boca está ocupada masticando.

Termino mi café con leche y rezo para que la cafeína haga su tarea de despabilarme un poco y me caliente el cuerpo. Bostezo mientras camino hacia la puerta. Me ajusto la bufanda, agarro el bolso que empecé a armar ayer a la noche y Tomás terminó de armar hoy a la mañana, y salgo a afrontar el aire helado de julio. Automáticamente se me congela la piel de la cara. Camino rápido hasta el auto, abro la puerta y prácticamente me tiro adentro.

—¿Frío? —dice Tomás con una sonrisa.

—Mientras más pienso que ahora voy a tener que meterme al agua, menos ganas de que arranques el auto tengo —confieso.

—Juana. —Su tono de voz rozaba la decepción, pero puedo observar la diversión en sus ojos—. La pileta está climatizada, no somos animales. —Con eso último, y sus ojos fijos en mí, mueve la palanca de cambios y salimos hacia el club.

Pilar nos dice buenos días apenas abrimos la puerta. Me mira solo por un segundo antes de que sus ojos queden anclados al hombre que tengo delante de mí. Puedo ver cómo Pilar lo sigue con la mirada.

—Tomi, ¿tenés un segundo? —Eso hace que él deje de caminar. Se acerca hasta el mostrador y apoya sus antebrazos, toda su atención para ella. Es imposible pasar por alto la forma en que Pilar se sonroja un poco, inquieta agarra una lapicera y la mueve entre sus dedos—. Camila no va a poder dar la clase de seis a siete y media. ¿Hay chances de que la puedas reemplazar?

—Sí, obvio. No hay problema. —La espalda de Tomás comienza a enderezarse, dando por terminada la conversación y puedo ver cómo el cerebro de Pilar busca alguna excusa para mantenerlo por unos minutos más—. ¿Eso es todo? —pregunta con paciencia.

—Em, sí —responde ella estirando las palabras. Después de una pausa donde creo que va a decir algo más, suspira, rendida—. ¿Vas al mismo carril de siempre? ¿Necesitás algo?

—Sí y no, gracias, Pili. —Finaliza con un golpecito en el mostrador y le regala una sonrisa antes de girarse y mirarme—. ¿Vamos? Te muestro dónde están los vestuarios.

Cuando paso enfrente de Pilar, que se queda mirando la espalda de Tomás, le doy una sonrisa que ella responde con una que intenta no demostrar su decepción.

Tomás me muestra dónde está el vestuario de mujeres y me explica el camino hacia la pileta. Mientras me desvisto me quedo pensando en la interacción de Tomás y Pilar, y si él sabe que ella está embobada con él. Ese es el efecto que tiene sobre la mitad de la población de Nanai. Tal vez Tomás ya es inmune a la atención que recibe y justamente ni siquiera lo nota.

Abro el bolso y me encuentro con mi malla azul marino que no es de natación, pero es enteriza, y que Tomás fue a buscar a mi casa. Se levantó más temprano por esto y después de ver lo mucho que odia las mañanas abrazo el gesto. También hay una gorra y unas antiparras. Nuevas. Dos toallas y unas ojotas que estoy segura de que agarró de mi casa esta mañana porque yo no las guardé.

No hay absolutamente nadie, solo está Tomás esperándome de espaldas, su brazo izquierdo doblado detrás de él, su mano derecha empujando el codo para ayudar a estirar bien los músculos. Mis ojos recorren su cuerpo por completo. No puedo evitar fijarme en la forma de sus piernas, tonificadas y definidas de años de hacer

deporte; en cómo su espalda es ancha arriba y a medida que baja se va achicando. Tomás se suelta el brazo y mueve un poco los hombros antes de repetir el estiramiento con el otro brazo. Y es ahí cuando me doy cuenta de que me quedé parada demasiado tiempo. Tomo aire y me obligo a caminar hacia él. No hace falta que llegue hasta su lado para que se dé cuenta de mi presencia.

—¿Lista? —pregunta sobre su hombro.

—¿Me ayudás con esto? —Alzo mi brazo mostrándole el gorro de natación. No me traje la plancha de pelo y los rulos están volviendo a la vida. Lo que significa que meter todo dentro de un espacio minúsculo de látex es una tarea para dos personas, o tres. Tomás se mueve hasta quedar con su cuerpo frente al mío y tengo que cerrar los ojos, contar hasta diez y enfocar mi vista en un punto fijo detrás de él porque de repente siento que es demasiada información y su cuerpo está muy cerca del mío.

—Juana. —Mis ojos se disparan a su cara—. Necesito que te acerques un poco más. Agarrate el pelo y agachá la cabeza. —Sigo paso a paso sus indicaciones. Intento hacerme un rodete con mi propio pelo, pero no saco mis manos porque sé que necesito mantenerlo fijo mientras Tomás intenta meterme ese pedazo de látex. Pego el mentón a mi pecho. No puedo mirarlo, pero siento cómo se acorta la distancia entre nosotros. Sus manos trabajan con cuidado y rozan mis nudillos, mis dedos, mi piel. Me concentro en nuestros pies y efectivamente nos separan centímetros—. Podés sacar las manos. —Eso hago. Tomás empuja el gorro hacia abajo y lo suelta despacio—. Lista.

—Gracias. —Giro hacia la pileta y me alejo un poco de él—. En el vestuario me habían empezado a doler los brazos intentando ponerlo.

—¿Sabés que pensé en un momento, "cómo va a hacer Juana para ponerse el gorro sola"? —Volteo a mirarlo—. No me mires así. Si necesitabas ayuda me la ibas a pedir. —Se encoge de hombros—. Bueno, basta de hablar. Agarrate el antebrazo y contá hasta quince.

Hacemos unos ejercicios para entrar en calor las articulaciones y los músculos. Y un poco agradezco tener algo que hacer para no quedarme dormida. Y bueno, para tener algo en qué concentrarme

que no sea él. No es la primera vez que lo veo en malla, pero para ser honesta hace mucho que no vamos a la playa juntos. Intento hacer memoria y realmente no me encuentro con ningún recuerdo cercano. En este último tiempo siento que lo vi menos. Antes de meternos al agua, se pone las antiparras y quise, pero no pude evitar fijarme en cómo los músculos de sus brazos se flexionan con el movimiento. Me enfoco en el agua y me acomodo las antiparras. Nos sumergimos en la pileta que, gracias al cielo, no está helada. Al contrario, emana un calor casi asfixiante.

Empezamos a nadar a un ritmo tranquilo, ida y vuelta. Tomás va delante y yo lo sigo. Me dijo que nadara como quisiera, que era simplemente para seguir entrando en calor, que después me iba a explicar cómo respirar y la técnica. Así que acá estamos, nadando. No hay nadie más en la pileta y con razón. Hace tres grados bajo cero y es demasiado temprano. No los culpo.

Paramos de nadar. Nos apoyamos en el borde de la pileta. Tomás me alcanza una de las botellas de agua que trajo. Yo no me percaté de traer una. Me subo las antiparras y siento resentida la piel alrededor de los ojos. Tomás frunce las cejas mientras sigue tomando agua.

—¿Qué? —pregunto. Deja la botella sobre el borde y se acerca hasta quedar muy cerca de mí. Mi pecho, a diferencia del suyo, está un poco agitado. Claramente estoy fuera de estado. Debería volver a pilates.

—Te están lastimando —dice, su mirada fija en mis ojos—. Las antiparras —aclara—, están muy ajustadas. ¿Te duele?

—Un poco —admito—. Pero pensé que tenían que estar ajustadas.

—Sí, pero no tanto. Vení. —Quiero preguntarle adónde quiere que vaya, no podemos estar más cerca—. Date vuelta —aclara. Lo hago. Siento sus manos trabajar en las tiras de las antiparras—. Proba ahora —dice al mismo tiempo que me giro para quedar de nuevo frente a él. Me pongo las antiparras y si bien siguen ajustadas, al menos ahora no me están cortando la circulación.

—Mucho mejor.

—Si te entra agua, avisame y te las ajusto un poco, pero no creo que pase —dice al mismo tiempo que se pone las suyas y me explica un poco la técnica de la respiración y la técnica del crol, que me doy cuenta de que es como estaba nadando antes, nada más que ahora sé cómo hacerlo mejor. O al menos intentarlo.

Empieza a nadar él mientras yo espero sobre el borde a que se aleje lo suficiente para no chocarnos y me fijo en cómo los músculos de su espalda se mueven cada vez que uno de sus brazos atraviesa el agua. Y honestamente tengo una conversación conmigo porque necesito dejar de verlo como si jamás hubiera visto un hombre antes en mi vida. No entiendo qué me pasa y no debería estar viendo a nadie con ojos de nada. Me concentro en mi respiración, en la técnica que me explicó minutos atrás y cuando está lo suficientemente lejos, me empujo con la planta de los pies, como me enseñó minutos atrás, y comienzo a nadar.

Siento cómo mis músculos se quejan, las piernas pesadas y los brazos cansados. Pero la tranquilidad que siento compensa absolutamente todo. Siento mi cabeza liviana. Tardo bastante en darme cuenta de que no estoy pensando en nada. Toda mi concentración está depositada en mi respiración, en cómo salen y entran mis brazos del agua, el movimiento de mis piernas pataleando. Y eso es lo único que se escucha. Si alguien viniera ahora y me preguntara qué es lo que más me gusta de nadar podría responder que el silencio. Hay tanta paz. Por un instante me siento como la única persona viva en todo el planeta. Eso hasta que el hombre que tengo delante frena. Hora de descansar.

Seguimos nadando, con descansos en el medio que sé muy bien que él no necesita, hasta que me dice que por hoy estamos. Tengo los antebrazos apoyados sobre el borde, las piernas flotando con tranquilidad en el agua. Estoy intentando recuperar un poco el aire y que se me calmen las pulsaciones. Tomás se saca las antiparras y el gorro y tira ambas cosas fuera de la pileta, apoya las palmas en el borde, flexiona los codos y se impulsa hacia arriba. Sale de la pileta con una delicadeza que no coincide con el tamaño de su cuerpo. Agarra la toalla y la sacude un poco sobre su cabeza. No quiero mirar, pero en mi defensa, no hay mucho más para ver. Tomás se

acuclilla enfrente de mí, la toalla alrededor de su cuello. Está tan cerca que puedo ver las leves marcas rojas que le dejaron las antiparras. Me sonríe y creo que nunca lo había visto sonreír así. Tomás ama este deporte y esta es la cara de alguien que hace lo que ama. Me acuerdo que cuando era chica solía escuchar a Valentino decir que su mejor amigo era en realidad un pez y no un humano, porque esa podía ser la única explicación lógica de que fuera tan feliz cuando estaba dentro del agua. Jamás había tenido la oportunidad de verlo en su hábitat natural. Resplandece.

—¿Y? —me pregunta excitado. Bajo mis antiparras y respiro aliviada. Me paso los dedos por donde estoy segura de que tengo las marcas.

—Me quedaría una hora más —respondo y su sonrisa se ensancha aún más. No puedo evitar sonreír.

—Si no fuera porque ahora hay una clase te diría de quedarnos. —Estira sus manos y las tomo. Empuja hacia arriba para ayudarme a salir y no debería estar sorprendida por la facilidad que tiene para levantarme. Vi el tamaño de sus brazos. Me alcanza una de las toallas, agarra todo lo que dejó tirado y vamos a los vestuarios.

Mientras me cambio no tengo dudas de que mañana me va a doler todo. Me siento para ponerme las medias y las zapatillas. Después busco en el bolso la crema de peinar. Si no me peino ahora, más tarde va a ser una pesadilla querer desenredarlo. Paso la cabeza por el buzo, me pongo la campera sin cerrarla y agarro el bolso. Tomás ya me está esperando apoyado en el pasillo, celular en mano, bolso en el hombro y un tobillo cruzado sobre el otro. Sigue con el pelo mojado.

—¿Vamos? —digo. Levanta la vista del celular y vuelve a sonreír. Esta vez la sonrisa es más medida, pero no por eso menos sincera.

—Vamos —responde. Me obliga a darle mi bolso de camino al auto.

Capítulo 7

De regreso a la casa me doy cuenta de que hoy no abre el café. La idea de estar todo el día sin hacer nada me incomoda debajo de la piel.

—¿Necesitás ayuda en Bar hoy? —Tomás gira su cabeza para mirarme, cejas fruncidas, ojos confundidos.

—No… —responde con la vista en el camino—. ¿Por? —Me mira de reojo.

Exhalo y me concentro en las casas que vamos pasando.

—No quiero estar todo el día en la casa, sola, sin hacer nada.

Tomás no responde y yo mantengo la vista fija en la ventana.

No es hasta cuando estacionamos en la entrada del estacionamiento que él vuelve a hablar.

—Tengo que reemplazar a una profe y de ahí irme directo al bar —lo miro—. ¿Querés que te deje las llaves de mi auto?

—¿Y con qué vas?

—La moto.

—Hace frío para subirse a la moto.

Tomás encoge el hombro.

—No es tan grave —responde—. Prefiero ir en moto a que vos tengas que ir caminando de noche y con este frío.

—Ah, ¿entonces vos podés usar el argumento del clima pero yo no? —Sus comisuras se mueven solo un milímetro, pero lo noto.

—No me discutas todo —dice, y abre la puerta del auto. Automáticamente hago lo mismo. Por suerte, Tomás ya está abriendo la puerta de la casa. Este viento helado más mi pelo mojado son una pésima combinación.

—No te discuto todo —me defiendo mientras entramos a la casa y el calor me abraza la piel del rostro y las manos. Lo sigo hasta la cocina.

—¿Querés un mate? —dice llenando de agua la pava, su cintura apoyada en la mesada, sus ojos en mí—. Tengo un rato antes de tener que ir a la casa de Carolina a regarle las plantas.

—Se ve que no fui la única a la que le pidieron ese favor —digo.

—Con la diferencia de que Delfina no sabe que vos tenés un talento natural para matarlas —ofrece Tomás.

Pongo los ojos en blanco.

—Tiene una planta. —Levanto mi dedo índice—. Una. No la voy a matar.

—Ver para creer.

—¿Estás al mediodía? —Me arrepiento de mis palabras casi al instante. Soné patética y algo desesperada—. Por la comida —intento arreglar—. Así sé si te cuento o no.

Tomás me estudia antes de responder y su mirada contiene un peso que me hace querer salir corriendo y al mismo tiempo estar tan cerca que no pueda escapar de sus ojos.

—Tengo que recibir mercadería en el bar antes de ir a dar clases. Seguro coma algo por ahí. No te preocupes, Juana. —Pone el agua a calentar y arma el mate.

Quiero responderle que no me preocupo por él, me preocupo por mí. Tomás es un chico grande y estoy segura de que sabe cuidarse y que no me necesita a mí para alimentarse como corresponde. El problema es que, si él no está, entonces significa que voy a estar sola. Y la soledad no es algo a lo que esté acostumbrada. Intento pensar en la última vez que hice algo sin que nadie estuviera conmigo y ningún recuerdo aparece. Por un segundo estoy a punto de ofrecerle a Tomás acompañarlo a regar las plantas de Caro y a todo lo que tenga que hacer. Solo el pensamiento me da ganas de enterrarme diez metros bajo tierra de lo desesperada que sueno. Pero supongo que además de la falta de hábito, hay un poco de miedo también. Miedo de aburrirme y que eso me lleve a pensar, y una vez que mi cabeza empieza, nunca sé dónde voy a terminar.

—¿Le cuidás las plantas a Valentino también? —pregunto mientras tomo el mate que me está ofreciendo.

—A Matilda querrás decir. Ese hombre no puede mantener una planta viva ni en pedo. A veces me pregunto cómo hizo Ringo para llegar tan lejos.

Suelto una carcajada.

—Debe ser algo en los genes entonces. —Me llevo la bombilla a los labios.

Tomás niega la cabeza

—Necesito que me expliques cómo matas un cactus. No lo entiendo.

—¿Mucha agua? ¿Poca? —Muevo mis hombros—. Honestamente no sé. Lo único que te puedo decir es que después de matar un bonsái, dos cactus y una planta que no sé cómo se llamaba, dejé de intentarlo. Estaba a una muerte más de que me prohibieran la entrada al vivero.

—Juana, es terrible. —Niega con la cabeza—. No puedo creer que hayas matado a dos cactus. Si querés te puedo enseñar algunas cosas —ofrece—. Aunque a lo mejor llego tarde y no tenés solución. —Chupa la bombilla y sé que está escondiendo otra sonrisa.

Hay algo cómodo entre nosotros dos. No me sorprende. Nos conocemos desde hace décadas. Pero nunca estuvimos los dos solos. Jamás desarrollamos complicidad e intimidad. No tenemos chistes que solo nosotros dos conocemos. No sabemos qué hace el otro en su tiempo libre. No descubrimos absolutamente nada más allá de lo superficial. Por eso me sorprende encontrarme en esta comodidad. Como si de alguna manera siempre hubiera estado, pero escondida. Podría decir que es hasta casi natural la forma en la que nos movemos entre nosotros.

—¿Puedo percibir un tono de superioridad?

—Percibís bien —responde y estira su brazo, ofreciendo el mate con una sonrisa gigante.

—El ego no te queda bien, Tomi —entrecierro los ojos.

—¿En serio? —Se mira a sí mismo.

—Y el sarcasmo tampoco.

Lo que sale de su boca parece más un grito que una risa.

—Bueno, si querés aprender a no matar plantas, ya sabés dónde encontrarme.

—¿A dos puertas de distancia de mi habitación?

—Exacto.

No paso por alto el pequeño detalle de que Tomás no me preguntó ni una vez hasta cuando pensaba quedarme. Todas mis inseguridades salen a flote al mismo tiempo. A lo mejor no me quiere más acá pero no sabe cómo decirme que me vaya. A lo mejor soy yo la que tiene que agarrar sus cosas, decir gracias e irse. A lo mejor está esperando justamente eso. Inhalando aire y devolviéndole el mate escupo mis palabras.

—Igual debería volver a mi casa. —Tomás frunce el ceño—. Fuiste muy amable por dejar que me quede unos días acá, en serio, gracias. Pero creo que ya estoy extendiendo mi estadía demasiado. No te quiero molestar, Tomás.

Ningún músculo de su cara se mueve. No abre la boca. No hay reacción.

—¿Querés irte? —Con los brazos cruzados sobre su pecho me mira, pareciera que quisiera ver si me atrevo a mentirle.

¿Quiero irme? No. Pero ¿debería? Seguramente.

—No lo pienses tanto, Juana. —El tono contiene cero paciencia, el marrón de sus ojos me analiza con seriedad, su postura rígida—. ¿Te querés quedar o te querés ir?

—No te quiero molestar.

Las fosas nasales de Tomás se abren un poco, su ceño se profundiza aún más.

—No te pregunté eso.

El tiempo parece expandirse con lentitud. Intento ordenar mis pensamientos. Él espera mi decisión.

—Juana. —Su tono es determinante, pero dulce al mismo tiempo. Como él—. Podés quedarte el tiempo que quieras. No pienses en mí. Pensá en lo que vos querés. ¿Qué querés hacer, Juana?

—Quiero quedarme. —Las palabras salen antes de que pueda pensarlas siquiera.

Tomás asiente una vez.

—¿Era tan difícil? —agrega con la cabeza inclinada un poco hacia la derecha, ambas cejas alzadas.

—Demasiado. —Exhalo y abro mucho los ojos. Poco a poco la expresión de él se ablanda para darle paso a una sonrisa que necesito imitar.

Con un movimiento de dedos me pide el mate.

—Ah —dice mientras ceba—, quiero que sepas que no me olvidé. —Ahora es mi turno de inclinar la cabeza.

—No sé de qué estás hablando.

—No me olvidé de que todavía no me dijiste la razón por la cual no querés volver a tu casa. —Siento como si la sangre quedara estática entre mis venas. Mis pulmones apenas están respirando. No me animo ni a cerrar los párpados—. No necesito que me lo digas. Lo que quiero es que sepas que estoy acá para cuando quieras hacerlo.

Digo que sí con la cabeza, mis ojos sin poder mirar los suyos. Necesito enfocarme en algo que no sea su cara, la forma en que las cejas se arquean con cierta pena, al igual que su boca. No me gusta sentir la lástima de los demás sobre mi piel. Cuando mi mamá murió, pensé en no decírselo a nadie, guardar el secreto junto con Valentino y mi papá. No quería que me miraran diferente. O peor. Que cuando me vieran solo pensaran en la chica que perdió a su mamá de una manera tan abrupta que su papá solo encontró consuelo en el alcohol, deseando morir cada noche y odiando despertar cada mañana. Estaba negada a cambiar frente a los ojos de los demás. Y sé muy adentro de mí que es la razón por la cual no puedo mirarlo a los ojos y decirle lo que pasó el viernes. Solo necesito guardar este secreto unos días más. Tampoco soy tan ingenua como para creer que puedo pasar mucho más tiempo sin decírselo. Y algo me dice que Tomás se da una idea de por qué estoy en su casa.

—Gracias —murmuro con mi vista fija en la ventana. Las nubes grises, opacas, voluminosas, estáticas. No sé hace cuántos días no veo el sol. Lo extraño—. ¿Cómo hacés con las plantas que necesitan luz solar? Hace días que no hay ni medio rayo de sol.

Si mi cambio de tema lo descoloca, no da señales de eso. Lo único que hace es pasar el mate y responder mi pregunta. Su voz es pausada, melosa, casi perezosa, cuando me explica cosas que no sé. Toda mi atención es de él. Me encuentro colgada de cada palabra que sale de su boca, mi cerebro absorbiendo cada pedazo de información nueva.

Tomás gira el cuello, lee la hora del reloj gigante que tiene en una de las paredes de la cocina y cuando vuelve a verme puedo notar un rastro de pena, de resistencia.

—Me tengo que ir —dice caminando hacia la puerta. Se pone una zapatilla, luego la otra. Se pone la campera sobre la remera y me pregunto si no tendrá frío solo con eso—. La casa es tuya, Juana. —Se sube el cierre de la campera, sus ojos y manos buscando todo lo que necesita. Billetera, llaves, celular—. Por favor, llamame por cualquier cosa que necesites, ¿sí?

—Creo que puedo sobrevivir sin vos, Tomi —le respondo con una sonrisa.

—Llamame si lo necesitás, ¿sí? —insiste, la mano en el picaporte, sus ojos fijos en mí. Todo su cuerpo me dice que no quiere irse y mi corazón se ensancha un poco ante la idea de él queriendo pasar tiempo conmigo. Es un sentimiento tan aterrador, repentino y carente de sentido, que decido ignorarlo por completo.

Te gusta tener su atención, es eso. Y tendría sentido que me incline hacia su interés como una flor hacia el sol. Porque mientras más tiempo paso con Tomás, más me doy cuenta de que hacía rato que nadie me prestaba un poco de atención.

Capítulo 8

Los días pasan y Tomás y yo nos encontramos en una rutina que pareciera que venimos haciendo hace años. Desayunar juntos antes de ir a entrenar, volver y tomar unos mates hasta que él se va a dar clases de natación, y al final del día me pasa a buscar por el café para ir al bar con él.

—Benito —intento decirlo seria, pero sé que me está traicionando la sonrisa que siento tirando en mis comisuras—. ¿Por qué te mentiría?

—¡Es lo que me pregunto yo! —Niega con la cabeza—. Te tuve a upa, Juana.

—La mitad de Nanai puede decir eso —respondo.

—Pero nadie puede decir que llevó en auto a tu mamá embarazada y tu papá en un estado de crisis completo al hospital porque se les quedó el suyo en medio de la calle —contraataca todo orgullo, pecho inflado, cejas alzadas, desafiándome—. Merezco que me digas la verdad, Juana. —Apoya los codos sobre la barra del bar y se acerca, y yo lo imito. Su voz es apenas un susurro—. No te voy a juzgar. Jamás me gustó ese chico con el que salías. —Mi corazón se detiene, mi sonrisa desaparece—. Si algo está pasando con el mayor de los Acosta —con el mentón señala hacia donde está el susodicho. Agradezco que esté en el otro extremo de la barra, lejos de nuestra conversación—, lo único que voy a decir es: era hora.

Sus palabras me descolocan, quiero decirle que me explique a qué se refiere con "era hora". Y sobre todo decirle, por tercera vez, que Tomás y yo no estamos juntos. Estoy a punto de hacerlo, pero el ruido de vidrios estrellándose contra el piso me hace girar la

cabeza hacia el sonido, olvidándome de Benito y la conversación completamente sin sentido que estábamos teniendo.

Lo primero que veo es a Tomás agachado, juntando pedazos de vidrio. Busco el trapo de piso y me acerco hasta él. Me arrodillo y empiezo a juntar los pedazos más grandes.

—Perdón. —Levanto la mirada. Y un poco me arrepiento de hacerlo. La chica es tan hermosa que no puedo frenar la envidia que me arrolla con toda la fuerza del mundo. Su pelo es de un color castaño que cae en ondas largas y pesadas sobre su torso. El color de sus ojos es lo que me tiene mirándola con los labios despegados. Son tan celestes que parecen casi transparentes. Pero me doy cuenta de que no es su hermosura lo que me molesta. No. Es cómo ella lo mira a él. Como si quisiera ponerlo entre dos panes y comérselo entero. Bajo la mirada, enfocada cien por ciento en los pedazos de vaso. Los tiro con fuerza dentro de la bolsa porque me enoja e incomoda que me moleste que una mujer miré así a Tomás. No debería sentirme así. No tiene sentido. Debería estar triste, no sintiendo celos por un hombre que no es mío.

—No pasa nada. —Tomás le sonríe con dulzura. Veo a la chica derretirse un poco ante su mirada. Niego con la cabeza y sigo juntando. Rápido. Quiero volver detrás de la barra y seguir hablando con Benito.

—Dejame que te pague los vasos que rompí, por favor. —Y como si no fuera suficiente, veo de reojo cómo se agacha junto a Tomás y empieza a recoger pedazos de vidrio. Están tan cerca que si ambos giraran la cabeza sus labios quedarían a centímetros. Cierro los ojos. ¿Por qué me importa a qué distancia está la boca de Tomás de la de otra mujer?—. Me siento terrible —continúa—. Supongo que la última cerveza estuvo de más —dice con humor.

—No te preocupes —la reconforta Tomás y la sonrisa que le da me genera ganas de abrir un hoyo en el medio del bar y esconderme para siempre ahí. Siento que sobro, que estoy interrumpiendo algo entre ellos dos. Me paro tan abruptamente que ambos me miran desde abajo. Es Tomás el que habla—. ¿Juana?

—Ya junté todos los pedazos grandes —digo sin mirarlo del todo —. Voy a buscar el escobillón para lo que quedó. —No espero que

me responda. Ni siquiera sé si quiero. Simplemente me alejo con pasos grandes.

Entro a la cocina con más fuerza de la que pretendía. Choco me mira con las cejas arqueadas.

—¿Todo bien, Juana?

—Sí. —Respiro hondo—. Todo perfecto. Nunca mejor. Mi vida está en su mejor momento. —La sonrisa que le doy creo que lo asusta más que otra cosa.

—¿Estás sonriendo?

—Sí. —Sonrío más grande. Choco asiente un par de veces. Saca las papas de la freidora y las sirve.

—No lo hagas más, por favor.

Exhalo y me llevo ambas manos a la cara, con mi espalda apoyada sobre la puerta que separa la cocina del bar. Gruño entre mis palmas. Estoy cansada, confundida, lastimada, todo al mismo tiempo. Quiero no sentir nada. Quiero vacaciones. Quiero no pensar, apagar mi cerebro.

—Te noto estresada —agrega Choco. Ahora con sus piernas cruzadas, la cadera apoyada en la mesada, brazos sobre su pecho—. ¿Querés descansar un rato? Los sábados son intensos acá. Estoy seguro de que a Tomás no le va a molestar que te tomes quince.

—No lo quiero dejar solo adelante —digo entre mis manos.

—Repito, no creo que a Tomás le moleste si descansás unos minutos. Honestamente creo que podés prender fuego el bar y él no te va a decir nada.

El comentario hace que corra las manos de los ojos, necesito ver su expresión. Choco me mira con una sonrisa.

—No me mires como si no supieras de lo que te estoy hablando —agrega.

Por segunda vez en la noche mis palabras quedan atoradas en mi garganta.

—¿Juana? —Su voz es amortiguada por la puerta que nos separa —. ¿Estás bien? No volviste con el escobillón.

Choco me mira de reojo. Hay algo sobrado en su expresión. Entrecierro los ojos y él solo sonríe. Claramente no va a decir ni una

palabra más ni explicar lo que dijo hace unos minutos. Rendida me doy media vuelta y abro la puerta.

Tomás me estudia con unos ojos marrones que parecen preocupados y están llenos de preguntas.

—Me quedé esperándote —dice parado, llenando el marco de la puerta casi por completo. Tomás es más alto que yo así que tengo que inclinar un poco la cabeza para mirarlo directo a los ojos. Él hace lo mismo, pero al revés, bajando el mentón.

—Perdón, me quedé hablando con Choco. —Ambos dejamos de mirarnos para verlo a él. Choco levanta las manos.

—A mí no me metan —dice y se vuelve a la mesada, concentrado en el plato que está preparando. Me quedo mirándolo, pero sé que Tomás dejó de hacerlo porque siento su mirada en el costado de mi cara.

—Dónde está el escobillón. —Volteo la cabeza. Tomás tiene sus brazos cruzados y me mira esperando una respuesta.

—Como te dije —me alejo de él y empiezo a caminar hacia donde sé que está el escobillón—, me distraje hablando con Choco. —Con el escobillón en mis manos camino hasta la puerta, pero el hombre testarudo no se hace a un lado—. Permiso. —Tomás no tiene la intención de dejarme pasar. Levanto la cabeza—. Si querés que barra, voy a necesitar que te corras. —Doy un paso hacia adelante, pero las manos de Tomás sobre mi hombro me empujan dentro de la cocina.

—¿Podés ir a atender? —le dice a Choco.

—Encantado —responde. Cuando Tomás no puede verlo se da media vuelta y me dice *suerte* solo moviendo los labios.

La cocina de repente se siente diez veces más chica. Doy un par de pasos hacia atrás y los brazos de Tomás caen al costado de su cuerpo. Nos miramos, por primera vez, incómodos. No sé él, pero yo sé por qué lo estoy. Los pensamientos que tuve hace un rato no son pensamientos que debería tener. Aunque si lo pienso, suelo ser celosa de mis amigos, y a lo mejor es eso lo que me pasó recién. Me obligo a pensar que fue eso. Porque no puedo sentir celos por un hombre a una semana de haber terminado una relación.

El problema es que, mientras más me alejo de la relación que tuve con Lucas, veo con claridad muchas cosas. Como el hecho de que estuvimos juntos más de un año, pero no teníamos planes a futuro. Un par de veces le había ofrecido que se viniera a vivir a mi casa en Nanai, pero él solo repetía que le gustaba tener su espacio, que no quería dejar de vivir en Mar del Plata. Y lo entendí porque tenía sentido que quisiéramos mantener nuestros espacios. Muchas parejas no viven juntas. Pero por las noches, que era cuando más me costaba conciliar el sueño, repetía situaciones, reproducía cosas que me había dicho y me encontraba conmigo misma sentada en la cama, retándome por ser tan ingenua. ¿Cómo no me di cuenta de las señales que aparecían constantemente? A lo mejor por eso no me sorprende el final de nuestra relación. Si me lo pongo a pensar, tiene lógica que las cosas hayan terminado de la forma en la que lo hicieron. Su ausencia no me daña porque de alguna forma no esperaba otra cosa de él. Supongo que lo que realmente me duele no es la pérdida de nuestra relación, porque cuanto más lo analizo, más me amigo con la idea de que era una mierda. Lo que me genera insomnio es la idea de que pensaba que estaba viviendo la experiencia de ser amada, que había encontrado a la persona con la que iba a envejecer, que al fin había llegado mi turno. Lo que hace que me duela el pecho es la realización de que no sé cómo luce ese tipo de amor del que todo el mundo habla y el miedo agonizante de nunca averiguarlo.

—Estás triste —dice él, con su mirada penetrando mi rostro.

—Puede ser —ofrezco.

—¿Querés que te lleve a casa?

—No. —Niego con la cabeza. Lo que menos quiero es estar sola en este momento. Supongo que la técnica de hacer como que nada está pasando tiene un límite. Y estoy acercándome. Exhalo—. El bar está lleno de gente y no quiero complicarte.

—No quiero que te preocupes por mi bar, Juana —dice un poco enojado—. Podés quedarte acá si querés. No hace falta que trabajes. En realidad, creo que no deberías trabajar.

—Me sirve para distraerme.

—Es que ahí está la cuestión. —Un paso delante de otro y de repente volvemos a estar cerca. Es como si nuestros cuerpos tuvieran unos imanes que hacen imposible la tarea de mantenernos a una buena distancia. Nos los habrán colocado hace poco, pienso, porque jamás había sentido este impulso de estar cerca de él—. No sé si tenés que distraerte Juana. Reprimir y fingir nunca le funcionó a nadie.

—Es más fácil.

—Puede ser —dice encogiéndose de hombros—. Pero tarde o temprano tenés que enfrentarte a eso que fingís que no existe. ¿Qué estás escondiendo, Juana? Sé que se trata sobre Lucas, no soy pelotudo. ¿Qué te hizo?

Pocas veces en mi vida vi a Tomás enojado. Muchas personas podrán verlo y pensar que su carácter seco lo hace ser una persona con mal temperamento, pero la realidad es que Tomás siempre fue tranquilo, de las personas que piensan hasta dos veces antes de actuar. Me acuerdo cuando mi hermano y él eran adolescentes. Valentino se había metido en una pelea y fue Tomás el que lo agarró del torso alejándolo y diciéndole que estaba dando vergüenza, actuando como un animal en el patio del colegio. Mi hermano siempre fue una persona impulsiva, moviéndose por sus emociones. Pero empiezo a entender que Tomás es todo lo contrario. Transmite calma y puede ser porque encuentro tranquilidad en sus ojos que le doy un sorbo de mi secreto.

—Tenés razón.

—¿Sobre qué?

—Es sobre Lucas.

Varias emociones pasan a toda velocidad por la cara de Tomás. Ninguna de ellas es sorpresa. De repente la calma pareciera esfumarse de su cuerpo. Puedo ver la rigidez en los músculos de sus brazos. La tensión sobre sus hombros y cuello. La forma en la que aprieta con fuerza sus muelas. Su pecho sube y baja. Siento que está a punto de implosionar.

—¿Qué hizo? —pregunta con los dientes tan apretados que apenas lo escucho.

—¿Cómo sabés que él hizo algo?

—Porque estamos hablando de Lucas. —Es lo único que ofrece como explicación. Y no puedo evitar enojarme.

—¿Qué querés decir con eso? —Mi tono es frío, punzante.

—¿Lo estás defendiendo, Juana? No lo puedo creer —dice con una risa de incredulidad que carece de humor, pasándose una mano por el pelo, caminando por la cocina—. ¿Te caga y lo defendés?

Siento cómo todo se detiene.

Tomás deja de caminar y se pasa una mano por la cara, arrastrando la piel de la frente hacia arriba. Lo escucho murmurar una puteada.

—¿Cómo te enteraste? —Me siento tan diminuta que podría entrar en un dedal.

—Juana… —dice abatido. Da un paso con la intención de acercarse a mí, pero yo levanto mi mano y doy un paso alejándome de él. Tomás no se mueve ni medio centímetro. Puedo ver salpicaduras de dolor en diferentes partes de su cara—. Juana —repite—. Por favor, dejame que te explique.

—Creo que voy a aceptar tu oferta e irme. —No puedo mirarlo a la cara mientras busco mi abrigo y mi cartera. Estoy tan alterada que fallo en embocar mi brazo en la manga un par de veces. Hasta que siento el calor de su cuerpo sobre mi espalda y segundos después son sus manos las que me ayudan a meterme dentro de la campera. Nos quedamos un instante así.

—Dame unos minutos para cerrar el bar y nos vamos.

Niego con la cabeza.

—Sí —dice con firmeza—. No quiero que te vayas así y tampoco quiero que estés enojada conmigo.

Doy media vuelta y me encuentro con un hombre muy seguro de sí mismo que no da espacio para que lo contradiga.

—Dame unos minutos y vamos a casa. —Camina hacia atrás, sin despegar sus ojos de mí. Señalándome con el dedo agrega: —No. Te. Muevas.

Media hora después estamos los dos en su auto. El silencio entre nosotros es tan espeso que se puede saborear.

No es hasta cuando entramos a su casa que vuelve a hablar.

—¿Té? —ofrece. Le digo que si con la cabeza.

La noche es fresca y tranquila. Puedo escuchar el viento soplando y casi hasta puedo sentirlo. Observo la espalda de Tomás, la forma en la que su cuerpo se mueve a través de la cocina. Agarra dos tazas. Pone agua en la pava. Enciende una hornalla. Espera a que hierva mientras busca la caja donde tiene una amplia variedad de tés. Porque sí, es esa persona que tiene más de un tipo de té. Aprovecha el tiempo de hervor para guardar platos, tenedores, cuchillos, recipientes, que quedaron secándose. Cuando la pava empieza a gritar que el agua está lista, apaga la hornalla y sirve las tazas. Agarra ambas, se da media vuelta y con un gesto de la cabeza me invita a sentarme en la mesa donde desayunamos todas las mañanas en un silencio mucho más cómodo y amable que este. Exhalo y me acerco.

Tomás no me presiona, no abre la boca más que para darle un sorbo al té. Lo que sí hace es mirarme. Supongo que está buscando algo en mi cara que le diga si es seguro hablar o no. Y algo debe encontrar que le da la seguridad de hacerlo.

—La mujer con la que estuvo es la mejor amiga de la hermana de Pilar.

Mis ojos viajan a toda velocidad a los suyos. Sus palabras solo significan una cosa.

—¿Todo el pueblo sabe?

Tomás asiente.

La puta madre.

Dejo caer mi cabeza entre las manos.

Mis hombros se empiezan a sacudir.

—¿Estás llorando? —Ante la pregunta mi cuerpo empieza a sacudirse con más fuerza—. No llores, Juana. —La carcajada que estaba intentando contener brota por mi boca, con tanta potencia que hace caer mi cabeza hacia atrás—. ¿Te estás riendo? —Cuando abro los ojos veo la expresión de Tomás y no puedo evitar reírme con más fuerza. Me mira como si estuviera cayendo en el pozo de la locura. Y a lo mejor lo estoy haciendo—. ¿Se puede saber de qué te reís? —Ahora él también tiene una sonrisa, aunque un poco dudosa, y hay intriga bailando en sus ojos.

—Hace una semana que estoy guardando el secreto de que Lucas me cagó, ¿y me decís que todo el mundo lo sabía? —Escupo una risa que roza la histeria—. ¡Vos lo sabías! —Tomo aire—. Ahora entiendo por qué el otro día que fui a comprar un kilo de tomate me dieron de más—. Abro mucho los ojos. Hago un repaso mental de lo que fueron mis últimos siete días. Intento traer al frente de mi cerebro cada interacción que tuve—. Y también explica por qué todos me dejaron más propina de la que correspondía. O por qué me dejaron pasar en la fila del supermercado, aunque la persona que estaba delante de mí tenía menos cosas. Ah, y estoy casi segura de que eso explica la conversación que tuve con Benito en el bar. —Eso último hace que Tomás alce una ceja, cada vez más intrigado—. No puedo creer que todo Nanai sabe que mi novio me engañó. Y si me preguntás, me asombra que a nadie se le haya escapado ningún comentario.

¿Me sorprende que lo sepan? Mentiría si dijera que sí. Después de todo vivimos en un pueblo. Y todos sabemos que los pueblos y los chismes se llevan más que bien. Puede ser que por eso quería guardar este secreto. No solamente porque no quería que me vieran con pena, sino porque no quería ser la protagonista del cuchicheo, de las miradas de reojo, de los comentarios por lo bajo. No quería sentirme juzgada. Pero saber que ellos lo supieron todo este tiempo es como un baldazo de agua fría, un golpe de realidad.

—Subestimás lo mucho que te ama este pueblo —agrega Tomás como si pudiera leer mis pensamientos.

—Supongo que sí… —Exhalo—. ¿Por qué no me dijiste que sabías? —Le doy un sorbo al té.

—Porque estaba esperando que lo hicieras vos. Que vos quisieras que lo sepa. Pilar me lo contó para cuidarte. Me dijo que no quería ser de las que sabían que una mujer estaba siendo engañada y no decir nada. No se animaba a contártelo a vos directamente porque no sabía cómo te lo ibas a tomar, así que prefirió decírmelo a mí. Horas después estabas en la barra de mi bar con la mirada perdida, pidiendo *shots* de tequila y la sonrisa triste. No necesité ver mucho más para saber que te habías enterado. —Sus ojos se mueven por mi cara—. No sé los detalles. Le pedí que no me los dijera, no me

correspondía saberlo. Tampoco sé si importa tanto el cómo. Pero si querés contármelo, si querés descargar, acá estoy, Juana.

Con mi vista en el líquido caliente, con mis manos abrazando la taza, junto fuerzas para hablar.

—Antes de entrar a mi casa sabía con lo que iba a encontrarme adentro. Podía sentirlo. Mi cuerpo sabía que nada bueno me esperaba del otro lado de la puerta. —Levanto mi mirada hacia Tomás. Encuentro la calma que lo caracteriza y agarrada a eso tomo aire y le cuento todo.

Capítulo 9

Los escuché antes de verlos. Sentía el pulso en mi cuello, el temblor en mis dedos y las lágrimas acumulándose en mis ojos. Pero no iba a llorar.

Caminé despacio hasta la habitación. No quería darles la oportunidad de que me escucharan, no quería avisarles que estaba en la casa. Creo que una parte mía necesitaba verlo, tener evidencia, que me doliera.

Mientras más me acercaba más claros eran los gemidos, sus voces, lo que decían. Mi corazón latía tan rápido que tuve que llevarme una mano al pecho y cerrar los ojos en un intento de tranquilizarme un poco. Frené en el pasillo, estaba a menos de un metro de distancia, solo tenía que dar un par de pasos más. En ese momento dudé. Me encontré con la opción de dar media vuelta, irme y fingir que esto no pasó. Perdonarlo. Otra vez. Una última vez. Dudé tanto que por un momento pensé que era eso lo que iba a hacer. Pero fue lo que dijo él en ese momento que me hizo ver rojo.

—¿Te gusta? ¿Así? ¿Sí, no? —Ella respondió con un gemido—. No hay nadie como vos.

Sentí tanto desagrado que pensé que iba a vomitar.

En un segundo la puerta que nos estaba separando, desapareció.

Lucas estaba encima de ella. Cuando me escuchó giró la cabeza, ojos asustados, pero no dolidos. Es más, parecía casi enojado por la interrupción. No dudó un segundo en acomodarse para taparla con su cuerpo. Fue el hecho de verlo cuidarla que me amarró un nudo en la garganta. No podía verle la cara, y honestamente, no me importaba. Pude ver el momento en el que salió de adentro de ella, sus ojos fijos en mí. Quería hablar, putearlo, reventarle algo en la

cabeza, preguntarle cómo podía hacerme esto, en mi cama, en mi propia casa.

Tenía el puño tan apretado sobre el picaporte, que podía sentirlo penetrando en la piel de mi palma. Mi pecho subía y bajaba rápido. Abrí la boca para hablar, pero no lo hice.

Con más calma de la que se podría esperar en una situación como esta, cerré la puerta, giré, y salí de mi casa.

Caminé sin pensar. No tenía un destino en mente. Todas las personas que me amaban no estaban en el pueblo y me di cuenta en ese momento de que no tenía adónde ir, así que elegí caminar sin rumbo.

Todavía no había llorado cuando frené frente a Bar. Sin querer me hizo sonreír el cartel. Tomás es un hombre práctico. Me acuerdo de preguntarle por qué ese nombre. Me había mirado serio y me respondió algo así como *porque es un bar.* Encogí los hombros y le dije que carecía de imaginación.

Parpadeé y volví a leer las letras que colgaban arriba. No solamente el nombre era plano, sino que tampoco le puso mucho entusiasmo a la estética. Con un suspiro me rendí y entré al bar.

Lo siguiente que recuerdo es despertarme en la casa del mejor amigo de mi hermano con un dolor de cabeza horrible.

Capítulo 10

Mi papá ya me está esperando con la puerta abierta y una sonrisa gigante, que poco a poco se va derritiendo a medida que me acerco y me estudia más de cerca.

—¿Qué pasó? —es su saludo.

—¿Cómo sabés que pasó algo?

—Porque sos mi hija.

Cuelgo la cabeza hacia la izquierda y lo miro.

—Porque se te nota en la cara —admite luego de unos segundos —. Y vivimos en un pueblo. Uno escucha cosas.

Suspiro.

—Te preparé tu comida favorita. —Me ofrece una sonrisa al mismo tiempo que entramos a su casa.

Sé que mi papá está estable. Más de un año sobrio. Pero igualmente sigo sosteniendo el aire en mis pulmones hasta que reviso que no haya ninguna botella a la vista. Recién ahí me relajo. A veces me pregunto si ese miedo se va del todo algún día.

—¿Sopa? —pregunto. Mi papá asiente con la cabeza y lo sigo hasta la cocina.

—Aprendimos esta receta la semana pasada. —Busca dos recipientes y comienza a servir—. Es la primera vez que hago esta receta sin ayuda, así que no prometo nada.

Hace un par de meses, luego de rehabilitación, mi papá empezó a tomar clases de cocina. Le ayuda a tener una rutina, la mente ocupada y aprender a cocinar, sobre todo, que es algo que jamás en su vida hizo. Mi mamá era la encargada de eso. Ella disfrutaba de cocinar, y era buena. En cambio, el hombre con el que estoy

compartiendo mesa en este momento… digámoslo así, uno prefería que mi papá *no* cocinara.

Como cada miércoles que vengo a cenar a su casa y me cocina una receta nueva, espera que sea yo la primera en probar. Con sus ojos expectantes, hundo la cuchara en la sopa y me la llevo a la boca. Abro mucho los ojos al mismo tiempo que sonrío.

—Pa, está muy rica.

—Lo decís tan sorprendida que me duele un poco —dice entre risas.

—Sabés que te amo. —Vuelvo a hundir la cuchara—. Pero cocinar nunca fue tu fuerte. Tengo derecho a sorprenderme cuando tu comida tiene *sabor*.

Es un hombre inteligente, y por eso espera que moje el pan en la sopa y le dé un mordisco para hablar.

—Escuché que te estás quedando en lo de Tomás. —Mastico más rápido, apurada por tener la boca vacía—. No me lo contaste la semana pasada cuando viniste. Pero te entiendo. En eso somos parecidos. Ambos necesitamos tiempo para asimilar las cosas antes de poder hablarlas. ¿Llegó ese momento? —Trago la comida y mis palabras salen algo atropelladas.

—Pa, te quise contar, pero… —Sacudo la cabeza—. Sí, me estoy quedando en su casa.

—¿Se puede saber por qué?

Miro los ojos de mi padre y puedo leer la pregunta implícita.

¿Por qué te estás quedando en su casa y no en la tuya? ¿Dónde estás Lucas?

—Pa… —Reniego un poco. Vine decidida a contarle lo que pasó con Lucas. Primero porque es mi papá y necesito sus consejos y a lo mejor un abrazo. Y segundo porque cuando Tomás me dijo que todo Nanai sabe, automáticamente pensé en que mi papá a lo mejor también lo sabía. Pero si ese no era el caso, yo tenía que ser quien se lo contara. Y algo me dice que no llegué tarde, porque puedo ver genuina confusión en su cara.

—Juana, hija, yo siempre voy a estar de tu lado.

—¿Aunque mate a alguien?

—Te ayudaría a esconder el cuerpo.

—¿Porque sos mi papá?

—Porque soy tu papá y te amo.

Le sonrío con los ojos húmedos, los labios apretados haciendo fuerza para no llorar.

—Ni se te ocurra llorar Juana Díaz. —Me señala con su dedo y sé que él también está emocionado con solo escuchar su voz—. Sabés que sos mi debilidad, si veo una sola lágrima…

—¿Vas a llorar?

—Voy a llorar. Ahora, decime, ¿qué pasó?

Concentro mi atención en la sopa, la hago bailar con la cuchara. No debería sentir vergüenza. Es mi papá. Pero hay un poco de eso. No le voy a contar los detalles, eso lo decidí desde el minuto uno. Pero igual siento pudor. Y por eso alargo esto lo más que puedo. Mojo de nuevo el pan, y sin mirarlo a los ojos, le cuento.

—Lucas me engañó.

Le doy un mordisco al pan.

Silencio.

Pasan varios segundos. Tantos que tengo que levantar la vista. Veo rastros de enojo, pero también mucho cariño en su mirada. Sus ojos un poco tristes.

—¿Por qué no viniste acá?

Dejo caer la cuchara al lado del plato, y tomo aire. Lo pensé. Pero quería resolverlo sola, como la chica grande que soy. No quería involucrarlo, molestarlo. Los problemas que son míos no tienen que ser de los demás. La idea de pedir ayuda siempre me incomoda, y aunque el año pasado tuve discusiones con mi hermano justamente por la misma razón, no puedo evitar parecerme a él. Se ve que el orgullo es algo que se lleva en los genes en esta familia.

—No te quería molestar.

—¿Molestar? Sos mi hija. Siempre me molestás. —Mi papá no es un hombre muy sensible y sé que el humor es su forma de romper un poco con el nivel de sentimentalismo de la conversación—. Juana… —Su voz retoma un poco de seriedad—. Sé que hace un tiempo no era así, pero, estoy acá para cuando necesites.

Asiento con la cabeza, concentrada en no llorar.

—Lo sé, pa.

—Nunca se es lo suficientemente grande para pedirle ayuda a tu papá.

Cuando éramos chicos todo el mundo decía que Valentino era idéntico a nuestra mamá y que yo era el calco de nuestro papá. A medida que fuimos creciendo creo que nos fuimos mezclando, hasta que dependiendo de con quién de los dos estábamos nos decían que éramos igual a uno o al otro. Si me veían con mi papá, era igual a él. Si me veían con mi mamá, era igual a ella. Y a mi hermano le pasaba igual. Pero si hay algo que jamás entró en debate es que tengo los mismos ojos marrones que mi papá. Y me gusta la idea de que cuando él ya no esté, voy a poder encontrar un pedazo de él en mí cada vez que me vea al espejo.

—Valentino no sabe —aclaro—. Y me gustaría que se mantuviera así. En realidad, nadie sabe. Dejando de lado el pueblo entero.

—¿Ni Fausto ni Delfina? —Me observa incrédulo.

—Los conozco a todos muy bien y sé que van a subirse al primer avión a Argentina apenas se los diga. Lo último que necesito es que terminen sus vacaciones antes por mí. Además, tampoco me estoy muriendo. No soy la primera ni la última persona a la que engaña su pareja. Voy a sobrevivir —encojo un hombro y le doy un sorbo al agua.

—¿Y Tomás te va a guardar el secreto? Ese hombre no puede esconderle nada a nadie. Es la persona más transparente que conocí en mi vida. —Hace una pausa, y pone su cara de que está intentando recordar algo—. Cuando él y Valen eran adolescentes, tu hermano se había mandado una cagada importante.

—¿Me vas a contar por milésima vez cuando Valentino llegó a casa en pedo y lo mojaste con la manguera en invierno?

Mi papá carcajea. Pocas cosas lo hacen tan feliz como ese recuerdo.

—No —recupera el aire—, pero no podés culparme por dejar que nadie se olvide de eso. Vale la pena recordar. Lo que te iba a contar es cuando tu hermano se robó las llaves de mi camioneta. ¿La azul? No sé si te acordás. No importa. La cuestión es que tu hermano con quince años pensó que era una buena idea salir a manejar por el pueblo, sin registro. Como era costumbre, Valentino no hacía nada

sin Tomás, así que los dos se subieron a la camioneta, tu hermano detrás del volante. —Estoy colgada a cada palabra que dice porque no puedo creer que esta es una anécdota que jamás escuché—. ¿Querés saber qué pasó? Tu hermano puso la llave, encendió el motor y cuando iba a poner primera, Tomás sacó la llave.

—¿Qué? —digo con una sonrisa. Mi papá asiente con orgullo. A veces me olvido de que lo vio crecer. Supongo que tiene derecho a sentirse un poco orgulloso de Tomás.

—A los minutos escuché que alguien tocaba la puerta de casa. Eran las dos de la mañana así que ni la desperté a tu madre. —Mi corazón hace esa pausa que no puede evitar cuando escucha a alguien hablar de mi mamá—. Cuando abrí la puerta estaban los dos parados, con cara de cachorro mojado. Fue Tomás el que habló. Empujó los hombros para atrás, levantó el mentón y con toda la seriedad que un chico de quince años puede tener me entregó las llaves.

—¿Y qué le hiciste?

—Estaba un poco dormido, pero no me costó atar cabos rápido. Le agradecí y le dije que entrara, que no iba a dejar que a esa hora se volviera solo caminando a su casa. A tu hermano lo mande a dormir con la promesa de que íbamos a hablar a la mañana.

—¿Lo castigaste?

—Obvio, un mes entero. Se enojó. Conmigo, pero sobre todo con Tomás. Estuvieron peleados durante dos semanas después de ese día.

—Yo también me enojaría si mi mejor amigo me mandara al frente —concedo.

—Los mejores amigos están para cuidarte, y eso fue lo que hizo Tomás esa noche. —Me observaba con los ojos entrecerrados y su cara de pensar—. Y supongo que es eso lo que está haciendo ahora.

Capítulo 11

Mi papá me abraza en la puerta. Eso es algo nuevo. Él no era de los que daban abrazos. Pero supongo que la muerte a veces cambia a la gente y si bien no es el hombre más demostrativo del mundo, ahora da abrazos.

—¿Me avisás si necesitás algo? —Se aleja para mirarme a la cara. Veo tanto amor en sus ojos, algo de lo que estuve privada durante mucho tiempo. Me había olvidado lo que era ver a mi padre y verlo a él y no su versión ahogada en alcohol.

—Prometo intentarlo —ofrezco.

—Saludá a Tomás de mi parte. Y avisame cuando llegues. Lo digo en serio —finaliza con dedo acusatorio.

—Descansá, pa. —Le doy un beso en el cachete, me ajusto la bufanda y comienzo a caminar por las frías calles de Nanai.

No es muy tarde cuando llego a la casa de Tomás. Cuando abro la puerta me encuentro con lo que esperaba. Silencio y oscuridad. Todavía le quedan un par de horas en el bar. Voy hasta la cocina y me doy cuenta de que la bacha está llena de platos sucios. *Raro, Tomás suele lavar todo apenas termina de usarlo.* Desde que estoy viviendo acá jamás dejó un plato sucio más de media hora. Sacudo la cabeza, abro la heladera, agarro un vaso y me sirvo agua. Mis ojos siguen viendo de reojo lo que supongo usó para cenar antes de irse a trabajar. Tiro la cabeza hacia atrás, me termino el agua, arremango las mangas de mi buzo y me pongo a limpiar, secar y guardar todo. Apago la luz de la cocina con un bostezo y subo la escalera a mi habitación con ganas de hundirme en la cama. Pero cuando paso por la habitación de Tomás la puerta está abierta. Y él está adentro. *¿No fue a trabajar?*

Sé que debería seguir caminando, ignorarlo, pero hay algo que tira de mí y cuando me doy cuenta, estoy entrando a su habitación.

Tomás está completamente vestido, menos en los pies que solo tiene unas medias. Está acostado sobre su espalda, brazos y piernas extendidas. Parece una estrella. En la frente tiene una toalla que le tapa la mitad de la cara. Puedo ver cómo su pecho sube y baja con lentitud. Como si estuviera concentrado en su respiración. Un pequeño gemido de dolor escapa de sus labios. Mi pecho se contrae ante el sonido.

—¿Tomi? —lo llamo suavemente. No se saca la toalla para mirarme. No intenta sentarse. Solo mueve sus labios, que están un poco pálidos ahora que me acerqué a él.

—¿Juana? —balbucea. Y es la forma en la que le cuesta decir esas cinco letras las que me llenan de preocupación.

—Tomás, ¿qué te duele? —Estoy en el borde de la cama, mirándolo. Sigue en la misma posición. No tengo idea de qué le pasa, pero es suficiente como para que no se pueda mover. Sin pensarlo mucho, y con cuidado, me siento en la cama a la altura de su torso.

—La cabeza —murmura. Con una lentitud que no es normal, levanta su brazo y se lo lleva hasta donde tiene la toalla, la corre lo suficiente para mirarme—. Hola. —Intenta sonreír.

—Hola. —Le sonrío preocupada. Sin meditarlo, estiro mi mano, le termino de sacar la toalla de la cara y coloco mi palma en su frente. Sus ojos están vidriosos, concentrados en mí—. No tenés fiebre —concluyo luego de unos segundos.

—Migraña.

—¿Cómo?

—Tengo migraña. —Puedo ver cómo la palabra le provoca una minúscula arcada.

—¿Querés vomitar? —Llevo mi palma al costado de su rostro y no puedo ignorar la forma en la que inclina su cabeza, entregado a mi tacto. Siento mi corazón subir por mi garganta. Alejo la mano. Tomás cierra los ojos y traga saliva.

—No, es solo la sensación.

Pasan tantos segundos sin que hable que pienso que se quedó dormido. Hasta que su voz ronca inunda la habitación.

—Quiero bañarme. Y dormir. Solo se me pasa durmiendo. —Se tapa la cara con el antebrazo y exhala entrecortado.

—¿Querés que te ayude a llegar hasta el baño?

Mi pregunta hace que abra los ojos. Pero no del todo, como si le molestara.

—No hace falta, Juana. Andá a dormir.

La casa no es tan grande como para que entre el orgullo de los dos. Tomo aire y sin hacerle preguntas, paso mi brazo por debajo de su cuello.

—¿Qué hacés? —susurra.

—Quiero llevarte al baño. —Intento levantarlo, pero, la puta madre, este hombre es pesado. Sus dedos se cierran sobre el brazo que tengo atrapado debajo de su cuerpo, mi mano descansando entre sus omóplatos. Vuelve a abrir los ojos y es ahí cuando me doy cuenta de lo cerca que estamos. Yo sentada en la cama, con mi torso inclinado sobre él, mi brazo derecho debajo suyo. Sus comisuras se mueven un poco.

—Puedo pararme solo, Juana.

Tomás apoya ambas palmas sobre la cama y, con esfuerzo y una mueca de molestia, se sienta. Por un segundo quedamos a centímetros de la cara del otro, antes de que me pare para dejarlo salir de la cama. Cuando finalmente lo logra, lo veo exhalar y llevarse los dedos a la sien.

—La luz me molesta —dice mirándome. Estamos a oscuras pero la luna me ayuda a poder ver un poco de él—. ¿Podés ayudarme a no matarme metiéndome en la ducha?

No puedo decirle que no, así que asiento con la cabeza, le ofrezco mi brazo y caminamos juntos hasta el baño sin prender ninguna luz.

Entramos al baño y lo ayudo a sentarse en la tapa del inodoro mientras prendo la ducha y espero que el agua no salga helada. Mi cabeza solo piensa en que va a tener que ver desnudo a Tomás y me reto un poco por el pensamiento tan infantil. Se siente mal y no es como si nunca hubiera visto el cuerpo de un hombre desnudo.

Saco la mano de debajo del agua cuando comienza a salir caliente. Respiro, me doy media vuelta y me encuentro con Tomás mirándome, ojos apenas abiertos, la cabeza contra los azulejos, su garganta expuesta.

—Listo —murmuro. Tomás no atina a moverse. Tampoco responde. Así que camino hasta él. Sus ojos siguen mi movimiento hasta que quedo frente a él, entre sus piernas. La luz de la luna es lo único que me permite ver la forma de su cuerpo y encontrar su mano. Con ayuda lo vuelvo a parar y lo llevo hasta la ducha. Lo suelto, esperando que se desvista. En cambio, agarra mi antebrazo con fuerza, su otra mano apoyándose en los azulejos y se mete a la ducha. Vestido. Se para en el otro extremo de la ducha.

—Gracias —susurra—. Podés ir a descansar, Juana.

—Tomás, ¿te vas a bañar vestido? —Ignoro por completo lo que me acaba de decir. Este hombre está vestido de pies a cabeza mientras está parado dentro de una ducha. Su risa es un poco ronca y con poca energía.

—Estoy esperando que te vayas para sacarme la ropa.

Mastico sus palabras y de repente me siento un poco estúpida. Por supuesto que no se iba a desnudar enfrente de mí. Él me pidió que lo ayude a meterse, no a bañarse. Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

—Por supuesto —carraspeo—. No estaba esperando que te desnudaras enfrente de mí. —Mi risa es tan rara que hace que el fruncido de cejas de Tomás se intensifique. Empiezo a caminar hacia la puerta sin darle la espalda—. Voy a esperar a que termines de bañarte. —Señalo con mi pulgar detrás de mí—. Afuera. Con la puerta cerrada. —Tomás tiene una pequeña sonrisa en la cara—. Gritá si necesitás ayuda.

Solo logro callarme cuando estoy en el pasillo con la puerta separándome de él. Apoyo la cabeza sobre la puerta y me llevo la mano a los ojos. Culpo al cansancio por la falta de coherencia de mis pensamientos.

Sé que Tomás es un hombre grande que sabe cuidarse solo, pero igual me siento en el pasillo, esperando a que termine de bañarse.

Tengo los ojos cerrados cuando escucho que me llama. Abro la puerta sin pensarlo mucho. Detrás de él tiene la luz de la luna marcando el contorno de su cuerpo. Me relajo cuando veo que tiene una toalla rodeando su cintura.

—¿Qué necesitás? —Me acerco hasta poder estudiar un poco mejor su cara. A oscuras es casi imposible, pero tiene una mueca de dolor que se puede descifrar aun con poca iluminación.

—¿Me acompañás a la habitación? —Su voz es apenas un suspiro. De nuevo siento esa presión en mis costillas ante el dolor de Tomás. Asiento y le ofrezco mi brazo, el que toma sin dudarlo ni medio segundo.

Volvemos a recorrer el pasillo, esta vez con él medio desnudo a mi lado, su pelo mojando un poco el piso a medida que caminamos. Esta vez me aseguro de abrirle la cama mientras Tomás se viste a mis espaldas. No me doy vuelta hasta que no lo siento a mi lado.

—¿Mejor? —Inclino la cabeza para mirarlo.

—Un poco. —Con lentitud se recuesta en la cama y se tapa. Exhala como si hubiera corrido una maratón. Cada movimiento y palabra le cuestan horrores. Sonrío con pena—. Mañana me voy a sentir mejor. No te preocupes.

Ese es el problema, pienso, *estoy demasiado preocupada.*

No atino a irme. Me quedo parada al lado de su cama, viendo cómo cierra los ojos, cómo su pecho desnudo se infla cada vez que respira y se desinfla cada vez que suelta el aire. Sé que me tengo que ir.

—Gracias, por cuidarme.

—No es nada —susurro. Antes de que me dé cuenta, le estoy corriendo el pelo de la frente, acariciando el costado de su cara. Es como si mi cuerpo no pudiera evitar tocarlo. Mis ojos se tildan en la parte en la que su piel y la mía están en contacto. Jamás estuve tan cerca de él. No a propósito, al menos.

Estoy por sacar la mano cuando siento sus dedos cerrándose sobre mi muñeca. Deja un beso sobre mi muñeca con sus ojos fijos en mí. ¿Podrá sentir en sus labios la forma en la que mi pulso se acelera? Espero que no.

—Gracias —repite, sus labios acariciando mi piel. Suelta mi muñeca y vuelve a cerrar los ojos. Me llevo la mano que estaba en su rostro directo a mi corazón, preocupada porque se me salga del pecho.

—Descansa —digo tan bajito que no creo que me haya escuchado, y salgo de su habitación en el mayor silencio que puedo.

Apoyo la cabeza sobre mi almohada, mis ojos fijos en el techo, mis dedos tocando el pedazo de piel donde estuvieron sus labios.

Capítulo 12

—Estás respirando mal.

Me gustaría responderle, pero eso significa gastar energía que no tengo. Apoyo mis manos en la superficie áspera, usando el borde de la pileta como salvavidas. Mis piernas se mueven levemente debajo del agua, más por inercia que por otra cosa. Siento mis pulmones alterados, queriendo inhalar oxígeno rápidamente. Dejo caer mi frente, presiono mis párpados. Inhalo, exhalo, inhalo, exhalo. Sé que el entrenamiento de hoy lo voy a sentir en cada parte de mi cuerpo mañana. De solo pensar que voy a tener que salir de la pileta, caminar hasta el vestuario y efectivamente cambiarme, me dan ganas de llorar.

—Juana. —No puedo evitar reírme cuando usa su voz de profesor —. ¿Te estás riendo? —Sin despegar del todo mi frente del borde, giro mi cabeza para mirarlo, y sonreírle—. Tenés que aprender a respirar.

—Mis veintiocho años de vida podrían justificar que sé respirar — digo con la respiración alterada. Tomás me mira serio. Con antiparras puestas y todo. Mi sonrisa se profundiza.

—Volvamos a intentarlo. —Señala con el mentón el agua delante de nosotros. Exhalo. Estoy agotada, siento que me voy a hundir apenas suelte mi agarre. No creo que mis piernas funcionen, no creo que mis brazos puedan partir el agua ni una sola vez más. Con toda la resistencia del mundo, me volteo, agarrándome con una mano.

Hace días que todas las mañanas, Tomás y yo venimos a entrenar, demasiado temprano para el gusto de los dos. Anteayer le pregunté por qué tan temprano, si evidentemente prefiere atrapar una bala con la cabeza antes que estar despierto cuando afuera es

de noche. Sin mirarme y con los ojos pegados a su café, me dijo que era el único horario en el que yo podía. El único momento del día en el que coincidimos. Asentí con la cabeza, y seguimos desayunando en silencio. Desde ese momento me aseguro de despertarme quince minutos antes que él y esperarlo con el desayuno hecho.

Debería darle las gracias. Porque el tiempo que estamos acá es el único en el que mi mente parece estar tranquila. No puedo pensar en nada más que en nadar. Empiezo a entender por qué Tomás es feliz haciendo lo que hace. A veces me gustaría preguntarle si no haber sido un nadador profesional, como lo estuvo a punto de ser, es una espina destinada a doler crónicamente. A veces, estoy tentada a hacerle preguntas. ¿Se irá a dormir pensando en qué habría sido diferente si no se hubiera lesionado antes de los Juegos Olímpicos? ¿Extraña lo que pudo haber sido?

—Gracias —le digo sin mirarlo, mis ojos enfocados en el movimiento sutil del agua, en cómo refleja las luces.

—¿Por?

—Por esto. —Giro la cabeza y lo observo—. No recuerdo la última vez que hice algo por el simple hecho de hacerlo. Sin expectativas, sin que sea para mi trabajo, sin que sea para otra persona. Honestamente no recuerdo la última vez que había hecho algo nuevo. —Frunzo las cejas, porque es verdad, hace años que no intento cosas nuevas. No sé en qué momento me acomodé en la rutina y me amigué con todos los días hacer lo mismo que el día anterior, sin pensarlo, sin cuestionarlo. No sé cuándo mi vida se volvió tan monótona.

El silencio de Tomás solo hace que siga pensando. Y pensando. Hasta que siento cómo una epifanía atraviesa mi cerebro.

—Necesito una lista.

—¿Eh? —dice el hombre que tengo a mi lado. Me acomodo para que mi cuerpo quede frente al suyo. No tengo otra opción que encerrarlo entre mis brazos, mis manos sobre el borde de la pileta, mis piernas manteniendo mi cuerpo flotando. Sonrío con todos mis dientes y puedo ver, aún con las antiparras, cómo el costado de sus ojos se arruga un poco—. Hola —es todo lo que dice.

—Hola —respondo y sé que, si alguien estuviera detrás de mí, sin poder verme a la cara, podría escuchar la sonrisa en mi voz.

Dejamos que el tiempo pase a nuestro alrededor. Nuestros cuerpos flotando cerca uno del otro, su pecho desnudo sube y baja con cada respiración, hay gotas de agua en sus hombros, en sus clavículas, deslizándose por su cuello. Me entretengo viéndolas. Un pensamiento oscuro me atraviesa. El deseo de querer ser una gota de agua y que mi único propósito sea deslizarme por la piel de Tomás. Cierro los ojos y sacudo mi cabeza. Últimamente tengo estos pensamientos impulsivos, no sé de dónde vienen, no sé por qué existen y lo peor de todo no sé cómo pararlos. Me gustaría decir que solo aparecen cuando estoy muy cerca de él, como ahora, pero a veces me atacan cuando estoy en mi cama, a metros de distancia de Tomás.

—Contame de esa lista. —Mis ojos vuelven a los suyos. Si se dio cuenta de que estaba recorriendo su cuerpo con mi mirada no me lo hace saber. Y si quiere poner espacio entre nosotros, tampoco lo hace. Al contrario, parece cómodo con nuestra cercanía. No puedo evitar preguntarme si a él lo atormentan los mismos pensamientos que a mí. Pero rápidamente me digo que estoy siendo tonta. *Por supuesto que no.*

—Cuando era chica tenía una lista con todas las cosas que quería hacer cuando creciera.

—¿Cómo? —Con una mano se baja las antiparras, dejándolas de collar. Y es mucho peor tener sus ojos marrones desnudos.

—No me la acuerdo por completo, pero sí algunos puntos. Por ejemplo, el número cuatro decía que cuando fuera grande iba a tener una hamaca en el patio. La empecé a hacer cuando tenía nueve años. Y puede ser que la haya escrito después de haber discutido con mamá porque le había pedido una y me había dicho que no. Me acuerdo de haber ido a mi habitación toda enojada, abrir mi diario y escribirlo. Creo que fui agregando puntos hasta los catorce o quince. Después me olvidé de que existía. Tal vez debería armar una nueva, con todas las cosas que me gustaría hacer.

—¿Como tener una hamaca en tu casa? —Puedo ver la sombra de una sonrisa en su cara.

—¿Por qué no? —Muevo un hombro.

—Puedo ayudarte.

—¿Con la lista?

Asiente.

—En lo que quieras, en lo que necesites. —Pausa—. Sé que vas a querer hacerlo sola, pero si en algún momento te encontrás con que no podés sola, voy a estar para ayudarte.

Sus palabras me toman por sorpresa. No porque quiera ayudarme, eso no me sorprende. Tomás es ese tipo de persona que se desarma por completo para facilitarle la vida a los demás. Es un hombre que ante un problema actúa para resolverlo. No es de los que se quedan de brazos cruzados, quejándose, lamentándose. No. Es de los hombres que solucionan. Me pregunto si alguien lo ayuda a él a solucionar sus problemas.

Lo que me toma por sorpresa es que él sepa que quiero hacerlo sola. Porque esta lista tendría dos propósitos. Sí, quiero hacer cosas nuevas, pero además quiero hacer cosas sola. Amigarme conmigo misma y el tiempo a solas. Saber que puedo hacer cosas sin la compañía de otra persona. Algo que no hago desde hace años. Y el hombre que tengo enfrente lo comprende sin necesidad de que se lo tenga que verbalizar. Tengo que reprimir una risa porque no puedo evitar hacer la comparación con Lucas. Cómo él necesitó durante toda nuestra relación que le explicara absolutamente todo. Discusiones enteras giraban en torno de que era imposible de entender, que era complicada, que no podía pretender que él me leyera la mente. Ahora me pregunto si en realidad esa conexión que pensaba que teníamos jamás existió. Si mi cabeza me engañó y la relación con Lucas no fue tan idílica.

—A lo mejor cuando tenga que armar una hamaca de cero.

—Avisame y llevo mi caja de herramientas.

Nos sonreímos. Hay una intimidad que se construye cada segundo, minuto, hora, día que pasa. Sé que él puede sentir la forma en la que cada vez estamos más cómodos con el otro. Poco a poco empezamos a entendernos sin hablar. Y cuando hablamos tenemos un lenguaje que empieza a ser solo de nosotros dos.

—Buenos días —dice Gabriela, una de las profesoras del club. Todas las mañanas nos cruzamos con ella. Pero nunca estando dentro de la pileta. Por lo general es en la puerta, nosotros saliendo y ella entrando. Es entonces cuando miro el reloj gigante—. ¿Extendiendo el entrenamiento? —El tono de su voz me hace sentir como si me hubieran atrapado haciendo algo malo. Inmediatamente me alejo de Tomás. Con mis palmas sobre la superficie, empujo y salgo de la pileta. Al principio no tenía la suficiente fuerza para hacerlo, pero supongo que entrenar todos los días durante dos semanas tiene consecuencias. Quién lo hubiera pensado.

—Hola, Gabi —exhala Tomás. Repite mi movimiento y segundos después está parado a mi lado, con su cuerpo grande, alto y mojado —. Perdón, perdimos la noción del tiempo.

Detrás de Gabriela hay un grupo de adolescentes. Todas mujeres. No deben tener más de dieciocho años. Aunque la verdad es que es difícil estar segura. Pero algo me dice que siguen en el colegio. Lo confirmo cuando una de las chicas habla del viaje a Bariloche y que está un poco ansiosa porque su novio se va antes que ella. Todo el grupo asiente y la escucha con total seriedad. Y lo entiendo. Me acuerdo que Delfina tuvo el mismo dilema cuando nos fuimos de viaje de egresados. Estuvimos semanas dándole vueltas al tema, viendo cuál era la mejor opción. Ella no quería cortar, insistía en que no tenía sentido. Además, al compartir curso, viajaban juntos. La primera noche él estuvo con otra chica, enfrente de ella. Después de muchas lágrimas y demasiado alcohol, Delfina decidió que iba a estar con cualquier chico que se le cruzara. Contó con mi total apoyo.

—No te hagas problema. —La voz de Gabriela me recuerda que hay una conversación pasando frente a mí—. Cuando trabajás con adolescentes la puntualidad es un milagro que pasa con poca frecuencia.

—¡Gabi! —protesta una de las chicas. Todo su cuerpo grita "hago natación desde antes de saber hablar". Si no recuerdo mal, este es uno de los grupos que Gabriela entrena profesionalmente. Su objetivo son los Juegos Olímpicos—. ¡Somos puntuales! —Gabriela me mira cuando pone los ojos en blanco.

—¡No las veo entrando en calor! —Me hace reír cómo todas gruñen y se desinflan un poco—. No las quiero escuchar quejarse. Saben lo que pasa cuando se quejan. —Sin dudarlo medio segundo empiezan a hacer movimientos, algunos los conozco, otros no. Por supuesto, sin parar de hablar. Verlas me hace extrañar a mis amigas.

Es cuando Tomás y Gabriela siguen hablando sobre una competencia de natación que noto a una de las chicas, la que tiene un gorro de natación violeta, señalando a Tomás con la cabeza. No puedo escuchar desde donde estoy. Creo que sus labios dicen "mirá disimuladamente". La chica, a la que solo puedo verle la espalda, se gira tan poco disimulada que Gorro Violeta se tapa los ojos y niega con la cabeza. Me hace reír su indignación, porque en realidad ninguna de las chicas está siendo disimulada mientras miran a Tomás, aunque piensen lo contrario. Desde que llegaron que lo miran de reojo, se miran entre ellas y se ríen. No sé si él es consciente de la atención que recibe.

—Bueno, los dejo. Estas chicas solo trabajan bien cuando se sienten presionadas. —Esto último lo dice lo suficientemente alto como para que la puedan escuchar.

—Buen entrenamiento —le desea Tomás, ella nos saluda con la mano, se gira y camina hacia el grupo. No puedo evitar verla y pensar que Gabriela es el tipo ideal de mujer para Tomás. Ambos atléticos, amantes del mismo deporte, lindos. Soy consciente de que mi razonamiento es algo infantil, pero no puedo evitar imaginarlos juntos. A lo mejor es por eso que mientras agarramos nuestras toallas y botellas de agua, le pregunto si alguna vez estuvo con Gabriela.

—¿Perdón? —Se saca el gorro y con la toalla intenta secarse un poco el pelo. Cuando termina se la cuelga en el cuello.

—Si alguna vez estuviste con Gabriela —repito y la miro. Está indicándole algo a las chicas, sus manos moviéndose, explicando movimientos. Tiene la atención completa del grupo.

Tomás se ríe y vuelvo a mirarlo. Tiene la cabeza hacia atrás, ambas manos agarrando los extremos de la toalla. Lo observo hasta que su cuerpo deja de sacudirse.

—No. No estuve con Gabriela. —Lo dice entre asombrado, divertido y un poco ofendido. Como si lo que hubiera dicho es una completa locura.

—No entiendo por qué no —continúo—. Tendría todo el sentido del mundo.

—¿Porque los dos nadamos? —dice divertido.

—¿Sí? —respondo con poca convicción. Cuando lo plantea así puedo notar las falencias en mi teoría.

—Ahora vos también nadas —dice y le da un sorbo largo a su botella de agua, sus ojos fijos en mí—. ¿Eso quiere decir que deberíamos salir? —Puedo ver la diversión revolotear en su mirada. Pero también hay algo más, que no logro descifrar del todo. Le sonrió con sarcasmo y eso hace que su sonrisa sea más grande, más profunda.

—Es linda. —Es todo lo que digo.

—Lo es.

—¿Entonces? —Cuelgo la cabeza.

—¿Entonces, qué?

—¿Por qué no?

Tomás me sonríe, pero no responde. En cambio, da un paso delante del otro, acercándose a mí. Veo cómo eleva su mano y la acerca hasta mi cara. Con una delicadeza inesperada y que me hace sostener el aire en mis pulmones, siento sus dedos trazar donde minutos atrás tenía puestas las antiparras. Noto cómo sus cejas se fruncen. Como si estuviera viendo algo que no le gusta.

—Mañana no las aprietes tanto —murmura. Asiento con la cabeza porque tengo miedo de cómo saldrá mi voz si me atrevo a hablar. Apenas pierdo su tacto, me encuentro extrañándolo.

Tomás se pone las chanclas y empieza a caminar hacia la salida. Puede ser que me quede mirando cómo los músculos de su espalda se mueven con cada paso que da hasta que ya no puedo verlo más. Suspiro. Confundida.

Siento que me están observando y cuando miro hacia mi derecha, me encuentro con varios pares de ojos haciendo justo eso. El grupo de Gabriela, y para mi mortificación la misma Gabriela, me están mirando.

—No te preocupes —dice—. Te guardamos el secreto. —Cada una de las chicas dice que sí con la cabeza. Gorro Violeta incluso hace como que se cierra los labios con una llave y la revolea a la pileta. Siento mis cachetes rojos de la vergüenza.

—Hasta mañana —balbuceo al mismo tiempo que las saludo con ganas de que la tierra se abra y me trague por completo. Todas me saludan, apretando los labios.

Minutos después salgo del vestuario. Tomás, como es habitual, me está esperando apoyado contra la pared.

—¿Lista?

—Lista.

Ambos saludamos a Pilar cuando salimos. Y como pasa cada vez que ponemos un pie afuera, siento cómo Tomás me cubre la cabeza con la capucha.

—Te vas a terminar enfermando si seguís saliendo con el pelo mojado, Juana.

—¿Sabés que el frío no enferma? Es un mito.

—Tendrías que secarlo —continúa, ignorándome por completo.

—¿Viste mi pelo?

—¿Qué tiene?

—Lleva mucho tiempo secarlo por completo.

—No me molesta esperar.

Tomás aprieta un botón y las puertas del auto se desbloquean. Guarda ambos bolsos en el baúl mientras yo me meto rápido. Segundos después la puerta del conductor se abre y desliza su cuerpo en el interior. Lo primero que hace es prender la calefacción, aunque el viaje hasta su casa no dure más de quince minutos.

—No te haría esperar —retomo la conversación al mismo tiempo que nos ponemos el cinturón de seguridad—. Además, no sé si lo notaste, pero tengo rulos. No puedo secarlo así nomás. Prefiero arriesgarme y caminar la corta distancia del club a tu auto con el pelo mojado.

—No te estás planchando el pelo. —Es un comentario tan inocente y al mismo tiempo hace que se me revuelva un poco el estómago. Hace que me acuerde de él—. ¿Por qué te lo empezaste a planchar? —La pregunta me genera vergüenza. No quiero decirle la

verdadera razón por la cual empecé a hacerlo. No quiero que me juzgue. Pero cuando miro su perfil, me digo a mí misma que él nunca haría eso. Es Tomás.

—A Lucas le gustaba más el pelo lacio. —No le gusta mucho mi explicación. Puedo notar en cómo su cuerpo se tensiona ligeramente, casi imperceptible.

—Juana… —Su voz es dulce, me mira de reojo un instante.

—No es tan malo como parece —digo apurada—. Nunca me dijo que no le gustaban mis rulos, pero un día me pregunto por qué no me planchaba el pelo, que seguro me quedaba mejor. Así que le hice caso. Jamás había tenido el pelo lacio, y no te voy a mentir, me daba intriga cómo me quedaría. Al principio no me gustó, pero me dije a mí misma que era normal. Como cuando te cortás el pelo y los primeros días no te podés ver al espejo porque lo odiás. Pero lo que me terminó de convencer fue su reacción. —Tomo aire—. Me dije que valía la pena el tiempo que me llevaba plancharme el pelo si hacía que él me mirara así.

—¿Pero a vos te gustaba?

—No me disgustaba.

—No fue lo que pregunté, Juana.

No respondo al instante. Dejo pasar unos segundos, o unos minutos a lo mejor. Supongo que jamás había analizado demasiado el hecho de que tuviera que cambiar una parte de mí para gustarle más a Lucas. No lo veía como algo grave. Después de todo, muchas mujeres se planchan el pelo y no tiene nada de malo. El problema es que yo no lo hacía por mí. Tengo que tragar el nudo que tengo en la garganta. Qué patético de mi parte, estar con un hombre que al parecer tenía que convencer constantemente de gustar de mí, de amarme, de estar conmigo. Siento como si mi relación con Lucas hubiera sido una prueba que fallaba constantemente. Nunca suficiente. Nunca la respuesta correcta. No importaba cuánto lo intentara. Más de un año planchándome el pelo para que al final decidiera engañarme con otra mujer en mi cama, en mi propia casa.

—A mí me gusta tu pelo así como es —dice Tomás ante mi silencio.

—A mí también —respondo.

No volvemos a hablar en lo que queda del viaje. Pero no lo necesito. Porque entre Tomás y yo el silencio es amable, dulce, cálido. Siento que podría estar todo un día en silencio con él y ni por un segundo sentirme sola.

Tomamos unos mates, pero mientras cada uno se enfoca en lo suyo. Él está preparando las clases que le quedan del resto de la semana. Anota y anota. Solo frena para cebar el mate y pasármelo.

Mientras, yo estoy enfocada en mi lista. Me pregunto qué quiero hacer, por dónde me gustaría empezar. Ojalá tuviera la lista que hice cuando era chica, me encantaría ver que lo que anoté años atrás lo cumplí. O qué cosas no haría ahora ni loca. Hago memoria y anoto las pocas que recuerdo en la nueva lista.

Apoyo la lapicera y estudio el papel. Por ahora esto es lo que se me ocurrió, pero cierro la lista, a lo mejor en los días que siguen se me van ocurriendo cosas nuevas. Me paro, camino hasta la heladera, agarro un imán y pongo la lista. Sé que es algo que voy a hacer sola, pero igual quiero que Tomás forme parte, de alguna manera, sabiendo lo que tengo pensado hacer. No hay un orden, ni tampoco un tiempo límite. Hay algunas cosas de la lista que ni siquiera sé si voy a poder hacer, o cuándo, pero las puse igual. Como, por ejemplo, el punto doce: hacer paracaidismo.

—No leo por ningún lado tener una hamaca —dice una voz que siento demasiado cerca. Tomás está detrás de mí, sus ojos fijos en el papel que está en la heladera.

—Lo pensé y creo que ya estoy un poco grande para la hamaca, ¿no te parece?

Tomás no responde. En cambio, agarra la lapicera que todavía estaba sosteniendo y con elegancia escribe sobre el papel.

15. Tener una hamaca en el patio de mi casa.

—Mucho mejor —asiente para sí mismo.

—Espero que sepas que cuando llegue el momento vas a tener que ayudarme —lo digo como una advertencia. Pero su voz no tiene

ni medio rastro de fastidio ante el prospecto de que toque a su puerta, pidiéndole ayuda para armar una hamaca de cero.

—Me ofendería que no lo hagas.

Capítulo 13

Tomo aire y empujo la puerta.

—Justo el hombre que estaba buscando. —Choco se da media vuelta cuando me escucha, espátula en mano.

Choco debe medir dos metros, más o menos, es ancho como una puerta y tiene cara de que sabe cómo inmovilizar a una persona en segundos. Por eso me parece sublime la expresión de susto y confusión en su rostro.

—¿Yo? —Se señala el pecho, frunciendo las cejas.

—Vos, sí. —Me mira con algo de desconfianza, analizando cada paso que doy hacia él—. Necesito que me ayudes con algo de mi lista.

—¿Tu lista? —pregunta pausado. Asiento—. ¿Y de qué se trata esta lista de la que me hablás?

—Cosas que quiero hacer. —Me encojo de hombros, me apoyo contra el borde de la mesada y me cruzo de brazos—. Y para el número siete te necesito.

Ayer, antes de quedarme dormida, repasé mentalmente la lista. Y cuando mi cabeza empezó a preocuparse por si iba a ser capaz de hacerlo todo, me dije a mí misma que tenía que tomarme con calma la lista, que no se sintiera como una presión. Algunas cosas iba a poder hacerlas ahora, como lo que estoy a punto de hacer, y otras quedarían para un futuro. Como, por ejemplo, conocer Grecia. No sé cuándo voy a poder hacerlo, pero está en la lista y eso significa que voy a intentarlo, al menos. Choco me estudia, entrecierra los ojos y se queda parado.

—¿Por qué no le pedís a Tomás? —Señala con el mentón la puerta que da al frente del bar, donde está Tomás atendiendo en la

barra. Yo me hice la misma pregunta más temprano—. Estoy seguro de que cualquier cosa que me pidas, él puede hacerlo también.

Suspiro. Tomás no me sirve para el punto número siete de la lista. Bueno, dependiendo de cómo decida mirarlo. Pero algo me dice que estaría haciendo un poco de trampa si le pido ayuda a él. Choco es la mejor opción.

—¿Sabés cuándo fue la última vez que hice un amigo nuevo? —Cuelgo la cabeza a un lado.

—¿Hace dos minutos? —Choco habla pausado.

—¿Dos minutos?

—¡Puede ser! —El hombre alza ambas manos al costado de su cuerpo, rendido—. Sos simpática y hablás hasta con las paredes. No creo que te cueste hacer amigos.

—Bueno, estás equivocado, mi querido Choco. —Niego con la cabeza al mismo tiempo que voy hasta la heladera. Si voy a estar acá distrayendo, al menos puedo darle una mano—. ¿Querés que pique el tomate para el guacamole? ¿O preferís que te ayude con otra cosa?

—No hace falta, Juana. —Atina a sacarme el tomate, pero soy más rápida—. No tengo la paciencia suficiente —dice abatido. Sonrío triunfante y comienzo a cortar el tomate de la forma más prolija y pareja posible.

—Hace años.

—¿Mhm?

—Hace años que no tengo un amigo nuevo. —Lo único que se escucha dentro de la cocina es el sonido de mi cuchillo contra la tabla de cortar y el de Choco pelando papas—. Aunque no lo creas, Choco, me cuestan los cambios, lo desconocido. Y supongo que mis amistades siempre fueron suficientes para mí. Eso no cambió, pero… —Inhalo—. Siento que me cierro a la posibilidad de conocer gente nueva. Pero ahí es donde entrás vos.

—Nos conocemos hace bastante —dice Choco a mi lado, sin dejar de prestarle atención a las papas.

—Apenas.

—¿Querés que seamos amigos? —No lo dice con crueldad, sino con titubeo. Y un poco como si le estuviera pidiendo que salga a dar

una vuelta por Nanai completamente desnudo.

—Con esa actitud no. —Señalo todo su cuerpo con el cuchillo—. Pareciera que te estoy pidiendo que te rebanes los diez dedos de la mano, Choco.

Choco es un hombre alto, robusto e intimidante. A veces me pregunto si una de las razones por las cuales Tomás lo contrató es porque podría hacerle upa a un hombre y sacarlo del bar en menos de diez minutos. En pocas palabras, no me portaría mal enfrente de Choco.

—Perdón —dice con media sonrisa—. ¿Esperabas que saltara de la emoción?

—Esperaba que no pusieras cara de asco. —Hace un ruido que podría confundirse con una risa.

—Juana, sería un placer ser tu amigo.

—Ahora te estás burlando —digo seria y pico el tomate con más determinación.

Ninguno de los dos dice nada después de eso. Él está concentrado en su tarea y yo en la mía. Me siento extremadamente incómoda y un poco avergonzada. Repaso la conversación una y otra vez y me mortifico cada vez más. Nadie habla de lo complicado que es hacer amigos nuevos cuando sos adulta. Aunque para ser sincera conmigo misma, nunca fue algo que se me diera bien.

—No tengo muchos amigos.

Inmediatamente dejo el cuchillo y me giro para verlo hablar. Él no hace lo mismo, como si necesitara mantenerse ocupado en algo para tener esta conversación. Nadie vería a este hombre y pensaría que es tímido, pero los humanos somos seres complejos después de todo.

—Solo tengo dos. Y uno es mi jefe. No soy bueno en esto de la amistad, Juana.

Hago una cuenta mental rápida y me doy cuenta de que estoy premenstrual y que ese debe ser el motivo por el cual se me llenan un poco los ojos de agua. No quiero llorar, así que sigo cortando el tomate.

—Yo tampoco soy buena. Delfina y Fausto son los únicos amigos que hice por cuenta propia. Eso fue hace un millón de años. Y

creeme cuando te digo que si no hubiera sido por ellos, a lo mejor no serían mis amigos hoy en día. —No es la primera vez que lo pienso, pero sí la primera vez que se lo digo a alguien.

—No sé cómo hacer amigos, Juana —responde.

—Yo tampoco, Choco. Tenemos eso en común. Vamos a ayudarnos mutuamente. —Lo miro de reojo—. ¿Qué te parece?

—Me parece que estás cortando muy grande el tomate —responde mirando mi tabla. Pongo los ojos en blanco. Empiezo a picar el tomate en pedazos más chicos.

Pasamos treinta minutos hablando lo mínimo y necesario. Más que nada es Choco dándome indicaciones y yo acatando. En un momento entra Tomás, se roba un par de papas, nos sonríe y se va. Choco niega con la cabeza.

—Siempre se roba papas.

Me río.

Cuando llegamos al punto de la noche donde sé que Tomás va a necesitar mi ayuda, me seco las manos con un repasador y me saco el delantal. Y ya que estoy me robo un par de papas. Choco me mira con cierta desaprobación y yo le sonrío.

—Voy a darle una mano a Tomás —digo mientras doblo el delantal y lo guardo en su lugar. Choco asiente una vez. Es lo único que me indica que me escuchó—. Si me necesitás avisame, ¿sí? Puedo ir y venir.

—No creo que haga falta —responde sobre su hombro—. Gracias, *amiga.* —Tiene la sombra de una sonrisa, pero me es suficiente.

—De nada, *amigo.*

Todavía con una sonrisa en la boca, abro la puerta y salgo de la cocina. Como todos los martes, sin falta, el torneo de dardos está ocurriendo. Veo a Benito posicionarse, tirar y acertar. Lo rodean vítores y abucheos al mismo tiempo.

—¿Quién va ganando? —le pregunto a Tomás, quien está sirviendo una cerveza con tanta destreza que estoy segura de que podría hacerlo con los ojos cerrados.

—No el equipo de Benito, si es lo que querés saber. —Me da una sonrisa torcida—. Rufina está afilada esta noche. —Mis ojos van

hacia la mujer que atiende en la panadería desde que tengo memoria. Y efectivamente es su noche, porque acierta justo en el medio. Benito pone sus manos en la cintura, derrotado.

—¿Todo bien allá atrás? —pregunta Tomás.

—¿Perdón? —Giro mi cabeza para mirarlo. Tomás alterna su mirada entre el trapo que está pasando arriba de la barra y yo. Sinceramente no veo que haga falta limpiarla. Pero cierro la boca.

—Estuviste un tiempo largo en la cocina.

—Ah, sí —asiento rápido—. Necesitaba hablar de algo con Choco.

—De algo —dice con lentitud.

—Ajam, de algo —le respondo distraída mientras me pongo a juntar los vasos y botellines que quedaron en el otro extremo de la barra. Cuando me doy vuelta, me está mirando.

Ahora sí tengo toda su atención. El trapo descansa sobre su hombro, sus manos definen la forma en la que su espalda se vuelve mucho más angosta a la altura de la cintura. Sus ojos no se mueven ni un centímetro de mi cara y puedo notar la tensión en su postura.

Una persona se acerca a la barra, pero Tomás no espera a que hable antes de decirle, sin moverse, que la barra está cerrada en este momento. Tengo que morderme la lengua para no sonreír.

—Tomás —se queja el muchacho—. Dame la cerveza y un vaso y yo me sirvo.

—Cerrada. —Ni se preocupa en mirarlo a la cara—. Volvé en quince, Pablo.

Pablo no está contento de irse sin su cerveza, pero no dice nada más, da media vuelta y se va.

—¿Qué era ese algo? —retoma Tomás. Pestañeo y tardo unos segundos en entender de qué está hablando.

—Nada importante. Era sobre un punto de la lista.

Por un segundo puedo ver la desolación atravesando su cara. Como si de alguna manera lo hubiera traicionado, compartiendo la lista con alguien más que no fuera él. Pero es todo tan efímero que cuando pestañeo, ese dolor ya no está. Solo hay unos vestigios de molestia. Veo cómo su pecho se infla, se saca el trapo de los hombros y lo deja entre sus manos.

—La lista es importante para vos —responde con firmeza, sin dejar lugar a la duda—. ¿Qué número?

—Siete. —El entendimiento inunda sus facciones. Algo dentro de él parece relajarse, porque sus hombros ya no están tan tensos. Vuelve a limpiar la mesada que no necesita ser limpiada.

Observo cómo los músculos de su espalda se mueven, la forma en la que su remera se estira con cada movimiento. Siento que hice algo malo, pero no logro entender qué. Me acerco hasta él y de cerca noto otros detalles. Como sus cejas fruncidas, la mandíbula apretada y los ojos algo tristes. Me cruzo de brazos y por unos segundos no digo nada, dejo que el silencio nos envuelva. Tomás deja de pasar el trapo, pero no me mira. Se queda ahí, con las manos apoyadas sobre la barra y la cabeza inclinada hacia abajo. Me muerdo la parte interna del labio inferior.

—Choco es un buen hombre —dice sin dejar de ver la barra.

—Eso parece —respondo.

Silencio otra vez.

—Podría haberte ayudado, ¿sabés? —Esta vez sus ojos me miran, hay una sonrisa diminuta en sus labios. Tomás no es de los hombres que les cuesta vocalizar lo que quiere, que tiene miedo de decir lo que piensa. Pero en este preciso momento siento que no está siendo directo, ni claro. Frunzo las cejas y lo miro un poco perdida.

—Tomás, nosotros ya somos amigos.

Es cuando algo en su mirada cambia que entiendo todo al mismo tiempo. Abro un poco las cejas y despego mis labios.

—Tomás… —Apoyo mis codos en la barra, para estar a su altura. Gira la cabeza hacia mí y le sonrío—. Si no fuéramos amigos, por supuesto que hubieras sido mi primera opción. Sin dudarlo ni un segundo. —Lo veo pensar mis palabras.

—No sabía —dice con un ceño entre sus cejas.

—¿Qué cosa?

—Que era tu amigo.

—Creo que te ganaste el título, ¿no te parece? —Tomás inclina la cabeza un poco—. Hace semanas que me acompañás, me escuchás, me ayudás y me cuidás. Eso hacen los amigos, Tomi. —Poco a poco, con parsimonia, nace una sonrisa en sus labios. Me encuentro

fascinada cada vez que me regala una. Lo mejor de todo es que parecieran ser como los copos de nieve, nunca me da una idéntica a la anterior. Y es por eso que me generó una adicción. Porque estoy esperando constantemente su siguiente sonrisa, ansiosa por saber cómo va a ser esta vez.

—Vos también sos mi amiga, Juana. —Eso hace que yo sonría. Y con el mismo funcionamiento de los estornudos, mi sonrisa parece contagiar la de él, haciéndola más profunda, sincera y dulce.

Noto cómo sus ojos se resbalan hasta mi boca y mi corazón late con tanta fuerza que tengo terror de que pueda escucharlo. Sus ojos vuelven a subir para encontrarse con los míos. Él sabe que lo atrapé mirándome la boca, pero no noto ni una pizca de vergüenza o arrepentimiento. Al contrario.

—Menos mal —digo—. Si no, esta conversación sería extremadamente incómoda y tendría que irme de tu casa y mudarme de país y nunca más volver a verte.

—Sería horrible. —Me regala otra sonrisa. Esta es un poco más torcida.

—¿Qué cosa? —Pestañeo, intentando concentrarme en lo que dice y no en su boca.

—Nunca más volver a vernos.

Abro la boca para responder, pero Pablo se vuelve a acercar a la barra, con decisión y firmeza. Tomás suspira con hastío.

—Ya pasaron quince minutos, Tomás. —Todo su lenguaje corporal grita "por favor, solo te estoy pidiendo una cerveza". Mi amigo quiere resistirse, pero finalmente cede, agarra un vaso, lo lleva hasta la canilla de donde sale cerveza suelta y sirve sin muchas ganas—. Gracias —dice Pablo antes de darse media vuelta e irse. El grupo con el que está lo recibe con gritos, aplausos y golpes en la espalda.

Lo veo a Tomás poner los ojos en blanco. Una mano levantada me llama. Me ajusto la colita antes de rodear la barra e ir a hacer mi trabajo cuando la voz de Tomás me frena.

—Ya que vas para allá, decile a Benito que hoy es un asco su puntería —lo dice casi a los gritos, como si quisiera que Benito pudiera escucharlo desde ahí.

—Tomás, no puedo decirle eso teniendo en cuenta que carezco de puntería. No soy tan hipócrita.

—Tendrías que agregarlo a tu lista.

—¿Practicar dardos?

—Te puedo enseñar. —Mueve sus hombros gigantes—. Antes o después de cerrar, vos elegís.

—Trato. —Estiro mi mano y él no espera para tomarla. Nos miramos fijo mientras nuestros brazos suben y bajan. Él es el primero que rompe el tacto. Noto cómo aprieta y relaja los dedos de su mano dos veces. Carraspea una vez antes de hablar.

No sé cómo explicarlo, pero siento que algo se movió y se acomodó. Hay algo diferente en el aire que nos envuelve, en cómo se siente su tacto, en la forma en la que nos miramos. ¿Él lo nota también?

—Andá antes de que a Claudia se le caiga el brazo. —Cuando me fijo la veo con el brazo extendido sacudiéndolo de izquierda a derecha. Tomo aire, vuelvo a ajustarme la colita y esta vez logro salir de la barra. Con el anotador en la mano me acerco hasta su mesa y le tomo el pedido. Con la mirada de él quemándome la espalda.

Capítulo 14

—¡La concha de la lora! —susurro. Quiero gritar, pero Tomás está durmiendo y son las ocho de la mañana de un sábado. Odiaría que se despertara por mi incompetencia.

No pensé que tejer una bufanda podía ser tan difícil. Vi un par de tutoriales en YouTube y pensé que estaba lista. Bueno, evidentemente, no. Desarmo todo por quinta vez, inhalo con la intención de llenarme de paciencia y calma, y vuelvo a ver el tutorial. En cámara lenta. Pausando y haciendo anotaciones. Practico en el aire con las agujas los movimientos que hace la mujer del video. A lo mejor tendría que haber buscado un tutorial que fuera para zurdos, porque hacer todo al revés no hace que esto sea menos complicado de lo que ya lo es. Pero por alguna razón ya generé un lazo especial con Paola, la mujer de voz dulce que me encantaría que saliera de la pantalla y me fuera indicando paso por paso, movimiento por movimiento.

Vuelvo a equivocarme en la misma parte que antes. Veo lo que tejí y veo lo que tejió Paola. El mío debería verse así, y no lo estaría haciendo. Exhalando con fuerza suelto las agujas y pongo pausa al video. Paola queda congelada con su bufanda naranja perfecta y me tomo un poco personal la sonrisa enorme que tiene en su cara.

—Perdón por no ser como vos, Paola —le digo a mi celular—. ¡Perdón por no ser perfecta!

Escucho una risa y tengo que pestañear un par de veces porque lo primero que pienso es: ¿Paola se está riendo de mí? Pero esa risa tiene nombre y apellido. Cuando giro la cabeza lo veo apoyado sobre el marco de la puerta, con los pelos despeinados, la barba un poco

más larga que lo habitual, y diversión en sus ojos. No puedo evitar sonreírle un poco.

—Buenos días —dice lo más serio que puede.

—¿Qué hacés despierto tan temprano? —Me paro y voy a buscar su taza. La lleno solo de café, como le gusta. Camino hasta él y se la entrego. Tomás sigue teniendo esa sonrisa escondida en su boca cuando la toma.

—Gracias. —Le da un sorbo—. Y me desperté porque escuché tu voz. —No parece molesto, pero igualmente me disculpo.

—Pensé que estaba siendo silenciosa.

—Lo estabas siendo. —Otro sorbo—. Pero mi sueño es liviano y cuando te escuché putear pensé que te había pasado algo.

—¿Hace cuánto estás parado ahí?

—Minutos después de "la concha de la lora". —Sonríe con todos sus dientes ahora, tanto que aparecen unas pequeñas arrugas en el costado de sus ojos. Siento un vuelco en el estómago cuando Tomás me mira así, me sonríe así. Decido alejarme, agarrar mi taza y lavarla. Últimamente siento que vivo escapando de él. Cuando estamos demasiado cerca, cuando sus ojos no se apartan de los míos, cuando me hace reír sin parar, cuando me enseña su nueva planta, cuando cerramos el bar los dos solos y pareciera que el mundo entero dejó de existir y podríamos hacer lo que quisiéramos. Cuando me hace sentir confundida, porque quiero ponerle un nombre a esto que me hace sentir, pero nunca encuentro la palabra adecuada, y eso no me gusta. Entonces me alejo.

—¿Qué estás intentando hacer? —Giro la cabeza y lo veo parado con los centímetros de lana que tejí en su mano, analizándolo.

—Una bufanda —respondo mientras me seco las manos con el repasador.

—Tenés miles de bufandas —dice distraído.

—Pero vos no. —Acomodo el repasador en su lugar y me pregunto si tejerle una bufanda es demasiado. Si a lo mejor crucé una línea. *¿Por qué pensaste que querría una? Si quisiera una bufanda se hubiera comprado una. Además, ¿qué te hizo pensar que querría una que le hayas tejido vos?*

Tomás se queda muy quieto, una taza de café en una mano, la lana tejida en la otra, sus ojos no me miran. Si no fuera porque puedo ver su pecho inflarse y desinflarse, sus párpados parpadear, creería que se murió. El silencio empieza a incomodarme, a hundirme más en mis propios pensamientos. Que no suelen ser buenos. *Te quiere decir que no quiere una, pero no sabe cómo.* Pero por suerte Tomás no deja que me torture mucho más tiempo.

—Mi abuela solía tejer. —Su voz es un poco ronca—. Cuando éramos chicos Fausto y yo teníamos todo de lana. Guantes, bufandas, chalecos, suéteres, gorros, mantas. —Su pulgar acaricia la lana azul que elegí específicamente para él. El tiempo que dediqué a solo elegir el color es un secreto que pienso llevar a la tumba—. Desde que murió que nadie me teje nada. —Esta vez sí me mira a mí. Y hay tanto sentimiento en esos ojos marrones que no me queda otra que mirarme las manos—. Gracias, Juana.

—Bueno, todavía no me agradezcas nada. Que más que bufanda es un pedazo de lana unido sin mucha forma.

—Miriam da clases, ¿sabías? —Tomás apoya con delicadeza el pedazo de lana y se acerca a mí—. Si querés puedo preguntarle a mi mamá, ella iba. Creo. —Mira al techo, intentando recordar—. Debería preguntarle. Pero si no, podés hablar directamente con Miriam. Estoy seguro de que amaría tenerte.

—Creo que sería una prueba de paciencia para esa pobre mujer.

—Estás aprendiendo. Además, no podés ser buena en todo, algo te tenía que costar.

El comentario me hace reír.

—¿Disfrutando de verme sufrir? —Inclino la cabeza.

—Un poco. —Su mirada es perversa, se lleva la taza a la boca y sus ojos no sueltan los míos ni medio segundo.

—Voy a hablar con Miriam.

—Me parece una sabia decisión, mi querida Juana. —Pongo los ojos en blanco y me acerco a la mesa a recoger todo lo que dejé tirado—. ¿Desayunaste?

—Sip.

—Perfecto —dice a través de un bostezo—. Cambiate entonces. Vamos a dar una vuelta.

Pauso mis movimientos. Los sábados Tomás no sale de la casa hasta que le toca ir al bar. Usa su día *casi* libre para limpiar, arreglar si es necesario, ordenar, regar las plantas con dedicación, y dormir. Por eso me sorprende que esté proponiendo poner un pie fuera de la casa.

—¿Te sentís bien? —pregunto divertida. Ahora es su turno de poner los ojos en blanco. Le da el último sorbo al café, enjuaga la taza y la deja en un costado secándose.

—Excelente, ahora subí y ponete ropa.

—Tengo ropa —digo mientras recorro mi cuerpo con la mirada. La remera gigante, los pantalones aún más gigantes y mis medias gruesas.

Antes de que pueda darme cuenta de lo que está pasando, Tomás me tiene sobre su hombro.

—¡Tomás, bajame! —digo entre risas. Uno de sus brazos está más cerca de la parte interna de mis rodillas y el otro más cerca de mi culo—. ¿Enloqueciste? —Nuestras miradas conectan por un segundo y la sonrisa que me da me genera calor en todo el cuerpo.

—Si no necesitás cambiarte…

Escucho cómo abre la puerta, y, sobre todo, lo siento. El aire congelado entrando a la casa, el ruido del viento.

—¡Estás completamente demente si pensás poner un pie afuera! —Su risa vibra de su cuerpo al mío—. ¡Tomás Acosta! ¡Bájame ya mismo y cerrá esa puerta!

Escucho el portazo y luego siento sus manos deslizando mi cuerpo sobre el frente del suyo, haciendo lo que le pedí. Bajo tan lento que es casi tortuoso. En el momento en que mis pies tocan el suelo pienso que lo peor ya terminó, pero estoy equivocada, porque cuando levanto la mirada su boca está ahí, a centímetros de la mía. Cuando subo mi mirada descubro que Tomás me está mirando los labios. Poco a poco levanta la mirada hasta mis ojos. Ambos nos quedamos anclados ahí, sin querer irnos, sin poder tomar distancia. Siento sus manos presionar la carne de mi cintura, manteniéndome donde estoy. Su mirada vuelve a caer en mi boca y yo hago lo mismo. Sería tan fácil, solo tengo que inclinar un poco la cabeza, apenas moverme hacia adelante. Y sé que mis pensamientos son los

de él. Porque Tomás despega una de sus manos de mi cintura y la levanta para correrme un mechón de pelo, como queriendo quitar cualquier obstrucción, y siento como se inclina casi imperceptiblemente. Volvemos a mirarnos a los ojos. Y me encuentro con que lo que más quiero en este mundo es que Tomás me bese.

—Cambiate, Juana.

De repente, Tomás deja de tocarme y se aleja de mí. Se siente como si alguien me hubiera desnudado y empujado directamente al frío.

Tomás no espera que le responda antes de dar media vuelta y subir la escalera.

Pasan varios segundos antes de que pueda reaccionar.

Capítulo 15

El día está increíblemente horrible. No hay un pedazo de luz solar, las nubes son gordas y de un gris tan oscuro que parece casi negro. Dentro de todo el frío no es tan cruel como viene siendo hace semanas, pero la humedad me dice que en un par de horas va a llover. En pocas palabras, no es el ambiente ideal para salir a caminar, y no soy la única que piensa eso porque prácticamente estamos solos en las calles de Nanai.

Tomás tiene las manos metidas en los bolsillos de su campera, no tiene el gorro puesto así que el poco viento que hay se mete entre sus mechones oscuros, sus piernas largas envueltas en *jean* se mueven con calma. Nada de lo que veo me da a entender que esté odiando este paseo. Al contrario. Analizo su perfil, el contorno de su nariz, la forma de sus labios, el grosor de sus pestañas, la ubicación de los lunares, la geometría de su mandíbula, la forma en la que su garganta se mueve cuando traga, el espesor de su barba. Lo conozco hace más de veinte años y nunca me encontré a mí misma analizando a Tomás. Jamás lo vi como un hombre, para mi él siempre fue el mejor amigo de mi hermano, el hermano de mi mejor amigo, ni más ni menos. Pero algo cambió en estas últimas semanas, es como si me hubieran sacudido el hombro, sacado la mano de los ojos y prendido la luz.

—¿Adónde estamos yendo? —pregunto porque necesito que mi mente se enfoque en otra cosa que no sea la cara de Tomás.

—A ningún lado —dice simple.

—Pero estamos caminando hace veinte minutos. —Nos miramos —. Pensé que estábamos yendo a algún lado.

—No.

—¿Solo estamos caminando? ¿Sin rumbo?

—Ajam

Silencio.

—¿Por alguna razón? —Entrecierro los ojos y frunzo el ceño. Tomás sonríe con disimulo.

—Quería salir a tomar un poco de aire fresco.

—¿El patio de tu casa no te alcanzaba? —Si hay algo que aprendí de mí misma estos últimos días junto a Tomás, es que voy a hacer lo posible por testear los límites de su paciencia. Cada vez que pueda. Y él sabe lo que estoy haciendo cuando me mira serio, sin una pizca de diversión en su cara.

—Tenía ganas de estirar las piernas.

Dejo pasar unos segundos y varios pasos antes de responder. Los sonidos de nuestras zapatillas contra el suelo, el chiflido del viento, el lejano canto de los pájaros.

—¿Y yo qué papel vendría a cumplir en tu caminata? —pregunto con la intención de seguir molestando. Y a lo mejor, tal vez, un poco porque quiero saber la respuesta real. Tomás frena sus pasos y se acomoda para mirarme de frente. Hago lo mismo. Si alguien quisiera pasar ahora mismo, tendría que rodearnos. Levanto un poco el mentón como siempre que quiero verlo fijo a los ojos.

—¿Te digo la verdad?

—Siempre. —Veo cómo sus ojos saltan de un punto de mi cara al otro, estudiando. Hace mucho eso. Buscar algo en mi rostro antes de decidirse por sus palabras, como si quisiera asegurarse de que puedo escuchar lo que está a punto de decirme. Me pregunto si alguna vez vio algo en mí que lo hizo mantenerse en silencio, decidirse por mejor no decir nada.

—Cuando estoy frustrado me ayuda salir a caminar, despejar un poco la mente.

Una mezcla agridulce me invade el pecho. Por un lado, me parece dulce que haya querido sacarme del bucle de frustración que estaba sintiendo. Pero se ve que una parte de mí estaba esperando otra respuesta, porque también siento algo agrio en mi pecho y garganta. Realmente espero que no se me note en la cara. Para

asegurarme, sonrío, porque después de todo lo que está haciendo, sacrificar parte de su sábado por mí es terriblemente dulce.

—Gracias, Tomi —digo con una sonrisa gigante.

—Además… —Moja sus labios, se muerde un poco el labio inferior, toma aire y vuelve a hablar—. Además, me gusta pasar tiempo con vos. Así que no me lo agradezcas. Mis razones son completamente egoístas, Juana. —Su sonrisa no es enorme como la mía, pero igual la guardo en mi colección de sonrisas de Tomás.

Y como me pasa cada vez que su boca escupe cosas como esas, me encuentro en una contradicción enorme. Me gusta escucharlas, pero no sé cómo reaccionar, qué decir. Tomás me hace dudar de lo que es correcto y no. No sé qué responderle. O sí sé, pero el problema es que no creo que debería. Porque lo que quiero decirle es que a mí también me gusta pasar tiempo con él, que estas últimas semanas hicieron que conociera una versión de él que no sabía que existía. Y que un poco me molesta haber pasado tantos años de mi vida cerca de él, pero al mismo tiempo tan lejos. Quiero decirle que estoy enojada porque no puedo dejar de pensar en lo mucho que extraño algo que no sucedió, en la pena que me da haberme perdido algo que pudo haber sido.

—¿Qué pasa? —Su tono tiene algo de preocupación. Cuando lo miro, porque se ve que en algún momento de haberme perdido en mi propia cabeza desvié la mirada, sus ojos están atentos a mi expresión. Es cuando vuelvo a sonreír que me doy cuenta de que había dejado de hacerlo.

Pero no puedo decirle lo que está en mi mente, porque siento que es demasiado. Así que elijo el camino fácil, aunque no sé si es el correcto.

—Cosas del trabajo —miento. Sé que sabe que estoy mintiendo, pero tiene la amabilidad de no presionar. Solo asiente una vez con la cabeza y retomamos la caminata.

Varios minutos después estamos tan lejos de casa que en lo único que estoy pensando es en que tenemos que volver. Abro la boca para decirle justamente eso a Tomás cuando escuchamos lo que pareciera un animal llorando. El sonido es apenas audible, mezclado con el susurro del aire. Tomás y yo giramos la cabeza al

mismo tiempo, ambos preguntándonos con la mirada si escuchamos lo mismo. Antes de que pudiéramos seguir dudando, escuchamos otro llanto. Esta vez nuestras cabezas se mueven hacia donde creemos que viene el sonido.

—¿Escuchás eso? —susurra Tomás, concentrado.

—Sí —murmuro. El llanto vuelve a hacerse escuchar y no perdemos tiempo antes de empezar a caminar hacia su dirección, donde la cantidad de árboles se incrementa y ya no hay un camino tan claro.

Estamos corriendo ramas, agachando cabezas, deteniéndonos cuando creemos que nos estamos alejando del sonido, prestando atención a si el llanto se escucha más fuerte o todo lo contrario. No sé cuánto tiempo pasamos, y por una milésima de segundo pierdo las esperanzas de que nos encontremos con el animal que está sufriendo, pero de repente escuchamos su llanto tan cercano que empezamos a trotar. Frenamos de golpe cuando vemos al cachorro, solo, sucio y gimoteando. A simple vista no veo heridas, pero igual saco el celular y llamo a la veterinaria del pueblo. Mientras tanto, Tomás se acerca al cachorro y lo revisa con delicadeza, sin moverlo demasiado. Me mira sobre su hombro y me da una sonrisa que hace que me tranquilice un poco.

—¿Hola, Samuel? —Tomás tiene al cachorro entre sus brazos, meciéndolo un poco, como si fuera un bebé—. Encontramos a un cachorro en el bosque. —Samuel me pregunta si está solo, recorro con la mirada los alrededores y me encuentro con absolutamente nada. Hago silencio para intentar escuchar algún sonido que me indique lo contrario, pero solo me encuentro con el viento soplando mis oídos—. Solo él —respondo.

—Ella —me corrige Tomás sin mirarme, embobado con *ella.* Siento mi corazón hincharse tanto que pienso por un momento que va a reventar. Sacudo la cabeza y me esfuerzo por concentrarme en las indicaciones de Samuel.

—Nos espera en la veterinaria para revisarla bien y hacerle un chequeo. —Guardo el celular en el bolsillo y solo sé que Tomás me escuchó porque asiente con la cabeza. Sus ojos siguen pegados a la

cachorra que tiene a upa. Escucho que le murmura algo. No logro descifrar mucho, pero asumo que son palabras de amor.

—Es tan chiquita —murmura. Camino hasta ellos, inclino la cabeza y la observo con más detenimiento. Es de color marrón oscuro, tiene los ojos cerrados y pareciera estar durmiendo plácidamente y finalmente tranquila en los brazos de Tomás. Su boca pequeñita bosteza y suspira totalmente relajada, hundiéndose aún un poco más. No recuerdo la última vez que vi algo tan tierno.

—Creo que estoy enamorada —digo bajito, con miedo de despertarla. Odiaría interrumpir su paz.

—Somos dos —agrega Tomás, pero esta vez me está mirando a mí—. Estamos más cerca de casa que del veterinario. Pasemos a buscar el auto, ¿te parece? —Tengo la garganta tan llena de emociones que lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza y seguirlo de regreso a casa.

Cuando llegamos me entrega a la cachorra.

—Voy a buscar un par de frazadas y vuelvo.

Le hago upa con un solo brazo mientras le mimo la cabeza, su pelo es suave en mis dedos. Me hace acordar a cuando Ringo era bebé, aunque no sé si alguna vez fue tan chico. No puedo dejar de mirarla y ahora que la tengo en mis brazos me doy cuenta de que tiene una mancha blanca en el pecho y que está un poco sucia. Estoy hipnotizada, y lo peor de todo es que no está haciendo nada más que respirar, pero no puedo despegar mis ojos de ella. Vuelve a bostezar mientras se acomoda, pegándose aún más al calor de mi pecho.

—Listo. —Tomás tiene una cantidad de frazadas exagerada en sus manos. Cierra la puerta con el pie y camina hasta el auto. Veo cómo la mitad de su torso se pierde dentro. Cuando se incorpora me mira—. Traela. —Hace un gesto con la mano.

Tomás hizo como una especie de cucha en el asiento de atrás del auto.

—Espero que no se caiga —murmura, dudando de su creación.

—¿Qué te parece si viajo con ella atrás? Por las dudas.

—Sí, me parece lo mejor.

Aunque yo viajo con ella, Tomás va tan despacio que lo que originalmente podría haber sido un viaje de quince minutos, duró veinticinco. Está tan concentrado que ni siquiera emite media palabra y más de una vez me lo encontré revisando el espejo, mirándonos, asegurándose de que todo esté bien. Cuando finalmente llegamos a la veterinaria lo veo relajarse. Se baja, abre mi puerta y agarro a la cachorra junto con la cucha improvisada para bajar. Los tres vamos hasta la puerta donde Samuel ya nos está esperando.

—¿Qué tenemos acá? —Se acomoda los lentes y le rasca la cabeza—. Pasen, pasen. Vamos a revisarla para corroborar que esté todo bien.

Con Tomás nos quedamos en completo silencio mientras Samuel la pone en la mesa y empieza a revisarla. Los movimientos hacen que se despierte, pero se queda tranquila, mirándonos con esos ojos enormes.

—Hola —digo con una sonrisa, su cabeza se mueve hacia el sonido de mi voz. Tomás estira un brazo y la acaricia.

Samuel se saca el estetoscopio y se lo cuelga en el cuello.

—No debe tener más de seis meses, me sorprende que la hayan encontrado sola. Honestamente, no entiendo cómo hizo para sobrevivir tanto tiempo sola. Se ve que de alguna manera se alimentó. O a lo mejor alguien la abandonó. Pasa mucho eso —nos dice.

Tomás frunce las cejas y la mira. Puedo ver que no entiende cómo alguien sería capaz de dejarla sola, con este frío, en la calle. Cómo alguien puede ser tan cruel. Los tres la miramos bostezar, completamente despreocupada. Tomás le acaricia la cabeza y le sonríe.

—Además de comida, un baño y un par de vacunas, no necesita nada. Pueden llevársela y yo les digo cuándo tienen que volver para que se dé la primera vacuna. —Samuel se acerca a su escritorio, saca una lapicera del bolsillo delantero del ambo y empieza a escribir en su recetario—. Acá les dejo cómo se va a alimentar por ahora. A medida que crecen, hay que ir cambiándolo. Este por unos meses va a estar bien. —Arranca el papel y me lo entrega a mí—. Ambos

tienen mi número, así que cualquier duda o consulta, me llaman. —Ambos asentimos con la cabeza—. ¿Ya saben el nombre? —Ambos negamos con la cabeza—. Bueno, cuando lo sepan, díganme así lo pongo en su libreta de vacunas.

—¿Cuánto te debemos, Samuel? —pregunta Tomás al mismo tiempo que saca su billetera del bolsillo trasero de sus *jeans*. Samuel hace un gesto con la mano.

—Olvidate.

—Samuel… —empiezo, pero me interrumpe.

—Si me pagan me voy a ofender. En serio. Guardá eso, Tomás. —Señala la billetera con el mentón—. Cualquier cosa que necesiten me llaman —insiste por última vez.

—Gracias, Samuel. —Le hago upa a la cachorra y sigo a Samuel hacia la salida, con Tomás detrás de mí. Cuando me giro a verlo, veo que dobla unos billetes y los deja apoyados debajo del sello de Samuel. Me atrapa en pleno acto y se lleva el dedo índice a los labios. Yo le respondo sellando los míos.

Cuando Samuel cierra la puerta de la veterinaria nos quedamos los tres solos nuevamente. Mis ojos se turnan entre ella y Tomás.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto bajito.

—Por ahora vamos a ir a casa, darle un baño, de comer y después vemos. —Abre la puerta trasera del auto, le entrego a la cachorra, me subo y estiro los brazos para que me la vuelva a entregar.

En el viaje de regreso la dejo descansar sobre mis muslos. Y cuando mis ojos se encuentran con los de Tomás en el espejo retrovisor, ambos estamos sonriendo.

Capítulo 16

—Siento que nunca más voy a poder hacer nada que no sea mirarla. Ni comer, ni bañarme, nada. Solo pasar los días observándola.

—Quiero renunciar a mi trabajo —respondo.

—¿Y si lo hacemos? —Tomás se acomoda sobre su codo para mirarme.

—¿Renunciar? —digo entre una risa. Él me sonríe, los nudillos apoyados sobre su sien, el largo de su cuerpo acostado sobre el piso, cerca del mío. Le copio la postura—. Porque no me lo digas dos veces.

—¿No te gusta tu trabajo?

Desde que tengo memoria sabía que el destino de El Café de Lila iba estar en mis manos. Mi abuela fue muy firme: el café tenía que pasar de generación en generación. Y, sinceramente, nunca me senté a meditar si quería ser la dueña porque jamás lo dudé. Algo en mí me decía que era el lugar correcto, donde debía estar. Por ese mismo motivo creo que es la primera vez que alguien me pregunta si me gusta trabajar en el café.

—Jamás me lo pregunté —digo al mismo tiempo que estiro la mano para acariciar a Rita. Estuvimos un buen par de horas debatiendo el nombre hasta que ambos llegamos a este. Tiene carácter, como ella—. Cuando era chica, Lila ya me enseñaba recetas, me hacía cocinar lo que pudiera, tenía un banquito en su casa para que pudiera llegar a la mesada. Crecí viéndola a ella trabajando en el café, para después verla a mi mamá. Pasaba tardes enteras haciendo la tarea después del colegio, pasé cumpleaños, mi primer novio me dio mi primer beso en la puerta. No es solamente

un café, es mi segunda casa. Y donde más cerca siento a mi abuela y a mi mamá.

—Igual no respondiste mi pregunta.

—Me gusta mi trabajo. —Sonrío—. No me veo haciendo otra cosa.

—¿Ninguna? —Sus ojos me miran con curiosidad—. Te envidio un poco.

—¿Por?

Tomás exhala y comienza a acariciar a Rita. Un suspiro bebé sale de ella y los dos sonreímos embobados. Tendría que pararme y comer algo antes de irme al café, pero lo encuentro imposible. Quiero quedarme acá y pasar todo el día viéndola, simplemente, respirar y dormir.

—Siento que cuando dejé de nadar profesionalmente perdí también lo único que nunca me hizo dudar de qué quería hacer. De quién quería ser. Durante muchos años de mi vida eso fue así. Hasta que dejó de serlo.

—¿Fue difícil?

—Fue una mierda. —Tomás se ríe y niega la cabeza—. Me sentía tan perdido. De repente no sabía quién era si no era nadador profesional. No sabía qué hacer, de qué iba a trabajar. Ninguna opción me entusiasmaba lo suficiente. No quería hacer nada que no fuera nadar.

—Me acuerdo de tu lesión —susurro—. El pueblo entero habló de eso durante semanas. En su momento no entendía por qué todos sentían tanta pena por vos, por qué apretaban los labios cuando decían tu nombre, por qué usaban tanto las palabras pena y lástima. En mi mente solo te habías lastimado, me pasaba todo el tiempo. Y se lo dije a Valentino.

—¿Qué cosa? —Frunce el ceño.

—Que no era tan grave, que una vez que te curaras ibas a poder nadar de nuevo.

—¿Y qué te dijo él? —Sonríe.

—Que no entendía nada. —Pongo los ojos en blanco. Valentino es el mejor hermano mayor que podría haberme tocado, pero sigue siendo mi hermano y cuando éramos chicos no se cansaba de

remarcar que yo era muy chica, que nunca entendía nada y que todo me lo tenían que explicar. Tomás suspira y cuando veo su rostro me encuentro con destellos de tristeza. Pienso en que no todo lo que duele está destinado a sanar por completo. En que a veces vamos a pasar el resto de nuestros días con el escozor de recuerdos, heridas y de lo que pudo haber sido. Y está bien.

—Dar clases a veces también es difícil —dice sin mirarme a los ojos—. Pienso… —Tomás dejar salir otra exhalación—. A veces, por un segundo, imagino mi vida si nunca me hubiera lesionado antes de las olimpiadas.

—¿Te gusta tu trabajo? —Sus ojos van inmediatamente a mi cara y me regala una sonrisa diminuta.

—¿Cuál de los dos? —Alza una ceja.

—Los dos.

—Depende el día, depende la semana. —Encoge un hombro—. Hace años que me amigué con la realidad de que nunca voy a amar nada como ser nadador. Pero me gusta lo que hago y me da de comer, así que no tengo quejas.

Nuestros ojos se miran por unos segundos.

—¿Entonces renunciar no es una opción? —pregunto.

Tomás se ríe, colgando su cabeza hacia atrás, ojos cerrados. Siento como si me pegaran una patada en el medio del pecho, como si me sacaran el aire de golpe. Un pensamiento peligroso y raro se instala en mi mente. *Me gusta hacerlo reír. Me gusta su risa.*

Podría mentir y decir que me tomó por sorpresa mi reacción, pero la verdad es que hace días que pareciera que todo lo que Tomás hace o dice, tiene un efecto en mí. Un efecto que intento rechazar, como si fuera una infección. Pero cada día que pasa viviendo con él, pareciera expandirse. Me pregunto si no tendría que tomar medidas drásticas, cortarme una extremidad del cuerpo, arrancar lo que sea que me esté pasando de raíz, no darle lugar a crecer. Lo pienso cada noche que apoyo la cabeza en la almohada. A veces lo pienso hasta el punto en el que se me hace imposible conciliar el sueño. Puedo sentirlo, sea lo que sea esto, cómo me consume. A lo mejor es porque me está exigiendo que le preste atención, que no lo ignore. Pero no me animo a hacer otra cosa que

patear este sentimiento debajo de la alfombra. Porque si hay algo que mi vida no necesita en este momento es sentir cosas por la persona incorrecta. Y Tomás no es la persona correcta para mí.

—Lamentablemente vamos a tener que mantener nuestros trabajos, Juana. —Apoya una mano en el piso y se incorpora. Inclino la cabeza para mirarlo al mismo tiempo que me ofrece la mano para ayudarme—. Voy a ir a comprarle las cosas a Rita, ¿querés que te deje en el café?

Quiero decirle que no, tomar distancia de él y de todo lo incómodo que me provoca. Quiero hacerlo y por un segundo pienso que esa va a ser mi respuesta.

—Dale —me encuentro diciendo—. Me cambio, como alguna boludez y estoy.

Mientras subo la escalera solo puedo pensar en la infección comiéndome de a poco. Y me encuentro con mis pocas ganas de combatir contra ella.



Marisa me despide con la mano y espero que cierre la puerta del café para desatar el nudo del delantal. Los domingos suelen ser jornadas intensas, no me quejo, pero hace horas que estoy parada y siento la molestia nacer en la base de mi cuello y caminar hasta la parte baja de mi espalda. Hago el mismo movimiento que hago cada mañana para entrar en calor antes de tirarme al agua. Dos ojos marrones aparecen detrás de mis ojos cerrados. Abro mis párpados y pestañeo un par de veces. Me parece injusto que un movimiento tan simple me haga pensar en Tomás. Pero es que, si me detengo a pensar, me encuentro con la realidad de que ese hombre consume cada vez más espacios de mi vida. Lo siento en cada parte. Dudo por momentos si no es un mecanismo de relleno, de reemplazo. Tomás por Lucas. Un clavo saca otro clavo y todo eso.

Niego la cabeza y me río sin humor mientras guardo todo en mi cartera. Comparar a Tomás con Lucas es cruel y demencial. Le encantaría a Lucas tener un gramo de similitud con Tomás.

Apago las luces, ordeno la cocina, agarro un par de medialunas que sobraron. Pienso que podríamos desayunarlas mañana, antes de irnos al club. Las meto en un *tupper* y las llevo al mostrador. Es cuando estoy subiendo el cierre de mi campera que mi celular empieza a sonar. Dudo en atenderlo, como suele pasarme últimamente. No tengo miedo de que él me llame, es más una cuestión de falta de interés, carencia de ganas. Debería dolerme su silencio, enloquecerme, frustrarme. Pero lo único que siento es tranquilidad. Estoy segura de que es la primera vez que Lucas me hace sentir paz. Que irónico que sea debido a su ausencia.

Un poco resignada, y mentalizada, saco el celular de la cartera. No puedo evitar sonreír al ver de quién se trata.

—¿Estás en el café?

—Yéndome, sí.

—Dios, extrañaba tu cara. Siento que no nos vemos desde hace meses. —No puedo evitar reírme, sola, en la casi oscuridad del café. Los ojos celestes de Delfina brillan con amor y diversión—. Nunca más pasemos tanto tiempo separadas.

—Amiga, ayer me mandaste un mensaje diciéndome que no querías volver.

—No hay lugar en el mundo que sea suficiente sin vos. —La miro con ternura—. Además, sabés que no podría. Extraño mucho, todo el tiempo, jamás podría vivir en otro lugar que no sea Nanai. Pero no te llamé para hablar de mí. Contame, ¿qué onda tu vida?

Hace semanas que este tipo de preguntas las respondo un poco en automático. Las videollamadas son todo un desafío porque tengo que esforzarme el triple para que no se vea en ninguna esquina de mi cara que estoy mintiendo. Tener que esconderle la verdad a mis dos mejores amigos que me conocen hace décadas no solamente se siente repugnante, sino que es sumamente complicado. Me siento sucia y un poco hija de puta.

—Nada interesante, lo mismo de siempre. —La veo dudar y no puedo permitirme eso—. Todo bien, cansada. Fue un día intenso en el café. Como suelen ser los domingos, bah. —Me encojo de hombros y tengo que darle algo más si no quiero que empiece a

preguntar, a sospechar—. Creo que mi papá está saliendo con Marisa.

—¿¡Qué!?

—No estoy segura, pero lo sospecho.

—¿Marisa es la que da las clases de cocina?

—Ajam. —Termino de abrigarme, usando la cartera como apoyo del celular—. El otro día fui a cenar a su casa y la nombró varias veces. Creo que ni se dio cuenta. No me quedé pensando mucho en eso, pero recién vino a pedir dos cafés y uno fue exacto a como lo toma mi papá. Ah, y se llevó alfajorcitos de maicena. Vos sabés que son los favoritos de él. Y ayer cuando le pregunté si quería que fuera a almorzar después del café, me dijo que no iba a estar en su casa.

—Definitivamente están saliendo.

—¿Sí, no?

—Me pone feliz por tu papá, Juana. —Agarro el celular, las medialunas y me cuelgo la cartera. Camino hasta la puerta, afuera es de día y hay un poco de sol para variar. Solo pienso en llegar a casa, cocinar unos fideos con salsa, leer un rato y dormir—. ¿Cómo está él?

—Bien. —Abro la puerta y la cierro con llave—. A veces tengo miedo.

—¿De que recaiga? —Asiento una vez—. Me siento una amiga de mierda cuando hablamos de esto.

—¿Por? —pregunto genuinamente confundida.

—Porque nunca sé qué decirte. —Delfina me brinda una sonrisa tímida—. "No tengas miedo", "todo va a estar bien para siempre", son frases vacías en esta situación, y no quiero ni prometer ni mentir, amiga. —Suspira—. No sé, tal vez lo único que puedo decirte es que no te preocupes por algo que no está pasando. Disfrutalo, corazón. Solo vos y Valentino saben lo que fue perderlo de esa forma. Ahora lo tenés de nuevo. Disfrutalo.

Siento la humedad en mis ojos, le sonrío a mi mejor amiga.

—Te extraño, boluda.

—Y yo a vos, ¿estás yendo a tu casa? —Inclina la cabeza hacia adelante, como si quisiera atravesar la pantalla del celular. Sus ojos fijos en mí y a mi alrededor.

—No. —La cantidad de mentiras que puedo entregarle a Delfina son escasas. Y tampoco sé si tiene algo de malo decirle la verdad en este asunto en particular. O bueno, una verdad a medias—. Estoy yendo para lo de Tomi.

—Tomi…. —No me detengo en la duda que tiñe su voz.

—Me pidió si puedo cuidarle a Rita.

—¿Quién es Rita? —Toda la cara de Delfina se contorsiona en una expresión de confusión total.

—Ahora vas a ver —le respondo mientras pongo las llaves en la cerradura—. Cerrá los ojos —le indico. Delfina se tapa con la palma de su mano. Aprovecho para silenciarme y gritar el nombre de Tomás una vez. No lo veo, pero sé que tiene que estar por algún rincón de la casa.

—¡En la ducha! —Su grito viaja desde arriba hasta mis pies.

—¡No bajes hasta que te diga!

—¿Amiga? ¿Puedo abrir los ojos? —Bajo mis ojos hacia la pantalla del celular, toco un botón y le respondo.

—Dame un minuto, no la encuentro.

—¿Qué cosa no encontrás?

—¿¡Por qué no puedo bajar!? —Vuelvo a silenciarme y rezo que Delfina no lo haya escuchado. Mientras intento descifrar el escondite que eligió Rita para hacerme la vida un poco más difícil.

—¿Ese era Tomás? —Aprieto de nuevo la pantalla.

—Sí. —Suspiro resignada—. Ese era Tomás.

—Pensé que no estaba en su casa.

—Se habrá atrasado, ni idea. —Es en ese momento que la encuentro, debajo de una de las sillas del comedor, durmiendo. Me agacho, apoyando las rodillas sobre el piso y la tomo con una de mis manos, la que no sostiene el celular. Cuando la tengo a upa le digo a Delfina que ahora sí puede abrir los ojos.

El grito que pega hace que Valentino y Matilda aparezcan en menos de un segundo. Y que Tomás pregunté desde arriba si me pasó algo.

—¡Es hermosa! —Delfina tiene una sonrisa enorme en la cara, a Valen de un lado y a Mati del otro. Ambos me saludan medio así nomás, sin darle mucha importancia.

—¿De quién es esa perra? ¿Tuya? —pregunta mi hermano—. Ringo se va a poner celoso. —Se escucha un ladrido lejano. A veces pienso que ese perro nos entiende perfectamente, juro—. ¿O es de Lucas?

—¿Cómo se llama? —pregunta Matilda antes de que pueda responder media pregunta de Valentino—. Ya quiero volver y tenerla a upa, es preciosa.

—Rita —responde Delfina por mí—. Y es de Tomás.

—¿Y por qué la tenés vos?

—Le pidió que fuera a cuidarla. —Mi hermano la mira a Delfina y sé que Matilda quiere reírse—. Llegás tarde Díaz.

Un poco la quiero y debería agradecerle porque yo jamás en mi vida pude hacer que Valentino me creyera ni media mentira. Él dice que hago algo raro con los ojos y mi voz sale finita. Por supuesto que intento tapar cualquier rastro que pueda delatarme, pero solo empeora el gesto.

—¿Y adónde tiene que ir un domingo al mediodía? —Esta vez Delfina me mira, esperando una respuesta. Abro la boca, la cierro y la vuelvo a abrir.

—¿Qué te importa? —La voz de Tomás se escucha, pero él no se ve.

—Hola, Tomi —grita Matilda, asegurándose de que la escuche. Primero escucho sus pasos, luego siento su presencia a mi espalda, giro la cabeza para mirarlo, pero él tiene la mirada fija en la pantalla.

—No sabía que había una reunión —es su saludo.

—Y yo no sabía que habías adoptado una perra.

—La encontramos ayer en el bosque.

—¿Encontramos? —dice Matilda, sus ojos saltan de mí a Tomás. Siento que algo cambia en su expresión cuando vuelve a mirarme, como si pudiera ver debajo de mi carne, ahondar en lo que tengo oculto. Tomás debe percibir la tensión en mi postura porque cambia de tema.

—¿Cómo la están pasando? —Tres pares de ojos nos devuelven una mirada que le daría una madre o padre a sus criaturas. Nos la están dejando pasar, por esta vez, no van a presionar, pero que no se repita, parecen querer decirnos.

Los tres nos cuentan de sus tres semanas en Nueva York. Del calor inhumano y de las ganas que eso les da de comer helado, rico, como el de casa. Que caminan más de veinte mil pasos por día. Delfina me dice que está enamorada de la ciudad pero que nada se puede comparar con Nanai y su tranquilidad. "La esencia de casa es irrepetible, Juana", me dice. Nos cuentan sobre los museos, comidas que probaron, que deberíamos tener *bagels* en el café. Hablamos tanto tiempo que tengo que entregarle a Rita a Tomás. No hace contacto visual conmigo ni una vez, pero tampoco se aleja. Se mantiene detrás de mí, tan cerca que si me muevo un paso me choco con él. Por momentos soy consciente de esa cercanía, como siempre plenamente consciente de él. Parpadeo y me vuelvo a concentrar en las palabras que salen de mi hermano.

—¿Sabés cuándo vuelve Caro? —La pregunta va dirigida al hombre que tiene a Rita en brazos. Cada vez que la tiene a upa me pregunto si sus brazos parecen enormes porque ella es muy chiquita o si ella parece muy chiquita porque sus brazos son, efectivamente, enormes. La respuesta vuelve a mí cuando yo le hago upa y Rita ya no parece tan minúscula.

—El martes.

—Ah, antes que nosotros.

—El último es Fausto. El viernes, creo. No me acuerdo, después me fijo en el calendario.

—¿Lo anotaste?

—Si no, me olvido —responde Tomás y va hasta la heladera.

Es en ese momento que veo que tiene puesto un *jean*, zapatillas y una remera negra lisa. Tomás jamás se pondría un *jean* para estar en casa.

—Bueno, nos vamos que tenemos entradas para un musical —dice Matilda. Enfoco mi vista en la pantalla y trato de borrar la confusión de la cara.

—Pásenla lindo —respondo. Tomás vuelve, esta vez se pone al lado mío con el vaso de agua que se sirvió—. Nos vemos en unos días.

—Chau —dice Delfi—. Y chau, Rita hermosa —dice con esa voz que solo se puede usar para hablarle a los bebés y los animales—.

Dios, la amo —murmura, mirándome a los ojos.

—Somos dos —digo con una sonrisa—. Chau. —Saludo una vez con la mano, ellos hacen lo mismo y corto la videollamada.

—¿No saben todavía?

—Les voy a contar cuando vuelvan. —Camino hasta la cucha y dejo a Rita descansando ahí—. ¿Te vas? —Tomás asiente con la cabeza, se termina el agua y deja el vaso en la bacha de la cocina. No me da más información que ese pobre movimiento de cabeza—. Ah —es todo lo que sale de mi boca. Me muevo sobre mis pies. De repente no sé qué hacer con mi cuerpo—. Traje medialunas para que desayunemos mañana —es lo único que se me ocurre decir.

—Gracias. —Su sonrisa es rara y no puedo entender muy bien por qué. Pero lo es.

Ninguno atina a irse, él está parado cerca de la mesada y yo de la puerta de la cocina. Lo lógico sería que me fuera yo, que rompiera con la incomodidad. Siento que me está ocultando algo. Pero no tiene sentido que este hombre me escondiera algo a mí, ¿por qué? ¿por qué me haría eso? No sería capaz. No sabiendo lo mucho que odio las mentiras.

Exhalo el aire de mis pulmones un poco resignada, agarro la cartera que dejé tirada en medio de la mesa, la cuelgo sobre mi hombro y cuando estoy a punto de caminar para irme, su voz me detiene.

—Voy a almorzar con alguien.

Cuando era chica jugaba a las escondidas todo el tiempo con Valentino. Pero los cinco años de diferencia se sentían. Sus escondites siempre tuvieron más viveza, originalidad, los míos eran una mierda. Me encontraba tan rápido y fácil que a veces lloraba de la bronca, iba corriendo a mi mamá y le decía que Valentino era malo, no sabía jugar. Ella se reía con delicadeza y me explicaba que a veces se gana y a veces se pierde. Y en este momento siento que perdí, pero no entiendo muy bien qué. Ni siquiera sabía que estábamos jugando.

—Alguien —digo, mis ojos fijos en él. Tomás me sostiene la mirada solo por unos segundos antes de mirar las puntas de las

zapatillas. Pero yo no bajo la mirada, no. Quiero verlo cuando lo diga.

—Una chica —y esto lo dice mirándome fijo a los ojos. Dolor. Eso siento, no exactamente donde está mi corazón, sino un poco más a la derecha.

—No sabía —logro responder.

—¿Qué tenía una cita? —pregunta.

—Que te estabas viendo con alguien.

—Porque no me estoy viendo con nadie —es su respuesta. Río con acidez. *Ja,* pienso—. No sé de qué te reís, te estoy diciendo la verdad— lo dice tan serio, con tan poco lugar a refutar que un poco me enoja.

—Perdón por la confusión. A lo mejor fue la palabra *cita.* Qué se yo. —Encojo un hombro y eso hace que la correa de la cartera se deslice. La acomodo con fuerza.

—No es muy difícil. —Suena frustrado—. No me estoy viendo con nadie porque esta es la primera cita que voy a tener con ella. No es la segunda, ni la novena. Primera. —Sus manos están apoyadas sobre el borde de la mesada, detrás de él. Me fijo en la firmeza de su agarre, en cómo su postura quiere pasar por casual, relajada, pero no lo es. Todo en Tomás indica que está tenso. Como yo.

—No me hables como si fuera tonta.

—¿En qué momento te hablé como si fueras tonta?

No respondo. Siento el corazón latir desenfrenado, la sangre caliente en mis venas, el aire saliendo y entrando con fuerza.

—¿Querés que me vaya?

—¿Eh?

—Si querés que me vaya de tu casa.

Tomás no pestañea, no da un paso hacia adelante, no me dice que sí, que me vaya de su casa. Simplemente se queda ahí, apoyado sobre la mesada, supongo que procesando mis palabras. Me fijo en su pecho, que es lo único que se mueve, con velocidad, con intención. Espero su respuesta por tanto tiempo que estoy a punto de rendirme, subir la escalera, volver a guardar todas las cosas de mi bolso e irme de su casa.

—¿Estás celosa?

Obvio que estoy celosa.

Me cuesta entender el origen de mi enojo. Pienso, en un principio, que es debido a la caradurez de su pregunta. Pero instantáneamente me doy cuenta de que me enoja porque es verdad. Y eso me enloquece. Me dan ganas de arrancarme la piel, de gritar, porque sí. Me devoran los celos desde adentro, lo siento dando bocados gigantes a mis órganos.

—¿Querés que me vaya? —digo más calmada. Porque si hay un derecho que no poseo es el de enojarme porque Tomás haga su vida. No soy nada. Algo en su mirada se suaviza, cierra los ojos y se pasa los dedos por la cara.

—No quiero que te vayas.

—Perdón —digo con una timidez que roza lo infantil—. Me desubiqué.

—Perdoname a mí. —Tomás da uno, dos, tres pasos hacia a mí, apoya su mano en una de las sillas—. No te tuve que haber hablado así.

—Yo tampoco.

—Y mi pregunta estuvo fuera de lugar. —Se rasca el mentón, sin romper el contacto visual—. No tendría que haberla hecho. —Me muerdo el lado de adentro del labio inferior, pero no respondo—. No quiero que te vayas, te dije que te podés quedar acá hasta que te quieras ir. ¿Te querés ir, Juana? —Niego con la cabeza—. Necesito escucharlo. ¿Te querés ir, Juana?

—No.

—Entonces no te vas.

—Pero…

—Es solo un almuerzo. —Siento que esas palabras no son solo para mí. Asiento una vez con la cabeza.

—No tenés por qué darme explicaciones —respondo—. Sé que hace un rato parec…

—Lo sé —corta mis palabras—. Pero tampoco quiero que pienses cosas que no. Quiero decirte la verdad, siempre. Odiaría ser otra persona que te miente, Juana. Por eso te estoy contando esto. Sería más fácil y menos incómodo no haber dicho nada, o haberte dicho

que era con Choco con quien iba a verme. Pero no te merecés eso. Te merecés honestidad, y eso te voy a dar, ¿sí?

—Está bien.

—Bien. —Exhala, se fija la hora en el reloj de la muñeca—. Me tengo que ir. —Quiero descifrar alguna emoción detrás de sus palabras, pero no encuentro nada—. Te dejé el almuerzo en la heladera. Comé.

—Gracias. —Tomás me sonríe un poco antes de salir de la cocina; agarra billetera, llaves del auto, de la casa, una campera y se va.

Me siento en una de las sillas, apoyo ambos codos en la mesa y me llevo los talones de las manos a los ojos, presiono un poco para mantener dentro a cualquier lágrima que se quiera atrever a salir. Intento regularme. La conversación fue extraña, desagradable, irritante, reveladora. Sé que me expuse recién, que le di pistas de lo que siento, que fui vulnerable y un poco irresponsable. Pero es que este hombre me exaspera, me hace ser transparente y me aliviana la lengua. Digo cosas que no debería. Siento cosas que debería menos. Pienso cosas que debería menos que menos. *Sí, obvio que estoy celosa*. Si me lo hubiera preguntado una segunda vez no sé si hubiera sido capaz de no responderle con la absoluta verdad. Porque él juraba no querer mentir y yo me encontraba en la posición de no poder, ni querer tampoco. Estiro los brazos, mis palmas sintiendo la textura de la mesa, y dejo caer mi cabeza. Agotada, así me siento. Como si hubiera nadado durante horas, como si hubiera trabajado doble turno en el café. *Cansa ocultar lo que siento*, pienso con mi cachete sobre la lana del suéter.

Almuerzo sin ganas, con la cabeza pesada de tanto pensar. Mientras lavo el plato, el cuchillo y el tenedor que usé, me digo a mí misma que no puedo quedarme todo el domingo esperando que Tomás regrese. Un poco porque me va a comer la ansiedad y otro poco porque sería patético y triste de mi parte. Así que voy hasta la heladera y me fijo en la lista.

Ayer no me había dado cuenta de que uno de los puntos dice tener una mascota. Ese lo habré robado de la lista que hice cuando era chica. Desde que puedo recordar siempre pedí tener un perro, pero mi papá decía que era mucho trabajo, mucha responsabilidad.

Pero yo jamás me rendía, cada Navidad, sin falta, lo pedía. A los ocho años un compañerito del colegio me dijo que no existía Papá Noel. No les conté a mis papás que me había enterado, decidí hacerme la boluda e intentarlo una última vez, lo escribí en la carta que después poníamos en el arbolito de Navidad y esperé que llegara el veinticuatro a la noche. De más está decir que nunca llegó y hasta la llegada de Ringo no hubo animales en nuestra familia.

Me siento al lado de Rita, abre los ojos ante mi presencia.

—¿Querés comer? —Le rasco la cabeza despacio—. Después podemos dormir la siesta juntas, ¿qué te parece?

Después de darle de comer a Rita tal como nos indicó el veterinario, me la llevo conmigo arriba. No sé si es lo correcto acostumbrarla a dormir en las camas, y menos cuando no es mía. A lo mejor Tomás termina odiándome por esto. Pero es un riesgo que estoy dispuesta a correr. Me meto dentro de la cama, la acerco a mí y ella se acomoda cerca del calor de mi cuello y suspira como si hubiera trabajado toda la mañana conmigo en el café. Su respiración funciona como un tranquilizante que me ayuda a dormir. En lo último que pienso antes de quedarme profundamente dormida es en que espero no aplastarla.

Capítulo 17

Abro los ojos cerca de las cuatro de la tarde. Estiro mi cuerpo con mis manos en forma de puños por arriba de mi cabeza, todo mi cuerpo se tensa para luego relajarse. Me paso ambas manos por la cara, intentando despegar los párpados. Parpadeo un par de veces y me acuerdo de Rita. Al principio no la veo y pienso que mi peor pesadilla se hizo realidad y que la asesiné con el peso de mi cuerpo. O que la tiré de la cama. Pero escucho su respiración y la encuentro en los pies de la cama, tapada por una de las tantas almohadas. Salgo de la cama simplemente porque me estoy haciendo pis, porque la verdad es que el día me pide que me quedé acá, entre las sábanas, con el peso del acolchado encima, Rita dormitando cerca de mí y las almohadas abrazando mi cabeza y cuello.

Levanto la tapa del inodoro, apoyo mis muslos y el frío es instantáneo. Bostezo una vez, corto papel higiénico, me limpio y tiro el botón. Abro la canilla y espero que el agua salga al menos tibia antes de enjuagarme las manos. Me miro en el espejo y me encuentro con varias líneas en mi cara que indican que más que dormir, me desmayé. Tengo los ojos algo rojos. La colita de pelo luchando por contener la cantidad abismal de pelo. Inclino mi cara hacia el espejo, me examino en detalle, con un poco de maldad. *Tengo líneas de expresión en la frente. Tendría que sacarme el bigote. Ahora que me fijo, mis labios no son tan gruesos. ¿Siempre tuve ese lunar ahí? ¿O es nuevo? Debería ir al médico, ahora que lo pienso. ¿Cuándo fue la última vez que fui a hacerme un chequeo? Tengo el pelo horrible.* Suspiro y me digo que lo que necesito es darme una ducha. El cloro de la pileta me aniquila el pelo y la respuesta es la hidratación, un buen baño de crema. Antes de

prender la ducha y meterme, voy de un pique a mi habitación. Rita duerme profundamente, pero tengo miedo de que se caiga, así que voy corriendo las escaleras hasta abajo y busco su cucha.

Es con el silencio que me doy cuenta de que Tomás todavía no regresó. No me permito detenerme en ese pensamiento, en lo que puede significar que un almuerzo se haya extendido tanto. Con la cucha en las manos vuelvo rápido a mi habitación, la dejo al lado de la cama y coloco a Rita ahí. Apenas abre los ojos antes de volver a cerrarlos. Samuel nos había dicho que es normal que duerman la mayor parte del día cuando son tan bebés. Y que lo disfrutemos, porque una vez que arrancan no paran más. Una punzada de envidia me atraviesa el pecho ante la idea de que Tomás va a poder presenciarlo y yo no. Otro pensamiento al que no le doy mucho espacio. Dejo la puerta abierta de mi habitación y vuelvo al baño.

La ducha debe ser de mis lugares favoritos para pensar. Donde más hablo conmigo misma. Hago un repaso de cosas que tengo, o debería hacer. Ir a mi casa real. Revisar que todo esté en orden. Tendría que hacerlo, hace tres semanas que no pongo un pie ahí. Si tengo que ser sincera conmigo, no tengo razones fuertes y fundamentadas para no volver a mi casa. Pero hay algo que me tira a estar cerca de él, de sus plantas, de las rutinas que tejimos alrededor del otro, de las mañanas silenciosas, de escuchar su voz tararear canciones, de verlo preparar mermelada en su olla gigante que era de su abuela paterna. No es que no quiera estar en mi casa, es que no quiero no estar acá. Y ese es un problema gigante, porque es evidente que voy a tener que irme. ¿Es apego? ¿Es que no sé estar sola? ¿Es que desarrollé una dependencia poco sana hacia él? Lo medito mientras mis dedos se hunden en mi pelo lleno de champú. Lo sigo pensando cuando tiro mi cabeza hacia atrás y con mis manos ayudo a que el agua se lo lleve todo. Busco el acondicionador sin una respuesta a ninguna de mis preguntas. Minutos después, cuando me estoy poniendo, con dedicación y paciencia, el baño de crema, me doy cuenta de que no, no es que no sepa estar sola, no es que estoy llenando un hueco, no es nada de eso. Es que me gusta estar con él. Tenerlo cerca es, al mismo tiempo, horrible y hermoso. Resignada y sin muchas ganas de seguir

pensando, envuelvo mi cuerpo en el toallón y voy hasta mi habitación.

Miro la hora en mi celular y me digo que, aunque el día es espantoso, peor es quedarme acá sin nada que hacer. Sabiendo que voy a estar esperando a que vuelva, aunque no se lo admitiría a nadie ni con un cuchillo en la garganta. Además, me imagino la conversación cuando regrese, mi boca sintiéndose obligada a preguntarle cómo le fue cuando realmente no puede importarme menos. Busco qué ponerme, me cambio rápido antes de que mi cuerpo se enfríe, agarro el bolso donde traje mis cosas y le pongo un par de frazadas. Busco la correa y el pretal y llamo a Rita, que viene un poco dormida. Lucho un poco para ponerle el pretal y me doy cuenta de que no le va a servir por mucho más tiempo. Entra justo. Rita va a ser gigante, creo que como Ringo. Con cuidado tomo el bolso, el libro que dejé en mi mesita de luz y bajo.

—Quedate acá, ya vuelvo.

Tomás afuera de la casa tiene una especie de cuartito donde guarda herramientas de jardinería, tierra, estiércol, su caja de herramientas, y un par de cosas que no sabe dónde meter. Pero yo voy directo a una de las reposeras. Vuelvo rápido y me digo que tengo que abrigarme bien si no quiero morir de hipotermia. Subo rápido a mi habitación, me saco el pantalón, el buzo y la remera. Me pongo una capa de ropa térmica tanto arriba como abajo y vuelvo a ponerme todo de nuevo. Camino hasta la cocina, caliento café y lo pongo en un vaso térmico. Pongo agua templada en una botella y agarro el primer recipiente que encuentro.

Antes de salir agarro las llaves del auto, no sin antes escribir una nota y pegarla en la heladera.

Me fui con Rita a la playa, volvemos antes de que anochezca.

La playa, como esperaba, está vacía. Apago el motor, abro mi puerta y rodeo el auto. Rita está contenta, lo puedo notar porque se quiere bajar del auto apenas abro la puerta. La agarro y voy hasta el

baúl. Saco mi cartera y la reposera. Bajo despacio a la playa, pero no muy cerca de la orilla, donde el viento es más cruel y filoso. Primero abro la reposera, me siento y envuelvo a Rita con la frazada, la coloco sobre mis muslos. Se sienta, con la mirada en el mar, que llama su atención. Yo hago lo mismo. Aunque haya crecido acá, no es algo que deje de parecerme asombroso, avasallante. El mar tiene algo que te hace verlo cada vez como si fuera la primera. Así que lo hacemos por unos minutos. Las nubes grises no le permiten tener ese brillo tan peculiar, y apaga un poco su color, pero igualmente es hipnotizante. El agua moja la orilla y se va. Una y otra vez. Espero a que Rita dé un par de giros y se acueste sobre mí para sacar el libro que guardé en la cartera. Me acomodo, abro en la página que me quedé anoche y por un par de horas mi mente no piensa en absolutamente nada que no sea lo que estoy leyendo.

Cuando la poca luz que hay se empieza a ir, más temprano de lo que me gustaría, le digo a Rita que es hora de irse. Hago malabares para cerrar la reposera y agarrar todo sin que se me caiga nada. Volvemos al auto despacio, nadie nos apura. Rita va contenta, mirando por la ventana, absorbiendo todo. Sonrío cuando la veo. Me permito pensar solo una vez, mientras giro las llaves, si Tomás ya habrá regresado. A lo mejor, no. A lo mejor recién lo volveré a ver mañana, en el desayuno antes de ir al club. Sacudo la cabeza, pongo primera y la música lo más alta posible para que no me dé lugar a hacer otra cosa que no sea cantar.

La casa la encuentro como cuando la dejé. *Tal vez le pasó algo.* Cuelgo el abrigo, me saco las zapatillas y camino en medias hasta el sillón, Rita a upa mío. No sé si hago bien en tenerla tanto en brazos, debería caminar más a lo mejor. Pero estoy cansada, siento que este día, el cual todavía no terminó, está siendo demasiado intenso, chicloso, molesto. Exhalo con vehemencia y cierro los ojos. *¿Y si tuvo un accidente? ¿La mamá de él me hubiera llamado? ¿Me enteraría? ¿Alguien me avisaría?* Negocio conmigo esperar un par de horas más. Mi papá suele decir que los rumores viajan rápido, sí, pero nada como las malas noticias, y quiero creer que, si algo le hubiera pasado a Tomás, ya me hubiera enterado.

No tengo ganas de cocinar, pero tengo hambre. Reviso las alacenas, la heladera y me decido por hacerme un *omelette* con jamón y queso. Fausto es fanático de los *podcasts*, cada vez que lo veo, que es prácticamente todos los días, tiene uno nuevo para recomendar. Soy más de la música, le respondo cada vez que me pregunta por qué no escucho. Pero mis dedos se deslizan por la pantalla del celular hasta la lista de *podcast* que mi mejor amigo me armó un día, por las dudas, había dicho. Hay tantos y tan variados que al principio me siento un poco abrumada. Termino decidiéndome por uno que dura quince minutos, que habla sobre volcanes. La voz de la chica me hace compañía mientras rompo tres huevos y los bato. Para cuando termino de cocinar el *omelette*, el episodio se terminó, pero arranca otro automáticamente. El tercer episodio me encuentra con la esponja en una mano y el detergente en la otra. Disocio un momento, mientras seco el plato con el repasador. *Pasé casi todo el día sola*. Bueno, sin contar a Rita. Hice lo que quise, como quise, cuando quise. No tuve que preguntarle a nadie si quería ir a la playa con este día horrible. Cené lo que yo quería comer. Manejé los horarios como yo quería. Y me gustó. Siempre le escapé a la soledad, reacia a estar sola si podía estar con alguien, mi ex, mis amigos, mi familia. Pero hay algo liberador en pasar tiempo con uno mismo. No es triste, como puede parecer visto desde afuera. Todo lo contrario. Quiero hacerlo la mayor cantidad de veces, quiero ver a qué lugares me voy a llevar, qué me voy a hacer, qué voy a descubrir de mí misma que no tenía ni idea.

Primero escucho la cerradura, y después sus pasos entrando. El cierre de la campera, un suspiro y luego nada. Podría salir de la cocina, saludarlo e irme a dormir. Estoy cansada, y por más que mañana no trabaje, me tengo que despertar temprano para ir al club. Además, tengo ganas de leer un rato antes de dormir. Recién son las ocho, pero la idea de ya meterme en la cama hasta mañana me tienta mucho más que tener una conversación con Tomás sobre una cita que evidentemente tuvo éxito. Sinceramente no creo poder soportar ni medio detalle. Junto un poco de fuerzas, sonrío y salgo de la cocina.

No lo encuentro de una pero no escuché sus pisadas subiendo, así que tiene que estar abajo todavía. La oscuridad es plena, excepto por la luz tenue que sale de la cocina. Y es ella quien me ayuda a ver la silueta de Tomás, descansando sobre el sillón. Camino despacio. Está sentado con Rita en su regazo, mirando el movimiento de sus manos mientras trazan formas abstractas sobre su pelaje. No me mira, no reconoce mi presencia.

—¿Adónde fueron? —pregunta sin mirarme. Yo instintivamente me fijo en la nota que dejé en la heladera. Claramente no la leyó, así que me pregunto cómo sabe que nos fuimos—. El auto está estacionado de trompa. Nunca lo dejo así yo. O solo cuando estoy apurado.

—Fuimos a la playa. —Recuerdo la conversación que tuvimos a la mañana y me carcome la vergüenza. Sopeso la opción de que siga enojado, aunque nos hayamos pedido perdón.

—¿Con este frío? —Sus palabras son algo arrastradas, continúa sin mirarme. Ni siquiera de reojo. Remuevo mis pies nerviosa. Decido que necesito sentarme, así que eso hago. Voy hasta el otro extremo donde está él, pero me siento sobre el brazo, no en el cuerpo del sillón.

—No fue tan terrible —miento, porque sí, el frío era abismal. Pero estaba abrigada y lejos de la orilla, fue soportable la hora que estuve. Tomás no responde, solo sigue acariciando a Rita, un poco ausente, un poco con la mente más allá que acá. Muero por saber en qué está pensando.

De la nada empieza a reírse bajito, apenas se sacuden sus hombros y niega lentamente la cabeza. Frunzo las cejas.

—¿Tomi? —pregunto. Intento mirarlo a la cara, pero es complicado cuando tiene la cabeza en esa posición. Pareciera que quiere esconderse de mí. El ángulo es imposible desde donde estoy sentada. Apoyo los pies en el suelo, y camino hasta quedar enfrente de él. Sigue con la pera pegada a su pecho, un par de mechones castaños cumplen la función de cortina, dejándome ver aún menos. Me arrodillo ante él, no demasiado cerca. Finalmente, Tomás levanta un poco la cabeza, no del todo, y nuestros ojos se encuentran.

—Hola. —Sonríe y es a esta distancia que puedo oler el alcohol en su boca. Mi ceño se profundiza aún más, hago una mueca con los labios, parpadeo un par de veces. Tomás estira su mano, enreda su índice en uno de mis mechones de pelo. No me mira a los ojos mientras lo hace—. ¿Alguna vez te dije lo mucho que me gusta tu pelo? Me dan ganas de hundir mis manos en él. —Sigue absorto en el movimiento de su mano, enroscando y desenroscando mi pelo—. Es hermoso —murmura.

—¿Viniste manejando así? —es lo primero que pregunto. Sé que se llevó la moto y si se subió a esa cosa en pedo, lo voy a matar. Tomás suelta mi pelo, suspira y niega con la cabeza. Tiene los ojos más cerrados que abiertos.

—Me trajo Choco.

Pestañeo confundida. No entiendo nada. ¿Choco?

—¿Choco? —pregunto. Pero Tomás me mira y no responde.

—Tengo sed. —A continuación, se humedece el labio inferior con la lengua y deja caer la cabeza hacia atrás, exponiendo el largo de su cuello. Lo observo por unos segundos antes de pararme, ir a la cocina y servirle un vaso de agua.

—Tomá. —Abre los ojos y me da una sonrisa desprolija.

—Gracias. —Estira el brazo y me aseguro de que lo haya agarrado con fuerza antes de soltarlo. Se termina el vaso en dos sorbos. Me quedo parada viéndolo. Tomás no suele tomar, o al menos no tanto como para ponerse en pedo.

—¿Qué pasó? —pregunto.

—¿Con qué? —Volvió a apoyar la cabeza sobre el sillón, me mira de costado, confundido.

—Con vos. —Mis palabras lo hacen suspirar. Deja caer sus párpados. Cuando vuelve a abrir sus ojos parece un poco enojado, un poco menos él.

—Nada —me ofrece, pero no me alcanza.

—Estás mintiendo. Me dijiste que nunca me ibas a mentir. —Su mirada se suaviza. Pero no responde. Sé que es un hombre de pocas palabras, pero este día fue tan atípico que instintivamente me llevo el dedo pulgar y el índice a la muñeca y me pellizco. Presiono con fuerza y nada. Todo sigue igual, yo parada al costado del sillón, él

con su cuerpo fuerte y largo despatarrado, diciendo palabras con olor a alcohol, los ojos algo vidriosos y mintiéndome. Rita bosteza, se para y salta de su regazo, como si quisiera dejar en claro que no está de acuerdo con él no diciendo la verdad.

—Juana, por favor —dice de repente agotado. *Lo estás molestando. No quiere hablar con vos. Dejalo tranquilo.*

No respondo porque es evidente que no tiene ganas de hablar en este momento. Me agacho para darle un mimo en la cabeza a Rita y me dirijo a la escalera. Subo los escalones despacio. *No entiendo,* me digo a mí misma mientras me lavo los dientes. *Ayer estaba todo bien*, repito mientras escupo la pasta de dientes, abro la canilla y hago que el agua se lleve los rastros. *Algo cambió, pero no sé qué.* Seco mi boca, pera y manos con la toalla. Me acuesto en la cama y decido que estoy lo suficientemente cansada como para leer.

En la oscuridad, con los ojos abiertos, escucho a Tomás subir los escalones, despacio, supongo que, concentrado en no caerse, en pisar bien. Luego lo escucho desplazarse por el pasillo, me encuentro deseando que toque la puerta, que me desee buenas noches, que me explique por qué está tan raro. Sus pasos se detienen, pero no escucho el ruido de la puerta de su habitación cerrarse. Me permito imaginarlo en el pasillo, parado del otro lado de mi puerta, a punto de tocarla. Cierro los ojos y me concentro en solo escuchar. Pasan varios segundos, un minuto entero a lo mejor, y el sonido de sus pies contra el suelo vuelve a aparecer. Después su puerta se cierra.

Finjo dormir esperando que el sueño definitivo llegue. Tardo más de lo que me gustaría, y antes de finalmente dormirme sueño con él.

Capítulo 18

Tuve que ir a lo de mi vieja. Me llevé a Rita.

Leo la nota una buena cantidad de veces, hasta que empieza a perder sentido. Como cuando decís en voz alta muchas veces una palabra y termina sonando completamente diferente. Supongo que quiero encontrar una pista que me lleve a entenderlo. Quiero saber si hay algo oculto entre esas doce palabras que tienen un mensaje muy claro, que no se prestan a la interpretación. Se fue a lo de su mamá, antes de las siete de la mañana, con Rita, dejándome con el desayuno a medio hacer. Porque como todas las mañanas de estos últimos días, me levanté unos minutos antes que él para ser yo la que lo esperara con el desayuno listo. Pero vi la nota en la heladera tarde, más específicamente cuando fui a agarrar la leche. Las tostadas apiladas en un plato, su mermelada favorita, la mía y dos tazas con café que se va a empezar a enfriar si nadie lo toma pronto. Agarro el imán y vuelvo a dejar la nota en la heladera. Mis ojos viajan hasta mi lista, veo que todavía tengo varias cosas por hacer y hoy no trabajo. *A lo mejor podría ir a averiguar por las clases de tejido.* Pero es tan temprano que tendría que esperar un par de horas para hacer eso.

Sirvo una buena cantidad de leche en mi taza, y mientras me tomo mi café con leche tomo la decisión de ir a nadar igual. No está escrito en ningún lado que necesito a Tomás para hacerlo. O al menos ahora ya no lo necesito. Sé lo que tengo que hacer, aprendí de memoria la entrada en calor, los ejercicios. Nadar me hace bien y no voy a no hacerlo porque simplemente decidió esconderse como hacen los animales asustados. Dejo la taza vacía con más fuerza de

la que pretendía, me como una tostada más mientras subo la escalera y minutos después estoy con el bolso de natación en el hombro saliendo de la casa.

Llego un poco más tarde de lo usual, porque tuve que venir caminando, pero si acorto la entrada en calor, llego a hacer la rutina completa antes de que venga el grupo de chicas de Gabi.

Pilar está en la recepción concentrada en un libro.

—Buenos días. —Sonrío. Pilar levanta la mirada del libro y puedo ver la emoción aparecer y desaparecer cuando se da cuenta de que esta vez Tomás no está a mi lado, soy solo yo. Sonrío un poco más intentando compensar la ausencia que evidentemente no le gusta—. ¿Qué estás leyendo? —Señalo con mi mentón el libro. Pilar lo cierra y parpadea dos veces antes de responder.

—*La estafa de la feminidad.* —Gira el libro para mostrarme la tapa.

—Me encantó ese libro.

—¿Lo leíste?

—Sí. —Me acerco y apoyo los codos y antebrazos en el mostrador —. El año pasado creo. Tengo un par para recomendarte de este estilo, si querés. Y otras cosas también. No sé qué solés leer.

—De todo un poco, ficción, no ficción. No discrimino. —Encoge un hombro.

—Entonces tengo una cantidad abismal de recomendaciones. Cuando quieras, y puedas, venite al café y tomamos algo mientras te explico por qué *tenés* que leer *Te daría el sol*. —Puedo verla dudar un microsegundo antes de empezar a asentir con la cabeza.

—Pocas cosas me gustan más que café y hablar de libros. Voy a hacerme un hueco en la semana.

—Genial —respondo, le sonrío una vez más y despego mi apoyo del mostrador. Es cuando empiezo a alejarme que me pregunta lo inevitable—. No podía venir hoy —le explico, y puede parecer que no quiera darle detalles de por qué Tomás, contra todo su carácter, faltó hoy.

Caliento un poco las articulaciones rápidamente y sé que si Tomás estuviera presenciando esta entrada en calor no la aprobaría, pero un poco me chupa un huevo, porque no está y porque llegué

media hora más tarde por su culpa, así que cuento hasta diez una última vez y suelto mis piernas y me incorporo. Bajo por las escaleras, sumergiéndome de a poco. Nado hasta el carril que usamos todas las mañanas y sin darme más tiempo comienzo a nadar. No improviso ni invento, hago una de las rutinas que solemos hacer y me desafío internamente con el tiempo, compitiendo conmigo misma.

No pienso en él, no pienso en nada. Solo en cortar el agua con mis brazos, en patalear con consistencia, en respirar cada dos brazadas, en mejorar mi velocidad, en ser rápida, en el sonido que hace el agua cuando es golpeada y el olor a cloro.

Veo venir al grupo de chicas, Gabriela unos pasos más atrás, mirando algo en el celular. Es hora de irme. Pongo las palmas en el borde áspero de la pileta y empujo con fuerza hacia arriba. No puedo evitar sentir orgullo cuando me doy cuenta de lo fácil que me resulta ahora comparando con el principio, cuando Tomás tenía que ayudarme.

—Buenos días, Juana —dice una de las chicas, Olivia creo que es su nombre.

—Hola —respondo mientras me seco con la toalla—. ¿Cómo están, chicas? —Algunas, las que no están enfrascadas en otra conversación, me responden que todo bien, con sueño y frío—. ¿Está terrible, no? Hoy fue todo un desafío salir de la cama.

—Te juro —dice Gorro Violeta, Isabela—. Hoy pensé seriamente en faltar. —Ante ese comentario Gabriela levanta la mirada del celular y la fulmina con los ojos—. Mentira, profe —responde Isabela —. Sabés que no sería capaz de algo así.

—Las veo hablar mucho y estirar poco. —Gabi se guarda el celular en el bolsillo de su pantalón deportivo y todas, sin esperar a que se lo digan dos veces, empiezan a moverse—. ¿Tomás? —pregunta poniéndose a mi lado, sin dejar de ver a las chicas—. ¡Sin hablar! —Gabi suspira y susurra solo para mí—. Se ven todos los días y aun así siempre tienen algo que contarse. —No lo dice enojada y el comentario me hace sonreír primero a mí y después a ella.

—No pudo venir hoy —retomo la pregunta que me hizo.

—Qué raro.

—Sí.

Gabi me mira de reojo y pareciera que quisiera decirme algo, pero se aleja cuando una de las chicas no tiene compañera para estirar bien las piernas. Gabriela va y la ayuda a empujar hacia abajo, presionando la parte baja de la espalda con delicadeza. Aprovecho el momento para saludar a todas a lo lejos e irme al vestuario. Cuando agarro el celular tengo un mensaje de Choco preguntándome qué plan es mejor para una primera cita. Le digo que de ninguna manera ir al cine, que vayan a comer. Me responde con un pulgar hacia arriba y sé que la conversación se terminó. Guardo el celular, me abrigo y salgo nuevamente al frío.

El auto de Tomás no está. Así que cuando pongo un pie dentro de la casa y escucho ruido en la cocina lo primero que hago es sacar el celular y marcar el 911. Y buscar algo grande que podría usar para reventarle la cabeza a una persona. Busco y busco hasta que me fijo en una maceta que tiene el tamaño ideal para que cumpla la función de matar a alguien y al mismo tiempo pueda levantarla. Dejo el bolso con el mayor silencio posible en el piso y agarro la maceta. Le hago upa con solo un brazo porque la otra mano tiene el celular con el número marcado, a un botón de distancia de llamar a la policía. Pienso que no puedo hacer ambas cosas, partirle la maceta a quien sea que esté en la cocina y llamar si es necesario. Es cuando estoy en ese tren de pensamiento que la persona sale, silbando, despreocupada, de la cocina. Instintivamente suelto el celular y levanto la maceta por arriba de mi cabeza, preparada. Pero ahí me quedo, no muevo un músculo, no llamo a la policía, no grito. Porque conozco a esta persona. Levanta los ojos y me sonríe. En realidad, se ríe.

—Hola, Juana —dice—. ¿Pensabas tirarme eso en la cabeza? —Mira la maceta que sigo teniendo levantada. La bajo y la dejo en su lugar original.

—¿Qué hacés acá? —Mi cerebro todavía está procesando que Caro está parada en el medio del comedor de Tomás.

—Me hace reír que preguntes eso porque estaba a punto de preguntarte lo mismo.

Puta madre.

Capítulo 19

A los dieciséis, con Delfina y Fausto le habíamos mentido a nuestros padres. Habíamos ideado todo un plan para salir a bailar a Mar del Plata. Supuestamente ellos se quedaban a dormir en mi casa y yo le había dicho a mi mamá que me quedaba en lo de Delfina. Pero en realidad íbamos a estar en lo de Fausto, porque era la única casa que iba a estar sin padres. Solamente iba a estar Tomás, pero no nos preocupaba porque no es como si le importara lo que hicieran su hermano menor y sus amigas. Por supuesto no tuvimos en cuenta que nuestras mamás se hablaban más de lo que nosotros podíamos pensar. Así que esa noche, después de haber tomado vodka con jugo de naranja con el único objetivo de ponernos en pedo, mi mamá tocó el timbre. Tengo patente el recuerdo de los tres abriendo los ojos muy grandes.

—Hola, hija —dijo cuando abrió la puerta Fausto, nosotras dos atrás de él. La sonrisa de mi mamá era todo menos dulce.

Estuve en penitencia un mes entero.

Más de diez años después vuelvo a sentirme como esa noche, siendo atrapada mientras estoy haciendo algo que en realidad no debería, algo malo.

—¿Supongo que ya desayunaste? —dice mientras se deja caer en el sillón, poniendo los pies sobre la mesa ratona.

—Sí.

—Vení, sentate. —Palmea el sillón y yo voy rendida y me siento. Sé que no voy a poder mentirle ni escapar de las explicaciones que sé que está esperando de mí.

—¿No llegabas mañana?

—Cambié el pasaje —dice sin explicar el porqué.

—¿Por?

—Después, tal vez, responda tu pregunta. Primero quiero que me respondas un par a mí.

Dejo caer la cabeza, cierro los ojos, preparada.

—¿Estás viviendo acá? —No siento que me esté juzgando por el tono de su voz, solo encuentro una curiosidad genuina. Y lo entiendo, porque yo también estaría totalmente confundida si estuviera en su lugar.

—Sí —respondo, porque estoy cansada de mentir. Tampoco le encuentro sentido, es obvio que me estoy quedando acá, hay cosas mías por toda la casa. Además, cualquier oportunidad de inventar otra cosa que no sea la verdad se esfumó desde el momento en que pasé por la puerta como si esta fuera mi casa.

Carolina se sorprende. Supongo que estaba esperando que le inventara algo.

—¿Por qué? —pregunta con el ceño fruncido y al mismo tiempo una especie de sonrisa en la boca. Sé que encuentra toda esta situación extremadamente entretenida.

—Es largo.

—Tengo tiempo —responde y se acomoda en el sillón, dándome a atender que no se va a ir hasta que le explique con lujo de detalles por qué mierda estoy viviendo con su mejor amigo.

—Te cuento, pero si me acompañás a hacer un par de cosas.

—¿Me estás extorsionando? —Encojo un hombro—. Bueno, dale, vamos.

Caminamos en silencio por un buen par de cuadras.

—¿Adónde vamos? —pregunta Caro.

—Quiero aprender a tejer —es todo lo que digo y parece ser suficiente porque no pregunta nada más.

Llegamos a la casa de Miriam, toco el timbre y esperamos pacientes en la entrada. Se escucha un "ya voy" y un par de minutos después el ruido de la cerradura. Miriam sonríe automáticamente al vernos.

—Pasen, pasen, entren que hace frío. —Cierra la puerta detrás de nosotras y nos lleva hasta el comedor—. Siéntense —dice con dulzura—. ¿En qué las puedo ayudar?

—Tengo ganas de empezar a tomar tus clases. ¿No sé si tenés cupo?

—Siempre hay lugar y más para vos, Juana. ¿Qué días querías venir?

—¿Qué días pueden ser?

Media hora después y rechazando una invitación a almorzar, salgo de la casa de Miriam con los días y horarios anotados en un papel.

—¿Ahora?

—¿Querés almorzar en el café?

—No quiero que tengas que abrirlo y encima ponerte a cocinar solo para nosotras dos. Vayamos a otro lado. Yo invito.

Sé adónde estamos yendo sin que me lo diga. Uno porque reconozco el camino y dos porque no hay muchos lugares para comer en Nanai y tres porque sé que es el lugar favorito de mi hermano, Tomás y Carolina. Mi mamá me vivía diciendo que si necesitaba a mi hermano y no estaba ni en mi casa ni en el café que fuera a buscarlo a La Cocina de Pochi.

Entramos y el olor a comida nos invade las fosas nasales, al mismo tiempo que el ruido de los comensales hablando, los cubiertos golpeando contra los platos. Pochi nos ve y nos saluda con un gesto de cabeza y sigue en lo que estaba haciendo. Nos sentamos lo más alejadas de la gente que podemos. Aunque tampoco es como si el pueblo entero no supiera lo que estoy a punto de contarle. Sigo sorprendida de que las noticias no hayan viajado, que nadie se haya enterado. Supongo que a veces Nanai puede mantener un secreto.

—Bueno, contame, que me carcome la ansiedad. —Carolina entrelaza los dedos, apoya los brazos en la mesa y se inclina un poco hacia mí.

—Lucas me cagó.

—¿Qué?

—Entré a casa y se estaba cogiendo a una mina en nuestra cama.

Silencio. Veo algo de sorpresa en su rostro, pero no tanta como debería.

—Siempre supe que era un hijo de puta. —Está enojada, puedo notarlo en cómo contorsiona la boca.

—Sí, supongo que todos lo podían ver menos yo. —Y es esta la parte que no tenía ganas de enfrentar. Contarle a todo el mundo y darme cuenta de que los demás veían algo en Lucas ante lo que yo era completamente ingenua, ciega, ignorante. Podría enojarme, decirle bueno, ¿y por qué no me advertiste si sabías que era un forro? Pero la realidad es que todos lo habían hecho, al principio, a su manera me habían dado a entender que Lucas no les convencía. "No entiendo por qué estás con él", me había dicho una noche Fausto. Me enojé tanto que me paré, le dije que nunca más opinara de mi vida si no se lo pedía y me fui dando un portazo. Después de eso, nunca más nadie opinó sobre mi relación con Lucas. Pero era palpable que a nadie le caía bien, que a nadie le gustaba. Lo confirmaba cuando lo llevaba a alguna reunión y todo era tan incómodo y obvio que terminábamos discutiendo entre nosotros.

—Tus amigos no pueden borrar la cara de culo —me había dicho después de una cena.

—No es verdad —mentí. Mojé un círculo de algodón con agua micelar y empecé a sacarme el maquillaje.

—Sobre todo el pelotudo de tu mejor amigo. No entiendo, ¿está celoso? ¿Me tiene bronca por eso?

—No digas boludeces —respondí enojada—. Y no lo putees. Es mi mejor amigo.

—¿Qué pasa qué te ponés tan a la defensiva? ¿Te gusta?

Apenas terminó esa oración, sabía que iba a ser una de esas noches eternas, donde discutíamos durante horas, donde me gritaba y yo a él, donde nos decíamos cosas espantosas. Esa noche no se iba a quedar a dormir en mi casa, ya lo sabía, nunca lo hacía después de pelearnos. Como también sabía que íbamos a pasar varios días en silencio.

—Hola, chicas —levanté la mirada y ahí estaba Iván, el mesero—. Les dejo la carta, vuelvo en un rato.

—Gracias —respondió Carolina y abrió la carta—. Perdón, fue un comentario pedorro de hacer. Seguí contándome —dijo detrás de la carta.

—Después de eso fui a Bar, Tomás me llevó a su casa y me di cuenta al otro día de que no quería, no podía volver a mi casa, dormir en esa cama. Y después entendí que tampoco quería estar sola. Me ofreció quedarme y acepté. Fin.

—Pará. —Levanta una mano—. ¿Y Lucas?

—¿Qué pasa con Lucas? —Levanto la carta y me pongo a leerla, aunque ya sé lo que me voy a pedir.

—¿Te habló? ¿Lo viste?

—No.

—¡¿No?!

—Supongo que no tiene nada para decir, y sinceramente, yo tampoco tengo nada que decirle a él.

—Pero… —Carolina niega con la cabeza como si no pudiera creer las palabras que salen de mi boca. Pocas veces vi a esta mujer asombrada, sin palabras. Caro es una persona difícil de sorprender —. ¿No querés saber por qué?

—Al principio sí. Me iba a dormir todas las noches haciéndome esa pregunta, una y otra vez. Le di mil vueltas a este tema, Caro. Si hay algo que hice fue preguntarme por qué hizo lo que hizo. Pero ahora ya no me interesa. Sé muy en el fondo que la razón por la cual decidió cagarme no tiene nada que ver conmigo, sino con él. Con el tipo de persona que es.

—¿Valentino sabe? —Inclina un poco la cabeza, achica los ojos.

—Nadie sabe.

—¿Nadie?

—Bueno, si dejamos al pueblo entero de lado.

—Tu hermano va a explotar cuando se entere —dice.

—Lo sé, por eso estoy esperando a decírselo en persona. Quiero que vea que estoy bien, que no hace falta que asesine a nadie.

Iván vuelve, le pedimos y nos deja solas de nuevo.

—¿Dónde está Tomás?

—En lo de su mamá.

—¿Por?

—Ni idea —respondo—. Contame qué onda tus vacaciones.

—Me estoy dando cuenta del sutil cambio de tema. Pero te la voy a dejar pasar. Esta vez.

—Qué generoso de tu parte.

Carolina se ríe y empieza a contarme de los lugares que visitó, que intentó esquiar, pero se dio cuenta de que su cuerpo no está hecho para eso. Además, tenía tanto miedo de partirse la cabeza que era en lo único que podía pensar, me dijo. Me contó sobre la cantidad de chocolate caliente que ingirió.

—¿No es como el submarino? —pregunté.

—Mil veces más intenso.

Siguió hablándome de su viaje cuando llegó la comida, y no paró de hablar, haciendo pausas solo para dar mordiscos y tomar agua. Era refrescante escuchar algo que no sean mis propios problemas. No sabía lo mucho que necesitaba esto. Caro me contaba que había conocido a alguien, era instructor de esquí y que en realidad por ese motivo había tomado una clase, para darse cuenta rápidamente de que era la primera y última vez.

—¿Cómo se llamaba?

—Benjamín.

—Lindo nombre.

—Lindo hombre. —Caro movió las cejas sugestivamente y me hizo carcajear—. Buen sexo también. Hacía tiempo que no me cogían así.

—¡Caro! —dije entre risas—. Dios, te extrañé.

—Y yo a vos —dice sonriendo—. Ahora, contame, ¿qué te preocupa? Entiendo que no es nada sobre tu ex. Eso ya me dejaste claro que te chupa un huevo. Pero me doy cuenta de que algo te pasa. —Levanta el dedo índice y dibuja un círculo en el aire, encerrando mi rostro—. ¿Qué es?

Medito por unos segundos si contarle o no. Siento que este secreto creció al punto de volverse insoportable, incómodo. Tengo ganas de decirlo en voz alta, de que no me pertenezca solo a mí, que tenga otro espacio para existir que no sea solamente mi propia cabeza. Pienso que decírselo a alguien puede servirme para entenderlo un poco mejor. Quiero que alguien me diga lo que está pasando, que me ayude a darle forma, nombre. Quiero que me lo explique. Esto es lo que estás sintiendo, Juana, se llama así, no tiene nada de malo, es normal. Agarro el vaso de agua y le doy un trago

antes de decidir si decirle o no. También pienso en cómo decírselo, porque es algo que nunca hice y tengo miedo de usar las palabras incorrectas, de expresarme mal y que no me entienda.

—No lo sé —digo.

—¿Cómo no sabés?

—Es complicado.

—No me subestimes.

—Creo que estoy confundida —confieso. Carolina mastica mis palabras, la veo pensar, intentar adivinar cuál de todas las opciones que se está imaginando es la correcta. Pero no quiere arriesgarse, así que directamente me pregunta.

—¿Con?

—Con Tomás.

No se desconcierta tanto como me gustaría.

—¿En qué sentido? —La miro seria, ambas sabemos en qué sentido, solo quiere escucharme decirlo. Es cruel.

—No sé. —Pincho un pedazo de milanesa y me la llevo a la boca —. Creo que me gusta —digo mientras mastico.

—¿Creés?

—Te dije que estoy confundida.

—Tres semanas los dejamos, volvemos y es todo un quilombo. —Cuando levanto la mirada del plato no me encuentro con reproche en su cara, todo lo contrario. Carolina me está sonriendo, y si mis ojos no me están jugando una mala pasada, hasta podría creer que veo algo de satisfacción en su expresión.

—Otra vez, no me estás ayudando.

—¿Qué querés que te diga?

—Que no tiene sentido que sienta algo por Tomás cuando hace menos de un mes estaba con otra persona. Que a lo mejor estoy confundida y en realidad no me pasa nada con él, que estoy buscando un reemplazo de Lucas.

Carolina me estudia por unos segundos.

—¿Estás haciendo eso?

Suspiro.

—No —admito.

—Juana, hablás de esto como si fuera un pecado o un crimen. Es completamente normal que te pasen cosas con Tomás, y más después de tres semanas de convivencia.

—Sí, pero ese es el tema. No sé si me pasa porque lo veo todos los días o porque realmente me gusta. ¿No te parece raro que lo conozco desde años y nunca sentí nada y ahora de repente me pasan cosas con él? A lo mejor estoy confundida y una vez que dejemos de vivir juntos esto desaparece.

Carolina asiente con la cabeza y empieza a entender por dónde voy, qué es lo que me preocupa.

—¿Importa mucho el porqué? Qué importa si empezaste a sentir cosas porque empezaste a pasar más tiempo con él. Tiene sentido.

—Tengo miedo de decir algo y que después, cuando vuelva a mi casa, cuando volvamos a nuestras vidas como son, deje de sentirlo.

No le digo que también me da pánico contarle lo que me pasa y que él me diga que no siente lo mismo, que no me ve más que como una gran amiga, que me quiere, pero no de esa manera.

—Entiendo lo que decís, pero no creo que eso pase. Me parece que estás buscando excusas para no decírselo.

—No estoy buscando excusas, porque nunca pensé en decirle nada a él.

—¿Por qué no?

—¿Estás en pedo? —pregunto con incredulidad.

—Explicame por qué no le querés decir —insiste, cruzándose de brazos, las líneas de su cara son duras.

—Ayer tuvo una cita. —Su postura se relaja un poco, pero no lo suficiente como para descruzar los brazos—. No le pienso decir nada. No tengo ganas de escucharlo decirme que me aprecia un montón pero que no siente lo mismo.

—¿Tomás tuvo una cita?

De todo lo que le conté esto fue lo que más le sorprendió.

—Sí.

—¿Ayer?

—¿Me estás escuchando, Caro? —Ella parpadea un par de veces, como intentando comprender bien lo que le estoy diciendo—. Ayer

tuvo una cita al mediodía y volvió a la noche en pedo, cruzamos dos palabras, se fue a dormir y hoy a la mañana no estaba en la casa.

En ese mismo momento Iván vuelve, nos pregunta cómo estuvo todo y si queremos ver la carta de postres. No, gracias, le respondemos ambas. Levanta todo y regresa con la cuenta. Caro paga, deja propina sobre la mesa y me dice que vayamos a su casa a seguir hablando.

—Tengo que ir a lo de Tomás —respondo—. A buscar mis cosas.

—¿Te vas a ir?

—No me iba a quedar para siempre, Caro. —Me cierro la campera—. Acordamos que me iba a quedar en su casa hasta que volvieran ustedes.

—¿Por?

—Supongo que ninguno de los dos quería dar explicaciones de por qué estábamos viviendo juntos. —Levanto mis hombros.

—¿Pensaban que íbamos a decirles algo? —Alzo una ceja y la miro como diciendo, *por favor, Caro, era obvio que sí*—. A ver, sí, íbamos a hacer preguntas, pero nunca los hubiéramos, no sé, criticado. Son adultos, Juana. Pueden hacer lo que quieran. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar?

—No importa —digo y abro la puerta—. Algún día tenía que volver a mi casa.

—Al menos fingí estar feliz. —Me golpea el hombro con el suyo y le revoleo los ojos.

—Estoy feliz —respondo.

—Mhm —dice poco convencida.

Después de querer convencerla de que no hacía falta y fracasar, Carolina me acompaña hasta la casa de Tomás para ayudarme a guardar mis cosas y llevarlas hasta mi casa.

Ambas frenamos de repente cuando lo vemos a él, en la puerta, brazos cruzados, cara enojada. Nada en él emana buen humor, ni siquiera ver a su mejor amiga después de casi un mes le saca una sonrisa.

—¿Por qué siento que estamos en problemas? —murmura Carolina por el costado de su boca.

—Si hay alguien que no tiene derecho a estar enojado es él —digo cortante y sigo caminando. Carolina me sigue. Llego a la puerta, o más bien a Tomás y freno—. Buenos días —lo saludo con una sonrisa filosa.

—Son las dos de la tarde —responde ofendido. *Ah, bueno, la caradurez.*

—Perdón. —Me llevo una mano al pecho—. Quise decírtelo a la mañana, pero no estabas.

—Fui a lo de mi mamá. Te dejé una nota, Juana.

—Sí, me dejaste una nota.

—No entiendo tu tono. ¿Estás enojada?

—No —miento.

—Juana…

—Me siento invisible y poco importante —dice Caro a mi lado—. ¿Hola, no? —Tomás afloja los brazos, dejándolos colgar al lado de su cuerpo—. Yo también te extrañé —agrega Carolina y su mejor amiga da un paso hacia adelante y lo abraza—. Abrí esa puerta y dejanos pasar, que me estoy cagando de frío. Pueden seguir discutiendo adentro.

—No estamos discutiendo —decimos los dos al mismo tiempo. Carolina se suelta del abrazo, murmura algo sobre dos adultos siendo inmaduros, abre la puerta y se mete. Tomás hace un gesto con la mano para que pase primero. Levanto el mentón, lo fulmino con la mirada y entro a su casa. Me parece haberlo visto ponerme los ojos en blanco, pero por su propia seguridad, espero haber visto mal.

Capítulo 20

—No se está incendiando nada, eh.

Giro la cabeza y lo veo cruzado de brazos, recostado sobre el marco de la puerta. No está contento. Bueno, ya somos dos. Vuelvo a concentrarme en mis manos agarrando ropa y metiéndola en el bolso abierto en la cama. Algo viscoso sube por mi garganta y se transforma en un nudo. Armar este bolso me genera más tristeza que el que armé tres semanas atrás.

—Te estoy hablando.

Inhalo, exhalo, y esta vez volteo todo mi cuerpo. Todavía tengo una remera en mi mano.

—Estás enojada.

—No lo sé.

—¿Por qué? —Tomás da un par de pasos dubitativos, como si fuera a desaparecer frente a sus ojos si se acerca de repente, de manera bruta.

—¿Por qué no lo sé? —No se acerca demasiado, pero igual puedo ver la cantidad de preguntas sobre el marrón de sus ojos. Quiere saber tantas cosas y todas al mismo tiempo que entiendo que su pregunta abarca más de lo que me imagino. Hay un océano de palabras que quiere evaporar, ocultar de mí, pero al mismo tiempo, creo, muere porque sepa cada una de ellas. Una contradicción abismal, casi del mismo tamaño que la mía. Armando un bolso para irme de una casa de la cual no quiero y alejando a una persona que mi cuerpo, insiste, necesito tener cerca.

—¿Por qué te vas?

—Porque dijimos que me iba a quedar hasta que volvieran los demás.

—Solo volvió Caro.

—Tomás…

Algo parece destrabarse, como cuando vas caminando por tu casa y de repente la manija de la puerta te atrapa la manga de tu remera, sentís un tirón, una retención, puteás un poco, volvés para atrás, metés el dedo y te liberás. Cuando avanza hacia mí siento que acaba de liberarse de algo.

—Me gustaría que me dijeras la verdad, Juana.

—¿La verdad? —Alzo una ceja—. A mí también me gustaría escucharla.

—Siempre te digo la verdad —dice un poco ofendido, un poco lastimado. Suelto un bufido y retomo lo que estaba haciendo. Empezando por guardar la remera que tenía en mi mano.

Es cuando estoy por agarrar un buzo que sus dedos se cierran con delicadeza sobre mi muñeca, no aprieta, no duele, pero me detiene igual. A lo mejor por la sorpresa de su tacto, a lo mejor porque ese es el poder innato que tiene Tomás sobre mí.

—Jamás te mentí —lo dice tan seguro, su voz grave cerca de mi oído, su respiración golpeando la piel de mi cuello—. Jamás, Juana. ¿Entendés lo mucho que te quiero? —Una risa filosa brota de mis labios.

—Ya me lastimó y mintió una persona que me quería.

—Yo no soy él, Juana. Y lo sabés. Sé que lo sabés. —Lo escucho exhalar, un poco rendido, un poco frustrado, un poco triste. Suelta su agarre y siento que se aleja porque puedo percibir cómo el calor de su cuerpo deja de abrazarme—. Entiendo que tenés que volver a tu casa, que querés. Pero me gustaría que no te vayas enojada conmigo.

Hay algo en su voz que me obliga a mirarlo a la cara. Tonta que soy, pensando que era enojo lo que había en su rostro cuando en realidad es pena mezclada con tristeza. Es mi culpa, pienso, con la intención de protegerme, de cuidarme, de no volver a ser lastimada, de cerrarme para que nadie pueda leerme, estoy lastimándolo. Estoy siendo egoísta y un poco infantil, porque muy en el fondo sé que parte de la razón por la cual me estoy yendo es porque me devoran los celos. Y no puedo decirle eso, no puedo confesar que me mata

desde adentro, desde la profundidad de mis órganos, saber que él no es mío. Porque es eso lo que me molesta, no que esté con alguien más, sino saber que nunca voy a ser yo su opción. Y quiero serlo. Lo quiero tanto que siento que la única solución es alejarme de él, como te alejarías del gas lacrimógeno.

—No estoy enojada con vos. —*Estoy confundida, frustrada, incómoda con mis propios sentimientos, no sé qué hacer, todo lo siento incorrecto*—. Tengo que volver a mi casa, mañana vuelve mi hermano con Mati y Delfi. Irme hoy o mañana es lo mismo. —Muevo mis hombros—. No estoy enojada —repito, porque Tomás parece no estar convencido con mi explicación.

—Pero algo te pasa, te conozco, no soy boludo.

—Algo me pasa, sí, pero por ahora prefiero que siga siendo mío.

Tomás me mira con sus ojos llenos de entendimiento, toda su expresión se ablanda, como manteca sobre una tostada recién hecha. Me sonríe con tanta ternura que siento que no me la merezco, pero igual la sumo a mi colección, la anoto en mi mente. Camina hasta acortar la distancia, y me abraza. Inhalo su olor y cierro los ojos.

—¿Querés que te ayude? —Su pera se mueve sobre mi cabeza con cada palabra que dice.

—Puedo sola, gracias. —Tomás no rompe el abrazo y yo me regocijo en la posibilidad de que nunca suceda, de que vivamos así, uno pegado al otro. Pero como todo en la vida, el abrazo termina, Tomás toma mi rostro entre sus manos y deja un suave beso en mi frente.

—No te vayas ya —agrega desde la puerta, una de sus manos agarrando el marco de la puerta—. Carolina me mata si ni siquiera logré que te quedaras para almorzar juntos.

Asiento con la cabeza, él me sonríe, pero no es una sonrisa del todo feliz y se aleja por el pasillo.

Cuando estoy sola y con un par de medias entre mis dedos, me siento en la cama pensando en todas las decisiones que me llevaron hasta esta situación. Si jamás hubiera salido con Lucas, nunca me hubiera cagado y no hubiera ido a Bar esa noche y Tomás no me hubiera ofrecido quedarme en su casa porque el solo pensamiento

de tocar mi propia cama me daba arcadas. Y no estaría acá, sintiendo cosas por Tomás que en mi vida hubiera imaginado posibles. Alguien me está llamando y agradezco la interrupción. Suelto el par de medias y atiendo.

—¿Estás en el aeropuerto? —Entrecierro un poco los ojos para ver mejor.

—Sí, recién aterrizamos.

—¿No volvían mañana? —No es como si cambiara algo el hecho de que ellos regresen antes, Carolina ya es suficiente para que vuelva a mi casa. Pero de alguna manera que todos vuelvan rompe un poco con la realidad que me inventé estas últimas semanas. Estaba viviendo en una burbuja preciosa que, con cada porción de la vida real, se debilitaba un poco más. Que todos regresen significa que les tengo que contar sobre Lucas, explicarles por qué viví casi un mes con Tomás y, además, al menos a mis mejores amigos, contarles lo que me está pasando. Pensaba que iba a tener un día más para todo eso y que iba a poder pensar cómo quería hacerlo después de estar sola en mi casa al menos veinticuatro horas.

Mi hermano me observa por unos segundos.

—Sí —dice despacio—. Pero escuché que Carolina volvió antes y además ya extrañábamos. —Sus ojos recorren toda mi cara—. Podrías fingir que te pone contenta, al menos.

—¡Obvio que estoy contenta! ¿Querés que los vaya a buscar? —Algo en mi excitación por demás hace que Valentino no compre lo que le estoy diciendo, pero es bueno y finge que sí.

—No hace falta, pedimos un auto. —No respondo porque mi hermano abre la boca, la cierra y vuelve a abrirla. Me quedo en silencio, esperando que se decida. Y como Valentino nunca fue un hombre con pelos en la lengua no me sorprende cuando toma la decisión de decir lo que quería decir—. Tenemos que hablar vos y yo.

—¿Sobre qué? —Valentino me mira con cara de "me hago el pelotudo, pero no soy pelotudo". Pero no me doblego y mantengo mi fachada de completa y absoluta inocencia e ignorancia sobre qué puede ser ese asunto que tanto necesita hablar conmigo.

—Esa cara de "no tengo idea de lo que estás hablando" funciona solo con papá —dice—. Pero te voy a dar un par de horas más en las que voy a fingir que no sé dónde te quedaste todas estas semanas y donde vos fingís que no sabés que yo sé, ¿qué te parece?

—No tengo idea de lo que estás hablando —respondo completamente seria. Mi hermano me aniquila con los ojos.

—Nos vemos en un rato. Mandale un beso a Tomás. —Corta la videollamada y me quedo mirando la pantalla de mi celular por unos segundos. *Voy a matar a Fausto cuando lo vea.* Aprieto mis párpados con mis manos, suspiro y termino de armar el bolso.

Capítulo 21

Miriam recorre las mesas, estudia las manos de mis compañeras, se inclina, acomoda sus anteojos para ver en más detalle lo que está haciendo cada una, o más bien, cómo lo están haciendo. Escucho sonidos de aprobación, algún que otro "seguí así, muy bien". Siento, porque no puedo ver, que la siguiente a la que va a visitar es a mí. Tengo mis ojos pegados al movimiento de mis dedos, de las agujas y del desastre que estoy haciendo. Siento una gota de sudor recorrer mi frente.

—¿Juana? —El tono de Miriam es amable y rodeado de un poco de pena. Suspiro, sonrío y tuerzo mi cuello para mirarla—. ¿Necesitás ayuda?

—No. —Niego con la cabeza, frunzo las cejas, la viva expresión de la confusión.

¿Por qué necesitaría ayuda en algo que estoy haciendo por primera vez?

Miriam achica los ojos y me mira por varios segundos. Se aleja sin agregar nada más y yo me giro para volver a lo que estaba haciendo. Una podría creer que tejer una bufanda debería ser lo más sencillo del mundo. Bueno, no. Desarmo lo poco que avancé con violencia, frustrada, enojada, sintiéndome tonta. Odio cuando algo no me sale, y no importa si es la primera vez que lo estoy haciendo. Debería ser buena automáticamente en todo.

Escucho una silla arrastrarse a mi lado y cuando levanto la mirada es Miriam.

—A ver. —Suspira y se acomoda los anteojos—. Te estás haciendo un matete bárbaro. Dame, te muestro. —Estira sus manos hacia… lo que sea que estaba intentando tejer y lo termina de

desarmar con un poco más de cariño. Agarra las agujas y con paciencia me vuelve a explicar paso por paso, movimiento por movimiento. Me quedo hipnotizada en la danza de sus manos, en cómo lentamente la lana se transforma en algo, para después seguir transformándose en más. Miriam relata todo lo que hace y me siento más tonta por haberle dicho que no cuando me ofreció justamente esto, acercarse a mi mesa y guiarme.

—¿Querés intentarlo? —Asiento con la cabeza, y Miriam me sonríe con dulzura entregándome un tercio de bufanda ya hecho.

Apoya las manos sobre la mesa y se levanta de la silla. Retoma el recorrido por las mesas, acercándose cuando alguna de mis compañeras le hace una pregunta, revisando que nadie necesite ayuda.

—La primera vez que agarré unas agujas casi me pongo a llorar —dice Jorgelina, y me sobresalta.

—Jor, perdón, no te vi.

—Llegué tarde, y no te quise interrumpir. Se te notaba concentrada.

—Más que concentrada estaba a punto de darme la cabeza contra la mesa y clavarme una aguja en cada ojo. —Jorgelina se ríe y retoma lo que creo que es un suéter. A diferencia de mí, no necesita dejar de mover las manos para hablar.

—Tejer es mucho más complicado de lo que nuestras abuelas lo hacían parecer, ¿no?

—De esta clase me voy con un nuevo nivel de admiración hacia mi abuela. —Ambas sonreímos porque es imposible no sonreír cuando alguien habla de Lila. Jorgelina tiene la edad que tendría mi mamá. O casi. No sé la verdad. Llega un punto en el que la edad se convierte en un estimativo.

—Si necesitás ayuda, decime. —Señala con el mentón mi pedazo de lana con un poco más de forma gracias a Miriam.

—Gracias, Jorgelina. —Sonrío y retomo lentamente el tejido.

Después de una hora, Miriam da por terminada la clase y nos pide que por favor dejemos las agujas y los ovillos de lana en su lugar. Algunas de mis compañeras tienen sus propias agujas, que guardan en un sobre de tela. Otras, como yo, se acercan a

guardarlas en su lugar correspondiente. Dejo la mitad de mi bufanda en un estante, arriba un papelito que dice "Juana".

—Nos vemos la clase que viene —dice Miriam a modo de saludo.

—Hasta el jueves. —Levanto mi mano y le digo adiós.

Me pongo los auriculares y empiezo a caminar. Ya hace tres días que volví a vivir en mi casa y me niego a detenerme a pensar por qué esta es la décima octava vez que, cuando encaro para mi hogar, me equivoco de dirección. Hago un par de pasos y me doy cuenta de que estoy haciendo el camino para la casa de Tomás, cierro los ojos, bufo, reniego un poco conmigo misma, doy un giro completo y doy un paso hacia la dirección opuesta.

Estoy tan distraída que no es hasta que estoy a menos de un metro de la entrada de casa que veo la figura sentada en los escalones. Él no me ve llegar porque tiene la vista concentrada en el celular. Estoy cien por cien segura de que está trabajando. Valentino, aunque lo niegue, tiene una obsesión con su trabajo.

—Pero si es mi hermano favorito —digo con un tono meloso y un poco agudo.

Levanta la mirada y me saluda poniendo los ojos en blanco. Amoroso.

—Soy tu único hermano.

—¿Qué hacés acá? —No espero a que se pare de los escalones para abrir la puerta y entrar a mi casa.

—Gracias por hacerme sentir que soy bienvenido —dice con sarcasmo. Voy hasta la cocina y le pregunto si quiere algo para comer o tomar—. No, solo tengo unos minutos, pasaba rápido.

—¿Pasó algo? —Mi hermano relaja su expresión, sus ojos entendiendo que mi pregunta esconde preocupación genuina, que mi cerebro ya empezó a imaginar el peor escenario posible. Porque los peores escenarios posibles ya sucedieron en nuestras vidas, porque podría volver a pasar, porque la vida es efímera y cruel e impredecible. Valentino sonríe, intentando calmarme. Pero ambos sabemos que lo único que puede tranquilizarnos son las palabras.

—Está todo bien. Solo te quería pasar a saludar.

—Nos vimos anteayer.

—No nos vimos durante un mes. —Sonríe con todos sus dientes. Es la misma sonrisa que usó toda su vida para conseguir lo que quiere. Y siempre le funciona. Cuando era chica me enojaba que todo el mundo le dijera que sí a todo. Y si Valentino tiene esa sonrisa en su cara es porque está a punto de pedirme algo. Entrecierro los ojos y lo miro desconfiada.

—¿Qué necesitas? —digo lentamente y eso solo hace que su sonrisa se extienda mucho más, arrugando los pliegues del costado de sus ojos.

—Necesito que me ayudes con una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Y a guardar un secreto. No le podés decir a nadie, Juana. —Mi cabeza está diciendo que sí, pero Valentino me mira con seriedad—. A nadie significa a nadie. Ni a Delfina, ni a Fausto. —De repente siento cómo cambia el aire de la cocina, cómo Valentino parece casi nervioso. Y me lo transmite a mí. Si Delfina y Fausto no pueden saberlo entonces es algo importante—. Jurámelo.

—Te lo juro, Valen.

Lo veo tomar aire y cómo poco a poco vuelve a sonreír, como si no lo pudiera evitar, como si lo que está a punto de decirme lo hace tan feliz que no puede controlar los músculos de su cara, como si quisiera mostrarle al mundo entero lo contento que está. Esta sonrisa no es la que usa para conseguir cosas. Esta sonrisa es la que solo existe cuando se trata de Matilda. Y de alguna manera, a lo mejor porque somos hermanos y no conozco la vida sin él, sé lo que va a decir antes de que abra la boca. No puedo evitar sonreír y eso solo hace que Valentino sonría aún más, como si fuera posible.

—Le voy a proponer casamiento.

—¿Me estás jodiendo? —No espero ni medio segundo antes de acercarme y abrazarlo con fuerza. Él hace lo mismo—. ¿En serio? —pregunto rompiendo el abrazo. Valentino asiente con la cabeza, los ojos un poco húmedos y la sonrisa tatuada en la cara.

—Necesito que me ayudes a guardar el secreto. Nadie sabe, Juana. Solo vos.

—¿Ni Tomás, ni Caro? ¿Tampoco papá?

—De acá me voy a su casa. Sos la primera en enterarse. Y hasta que no sea el día anterior no le voy a decir a nadie. Este pueblo tiene oídos. Me cagan la sorpresa y los tengo que matar. —Me río y no puedo evitar sentir una punzada de melancolía. Me encantaría que estuviera nuestra mamá. Valentino parece leerme el pensamiento, o a lo mejor está sintiendo exactamente lo mismo que yo—. Bueno, ¿me prometés que no vas a decir nada? Es importante, Juana.

—Lo voy a pensar.

—Podés pensarlo mientras seguís pensando excusas para patear la charla que tenemos que tener.

—No son excusas —me defiendo—. Son razones válidas.

—Mañana vení a cenar a casa.

—¿Va a ser un interrogatorio? —Valentino encoge un hombro y me roba una manzana, le da un mordisco y no espera a tragar para volver a hablar. Asqueroso.

—Puede ser que haya un poco de eso. Pero la razón principal es que te extrañé. Te extrañamos.

—Y yo a ustedes.

—Entonces dejá de evitarnos.

—¡No los estoy evitando!

—Mhm. —Otro mordisco—. Tomás dice exactamente lo mismo.

La mención de Tomás hace que mi corazón se saltee un latido, es como si todo mi cuerpo dejara de hacer lo que fuera que estuviera haciendo para que toda mi atención esté en esas cinco letras. Hace tres días que no lo veo, la última vez fue en el almuerzo que tuvimos en su casa con Carolina. Desde entonces que no volví a verlo ni hablar. Puede ser por esa razón que mi cerebro le ordena a todo mi sistema que escuche, que preste atención, cuando alguien lo nombra. En busca de alguna migaja de información que pueda saciarme. Podría ir a su casa, tocarle la puerta, mandarle un mensaje, aparecer en el club o en Bar. Pero por alguna razón hay algo que me frena. Un miedo irracional y visceral al rechazo, eso es.

—Dos mentirosos —dice Valentino.

—Sos insufrible.

—Pero me amás.

—Lamentablemente. —Exhalo y mi hermano sonríe. Verlo feliz me hace feliz.

Valentino me cuenta su plan, detalle a detalle. No me dice cuándo va a ser. Quiero que sea sorpresa para todos, me dice. Y después de quince minutos de explicación puedo darme cuenta de que lo viene pensando hace rato, no es algo que se le ocurrió hace cinco minutos.

—¿Qué te parece? —Hay un rastro de inseguridad en sus ojos.

—Le va a encantar. —Y lo digo de verdad. Si le preguntara a Matilda cómo le gustaría que le propusieran casamiento sería exactamente como lo va a hacer mi hermano. No es nada muy elaborado, pero sé que no querría que fuera de ninguna otra manera. Nadie conoce a Matilda como Valentino.

—Finn me está ayudando.

—Ah, entonces no soy la primera en saberlo.

—Casi. —Sonríe con inocencia—. Necesitaba a Finn para traer una de las sorpresas.

—¿Traer? —Mi hermano abre la boca para responder, pero su celular empieza a sonar. Atiende y levanta un dedo para que me calle. Aprovecho para lavar los platos que me quedaron de anoche. Cuando corta me dice que se tiene que ir pero que me espera mañana en su casa.

—Ya te dije que sí —le respondo mientras le abro la puerta.

—Mirá que te vengo a buscar, eh. —Empieza a caminar hacia su camioneta—. Mañana, a las ocho, traé postre.

—¡No me digas qué hacer!

—¡Tiramisú! —grita mientras gira la llave. Pongo los ojos en blanco y Valentino me tira un beso volador antes de poner primera y alejarse.

Capítulo 22

Despego una de las manos de la fuente de vidrio y toco la puerta dos veces. Espero un par de minutos antes de que la puerta se abra. Matilda no me ve porque tiene su cabeza mirando hacia adentro, gritándole a Valentino que si va a poner la mesa la ponga bien, si no, que deje, que lo hace ella. Mi hermano le responde que sabe poner la mesa perfectamente. Matilda le responde que lo de perfectamente es debatible. Valentino le grita que se calle y aunque cualquier persona podría sentirse ofendida, mi cuñada sacude la cabeza y cuando gira para prestarme atención, tiene una sonrisa discreta en la cara.

—Algún día lo voy a matar —dice con la sonrisa aún en la boca. Antes de que me dé cuenta de lo que está pasando estoy entre sus brazos—. ¿Cómo estás? Te extrañé.

—Y yo a vos, ¿cómo la pasaron? —Matilda se separa de mí y me invita a pasar.

—Bien, bien —hace un gesto con la mano como si no fuera muy importante su viaje—. Pero no importa eso ahora. ¿Cómo estás vos? —Sus ojos buscan los míos mientras me desenrosco la bufanda y la cuelgo en su perchero—. No te voy a mentir, estamos todos un poco enojados con vos. —Tristeza, abundante, espesa, me recorre por las venas. La posibilidad de decepcionarlos,
de lastimarlos, de enfurecerlos, me mata un poco. Algo en mi cara debe expresar cómo me duele su afirmación, porque su expresión se ablanda y sus manos abrazan mis hombros—. Pero lo entiendo. Al principio me enojé porque pensé que no confiabas en nosotros. O peor, que no nos necesitabas. Todos pensamientos egoístas. Y después, con la cabeza en frío, me di cuenta de que necesitabas

tiempo y que cada uno transita las situaciones de mierda como puede y como quiere. ¿Quién soy yo para decirte qué tenés que hacer? —Matilda sonríe—. Además, tenías razón.

—¿En qué?

—Nos hubiéramos tomado el primer avión de regreso.

—¿Están enojados?

—No, Juana. Preocupados. Eso sí.

—Delfina y Fausto me dijeron lo mismo. —Cuelgo la campera y Matilda agarra la fuente de tiramisú. Cuando llego a la cocina, Valentino me saluda con un gesto de la cabeza y eso es todo. Vuelve su atención a la tabla de picar. Pero, aunque nos esté dando la espalda, sé perfectamente que nos está escuchando.

—Pero creo que nos preocupamos de más al pedo. —Matilda se pone de puntitas de pie y saca tres copas de vino.

—Yo no voy a tomar, amor. —Matilda vuelve a ponerse de puntitas de pie, guarda una de las copas y saca un vaso.

—¿Agua? —le pregunta a mi hermano. Valen asiente con la cabeza y Matilda me mira a los ojos cuando vuelve a hablar.

—No te veo como esperaba encontrarte.

—¿Cómo esperabas encontrarme? —Mati le deja el vaso a mi hermano y ahora es él quien habla.

—Como cualquier persona normal estaría si se encuentra a su pareja cogiendo con alguien más en su propia cama.

Silencio. Matilda se queda congelada con la botella de vino entre las manos, a punto de abrir. Solo se escucha el sonido del cuchillo contra la tabla. Y mis latidos.

—¿Podés ser más bruto? —sisea Matilda. Mi hermano deja el cuchillo, se limpia las manos con el repasador y se gira para hablarnos cara a cara a las dos. Nos observa apoyado sobre la mesada, brazos cruzados y con cara de hartazgo.

—Perdón, pero no estoy diciendo nada que no se sepa.

—Es la forma —argumenta Matilda.

—No pasa nada —digo. Y es verdad. No necesito que hablemos del tema por arriba, con eufemismos, con cuidado.

—¿Ves?

—Hoy te estás ganando dormir en el sillón con Ringo. —Matilda lo apunta con el dedo.

Es en ese momento que me doy cuenta de que no está. Porque si Ringo estuviera en esta casa me hubiera venido a saludar.

—¿Dónde está?

—En lo de Tomás.

—¿En lo de Tomás? —repito totalmente confundida.

—Valentino quiere que Ringo pase tiempo con Rita. Se muere de ganas de que se hagan amigos. Pero el primer encuentro no fue muy bien.

—¿Por?

—Porque Ringo ignoró por completo a Rita. Era como si ni estuvieran en la misma habitación. Te podrás imaginar la frustración. —Señala con el mentón a mi hermano.

—Perdón por querer que sean amigos.

—Es normal que un perro adulto no le dé bola a un cachorro.

—Ringo es prácticamente un bebé —objeta Valentino.

Matilda pone los ojos en blanco y retoma la apertura del vino, sirve ambas copas y me entrega una.

—Gracias.

—Retomando —dice mi hermano—. No te notamos mal. Pero debido al historial familiar, verte bien no significa que estés bien. Así que esta cena es para preguntarte cómo estás. De verdad. Si me mentís me voy a dar cuenta porque sos malísima.

—Estoy bien.

Y es verdad. Lo estoy. No estoy triste, ni enojada, ni dolida, ni resentida. No lo extraño, ni quiero verlo, ni quiero hablar con él. No me genera absolutamente nada. Solo siento una inmensa indiferencia hacia él y todo lo que lo rodea. Mi hermano me estudia con esos ojos que me hacen acordar tanto a nuestra mamá. Parece estar satisfecho con lo que encuentra en mi cara, porque asiente suavemente la cabeza. Siento que pasé una prueba y que ya soy libre. Pero no.

—Más le vale nunca volver a poner un pie en Nanai.

—Valentino… —dice exasperada Matilda. Como si ya hubieran hablado de este tema un millón de veces.

—¿Qué? —replica completamente indignado Valentino—. Es mi hermana. Y el hijo de puta se cogió a otra mina en su propia casa. Pone un pie acá y lo mato. Además, si no lo hago yo, ambos sabemos quién lo va a hacer.

—¿Quién? —pregunto. ¿Nuestro papá? Honestamente no lo veo peleando con nadie.

—Nadie. —Matilda lo fulmina con la mirada a Valentino y puedo ver que sus ojos le gritan que se calle—. Nadie va a hacer nada porque somos adultos, ¿no? —Mi hermano no responde—. ¿No? —insiste Matilda con un poco más de fuerza, no dándole más opción que asentir con la cabeza. —Ahora —dice Mati satisfecha con la respuesta de Valentino—, pasemos al otro asunto.

Tengo la copa en la boca cuando la miro con confusión. Bueno, solo por un instante. Porque es cuando Matilda me mira con una sonrisa pícara que ya sé de qué quiere hablar. Ingenua de mí pensar que iba a poder salir ilesa de hablar de Tomás.

—Yo de esto no pienso opinar —dice mi hermano.

—No solo no vas a opinar —le responde Matilda—, si no que no vas a escuchar tampoco. Vení, Juana. Vamos al sillón.

—Que feo dejar a tu marido afuera, eh —grita Valentino desde la cocina mientras nos alejamos. Matilda se ríe bajito, pero intenta que no se le escuche en la voz cuando le responde.

—¡Ya hablamos de esto, no estamos casados, no podés autodenominarte como mi marido cuando no lo sos!

—¡Entonces nos vamos a tener que casar!

Matilda niega con la cabeza y yo no puedo evitar sonreír.

Una vez que estamos lo suficiente lejos de mi hermano, Matilda me pregunta por qué estuve casi un mes viviendo con Tomás, y que quiere saberlo absolutamente todo, día a día.

—¿Día a día?

—*Todo*, Juana.

Me muerdo el labio inferior, pensando en qué decirle y qué no. Siento un egoísmo ante los momentos que pasé con Tomás, quiero que sean solo nuestros, que no sean visibles para ojos ajenos. No lo entenderían igual, no podrían verlos como yo lo hago. De alguna manera, a lo mejor para protegerlos, solo pueden ser comprendidos

por mí. Cómo le explicó que lo que más disfruté de vivir con él eran las mañanas donde nos pasábamos horas sin hablar, regando plantas, con música de fondo. Cómo le hago entender que me siento segura, tranquila y satisfecha con solo la presencia de él. Cómo le traduzco lo que mi corazón siente cuando lo ve. Cómo puedo hacerle entender algo que es tan visceral y mío. No puedo.

—Todo es demasiado —respondo.

—¿Por qué fuiste a su casa?

—Porque no quería estar sola en la mía, dormir en esa cama. —Exhalo–. Quería irme lejos y olvidarme. Y estando en mi casa no podía hacer eso.

—¿Qué te querías olvidar? ¿Lo que te había hecho Lucas?

—Que nunca nadie me amó.

—Juana, nosotros te amamos.

—Ya sabés a qué me refiero. Me sentía un fracaso.

—¿Por?

—Porque tuve varios novios en mis casi treinta años de vida, pero por alguna razón nadie se quedó. Todos se terminan yendo. Y por varios días eso era en lo único que podía pensar, en que claramente algo debería tener que hacía que los demás siempre me terminaran dejando. Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue cuando a la semana me di cuenta de que en realidad no me molestaba tanto haber terminado con Lucas, tampoco me dolía que me hubiera cagado. ¿Sabés por qué? Porque nunca lo amé. Pensaba que sí, pero en realidad no. Lo que sí amaba era el concepto de estar en pareja, de tener a alguien, pero no a él. Una noche, dando mil vueltas en la cama sin poder dormirme, entendí que en la desesperación por estar con alguien decidí conformarme y un poco apresurarme. No estoy diciendo que no había nada que no me gustara de Lucas o que lo pasaba mal todo el tiempo, pero la verdad es que cuando dejé de tenerlo me di cuenta de que no lo extrañaba. ¿Y no es raro, no extrañar a alguien que supuestamente amás?

—No hay nada malo en vos, ¿lo sabés, no?

Quiero decirle que sí, que lo sé, pero no me salen las palabras.

—Juana, es imposible no amarte. Cualquier persona que pasa cinco segundos con vos queda fascinada. Finn siempre me dice que

apenas te conoció solo necesitó un minuto y treinta segundos para que le caigas bien. Y que Delfina habla de vos como si fueras la mejor persona del planeta. Persona que te conoce, persona que te adora, Juana.

—Voy a hacer un paréntesis.

—Bienvenido sea.

—¿Qué onda Finn y Delfina? —Matilda intenta esconder la sonrisa detrás de la copa—. ¿No me vas a decir?

—¿No le podés preguntar a tu mejor amiga?

—Ya intenté.

—¿Y?

—No me dio mucho detalle.

—Solo puedo decirte que Finn la quiere mucho. Pero tampoco sé mucho más, eh.

—¿La quiere? —Matilda asiente con la cabeza y le da otro sorbo al vino.

—Mucho —insiste, abriendo un poco los ojos.

—Siento que hay un pero. Finn la quiere mucho, pero…

—Pero es complicado. Él no habla mucho de ella, y ella tampoco.

—¿Por qué? —Pongo mis pies debajo de mis muslos, el codo en el sillón y dejo descansar el cachete derecho sobre mi puño, toda mi atención puesta en Matilda. Finn y Delfina es un tema del que poco se sabe pero que de alguna forma todo el mundo sabe. Mi mejor amiga no dice mucho y Finn queda fuera de mi alcance, así que no tengo muchas fuentes de dónde exprimir información. Pero se ve que Matilda sabe un poco más que el resto.

—No sé.

—¿Me estás jodiendo?

—Hablá con Delfina. —Encoge un hombro.

Valentino entra en ese preciso momento, vaso de agua en la mano y un paquete de papas fritas en la otra.

—¿Están hablando de Finn y Delfina?

—Sí —respondo—. Estaba intentando sacarle información.

—Me hubieras preguntado a mí. Yo sé todo lo que pasó entre esos dos. —Valentino se mete una papa y mastica como si acabara de lanzar una bomba.

—¿Qué? —decimos las dos al mismo tiempo. Y no puedo evitar mirar a Matilda completamente estupefacta.

—¿Vos sabés cosas sobre Finn que su mejor amiga no? —pregunto sin poder creérmelo. Mi hermano sonríe y se mete otra papa a la boca.

—Así es —responde agrandado. No hay nada más insoportable y pesado en este universo que mi hermano cuando se pone arrogante. Por la expresión de Matilda, ella debe estar pensando en lo mismo que yo.

—¿Y no me dijiste? —le pregunta Mati.

—Prometí guardarle el secreto.

—Soy tu novia.

—Y yo soy tu novio, pero estoy seguro de que lo que acabas de hablar con mi hermana no me lo vas a contar.

Puta madre, tiene razón. Y Matilda lo sabe. Derrotada se levanta del sillón y se dirige a la cocina.

—Necesito más vino. Y hablar con mi supuesto mejor amigo.

Valentino la sigue con la mirada hasta que dobla y se pierde dentro de la cocina. Cuando se da vuelta puedo ver la sombra de una sonrisa y el amor en sus ojos.

—¿Qué? —pregunta. Sonrío y niego con la cabeza.

—Nada, nada.

Valentino se termina el agua y la apoya sobre la mesa ratona. Me mira fijo durante unos segundos.

—¿Qué? —le pregunto.

—Ahora es mi turno.

—¿De?

—De hacer las preguntas. Lo que dije recién es verdad. No me va a decir ni media palabra de lo que hablaron recién. Y ya sé lo que me va a decir cuando intente sacarle información.

—¿Que me preguntes a mí? —digo con una sonrisa.

—Que te pregunte a vos. —Asiente con la cabeza—. Así que eso estoy haciendo. —Valen toma aire y lo suelta—. Me hubiera gustado que me cuentes.

—Te lo conté.

Valentino me mira serio.

—Apenas pasó.

—No quería…

—Que termináramos el viaje antes, lo sé. Ya sé que no querías preocupar a nadie y querías resolverlo sola. Pero somos familia y cuando digo "somos" me refiero a Delfi, Fausto y Caro también. Vos estuviste un montón de veces para cada uno de nosotros, ¿por qué no puede ser al revés? —Abro la boca para decirle que él no es tan diferente, que a él también le cuesta apoyarse en los demás, pedir ayuda—. Y ya sé que puede parecer un poco hipócrita viniendo de mí, pero yo aprendí. Tuve que llegar al punto del colapso para darme cuenta de que solo no podía. No quiero que a vos te pase lo mismo.

—El problema es que no estuve tan mal como todos piensan.

—Eso lo sé ahora. Pero cuando hace dos días nos contaste todo lo que había pasado, lo primero que se me vino a la mente fueron imágenes tuyas sin poder levantarte de la cama, llorando, sin querer comer. Y que después nos hayas dicho que igual estabas bien no me tranquilizó. Pensé "bueno, *ahora* está bien, pero no lo estuvo durante semanas".

—Pero ahora ya saben. No estuve ni estoy mal.

—Ahora ya lo sabemos —concuerda mi hermano—. Pero me gustaría que si en un futuro algo así pasa me llames. Y si yo quiero volverme del culo del mundo para acompañarte lo voy a hacer. Te guste o no. Porque vos sos más importante que cualquier otra cosa en el mundo.

Siento mis ojos algo húmedos. En mi familia las demostraciones de amor no suelen ser con palabras cariñosas, abrazos y besos, si no con acciones. ¿Necesitás que te vaya a buscar al boliche? Voy. ¿Querés que te dé una mano con la mudanza? Decime la hora. ¿Tu novio de la adolescencia te dejó? Vamos a *Conos & Helados* y hoy a la noche podés elegir la película.

—Te amo. —No nos lo decimos muy seguido, pero ambos nos aseguramos que el otro lo sepa.

—Y yo te amo a vos, aunque a veces me den ganas de asesinarte —responde mi hermano. Sí, no lo decimos seguido. Pero es lindo escucharlo—. Ahora, el otro asunto.

—¿Tomás?

—Tomás. ¿Me podés explicar qué pasa entre ustedes dos?

Delfina está constantemente diciendo que lo mejor que puede ser es hablar y hablar y hablar. Que mientras uno más habla de algo más lo entiende. Pero no siento que eso me esté funcionando. Muevo la copa de vino y me pierdo un poco en el vaivén del líquido. Siento que últimamente todo el mundo me hace la misma pregunta, y en vez de tener una respuesta, de tener certezas, estoy cada vez más pérdida. O a lo mejor es que tengo la respuesta, y no me gusta. Estoy negada, creo.

—No pasa nada. —Y se siente un poco mentira. Pero también se siente un poco verdad. Porque la realidad es que nada pasa entre Tomás y yo. Hace un par de días fue a una cita. Es evidente que no siente nada por mí. Aunque debo admitirme a mí misma que hubo pizcas de momentos donde pensaba *¿puede ser que…?* Pero al final no. Tal vez fue mi imaginación o a lo mejor me confundí porque a mí sí me estaban empezando a suceder cosas con él y me imaginé que le estaba pasando lo mismo—. Nada de nada. Somos amigos. Así como vos sos amigo de él.

Valentino se ríe. Es una risa corta y bajita, como si en realidad no hubiera querido reírse, pero se le escapó.

—No sé de qué te reís.

—Me hago el boludo, pero no soy boludo.

—Te hacés y lo sos —respondo. Valentino me tira un almohadón y levanto la copa justo.

—No compares tu amistad con Tomás —mi hermano agrega unas comillas en el aire cuando dice la palabra amistad—, con la mía con Tomás. Porque son completamente diferentes.

—Tomás es mi amigo.

—Y no lo dudo —concede Valentino—. Pero ¿sabés cuál es la diferencia entre tu amistad con él y la mía?

—Iluminame —digo y le doy un sorbo al vino.

—Que Tomás no me mira como si quisiera comerme la boca.

—¡Valentino! —Mi hermano alza ambas manos a modo de rendición.

—¡Es la pura verdad! —se defiende.

—¿De dónde sacás esas cosas?

—De lo que ven mis ojos. —Se encoge de hombros.

—Desde que llegaste no nos viste ni una vez juntos —argumento y por un segundo me siento victoriosa.

—Pero sé cosas. —Es todo lo que dice y sé que quiere que le pregunte para dejar en evidencia que me importa. Y lo peor es que muero de ganas de preguntarle qué sabe, ¿habló con Tomás de mí? ¿Qué le dijo? Quiero saberlo todo. Pero no pienso ceder. Aunque me muera de ganas.

—Me alegra saber que no sos completamente estúpido. —Me llevo la copa a los labios. Valentino me fulmina con la mirada y eso solo me hace sonreír triunfante. Molestarlo debe ser de mis actividades favoritas.

—A él se le nota. Pero vos tampoco te quedás atrás. Cuando alguien lo nombra puedo ver cómo te esforzás en querer parecer indiferente, que no te importa. Pero esos dos —señala mis ojos—, te traicionan feo, feo, Juana. —Me sonríe con ternura y honestamente yo me quiero morir porque si mi hermano se puede dar cuenta, entonces soy menos discreta de lo que pensaba.

—No estoy diciendo que me pasa algo con Tomás —alzo una mano, frenando a mi hermano antes de tiempo—, pero si ese fuera el caso tampoco importaría.

—¿Por? —Su pregunta es genuina, confusión real.

—Porque hace dos días tuvo una cita. Es eviden…

La oración es interrumpida por el grito de mi hermano.

—¡Amor! —Matilda asoma la cabeza por la puerta de la cocina, celular en la mano. Se escucha un "hola" bajito de parte de Finn—. ¿Vos sabías?

—¿Qué cosa?

—Lo de la cita. —El tono de voz de Valentino es completamente indignado, como si de alguna forma Tomás lo hubiera traicionado.

—Me enteré recién. —Pausa. Matilda lo mira a Valentino, Valentino la mira a Matilda. Yo parezco pintada al óleo—. Pará, ¿él no te lo contó? Estuvieron dos horas hablando.

—¡Vos sabés muy bien que Tomás nunca cuenta una mierda!

El comentario me hace reír, pero están tan concentrados que ni se gastan en voltearse.

—No sé qué decirte amor —responde Matilda, evidentemente no tan preocupada como Valentino. Finn dice algo en inglés que la hace reír pero que nadie más puede escuchar—. Finn dice que se quiere morir porque se está perdiendo esto.

—¡Decile que no se está perdiendo de nada porque nada está pasando! —respondo. Se escucha la voz bajita de Finn de nuevo.

—Dice que eso es completamente mentira. —Matilda se lleva el celular a la oreja, se despide de su mejor amigo y viene con nosotros al *living*—. Amor, yo te adoro, pero no puede ser que tuviste una conversación de dos horas con Tomás y algo tan importante como una cita no lo sepas. La próxima voy yo a hablar con él. Sos malísimo para sacar información. —Matilda le palmea la pierna dos veces.

—¿Ya podemos dejar de hablar de mí y Tomás? —Ambos se miran de reojo, una conversación entera parece suceder entre ellos sin necesidad de palabras. Siempre hacen eso.

—Podemos —dice Matilda—. Por hoy creo que estamos bien. —Sonríe.

El resto de la noche es una mezcla de anécdotas del viaje, Matilda contándonos sobre el vestido de novia que va a empezar a hacer esta semana. Me muestra fotos de sus bocetos y nunca me deja de sorprender lo talentosa que es. Valentino me cuenta que está estresado con el hotel, y todavía no arrancó la temporada alta. Cuando le pregunto qué pasó me dice:

—Renunció nuestro chef. Y la verdad es que si había algo que no tenías ganas de hacer era buscar a otra persona. Es un proceso largo y tedioso. Aunque un poco prefiero que sea ahora y no en plena temporada.

—Puedo ayudarte con la búsqueda —ofrezco—. Si querés.

—Por ahora tengo al *sous* chef a cargo, pero si querés armate una lista de nombres y pasámela.

—Yo no te puedo ayudar. Conozco solo una chef y encima vive en la otra punta del planeta —agrega Matilda.

—¿Decís que Amelia no quiere dejar su puesto como chef de uno de los mejores restaurantes del mundo para venir a trabajar en la cocina de una de las mejores cadenas de hoteles del mundo? —Sé

que mi hermano lo dice a modo de chiste, pero también puedo notar un poco de seriedad en su tono.

Amelia es la mejor amiga de Matilda, se conocieron cuando ambas vivían en Nueva York. Pero ya hace unos años que Amelia está viviendo en París. Finn y Mati siempre hablan de ella como si fuera esta persona tan extraordinaria y talentosa. Nunca no están extrañándola.

—¿Te imaginás? —dice Matilda—. Amelia viviendo acá, en Nanai. —De nuevo, ese tono de "no estoy hablando en serio, pero…".

Cuando terminamos de comer el postre y les doy una mano para lavar, secar y guardar los platos, mi hermano se ofrece a llevarme a mi casa.

—No hace falta —digo mientras me abrigo.

—Tengo que salir a buscar a Ringo, no me cuesta nada.

Quiero ver a Ringo, pero si le digo eso va a pensar que es porque en realidad quiero ver a Tomás. Y lo peor de todo es que tendría razón. Bueno, no. A Ringo también quiero verlo.

—¿Me querés acompañar? —Y agradezco que lo proponga él, permitiendo que retenga un poco de dignidad.

—No, no. —Corto el aire con la mano—. Puedo venir a visitar a Ringo en otro momento. —Mi hermano asiente con la cabeza lentamente y sé que tiene palabras atragantadas en la garganta, pero es bueno y decide no decir nada más, no presionarme.

Mi casa me recibe como la dejé cuando me fui: oscura y en silencio. Me quedo parada durante un rato, los pies anclados al piso, el abrigo todavía puesto. Tengo unas ganas tremendas de llorar y no sé muy bien la razón. Solo puedo ser consciente del dolor agudo en el pecho, justo entre el espacio de los huesos que abrazan mi corazón. No es un dolor que pueda entender, al que pueda bautizar, no le encuentro forma, no lo puedo reconocer. Pero lo puedo sentir. Ah, sí que lo puedo sentir. Mi cuerpo parece estar repleto de este dolor y quiero que se vaya, decirle que me deje en paz, que no sé qué quiere, pero sí sé que yo no lo quiero acá, conmigo. Pero parece ser caprichoso, porque se niega a irse. Es ahí cuando empiezo a llorar. Nada muy dramático. En realidad, si no fuera porque me seco las lágrimas, no habría evidencia de que estoy llorando. Exhalo y el

aire sale entrecortado. Me obligo a sacarme el abrigo, caminar hasta mi habitación y cambiarme para irme a dormir. Camino hasta el baño, agarro el cepillo de dientes, le pongo la pasta y cuando me lo llevo a la boca mis ojos se encuentran conmigo.

¿Por qué estoy triste? Nadie responde. *No puedo estar triste y no saberlo.* Frunzo las cejas, termino de lavarme los dientes, escupo la espuma y me seco con la toalla.

La duda del origen de mi tristeza me acompaña hasta la cama, hasta que cierro los ojos, hasta que empiezo a entrar en ese trance entre estar despierta y estar dormida. Y lo último que recuerdo pensar antes de dormirme es la respuesta a mi pregunta. *Lo extraño, lo extraño, por eso estoy triste. Porque lo extraño.*

Capítulo 23

Al principio pienso que el ruido forma parte de mi sueño, así que lo ignoro. Pero cada vez es más fuerte y constante. Abro apenas los ojos y veo que son las seis de la mañana. Mi cerebro me dice que no salga de la cama, que ignore el ruido y me vuelva a dormir. Justo en ese momento el ruido vuelve a aparecer, y es ahí, un poco más despierta, que entiendo qué es. Alguien está tocando la puerta de mi casa, aporreando con fuerza e insistencia. Vuelvo a ver la hora. ¿Quién está tocando la puerta de mi casa a las seis de la mañana? La idea de ignorar a quien sea que esté interrumpiendo mis últimas horas de sueño vuelve a aparecer. Pero la intriga es muchísimo más fuerte. Y la preocupación también, a lo mejor algo horrible pasó, a lo mejor es mi hermano viniendo a contar que…

Salgo de la cama y busco mi celular. No tengo ningún mensaje, pero nadie te contaría que alguien se murió por mensaje cuando puede hacerlo en persona. Voy hasta la puerta mientras lo busco en mi lista de contactos. Toco llamar. Agarro las llaves con el celular en la oreja y empiezo a entrar en pánico cuando no responde. Abro la puerta y al principio me cuesta darle forma a la cara que tengo enfrente, demasiado concentrada en el hecho de que la persona a la que estoy llamando no está atendiendo. Porque está acá, en la puerta de mi casa. A las seis de la mañana. Bajo el celular de mi oreja, corto la llamada y lo guardo en el bolsillo del buzo.

—¿Tomás? —pregunto para asegurarme de que realmente esté acá. A lo mejor sigo dormida y esto es un sueño. Tiene el pelo hecho un desastre, ojeras pronunciadas, como si estas cinco noches alejado de mí hubieran sido tan difíciles como para mí.

—Ah, estás viva. —No lo dice como si hubiera estado preocupado de que no lo estuviera. Como estaba yo hace menos de cinco minutos. Su tono es más "pensé que estabas muerta, como nunca más volví a verte". Y no sé si es por la hora, porque estuve pensando lo peor y me asusté y me preocupé y puede ser que me haya quedado un poco de esa adrenalina, pero su tono me enoja. Como si yo me hubiera ocultado de él. Sabe dónde trabajo, sabe dónde vivo, evidentemente, sabe dónde buscarme.

Estoy a punto de decirle todo eso cuando el mundo entero se da vuelta. Tengo la cabeza apuntando al suelo y los pies en el aire y no puedo evitar gritar. Tardo unos segundos en darme cuenta de lo que está pasando.

—¿Estás loco? —No puedo evitar sonreír mientras hablo porque honestamente: ¿qué carajos?

—Hace cuatro días que no venís a nadar —es todo lo que responde.

—¿Y ese es motivo suficiente para que me secuestres?

—No te estoy secuestrando —dice mientras me tiene sobre su hombro y camina hacia su auto.

—Cualquiera que nos viera podría pensar lo contrario. —Eso lo hace frenar y levanto un poco la cabeza para verlo mirar hacia un lado y el otro. Hacemos contacto visual y los dos somos unos tontos que no podemos no sonreírnos.

—No veo a nadie —responde.

—¿Tal vez porque son las seis de la mañana y es de noche todavía? —Tomás encoge el hombro sobre el que no estoy y pone un pie delante del otro—. Me siento una bolsa de papas.

—Sos mucho más linda que una bolsa de papas. —El agarre de su brazo sobre mis piernas se intensifica cuando se inclina para abrir la puerta del auto. Y es en lo único que puedo pensar. En lo mucho que me gusta sentir la presión de su cuerpo sobre el mío, en lo cerca que está su brazo de mi culo, en que mi torso está pegado a su espalda y que cada vez que hace un movimiento puedo sentir cómo se desplazan sus músculos. Estoy pensando en eso cuando el mundo entero vuelve a girar.

—Subite. —Con el mentón señala al asiento del acompañante.

—¿Perdón? No sabía que seguía órdenes tuyas. —Cierro la puerta y me cruzo de brazos.

—Ahora lo sabés. Subite el auto, Juana.

—A lo mejor no quiero subirme al auto, Tomás.

—*Juana* —dice frustrado.

—*Tomás*.

Tomás gruñe y deja caer la cabeza hacia atrás, exponiendo el largo de su cuello.

—¿Podés por favor subirte al auto?

—Estoy en pijama.

—No importa.

—Tampoco me lavé los dientes —continúo.

—Si te subís al tiempo, eso se soluciona.

—¿Adónde vamos? —Inclino la cabeza y entrecierro los ojos.

—¿Confiás en mí?

—Sí… —digo despacio.

—No lo digas tan segura. —Una risa genuina brota de mis labios y puedo ver cómo pellizca su comisura izquierda un poco—. ¿Por favor?

Suspiro y me meto al auto. Puedo ver la expresión de triunfo en su cara cuando cierra la puerta.

—¿Adónde vamos? —pregunto mientras me pongo el cinturón. Si tengo que ser honesta conmigo misma, me importa demasiado poco adónde vamos. Porque ahora que estoy más espabilada solo puedo pensar en lo mucho que lo extrañé estos días y en lo feliz que se siente mi cuerpo de volver a tenerlo cerca.

—Primero a mi casa —dice girando la llave.

—¿Y después?

Esta vez me mira y no oculta la sonrisa.

—A nadar.

Después de pasar por su casa y buscar el bolso que ya me estaba esperando armado sobre la mesa del comedor, nos subimos al auto y viajamos prácticamente en silencio. Sé que el motivo de su silencio es porque odia hablar por la mañana y que necesita la mayor cantidad de silencio posible. Y podría decir que la razón de mi silencio es justamente complacerlo y respetar sus deseos, pero la

verdad es que estoy en silencio porque no puedo dejar de pensar para frenar y arrancar de nuevo a pensar. Cuando llegamos, el club está vacío como siempre que venimos. Pero esta vez ni siquiera Pilar estaba en el mostrador.

—¿Estamos solos?

—Sí.

—¿Y dejan abierto? —pregunto girando para ver la puerta de entrada por donde acabamos de pasar.

—¿Cómo?

—No estaba cerrado con llave.

—Eso es porque antes de pasarte a buscar vine primero acá para prender un par de luces y que no hagan diez grados bajo cero dentro de la pileta.

Este hombre tan tierno, tan atento, que extrañaba tanto.

—Gracias —digo sonriendo al mismo tiempo que abro la puerta del vestuario. Tomás me sonríe, pero no agrega ni media palabra antes de perderse por el pasillo hasta llegar a su vestuario.

No es hasta que empiezo a sacarme las zapatillas que me doy cuenta de que estoy un poco nerviosa. ¿Y si me pregunta por qué no le hablé estos días? Tengo un millón de excusas, puedo inventar un millón más. Le puedo decir que estuve ocupada, que el regreso de mis mejores amigos no me dejó ni un segundo libre, que estoy ayudando a mi hermano con algo que me consume mucho tiempo, que estoy tomando clases de tejido todos los días. No sería mentirle, todo lo anterior es cierto. Pero nada de eso es la razón principal por la cual lo estoy evitando. Porque sí, lo estaba evitando. Al principio no me había dado cuenta de que lo estaba haciendo, pero cada vez que pasaba un día me daba cuenta de que lo extrañaba un poco más que el anterior. Y cuando me sentaba en la cama con el celular en la mano y debatía internamente si mandarle un mensaje o no, era porque si bien había una parte mía que moría de ganas de verlo, también existía la otra parte que lo quería lejos. Por dos razones. La primera porque estaba celosa. Me costó entender que eran celos y más me costó admitirlo. Pero lo que sentía eran celos puros, y feos, y que me daban un poco de vergüenza. ¿Estar celosa porque Tomás tuvo una cita cuando nosotros dos somos solamente amigos?

Patético. La otra razón tenía que ver un poco con la primera. Ver a Tomás significaba afrontar lo que me pasa con Tomás. No sabía cuántas veces más iba a poder estar con él en una misma habitación antes de que se diera cuenta de lo que intento ocultar. Por eso elegí la opción más cobarde y más fácil, y decidí ignorarlo hasta que primero pudiera aceptar yo lo que me pasa con él.

Para no perder la costumbre sufro un poco poniéndome la gorra de natación, agarro la toalla y salgo del vestuario. Extrañaba el olor a cloro, el ruido del agua. Apenas veo la pileta me quiero tirar de cabeza, todo mi cuerpo extasiado y ansioso por nadar. Tomás me está esperando en el borde, como siempre, dándome la espalda.

Y no sé si es porque hace casi una semana que no lo veo o porque lo extrañé asquerosamente pero no puedo hacer absolutamente nada que no sea mirarlo. Ni caminar, ni respirar, ni pestañear. Me encuentro en un trance, observando su cuerpo largo, su espalda ancha, los músculos de sus piernas, el tamaño de sus brazos. Tomás gira su cabeza lo suficiente como para mirarme por encima de su hombro y me sonríe con una sonrisa que se puede catalogar como peligrosa.

—¿Hasta qué hora te podés quedar? —me pregunta cuando llego a su lado y antes de que me lo indique empiezo a movilizar las piernas, la espalda, el cuello, los brazos, los tobillos y muñecas. Voy de lo más grande a lo más chico, asegurándome de darle la atención necesaria a cada parte de mi cuerpo.

—Hoy tengo que ir al café después del mediodía —respondo mientras mi torso baja, hasta pegarse a mis muslos y vuelve a subir —. ¿Por?

—Para saber —es todo lo que me da.

—Estás bastante misterioso hoy.

—Yo no fui el que desapareció por cinco días. —No hay reproche en el tono de su voz, pero sí puedo distinguir una pizca de molestia mezclada con otra pizca de dolor. No me gusta saber que soy la responsable de eso.

—Perdón. —Freno los movimientos y lo miro con sinceridad y vulnerabilidad—. Necesitaba unos días para pensar.

Tomás exhala y puedo ver cómo su mirada no es tan rígida como hace un par de segundos. Camina hasta quedar frente a mí y sin dudarlo, como si fuera lógico y natural, pone ambas palmas sobre mi cara, sus meñiques descansando sobre los costados de mi cuello, sus manos obstruyendo un poco mis orejas y su cuerpo tapando cualquier cosa que no sea él. Tomás lo abarca todo, mi cuerpo solo puede prestarle atención a él.

—Te extrañé. —No me presiona sobre qué era eso que tenía que pensar y por qué tenía que alejarme. No, Tomás no exige. Tomás sabe que yo necesito tiempo, espacio. Tomás me entiende con una facilidad que carece de sentido. Porque la naturalidad con la que parece saber lo que necesito, lo que quiero, corresponde a pasar años y años conociendo a la otra persona. Y si bien, técnicamente, Tomás y yo nos conocemos desde que tengo memoria, no nos conocíamos así. No nos comunicábamos sin hablar, ni podíamos predecir al otro.

—Y yo a vos —admito. Ah, y cómo se le ilumina el rostro ante mis palabras. Y la sonrisa que me regala es tan hermosa como efímera. Porque pestañeo y esa sonrisa no está más y ahora hay un ceño fruncido. Hay algo que no le gusta o que le preocupa, quiero preguntarle qué es, quiero decirle que sea lo que sea puede hablarlo conmigo, yo siempre lo voy a escuchar. Pero antes de que las palabras salgan de mi boca, sus manos caen al costado de su cuerpo y vuelve a ponerse a mi lado.

—¿Estás lista? —pregunta mirándome de reojo. Sonrío y es todo lo que necesita para tirarse de cabeza a la pileta. Y es todo lo que necesito para seguirlo.

Capítulo 24

—Te invito a desayunar. —Hay esperanza en su voz y sé que también hay un poco de miedo porque cuando lo pregunta no me mira del todo a los ojos. Quiero decirle que sí, porque la realidad es que siempre quiero estar cerca de él. Pero hay algo que me empuja a decirle que no. A lo mejor yo también tengo miedo.

—Gracias, pero tengo que ir a casa…

—Podés pensar una excusa, si tenés ganas, pero me gustaría que nos ahorres el tiempo a ambos y vengas a mi casa a desayunar. —No lo dice enojado, sino dolido. Un poco decepcionado creo.

—Tengo cosas que hacer —respondo y sé que la mentira se desliza por mis palabras.

—Ajam. —Tomás ni me mira, él solamente va hasta el auto y destraba las puertas. Antes de subirse él, me abre la puerta a mí. Pero no me subo.

—Es verdad. Tendría que limpiar y ordenar un poco antes de irme a trabajar. Ah —alzo un dedo en el aire—, también tengo que avanzar con la tarea que me dejó Miriam. ¿Te conté que el otro día tejí una bufanda entera?

—No me contaste, no.

—Es azul.

—Lindo color. Ahora subite. —Refuerza sus palabras con un movimiento del brazo. Antes de que meta la cabeza su mano va hasta donde tengo la correa del bolso para sacármelo y llevarlo al baúl.

El camino hasta su casa es en silencio y a diferencia de cuando estábamos yendo para el club ahora pienso si su silencio se debe a

que está enojado conmigo. Extraño cuando no existía esta tensión entre nosotros, cuando no tenía que analizarlo todo dos veces.

Apenas pongo un pie en su casa empiezo a buscar a Rita, quien está plácidamente dormida. Sonrío con amor cuando la veo. Es tan chiquita y tierna, me dan ganas de comérmela. Estoy tan embobada con Rita que ignoro por completo al hombre adulto que está acostado en el suelo al lado de ella.

—¿Valen? —entrecierro los ojos e intento darle forma al cuerpo y a la cara. Mi hermano apoya un codo en el suelo y levanta la cabeza —. ¿Qué hacés tirado en el piso?

—Me quedé dormido. —Poco a poco se va incorporando hasta quedar sentado. Gira la cabeza y ve a Rita durmiendo profundamente en su cucha. Mi hermano sonríe y después hace registro de nuestra presencia—. Buenos días —dice con un bostezo de por medio, estira ambos brazos por encima de la cabeza estirándose.

—No entiendo nada. —Giro mi cabeza para mirar a Tomás—. ¿Qué hace mi hermano durmiendo en el piso de tu casa un sábado a las ocho y media de la mañana?

—Le pedí que viniera a cuidar a Rita. No quería dejarla sola.

—¿Lo hiciste venir a las seis de la mañana?

—Tomás es una persona muy cruel —dice mi hermano y cuando me giro ya está parado—. Tuve que ponerme la alarma a las cinco y cincuenta de la mañana. Un sábado, Juana. Un sábado. —Estira el cuello de un lado a otro, claramente contracturado.

—Me debías un favor —es todo lo que dice su mejor amigo—. Igual no entiendo por qué te dormiste en el piso. —Valentino exhala, como si estuviera agotado de nuestra poca capacidad de compresión.

—Cuando te fuiste me hice una taza de café, me senté en el sillón y dije "no me voy a volver a dormir". Así que me senté a desayunar y agarré tu computadora para ver un capítulo de la nueva serie que estoy viendo con Matilda.

—Perdón. —Tomás lo frena con una mano—. ¿Viste un capítulo de la serie que estás viendo con Matilda *sin* Matilda?

—¿Te pensás que soy un monstruo? —responde indignado Valentino—. Vi uno de la primera temporada.

—¿Qué serie? —pregunto yo.

—*Nobody wants this.*

—¿De qué trata?

—Ella tiene un *podcast* y él es un rabino. Cuando se cono…

—¿Cómo llegaste al piso? —interrumpe Tomás.

—Alguien está ansioso… —Me río bajito y Tomás me fulmina con la mirada—. Estaba terminando el primer capítulo cuando Rita empezó a estar inquieta en la cucha. Así que me senté al lado de ella y la acaricié hasta que se volvió a dormir.

—Y te quedaste dormido al lado de ella. —Mi hermano siempre tuvo fascinación por los animales, sobre todo los perros. Tiene una conexión única y especial. Sí, yo siempre pedía un perro para Navidad. Pero mi hermano no quería una mascota, la *necesitaba.* Y un día nuestra mamá se encontró con Ringo en la calle y Valentino no dudó ni medio segundo.

—Me desperté a las cinco y cincuenta de la mañana —repite como si esa fuera toda la explicación necesaria.

—Dejá de llorar —interviene Tomás y camina a la cocina—. ¿Querés otro café?

—Tengo que ir a casa —responde mi hermano mientras camina hacia la puerta—. Le dije a Mati que la iba a esperar con el desayuno listo. Después vamos a ir a dar una vuelta por la playa.

—Hace cinco grados —y no lo digo figurativamente. Hace cinco grados.

—Los sábados a la mañana vamos a caminar por la playa con Ringo. No importa la temperatura —responde resuelto mientras se pone las mangas de la campera.

—¡Son una pareja de jubilados! —grita Tomás desde la cocina.

—¡Cerrá el orto! —grita mi hermano. Sigue colocándose las capas de abrigo cuando de repente parece acordarse de algo. Y vuelve a gritar—. ¡Hoy vamos a Bar!

—¿Todos? —Honestamente no tengo ganas de escuchar a dos hombres gritarse de un extremo a otro, así que voy hasta donde está Rita. Que obviamente por los gritos ya no está dormida. Apenas

me ve empieza a mover la cola y lo único en lo que puedo pensar es en que la amo con mi corazón entero y que, si me pidiera que matara a todo el mundo, lo haría.

—Hola, Rita. —Me siento en el piso con las piernas cruzadas y automáticamente ella camina hasta acostarse en el hueco de mis piernas—. Te extrañé —susurro y empiezo a acariciarla.

—¿Juana? —grita mi hermano.

—¿Qué?

—A las ocho. Cena con todos en mi casa. Después vamos a Bar. —No espera a que responda antes de abrir la puerta e irse.

Tomás sale de la cocina con dos tazas de café, me entrega la que tiene leche y se sienta al lado mío en el piso. Se siente bien. Se siente correcto. Pienso que a lo mejor no estamos hechos para pasar tanto tiempo alejados.

—¿No estás viejo para ir tirándote al piso? Después no te vas a poder levantar —le digo.

—Tengo cinco años más que vos, no quince.

Pasamos una buena cantidad de minutos sentados uno al lado del otro, tomando café y observando a Rita descansando arriba de mí. No tenía idea de que un ser vivo pudiera dormir tanto.

—Te extrañé —dice por segunda vez en lo que va de la mañana. No sé qué me sorprende más, que me haya extrañado o que lo diga con tanta facilidad—. Juana… —Sus ojos recorren mi rostro y yo no puedo evitar hacer lo mismo—. Te quise ir a buscar antes. Pero me dijeron que no. Todo el mundo me dijo que necesitaba darte un poco de tiempo, que lo último que necesitabas era que te hiciera sentir presionada. —Tomás deja caer la mirada hacia su café negro, las cejas fruncidas—. No quería que te sintieras acorralada, así que esperé. —Su mirada vuelve hacia a mí—. Nunca los días fueron tan largos, Juana.

Tomás infla el pecho y exhala.

—Hablé con Fausto. Él fue el primero que me dijo que te dejara unos días para pensar. Le pregunté qué era lo que tenías que pensar que no podías pensarlo cerca de mí. Su respuesta fue que lo escuchara por una vez en la vida y le hiciera caso. Pero no me gustaba tener que esperar, así que hablé con Delfina. Y después con

Caro. Y por último cené con Mati y Valen. Todos me dijeron lo mismo. Que esperara a que vos te acercaras, que me alejara una semana o dos, que ya ibas a volver cuando estuvieras lista.

Rita decide cambiar de cama. Con pereza se baja de mis piernas para ir a las de Tomás. Y mientras él la acaricia sigue hablando.

—No pude esperar más, Juana. No me gusta estar lejos de vos, no saber de vos. —Pausa—. A lo mejor necesitabas más tiempo, a lo mejor estoy haciendo eso que dije que no iba a hacer, pero es que necesitaba verte y decirte que te extraño, que no me gusta estar lejos de vos, no saber qué estás haciendo, cómo fue tu día. Pasar de abrir la puerta de mi casa y saber que vos me ibas a estar esperando adentro a no escuchar de vos durante cinco días fue horrible. —Tomás me mira a los ojos cuando dice las siguientes palabras—. Quiero que sepas que no espero nada de vos, que no te digo esto para que vos me digas lo mismo. Te lo digo porque quiero que lo sepas. —Asiento con la cabeza y le doy un sorbo a mi café.

Siento un rayo de ilusión atravesarme el pecho. *¿Me extrañaste todos estos días? Yo también lo hice. Me iba a dormir angustiada por lo mucho que te extrañaba. No quiero que nunca más pasemos tanto tiempo sin hablarnos, sin vernos, sin tenernos cerca.* Pero mi lado más racional y pesimista aplasta la ilusión sin piedad. *Los amigos se extrañan todo el tiempo. Y eso es lo que son, amigos. ¿Acaso Delfi no me dijo algo parecido cuando me vio el otro día? ¿Fausto no me estrujó en un abrazo que me cortó la respiración y me dijo que nunca más pasemos tanto tiempo separados? Los amigos se extrañan, se necesitan. Y yo, primero, soy la amiga de Tomás.* Por eso cuido muy bien mis palabras, revisando que en ninguna sílaba o vocal se pueda entrever algo más allá de una amiga extrañando a su amigo.

—Yo también te extrañé.

Tomás deja de ver a Rita para verme a mí.

—¿En serio? —lo dice como si alguien le hubiera sacado un peso del pecho.

—En serio. —Sonrío—. Pero tenían razón. Necesitaba tiempo para pensar. —Tomás asiente con la cabeza.

—¿Y? —pregunta.

—Pensé. —Encojo ambos hombros y escondo la sonrisa en el borde de la taza. Tomás me mira serio, no encontrando ni un poco graciosa mi respuesta.

Volvemos a quedarnos en silencio.

—¿Sabés que podés hablar conmigo, no? —dice con dulzura.

Lo miro fijo a los ojos y tengo que correr la mirada hacia Rita porque es tentador tirar todo a la mierda y decirle lo que realmente siento por él. Contarle absolutamente todo, con lujo de detalle. Cuando me mira así siento que puedo confesarle todo. Y es por eso que tengo que escapar de la trampa de sus ojos.

—Lo sé —es mi respuesta. Y sé que no es lo que esperaba, puedo ver una pizca de decepción en sus ojos. Tomás sabe que algo me pasa, pero no creo que sepa qué es. Honestamente, no creo que se lo imagine. Y pienso agarrarme de eso para seguir guardando el secreto.

Pienso que no va a volver a hablar, pero como suele ser costumbre, Tomás me toma desprevenida.

—Tenemos que hablar. Pero no hoy, no ahora. Ahora quiero estar con vos, así, en silencio, mientras desayunamos. —Tomás me mira. Veo tantas emociones en ese rostro—. Pero en algún momento vamos a tener que sentarnos y hablar, Juana. —Asiento con la cabeza, él me sonríe y le da un sorbo a su café mientras retoma las caricias para Rita.

Capítulo 25

—Siento que sos medio pelotuda.

Parpadeo un poco perpleja por las palabras de Delfina. No debe ser la primera vez que me lo dice. No con tantos años de amistad. Pero me toma por sorpresa porque estábamos en completo silencio. Es como si hubiera sido más fuerte que ella, las palabras saliendo de su boca por un impulso incontrolable. Mi mejor amiga *necesitaba* decirme que era pelotuda.

—¿Disculpame?

—Sí, hay que ser boluda —dice con un bufido. Deja de mezclar y se posiciona para verme de frente—. Deberías disculparte. No podés ser tan tonta, Juana.

—Gracias, yo también te quiero. —Fausto entra justo a la cocina, me mira a mí, la mira a Delfina y le habla directo a ella.

—¿Estás diciéndole que es una boluda? —Delfina coloca sus manos en la cintura y asiente firme—. Muy bien. —Con eso se da media vuelta y se va. Cuando vuelvo a mirar a mi mejor amiga tiene una sonrisa engreída en los labios. Suspiro y me concentro en las medialunas que estoy haciendo.

Delfina me brinda unos segundos de paz. Sé que me está mirando, sé que quiere decir algo más, pero yo me enfoco en las medialunas, ignorándola. La escucho tomar aire antes de hablar.

—Tenés que decirle. —Giro la cabeza y la miro confundida. Delfina me da su mejor expresión de "vos sabés de lo que estoy hablando, no te hagas la que no sabés". Y aunque me gustaría decirle que no, la verdad es que tengo la leve sospecha de adónde quiere llevar esta conversación. Pero igual, miento.

—No sé de qué hablás. —Encojo un hombro y la escucho resoplar.

—Sos una mujer adulta, no podés estar escapando de lo que sentís.

Cierro los ojos y me olvido por un segundo de las medialunas. Delfina me sonríe con un poco de pena.

—No entiendo qué tiene de malo no querer decirle —le digo. Y es la verdad.

—¿A lo mejor que le estás ocultando algo importante?

Frunzo las cejas y me concentro en pincelar con almíbar las panzas de las medialunas, una por una. No quiero hablar del tema porque me pone mal. Quiero decirle que por supuesto que me encantaría ir y decirle todo lo que siento, que esto me come por dentro y al mismo tiempo siento que se escapa a través de la yema de los dedos y es algo más grande que yo, que el universo mismo. Pero un miedo viscoso al rechazo se esparce entre mis entrañas, aparece en esas noches en las que pienso que a lo mejor tendría que ir hasta su casa, tocarle la puerta, y decirle lo que siento por él. No quiero escuchar lo que sé que me va a decir. No quiero la mirada de pena. No quiero que sea incómodo entre nosotros dos. No quiero perder la amistad. Odiaría que todo cambie en vano y por mi culpa. Por eso elijo tragarme las palabras.

—Delfi, no tengo ganas de hablar —lo digo completamente frustrada, agotada, un poco enojada. Ni siquiera sé con quién, o qué, pero lo estoy. A lo mejor es porque no me gusta tener cosas sin resolver, no entender del todo lo que siento, o el porqué.

—Lo sé —su voz es más suave—. Pero soy tu mejor amiga. Te ayudé en tantas cosas, Juana. Dejame darte una mano con esto también.

Exhalo y me doy media vuelta. Delfina tiene sus ojos celeste suplicantes, una sonrisa dulce en la cara y los brazos extendidos al costado. Sé en el fondo de mi corazón que su intención no era que me ponga así. Me quiere ayudar. El problema es que ni yo sé que quiero. No dudo ni un segundo antes de caminar hasta donde está y dejarme caer en el centro de su cuerpo. Y ella no espera para abrazarme. Decir que la extrañé no es suficiente.

—Nunca más te dejo sola tanto tiempo —murmura.

—Todo esto es tu culpa, ¿sabés?

—¿Perdón? —responde indignada.

—¿Hacía falta el comentario sobre lo hermoso que es? —Delfina se ríe y me contagia la risa.

—Juana… —Respira—. ¿Me estás diciendo que hasta que yo no te lo dije no lo habías notado?

—¡Bueno, claramente no! —Delfina afloja el abrazo y me mira a la cara.

—No podés estar hablando en serio. Amiga, ese hombre camina con esa cara hace años, ¿y nunca la notaste? —Encojo un hombro—. Me estás diciendo la verdad. No lo puedo creer.

—A lo mejor porque siempre fue tan cercano a mi hermano que solo podía verlo como el mejor amigo de mi hermano y nada más. —Mi mejor amiga se endereza y me agarra de mis hombros.

—Amiga, si no fuera porque al final te terminó gustando el mejor amigo de tu hermano mayor, hubieras roto con el cliché más grande de la historia de la humanidad. —Le sonrío y ella me sonríe aún más.

Se siente bien hablar de esto con ella. Delfina es una persona tan sencilla, en el mejor de los sentidos. Es fácil hablar con ella de lo que sea sin sentir que te está juzgando, poder contarle un secreto y que quede guardado bajo siete llaves.

Fausto vuelve a entrar con una bandeja en la mano repleta de tazas, platos y cubiertos. La mira a Delfina, me mira a mí y niega con la cabeza. Si no lo conociera diría que está enojado, pero puedo ver que tiene ganas de sonreír.

—¿En serio, Juana? —dice mientras tira todo lo de la bandeja en la bacha para limpiar—. ¿Mi hermano? ¿De todos los hombres que existen en Nanai tenía que ser mi hermano?

—Tampoco es que existan muchos… —dice por lo bajo mi mejor amiga.

—¿Por eso te elegiste un yanqui? —Le sonríe socarrón Fausto. Dos segundos después tiene un trapo en medio de la cara—. No te enojes, mi vida. —La sonrisa de Fausto es irritable. Delfina pone los

ojos en blanco y decide ignorarlo, buscando cualquier otra cosa para hacer.

—Voy a atender las mesas —es lo último que dice antes de abrir la puerta y fulminar una vez más con la mirada a nuestro mejor amigo.

Me acerco hasta la mesa donde estaba trabajando y hundo el pincel en el almíbar.

—¿Vas hoy a la noche?

—¿A Bar? —Asiento con la cabeza—. Creo que sí. No sé. Estoy cansado. ¿Vos vas?

—No tengo mucha opción.

—¿Por?

—Matilda medio me obligó. Dice que extraña nuestras noches de chicas y que si no voy no va a ser lo mismo y cómo puedo atreverme a arruinarle la noche.

—¿Siempre podés inventar una excusa?

—Creo que yo también necesito una noche de chicas —admito.

—Si todos van, voy a tener que ir —agrega un poco derrotado.

—Sos débil, Fausto.

—Lo soy… —dice suspirando. Me río y agarro otra bandeja de medialunas.

El resto del día es tranquilo y fugaz. Cuando me quiero dar cuenta estoy afuera, es de noche y estoy cerrando el café. Delfina y Fausto están a mi lado, apostando, para variar.

—Un mes.

—Un mes y tres semanas.

—Para eso decí dos meses, Delfina.

—Quiero ser precisa.

—¿De qué hablan? —Delfina lo mira a Fausto y niega sutilmente con la cabeza—. ¿Le estás diciendo que no me diga? Muy feo de tu parte, amiga. Fausto, decime —presiono. Hay dos grandes falencias en mi mejor amigo: no sabe guardar un secreto, a diferencia de Delfina, y no sabe mentir. Así que sé que si lo miro por el tiempo suficiente va a terminar cediendo. Me cruzo de brazos y cuando vuelvo a hablar, humo se dibuja en el aire—. Fausto, decime. ¿Qué va a pasar en un mes? —Fausto vuelve a mirar a Delfina, buscando

ayuda. Y la consigue porque mi mejor amiga me agarra la cara y me mira fijo a los ojos antes de hablar.

—Estamos apostando sobre Tomás y vos, ¿feliz? ¿Nos podemos ir? Tengo frío. Y muero de ganas de tirarme un rato en la cama antes de tener que volver a salir. —Solo cuando asiento Delfina me suelta—. Las cosas que hago por mis amigas… —Suspira y empieza a caminar, sin molestarse en esperarnos—. Salir, ¿con este frío? Solo el amor puede explicarlo.

Fausto me mira, me ofrece su brazo y comenzamos a caminar detrás de nuestra mejor amiga. Y solo puedo pensar en lo mucho que amo a estas personas y lo afortunada que soy de que me elijan como su amiga.

Capítulo 26

Me inclino más cerca del espejo y me paso la máscara de pestañas intentando que me quede lo mejor posible, sin grumos. Cuando termino apoyo los talones y me estudio a mí misma a través del reflejo del espejo. Me gusta cómo me veo, me siento linda. Sonrío, vuelvo a mi habitación y me termino de vestir. Estoy poniéndome las botas cuando escucho a alguien llamando a mi puerta.

—¡Ya voy! —grito con la esperanza de que Delfina me escuche.

—¡Apurate! —No puede verme, pero le revoleo los ojos, me pongo la otra bota, agarro la campera de cuero, mi cartera y voy a la puerta. Cuando la abro me encuentro con una Delfina muy emocionada.

—¿Estás drogada? —pregunto mientras cierro con llave.

—Ojalá —dice a mis espaldas. La miro sobre mi hombro—. No estoy drogada, solo estoy feliz. ¿No puedo estar feliz?

—Podés estar feliz. —Guardo las llaves en mi cartera y empezamos a caminar hacia el bar—. Pero parece que estás a punto de implosionar. —Delfina dice que soy una aburrida, yo le digo que no, ella dice que sí y me niego a entrar en una discusión sin sentido, así que la ignoro.

Pasamos a buscar a Matilda, cuando nos abre la puerta la veo casi o igual de feliz que Delfina y empiezo a pensar que me estoy perdiendo de algo y me encantaría saber de qué. Matilda nos abraza, nos dice lo hermosas que estamos y seguimos caminando hasta llegar a la casa de Carolina. Las ventajas de vivir en un pueblo es que todo está a una distancia caminable. Cuando Caro nos abre la puerta y nos invita a pasar no parece que está a punto de explotar o de desgarrarse un músculo de la cara de tanto sonreír,

pero sí parece más feliz de lo habitual. Pienso que a lo mejor no es que todo el mundo está extremadamente feliz, sino que tal vez el problema es que yo estoy extremadamente triste. Darte cuenta de que realmente nunca estuviste enamorada es genuinamente espantoso. Pero encima darte cuenta de que lo más cercano a ese amor del que el mundo entero habla no es recíproco es como que alguien te mostrara lo que más querés en la vida solo para sacártelo después. *Esto es lo que te estuviste perdiendo, pero no es para que te lo quedes, no es tuyo, solo podés apreciarlo, pero sin tocar.* Es cruel.

—¿Juana? —Caro me mira como si ya hubiera intentando llamar mi atención un par de veces—. ¿Vino? —Me muestra la botella de vino blanco y asiento con la cabeza un poco ausente. *No puedo,* pienso. *No puedo estar rodeada de otras personas y fingir que no siento esta tristeza en medio del pecho.*

—Lo noto raro —dice Mati y eso hace que salga de la profundidad de mis pensamientos y les preste atención a mis amigas.

—¿Raro cómo?

—Raro de que tiene llamadas en susurros y a veces está usando el celular y cuando me ve lo deja de usar. No sé. Raro. Siento que me está escondiendo algo.

Mi hermano no puede ser más tarado.

—¿Pensás que…? —atina Delfina.

Matilda niega la cabeza con firmeza.

—No, no. Pero ese hombre me está ocultando algo y si piensa que no me voy a enterar está muy equivocado. —Le da un sorbo al vino y todas asentimos lentamente. Carolina y yo hacemos contacto visual y me doy cuenta por cómo me mira de que ella sabe lo que mi hermano está ocultando con tanto fracaso. Delfina en cambio es evidente que no sabe porque hay una promesa de daño severo hacia Valentino si llega a hacer algo que pudiera lastimar a Matilda.

—Debe ser una sorpresa para vos —digo.

—¿Sorpresa de qué? —Matilda achica sus ojos y me mira como si quisiera sacarme la información a la fuerza—. ¿Vos sabés algo?

—Valentino nunca me cuenta nada. —Matilda me mira por unos segundos antes de que una sonrisa aparezca lentamente. Niega y se vuelve a llevar la copa a los labios—. ¿Qué?

—No sabés mentir. Se ve que es algo genético. —Delfina se ríe bajito.

—¿Podemos hablar del elefante gigante?

—Caro —le advierte Matilda, seria.

—¿Qué? —pregunta ella encogiéndose de hombros y apoyando la copa sobre la mesa. Se acomoda el pelo y se inclina, apoyando los antebrazos—. Quiero saber qué va a hacer con Juana con el tema de Tomás. ¿Está mal?

—Sí, no seas metida —dice Matilda.

—No voy a hacer nada —respondo. Las tres me miran.

—¿Por qué no? —pregunta Caro—. Lo hablamos el otro día. No tiene nada de malo lo que te pasa con Tomás. Y quiero que sepas que la conversación queda acá. No le pienso contar nada, si es lo que te preocupa. Sé guardar secretos.

—Podrías enseñarle a Valentino —agrega Matilda. Carolina levanta la copa y la choca contra la de Mati.

—Es complicado —cedo.

—Simplificalo —pregunta Matilda. Delfina me mira y me sonríe. Sé que es su forma de decirme que está bien, que lo cuente, que no es tan terrible como suena en mi cabeza. Y yo en mi mejor amiga confío siempre, con los ojos vendados.

—Me gusta.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—¿Y entonces?

—No sé —respondo mientras recorro el borde de la copa con la yema de mi dedo, evitando mirarla a los ojos.

—No se lo vas a decir. —Esta vez la que habla es Matilda. No es una pregunta. Asiento con la cabeza igualmente. Su expresión se suaviza un poco durante un solo segundo para volver a endurecerse —. ¿Por qué?

—Porque no tiene sentido.

—¿Por?

—Me estoy cansando de las preguntas —balbuceo.

—Quiero entender. ¿Por qué no tiene sentido? —La voz de Mati es dulce.

—¿A lo mejor porque hace un mes estaba de novia con otra persona?

—Ya lo hablamos, Juana. No tiene nada que ver una cosa con la otra —interfiere Caro—. Además, esa relación tenía los días contados. Todo el mundo lo sabía.

El comentario me cae para el orto. Siento cómo mi cara se transforma, cómo mi mano derecha se cierra en forma de puño sobre la mesa.

—Carolina. —El tono de reto es de Matilda.

—Perdón. —Carolina alza ambas manos en señal de rendición—. Me expresé mal. Pero, amiga, ese hombre no era para vos. La verdad es que no creo que sea para nadie. Pobre de la que se lo cruce. Me hubiera gustado que te dieras cuenta antes y de una manera menos traumática, pero no puedo sentarme acá y fingir que no me pone feliz que hayas terminado esa relación.

Suspiro.

—Debo estar confundida.

—Puede ser —ofrece Delfina—. Puede ser que no.

—Igual no importa lo que yo siento. Es evidente que a él no le pasa lo mismo.

Silencio. Levanto la mirada y estamos las tres mirando a Carolina. Si hay alguien que puede saber si Tomás siente algo por mí es su mejor amiga. Pero Carolina es imposible de leer, no hay nada en su cara que nos pueda dar una pista.

—Independientemente de lo que a él le pase, vos tenés que entender qué te pasa a vos, Juana. Después podés ver si hacés algo con eso, o no. Esa es tu decisión. Si a mí me preguntás, no me quedaría con eso adentro.

—Estoy teniendo un *déjà vu* —murmura Matilda. De repente abre muchos los ojos—. No solamente estoy teniendo un *déjà vu*, estoy teniendo una premonición. —Matilda agarra mis manos y no voy a mentir, siento un poco de miedo cuando me mira sin parpadear—. Amiga, tenés que decirle a Tomás lo que sentís. Porque si no lo

hacés, entonces van a pasar años como amigos, pero en realidad no quieren ser amigos, pero ninguno de los dos se anima a decir lo que realmente siente. Y un día vos, o él, se va a casar con otra persona, irse del país y no verse ni hablarse durante muchos años porque las cosas no terminaron bien entre ustedes dos. Hasta que la vida los vuelva a encontrar. Pero pasaron tantas cosas, o, mejor dicho, pasaron pocas cosas, y reconstruir lo que fueron les va a costar un huevo y todo va a ser muy incómodo. No querés eso, Juana. —Matilda todavía no parpadea.

—¿Acabas de contar una versión muy resumida de la historia de Amelia y…? —Delfina hace una pausa para buscar el nombre en su cerebro.

—Amadeus —completa Carolina.

—¡Amadeus!

—Sí —responde Matilda. Todavía tiene mis manos secuestradas en su agarre y no deja de mirarme.

—Tomás y yo no somos Amelia y Amadeus —digo.

—Pero podrían serlo si no le decís lo que sentís por él.

—Estás exagerando. —Pongo los ojos en blanco. Me libero de las manos de Matilda y las tomo con delicadeza—. No tenés de qué preocuparte, Mati. No nos va a pasar eso. Dudo que algún día me vaya a casar. Y, honestamente, Tomás no me da el tipo de hombre que se casa. Tampoco creo que ninguno de los dos se vaya de Nanai. Nada va a cambiar. —Le palmeo la mano despacito y busco mi copa. Es Carolina la que me impide dar un sorbo de vino, congelándome.

—Pero sí van a cambiar, Juana. Le digas o no le digas. No te das cuenta, pero las cosas ya cambiaron. Desde el momento en que Tomás dejó de ser el mejor amigo de tu hermano mayor, el hermano de tu mejor amigo, un amigo de amigos. Tomás significa mucho más para vos que hace un mes. Tomás te gusta. Todo cambió. Te guste o no. Así que no pienses que al no decirlo estás protegiéndote del cambio, solo estás logrando que esto sea más doloroso y complicado para vos. Y para él, la verdad.

—¿Por qué?

—¿Qué va a pasar cuando Tomás salga con alguien y lo cuente?

—Perdón —la interrumpe Delfina—. Pero ese hombre no sale con nadie hace… —Nuevamente mira al techo, pensando, buscando el número exacto de tiempo que Tomás lleva sin presentar a nadie en el grupo. Yo, hago lo mismo. Sé que Matilda también está intentando acordarse cuál fue la última mujer que fue nombrada. Carolina ni se gasta en fingir que está pensando.

—Un año y pico —dice, mirándome.

Otro silencio pesado.

Delfina aspira aire, como si hubiera visto un fantasma, y se lleva una mano al pecho.

—¡Tomás no nombra a otra mujer desde que vos te pusiste de novia!

Más silencio.

—Delfi, no creo.

—¡Es verdad! —me interrumpe Matilda.

—No puedo creer que tarde tanto en darme cuenta de esto —dice Delfina decepcionada de ella misma y le da un sorbo al vaso de agua. Le pregunté antes por qué no estaba tomando y me dijo: "Estoy con antibióticos".

—Ahora que lo dijiste no puedo parar de buscar más señales —agrega Matilda mirando un punto fijo.

—Me parece que están exager…

—¿Te acordás de esa noche que estábamos en el patio de mi casa? O era la de Valen… —Matilda se rasca la nariz—. No importa. ¿Te acordás de que Juana estaba hablando de Lucas y Tomás se levantó a buscar algo, supuestamente, y cuando volvió todos le preguntamos qué había ido a buscar y tenía las manos vacías?

La forma en la que progresivamente Delfina va abriendo los ojos a medida que Matilda habla es casi caricaturesco. Carolina esconde una sonrisa detrás del borde de la copa.

—¡Me acuerdo!

—¿Y esa vez que…?

—Basta —las freno—. Nos estamos olvidando del pequeño detalle de que tuvo una cita hace un par de días. Y que no haya nombrado a nadie no significa que no haya estado con nadie.

—Bueno, tampoco dije que se haya hecho cura —balbucea Matilda, pero decido ignorarla.

—Tenés que hablar con él —decide Carolina—. Necesitan tener una conversación antes de que se sigan enredando. ¿Me prometés que vas a hablar con Tomás?

Mi instinto me dice que le diga que no, que no haga promesas que no voy a querer cumplir. Pero al mismo tiempo Carolina me conoce desde hace tantos años y si me dice que tengo que tener una conversación con Tomás por algo debe ser.

—Te lo prometo —concedo. Matilda y Delfina gritan de alegría, se chocan los cinco y hacen chinchín. La última vez que las vi tan feliz fue ayer, cuando Valentino fue derribado con violencia y fuerza por Ringo.

Es Caro quien ve la hora y decide que es hora de ir a Bar. Decidimos ir caminando a pesar del frío. Uno porque tenemos en nuestro cuerpo esa cantidad de alcohol que te hace sentir un poco de calor. Dos porque, justamente por la cantidad de alcohol, ninguna puede manejar. Tres, son quince cuadras. Cuatro, no, no hay taxis en Nanai. Podríamos pedir un remís, pero ninguna tiene ganas de esperarlo.

—¡A ver a tu novio! —grita Delfina con un puño hacia las estrellas y su brazo enganchado con el mío.

Y todo el camino pienso que a lo mejor llegó la hora de dejar de esconder lo que siento. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Capítulo 27

Hay dolor carnal, visceral, insoportable, en ver a alguien que no está igual de afectado que vos. Me molesta. Me molesta que pueda hacer su vida como si nada pasara. Me molesta que cuando nos ve entrar al bar me sonría y me salude con la mano como si todo esto fuera normal. Me molesta que mi presencia no lo desacomode y que pueda seguir hablando con Valentino tranquilamente. Me molesta que no sepa lo mucho que me molesta. Estoy molesta, un poco en pedo y no creo que la combinación sea buena.

Camino por contagio más que por otra cosa hasta la barra. Carolina se estira para saludar a Tomás y después lo saluda a mi hermano. Matilda se sienta al lado de él y es recibida con un beso en la frente. Delfina no pide permiso y va detrás de la barra. Fausto no la ve y ella aprovecha para tomarlo por sorpresa y abrazarlo por la espalda.

—¿Te están haciendo trabajar? —Fausto me mira y pone los ojos en blanco.

—Estamos compitiendo.

—¿Compitiendo?

—A ver quién de los dos hace mejor el fernet. Todo empezó porque yo lo dije al pasar y bueno, vos viste cómo es… —Señala a su hermano con la cabeza, que no está muy lejos y obviamente escucha lo que dicen de él.

—¿Cómo soy? —pregunta Tomás poniéndose el repasador en el hombro y cruzando sus brazos.

—Competitivo, cabeza dura, engreído —empieza a enumerar Fausto con los dedos—. ¿Qué más? —Se toca la pera con el dedo,

un gesto pensativo—. Ah, no te gusta que te corrijan o que te digan qué hacer.

—A nadie le gusta que le digan qué hacer —interviene Delfina.

—No me estás ayudando.

—No tengo intención de ayudarte Fausto. —Encoge un hombro y sale de la barra para sentarse al lado mío.

—Soy mejor que vos haciendo fernet —sentencia mi mejor amigo. Con Delfina nos miramos. Matilda se mira con Carolina. Valentino niega con la cabeza y toma aire, supongo que para llenarse de paciencia.

Cuando Tomás y Fausto se encaprichan con algo no hay quien los saque de ahí, es como que quedan trabados y al mismo tiempo aislados en una dimensión donde no escuchan a nadie. Una vez compitieron para ver quién podía comer más panchos en cinco minutos. Tuve que meter mis dedos en la boca de Fausto y sacarle una salchicha de la garganta. Otra, Tomás aseguraba ser mucho más rápido que Fausto. La discusión se centraba en que, si bien Tomás nadaba y entrenaba más de lo que respiraba, eso no significaba que fuera rápido. Fausto argumentaba que él, que jugaba a la pelota, un deporte donde se corría, podía ganar tranquilamente una carrera. Así que corrieron. Tomás contaba con ventaja. No solamente por el lado del deporte, sino porque es cinco años más grande, además de que por aquella época los Juegos Olímpicos todavía eran una realidad. Valentino, Carolina, Delfina y yo nos sentamos a ver una carrera de la cual se podía ver el final a cuadras de distancia con las manos tapando nuestros ojos. Era evidente, era obvio, era sabido. El problema es que ninguno de nosotros pensó que Tomás se iba a tropezar. Una piedra hizo que se cayera de jeta al piso. Su hermano giró la cabeza lo suficiente para verlo, pero, por supuesto, no frenó. Siguió corriendo mientras se reía. Después nos sentamos a merendar, Tomás con una bola de cubitos de hielo envuelta en un repasador pegada al labio que cada vez se hinchaba más y Fausto con una sonrisa enorme en la cara y un aire sobrador rodeándolo.

Por eso, ninguno intenta persuadirlos.

—Tengo un bar —es todo lo que dice Tomás—. ¿Pensás que podés hacer un fernet mejor que un tipo que vive de servir alcohol?

—Sí. —Esta vez el turno de cruzarse de brazos es de Fausto. Tomás suspira resignado y eso lo hace enojar más a Fausto, lo puedo ver en cómo frunce las cejas. Solo una vez, hace muchos años, se cagaron a trompadas. Valentino nunca me quiso contar el porqué y es de los pocos temas que no se hablan en el grupo.

—¿Cómo lo querés hacer?

—Cada uno prepara un fernet y se lo damos a… —Fausto nos mira, uno por uno y después a todos juntos. Es evidente nuestras pocas ganas de participar de esto. Nadie quiere meterse. Por eso cuando me mira por segunda vez y sonríe tengo ganas de asesinarlo —. Juana.

Ahora todos los ojos están puestos en mí.

—No —respondo contundente—. Además, ni me gusta el fernet.

—¡Exacto!

—No entiendo tu lógica, Fausto.

—Sos la mejor opción porque no te gusta. Pero el mío es tan bueno que te va a encantar, creeme. —Tomás pone los ojos en blanco.

—¿Un poco engreído? —dice Valentino y le da un sorbo a su vaso de agua.

—Se llama tener confianza —puntualiza Fausto.

—No quiero participar de esto. —Los señalo a los dos—. Elijan a alguien más.

—Nadie va a querer participar —contraataca mi mejor amigo.

—Y están en lo correcto. —Tomás me mira y me sonríe y pienso echarle la culpa al vino por la idea absurda e infantil que se instala en mi cerebro—. ¿Sabés qué? Acepto. —Fausto alza ambos puños en señal de victoria y Tomás borra su sonrisa para estudiarme con esos ojos acechadores. Puedo ver que se pregunta qué estoy planeando y el hecho de que sepa que algo estoy tramando me molesta. Me molesta que me conozca tan bien con tan poco tiempo. ¿Puedo decir lo mismo de él? La verdad es que sí.

Después de casi un mes viviendo juntos puedo decir que lo conozco y como pocas personas lo hacen. Sé que no le gusta hablar por las mañanas pero que, a la noche, cuando no tiene que ir a Bar, le fascina una sobremesa larga, es de las personas que no se apuran

por levantar todo, limpiar y guardar. Al contrario. "¿Querés café?", preguntaba sin falta cuando terminábamos de comer y no me atrevía a decirle que no porque eso significaba privarme de pasar tiempo con él. Por más que después me costara un huevo dormir.

Sé que se baña en quince minutos y que prefiere hacerlo por la mañana. "¿Sabías que leí en un artículo que lo mejor es bañarse a la mañana y no a la noche?", le dije una vez. "Nosotros igual nos tenemos que bañar a la mañana por natación, no tenemos mucha opción", respondió. También sé cómo le gusta su café, que le pone demasiado queso rallado a las pastas y que prefiere el durazno antes que las frutillas. No le gustan mucho las series, prefiere las películas. Le gusta poder empezar y terminar algo en un mismo día. "Pero –le decía yo– si te encanta leer". "No es lo mismo", afirmaba. Sé que lee al menos veinte minutos, no importa a qué hora vuelva de trabajar a la noche porque, según él, es la única manera de conseguir dormirse rápido y profundo. Por supuesto que lo conozco. Después de todo son todas esas cosas, y muchas más, las que me metieron en este quilombo gigante.

Fausto y Tomás se ponen a armar el fernet y al principio honestamente no encuentro diferencias en cómo lo hacen. A simple vista parecen exactamente iguales. Pero de repente ambos se alejan, buscan, remueven, ponen, miden, agregan, todo dándonos las espaldas y obviamente no dejando que el otro vea lo que está haciendo. Valentino a mi lado exhala y murmura que son dos exagerados. Delfina me mira con diversión en sus ojos.

—¿Qué? —murmuro. Por cómo me mira sé que lo que está a punto de decirme quiero que sea lo más privado posible.

—Fausto no sabe que está en desventaja. —Hace un movimiento sugestivo con las cejas y sus ojos van a la espalda de Tomás. Cuando entiendo a qué se refiere le ofrezco mi mejor sonrisa sarcástica.

—No le debo nada —respondo bastante mordaz.

—Uh, estás enojada.

—Sí.

—¿Por qué?

Inhalo. Exhalo. Me fijo en cómo se deslizan los músculos de su espalda cada vez que mueve los brazos, en el espesor de su pelo, en lo ridículamente alto que es. Y siento lava en la panza pero que no tiene que ser interpretada como otra cosa que no sea bronca.

—No lo sé.

Y es genuina mi respuesta. No sé por qué estoy enojada con él. O sí. Pero carece de sentido. Alguien de cinco años me miraría con reproche y diría que estoy siendo exhaustivamente infantil y hasta un poco caprichosa. *Estoy enojada porque él no gusta de mí y yo gusto de él y me parece injusto que esto solo lo sienta yo. Me siento sola.* Pero no me animo a decirlo en voz alta. Delfina sabe que hay algo en mi cabeza que no le estoy diciendo, pero tiene piedad y no me presiona.

Dos vasos son apoyados al mismo tiempo frente a mis ojos, cuando subo la mirada me encuentro con Fausto a mi derecha y Tomás a mi izquierda.

—¿Cuál de los dos pruebo primero? —pregunto saltando mi vista de un hermano a otro.

—El que vos quieras, amiga. —Fausto me sonríe y yo sé que quiere comprarme. Pero lo que él no sabe es que voy a votar por él, aunque el de Tomás sea más rico. Fausto ya ganó. Por eso estiro mi mano izquierda.

No mentí cuando dije que no me gusta el fernet. Pero como la vida un poco me odia, el de Tomás no me disgusta tanto. Intento suprimir cualquier expresión facial que pueda delatarme. Apenas noto que abro los ojos debido a la sorpresa, hago que se convierta en una expresión de asco. Espero haber sido lo bastante rápida para que nadie lo haya notado, pero cuando subo la mirada hacia Tomás, algo me dice que fui atrapada, como las moscas cuando armás esa trampa que consiste en agua y azúcar, preparada para engañarlas y ahogarlas. Su comisura derecha sube divertida, apoya sus antebrazos en la barra e inclina su cuerpo grande hacia a mí.

—¿Y? —pregunta con una sonrisa soberbia. Arrastro el vaso hacia él. Tomás no aleja sus ojos.

—Esperaba más.

—¿No te gustó? —Hay sorpresa tanto en su expresión como en su voz. Ahora es mi turno de sonreír.

—No. —Tomás frunce sus cejas y sé que no me cree, pero no dice nada. Puedo ver de reojo a Fausto conteniendo su alegría.

—¿Ni un poco?

—Ni un poco.

—Estás mintiendo —determina.

—¿Perdón? —digo alzando una ceja y también apoyando todo mi peso sobre la barra. Estamos tan cerca que al instante me arrepiento de cada decisión que me trajo hasta acá. Puedo oler la mezcla de perfume con su piel y solo pienso en lo mucho que me gustaría pasar mi lengua por el largo de su cuello, el relieve de sus clavículas

—Para mí le tenés que poner un puntaje. Ninguno de los dos te va a gustar, acá la pregunta es cuál te disgusta menos —dice Matilda. Varias cabezas dicen que sí.

—Le doy un cuatro. —Todos alrededor de mí hacen sonidos de dolor.

—Uh, —dice Carolina—, cagaste.

—Te veo mal, amigo —agrega Valentino.

—¿Cuatro? —Matilda niega con la cabeza y aprieta los labios—. Estás al horno, Tomi.

Mi sonrisa es tan grande que es evidente que estoy escondiendo algo, pero nadie se da cuenta. Solo él. Tomás entrecierra los ojos y para mi desgracia se inclina aún más. Lo siguiente que dice es para mí, y solo para mí.

—Sé que me estás mintiendo.

—¿Sí? —Hago fuerza para que mis ojos no bajen a su boca.

—Te conozco, Juana. Estás mintiendo. La pregunta es, ¿por qué? —Su voz ronca me da un escalofrío involuntario, y antes de que me dé cuenta, rendida me acerco un poco más. Eso parece gustarle, porque me sonríe, pero es una sonrisa peligrosa. Siento que en cualquier momento Tomás va a saltar la barra y devorarme entera. Y la idea me parece extremadamente tentadora. La tensión es tan espesa que casi no escucho a Fausto hablar a mi derecha.

—Mi turno —arrastra su vaso, lo agarro y le doy un buen sorbo sin despegar los ojos de Tomás. Una gota rebelde, en vez de ir

directo hacia mi boca, se escapa y se desliza por mi pera y la siento arrastrarse con lentitud sobre la piel de mi cuello. Solo sé que Tomás sigue el recorrido porque lo estoy mirando a los ojos y veo, siento, cómo se deslizan. Igual que la gota.

—¿Y? —pregunta Fausto cuando lo dejo sobre la barra. Sonrío lentamente, casi con pereza. Tomás niega sutilmente la cabeza porque sabe lo que estoy a punto de hacer. Le voy a dar la victoria a su hermano. Sin embargo, no está enojado. O bueno, puede ser que haya una pizca de eso, pero en realidad su mirada expresa otra cosa. Sus ojos serios no combinan con la sombra de sonrisa que tiene su boca.

—Siete —digo sin dejar de mirarlo a los ojos. Su sonrisa crece aún más. Siento calor. Quiero dejar de mirarlo, pero por alguna razón no puedo. Me tiene atrapada, soy una mosca ingenua y tonta, ahogándome en este líquido dulce que es él. De repente todos, menos Tomás, desaparecen, se hacen más chicos, sus voces lejanas. Solo puedo, y quiero, prestarle atención a él. Y por cómo me observa, siento que algo cambió. Hay algo zumbando entre el espacio de nuestros cuerpos, una vibración que sale de él y choca en mí y que yo devuelvo. De golpe se endereza y me mira una última vez antes de dar media vuelta y perderse en la puerta que da a la cocina.

No me doy cuenta de lo que estoy haciendo hasta que la escucho a Delfina, la única que está prestando atención.

—¿Adónde vas? —pregunta. Despego la vista de la puerta que acaba de atravesar él y veo a mi mejor amiga. No necesito decirle adónde estoy yendo, ella ya lo sabe—. Andá, digo que fuiste al baño.

Le sonrío y aprovecho que todo el mundo está enfrascado en probar los fernet y dar sus propios veredictos para meterme en la cocina.

Capítulo 28

Tomás ya me estaba esperando, brazos cruzados, apoyado sobre la mesada, sus ojos peligrosos, su sonrisa petulante que me dice que él sabía que lo iba a seguir. Lo odio un poco.

—Hola —dice, la sonrisa estampada en su cara.

—Hola.

—¿Necesitás algo? —niego con la cabeza y sigo caminando—. ¿Perdiste algo? —Niego de nuevo. Tomás descruza sus brazos y apoya las palmas de sus manos sobre la superficie de la mesada, haciendo que los músculos de sus brazos se tensionen. Todo en su cuerpo grita que nada durante horas casi todos los días. Estoy *obsesionada* con su cuerpo. Con su cara. Con sus sonrisas que siempre tienen un significado distinto. Con que le guste tanto hacer mermelada. Con que haya adoptado a Rita sin dudarlo ni un segundo. Con su humor, tan suyo que a veces me siento privilegiada por entenderlo. Estoy obsesionada con Tomás y tengo miedo de que todo lo que estoy pensando mi cara lo delate.

—Tengo hambre —digo. Tomás se pasa la lengua por el interior de la boca, respira y sus fosas nasales se expanden. Me muerdo el labio inferior e inclino un poco la cabeza hacia la derecha—. ¿Tenés algo para comer? —Apenas digo esa oración le brillan los ojos. Y porque Tomás es Tomás, mastica sus pensamientos antes de escupirlos. Puedo ver cómo analiza qué decir, cómo decirlo y lo más importante, si puede decirlo. *Decilo, quiero saber cómo son tus pensamientos crudos, sin procesar, decilo.* Pero Tomás simplemente se despega de la mesada y camina hasta la heladera.

—¿Dulce o salado?

—Dulce. —Tomás me sonríe sobre su hombro y vuelve a meterse la cabeza en la heladera. Segundos después tiene un flan en la mano—. Perdón, ¿quién de los dos sabe hacer flan?

—Choco evidentemente no.

—¿Sabés hacer flan?

—Me ofende tu constante sorpresa ante mis habilidades culinarias, Juana. —Ay, cómo dice mi nombre. Conocí tantas personas en mi vida y él es la primera en pronunciarlo así. Una mezcla de súplica y dulzura.

—Me sorprende porque a la única que le piden que lleve el postre en las reuniones es a mí. Y jamás te vi ofrecer hacerlo vos. —Me siento en la mesada y Tomás viene hacia mí con el flan y una cuchara.

—No me gusta cocinar para otras personas. —Encoge un hombro.

—A mí me cocinás todo el tiempo —puntualizo y me llevo un pedazo de flan a la boca. Abro los ojos y lo miro—. Está riquísimo. —Tomás pone sus manos al costado de mis piernas y está cerca pero no lo suficiente. Lo quiero encima, poder sentir el peso de su cuerpo sobre el mío, su boca sobre cada rincón de piel. Me vuelve a sonreír —. ¿Qué? —pregunto una vez que tragué.

—Esa cara —señala con su dedo índice mi rostro— es la que hiciste antes cuando probaste el fernet.

—Mmm, habrás visto mal.

—Yo creo que vi perfecto.

Se acerca un poco más y antes de que entienda lo que está haciendo, me saca la cuchara de la mano, la hunde en el flan y se la lleva a la boca. Está a punto de hacerlo de nuevo cuando le chisto.

—Che, ¿este flan no era para mí?

—Compartí.

Nos miramos fijo a los ojos. Nos separa una distancia que yo siento como kilómetros pero que si alguien entrara y nos viera preguntaría qué mierda está pasando, por qué estamos tan pegados. Tomás separa un poco las manos, pero eso solo hace que su torso se incline más hacia a mí. Yo me deslizo hacia el borde, intentando acortar lo más posible la distancia. Tomás es un hombre

alto, pero así, sentada sobre la mesada, lo supero unos centímetros. Bajo mi pera hacia mi pecho para verlo mejor y él deja caer su cabeza hacia atrás. Dejo el plato en la mesada. Necesito tener las manos libres. Hundo mis dedos en su pelo y automáticamente Tomás cierra los ojos. Mis manos se deslizan hasta que quedan atrapando su cara. Vuelve a abrir los ojos y quiero entender lo que está pensando cuando me mira así, con esos ojos suplicantes y un poco torturados y preocupados y hambrientos.

—¿Qué pasa? —murmuro. Tomás niega la cabeza delicadamente. Paso mis dedos por su frente, corriendo el pelo y vuelve a rendirse ante mi tacto. Es un momento tan delicado que casi tengo miedo de moverme o hablar.

Tomás agarra mi mano derecha y deja un beso sobre mi muñeca, justo en el pulso. Como esa vez que entré a su casa y lo encontré tirado en su cama, con migraña, con dolor, en plena oscuridad. Esa vez pensé que ni se había dado cuenta de lo que había hecho, que fue un momento de debilidad, que a lo mejor cuando se despertara al otro día ni se iba a acordar, un fragmento perdido en la nebulosa del dolor. Pero ahora, cuando presiona sus labios sobre mi piel y me mira, sé que él está pensando en esa noche que lo cuidé. Deja mi mano derecha apoyada sobre la mesada y repite el beso en mi muñeca izquierda para también dejarla apoyada sobre la mesada. Es entonces cuando Tomás se deja caer sobre mis piernas y me abraza la cintura. Completamente entregado. Siento cómo su pecho se infla mucho de aire y se desinfla con fuerza. Otra vez mis manos van hacia su pelo, lo acaricio, lo mimo. No entiendo cómo es posible, pero Tomás se derrite aún más.

—Juana. —Hay sufrimiento en su voz. Le tomo la cara y lo obligo a que me mire. No quiero que se esconda de mí, no quiero que sienta que no puede ser sincero y vulnerable conmigo. *¿No entendés? Quiero que me lo muestres todo, absolutamente todo. Hasta las partes que odiás de vos mismo. Lo quiero todo. Cada pizca.* Tomás se deja caer de nuevo y gruñe—. La puta madre. —Su enojo me hace reír un poco. Vuelve a levantar la cabeza—. No te rías —dice completamente serio y se incorpora. La ausencia de su cuerpo es como si muchos alfileres fueran empuñados en mi cuerpo al

mismo tiempo. Quiero decirle que no se aleje, pero no me sale la voz. Hacía un segundo estaba pegado a mí y ahora está casi en la otra punta de la cocina. No lo entiendo y me frustra no poder hacerlo. Bajo de la mesada y camino hasta él.

—Juana, no.

Freno mis pasos.

—¿No qué? —digo un poco enojada, un poco cansada.

—No sigas caminando —pide. No le hago caso—. Juana —me advierte. Pero no me importa. Quiero saber qué es esto que parece crecer y tensionarse cada vez que estamos cerca. Quiero ponerle un nombre. Quiero ver qué pasa si sigo caminando.

—¿Qué pasa, Tomás? —Inclino la cabeza. Sigo caminando. Él me espera apoyado sobre la pared. Y sé que me está esperando, porque si no, se hubiera ido. Quiere que me acerque, lo puedo ver en sus ojos, el problema es que no se anima a aceptarlo—. ¿Me tenés miedo? —Sonrío. Doy un paso más y siento un tirón hacia adelante y de repente la pared sobre mi espalda, el cuerpo de Tomás atrapándome.

—Sí.

No es un beso suave ni dulce. Es un beso hambriento, violento. Sus manos atrapan mi cabeza para que no me mueva, su boca devora la mía, su lengua danza sobre mi lengua, un gemido escapa de su garganta y muere en nuestras bocas y siento que puedo morir acá y lo haría siendo feliz. Mis manos agarran el borde de su remera y espero que entienda que no quiero que pare, que no quiero que se vaya. No sé cuánto dura el beso, la percepción del tiempo es confusa y débil cuando él está cerca. Pero sí sé que para mi gusto termina demasiado rápido.

Tomás apoya su frente sobre la mía y suspira con los ojos cerrados. Cuando los abre no me gusta ni un poco lo que veo. Frunzo mis cejas sin entender por qué me mira así, algo triste. Sus pulgares acarician la piel de mis cachetes, el mismo movimiento que hacen los limpiaparabrisas cuando llueve. Vuelve a suspirar y deja caer los brazos al costado de su cuerpo. No sé qué hacer con mis manos así que las llevo detrás de mí y las atrapo entre mi cuerpo y la pared. Lo miro expectante.

—Juana… —empieza y frena. Se lleva una mano a la boca y sacude la cabeza. Me mira como si fuera un problema que no sabe cómo resolver. Su mano viaja hacia su cabeza y la desliza sobre su pelo. Está preocupado, nervioso—. Juana —no dice nada más.

—Ese es mi nombre —respondo en un intento de quebrar la tensión. Tomás exhala. Está tan conflictuado. Y me está empezando a preocupar a mí, porque nada bueno puede salir de la boca de alguien que luce como si estuviera a dos segundos de desmoronarse.

—Juana —intenta por tercera vez—. Esto es una pésima idea.

—¿Esto?

—Nosotros.

Ah.

—¿Porque somos amigos? —pregunto en un intento de entender. Tomás se ríe, pero es más como un bufido de fastidio.

—Vos y yo hace rato que no somos solo amigos, Juana. Y lo sabés.

¿Lo sé? Lo sabía de mí. Poco a poco empecé a tener estos sentimientos que no corresponden a una amistad. Como empecé a mirarlo con otros ojos y que una tarde, mientras él estaba mirando una película en el sillón y yo estaba haciéndome un café, lo miré y pensé: *quiero besar a Tomás.* Pero no sabía que a él le estaba pasando lo mismo que a mí.

—Tuviste una cita —le recuerdo.

—¿Querés que te cuente sobre mi *cita? —No,* pienso, *la verdad es que prefiero agarrarme los dedos contra la puerta—.* No fui a ninguna cita, Juana. —Parpadeo confundida—. Llegué al lugar, pero no pude entrar. ¿Sabés por qué? Porque solo podía pensar en que ella no era vos, ¿y no sería injusto? ¿Que estuviera pensando en vos mientras estaba con ella? —Infla el pecho y mira hacia el costado—. No me parecía lo correcto. Pero tampoco quería volver. Porque sabía que si entraba a casa y te veía no iba a poder seguir fingiendo. Ese día estuve tan cerca, Juana. Tan cerca.

Me mira a los ojos y yo no sé qué decirle.

—Carolina sabe.

—¿Qué cosa? —pregunto plenamente confundida.

—Que me gustás.

Esas tres palabras hacen que mi corazón se vuelva loco y siento un hueco en mi estómago. Quiero saber hace cuánto lo sabe y quiero saber cuándo se lo contó a Carolina.

—¿Cuándo se lo dijiste?

Tomás se muerde el cachete. Está volviendo a pensar si decírmelo o no.

—¿Cuando volvió o cuando estaba allá? —cuando lo digo, Tomás me mira con dulzura, hasta con pena se podría decir. Siento que me estoy perdiendo de algo importante y que no me lo está diciendo—. Tomás —presiono—. ¿Cuándo se lo contaste?

Deja caer su cabeza hacia adelante, mirada al suelo, manos en la cintura y por un momento creo que no me lo va a decir, que me va a dejar con la duda. Pero entonces levanta su cabeza y habla.

—Hace un año.

Tiro mi cabeza hacia atrás y lo miro perpleja.

—¿Un año? —Me siento traicionada y ni siquiera sé muy bien por qué. ¿Hace un año que siente cosas por mí y nunca me lo dijo?

—Estabas de novia —dice como si pudiera leer mi mente—, por supuesto que no te iba a decir que me gustabas, Juana. Hubiera sido incómodo, inapropiado. —Asiento con la cabeza un poco ausente. Tiene sentido, pero hace más de un mes que no estoy de novia, viví tres semanas con él y tampoco me lo dijo. Es entonces cuando me doy cuenta.

—Nunca me lo ibas a decir. —No hace falta que me dé la razón, con solo verle la cara sé que la tengo—. No lo puedo creer…

—Juana, entendeme.

Esa palabra enciende algo en mí.

—¿Que te entienda? —digo con veneno en mi voz.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que te dijera que me gustás?

—¡Sí! —Alzo los brazos y me río. Tomás me mira como si no entendiera nada y eso solo hace que me enoje aún más.

Tomás se aleja y me da la espalda. Otra vez pasa la mano por su pelo y se agarra un par de mechones antes de soltarlos y suspirar.

—No.

Da media vuelta y vuelve a mirarme.

—No, Juana. No puedo. No podemos. Sos la hermana de mi amigo de toda la vida y la mejor amiga de mi hermano. Sos amiga de todos mis amigos. ¿Qué pasa si lo intentamos y no funciona? Porque si pensás que esto es coger una vez y ya está, estás muy equivocada. —El corazón me late tan rápido que tengo miedo que pare de hacerlo.

—¿Entonces tu solución es fingir?

—Hace un año que lo hago, puedo seguir haciéndolo.

—¿Y lo que yo quiero no cuenta?

—No sabés lo que querés.

Mi pecho sube y baja, siento fuego recorriéndome las venas, y ganas de romper algo.

—Tenés razón. —Me llevo la palma a la frente—. Casi me olvido de que no puedo saber lo que quiero yo sola, necesito tu ayuda —digo con sarcasmo y sé que mis palabras le molestan. No quiero discutir, pero estoy tan enojada que no puedo pensar con claridad. Cierro los ojos y respiro. Cuando los abro me doy cuenta de que él odia esto tanto como yo—. Si vos querés mentirte, hacelo. Yo no lo voy a hacer, yo no voy a fingir que no me pasa nada con vos, Tomás. No puedo, ¿no entendés? No puedo.

Tomás niega con la cabeza y mira a la puerta. Y sé que del otro lado está, en gran parte, lo que le preocupa.

—No puedo imaginarme una realidad donde vos no formes parte de mi vida, Juana. Me duele acá —se señala el pecho—, de solo pensarlo. Y sí, estoy siendo egoísta, pero prefiero tenerte como amiga que no tenerte.

—Dijiste que no somos amigos.

—Podemos serlo.

Ahora es mi turno de sacudir la cabeza.

—Yo no puedo.

Silencio. Nos miramos y siento que algo se rompió, que tiramos demasiado de una cuerda que encima estaba en construcción, los hilos desprendiéndose hasta que la cuerda quedó tan delgada que solo un pequeño tirón podría cortarla. Y ese tirón lo acabo de dar yo.

—¿Por qué pensás que no funcionaríamos? —Hay dolor en mi voz porque duele que cuando él nos ve lo hace con la premonición de

que nos vamos a lastimar. Y me enoja que ni siquiera nos quiera dar una oportunidad, tan seguro de que no vamos a funcionar.

—¿Cómo sabés que te gusto? —La pregunta me descoloca a tan nivel que no puedo formular una respuesta—. Estás confundida, Juana.

—No podés decirme qué siento, Tomi.

—Recién terminás una relación…

—Lo que yo siento por vos no tiene punto de comparación con lo que sentía por Lucas. No lo tiene, Tomás —digo firme.

—Juana… —suplica. Sé lo que me está pidiendo. Que lo deje estar, que no presione, que me olvide de esta conversación, que le haga el favor de no insistir porque si lo sigo haciendo va a terminar cediendo. Y la verdad es que no tengo ganas de obligar a nadie a que haga algo que no quiere. Si Tomás no quiere, no quiere. No pienso pedirle de rodillas que nos dé una oportunidad. Llevo mis hombros hacia atrás, levanto la cabeza y le sonrío.

—Sos un cagón.

—Juana. —Frunce las cejas, pero yo levanto mi mano y lo callo.

—No quiero seguir hablando, ya entendí. Claramente no valgo la pena el intento, lo que sentís no es suficiente como para tomar el riesgo. Es una pena, porque yo lo haría, Tomás, yo me arriesgaría por nosotros. Sin dudarlo ni un segundo.

Me quedo unos instantes esperando que me diga que tengo razón, que nos olvidemos de todo lo que puede llegar a salir mal y lo intentemos, que mande todo a la mierda y me bese. Pero nada de eso pasa. Tomás se queda parado, lejos de mí y en un silencio espantoso. Le sonrío una vez más y me voy.

Cuando cruzo la puerta me encuentro con Valentino, Matilda, Fausto, Delfina y Carolina, mirándome y sé, por las caras que tienen, que escucharon lo que acaba de pasar. Fausto, que sigue detrás de la barra, es quien se acerca, me agarra con delicadeza el brazo y habla bajo, para que yo sola lo escuche.

—Te llevo a tu casa, ¿querés? —Digo que sí con la cabeza y sin poder mirarlo a los ojos, un poco muerta de vergüenza, un poco porque no quiero que vea que estoy a dos segundos de ponerme a llorar.

Fausto saluda a todos por los dos y atravesamos la salida. Agradezco que haya venido en auto. El frío te come la piel y los huesos y no soportaría caminar ni una cuadra. Ahora que lo pienso, no puedo creer que ninguna pensó en el regreso. Aunque tal vez Matilda contaba con mi hermano llevándonos a todas a nuestras casas. Nos subimos casi corriendo y Fausto lo primero que hace es prender la calefacción. No atina a encender el motor, solo se queda sentado, mirando al frente. Dejo caer la cabeza y miro el techo del auto, inhalo, exhalo y bajo mis párpados, me acomodo en el silencio y lo agradezco. Siento los minutos pasar, la noche envolviendo el interior del auto. Sé que quiere hablar, preguntarme cómo estoy, qué pasó. Pero mi mejor amigo me conoce y sabe que también necesito esto, el espacio que solo otorga el silencio. Veo que su brazo se estira y segundos después empieza a sonar música. Pasan tres canciones antes de que hable.

—Lo sospechaba, ¿sabés? Hacía rato que me preguntaba si le pasaban cosas con vos, pero me dije que estaba delirando, así que nunca le pregunté. Ni lo hablé con nadie. Pensé que era algo que me estaba imaginando, que me estaba confundiendo, no le di importancia. Pero ¿te acordás de esa noche que estábamos en lo de Valentino? —Pausa—. ¿O era la casa de Mati? No me acuerdo. No importa. Pero ¿te acordás de que estábamos todos charlando y cuando nombraste al boludo de tu ex, Tomás se paró para buscar algo y cuando volvió no tenía nada? —Asiento con la cabeza—. Ahí fue cuando lo confirmé. Me acuerdo de ver a Caro de reojo en ese preciso momento. Me miró divertida, con una sonrisa. No dijo nada, pero entendí que ella ya lo sabía, no sé desde cuándo, pero vos viste cómo es Caro, no se le escapa nada.

Fausto me mira y suspira.

—No quiero defenderlo, pero es mi hermano, tengo que hacerlo. Para él las relaciones son…

—¿Difíciles?

—Frágiles. ¿Te acordás de la última vez que estuvo de novio?

—¿Con Ludmila?

—Sí, ella. Estuvieron cinco años, creo, no me acuerdo bien esa parte. Pero sí que fue una relación larga. ¿Sabés qué solía decir?

Que se iba a casar con ella. Mi mamá le decía que estaba loco, que era muy chico todavía. Tomás respondía que cuando uno lo sabe, lo sabe. Que la edad no importa cuando encontrás al amor de tu vida.

—¿Y qué pasó? —Fausto duda si decírmelo o no, pero solo por un segundo.

—Le propuso casamiento —dice con una sonrisa triste.

—Y le dijo que no.

—Le dijo que no.

—No sabía esto. —Frunzo las cejas. Estoy extremadamente sorprendida. Por un lado, porque es difícil mantener secretos en un pueblo y por otro lado, porque Tomás forma parte de mi vida desde hace tantos años que no puedo creer que no sabía esta parte tan crucial de su vida. Pero me recuerdo a mí misma que antes no lo conocía, no como lo conozco ahora.

—Solo lo saben Valen y Caro. Bueno, además de mi mamá y yo, por supuesto. Y estoy seguro de que si se entera que te lo conté me va a pegar una patada en los huevos, pero creo que tenés que saberlo.

—¿Por?

—Para entenderlo un poco mejor, Juana. Mi hermano no es una persona impulsiva, es de lo que piensan un millón de veces antes de hacer algo. No siempre fue así. Pero hay cosas que te cambian, que te moldean, y lo que pasó con Ludmila fue una. Él estaba tan seguro, amiga, que se iba a casar con ella, que iba a ser la madre de sus hijos, imaginate lo devastador que fue para él darse cuenta de que estaba equivocado. Se volvió una persona cínica. Por mucho tiempo estuvo resentido, decía que nunca más se iba a enamorar. —Fausto me mira a los ojos—. Le cambiaste los planes, Juana.

Sus palabras tienen tanto peso, siento que me aplastan el pecho, me estrujan la garganta, me presionan los ojos. No dice nada más, pone la llave, gira la muñeca y ruge el motor. Minutos después frena en mi casa.

—¿Querés que me quede con vos? —pregunta.

—Creo que me voy a ir a dormir.

—Avisame si necesitás algo, ¿sí? —Me estiro para darle un abrazo incómodo por culpa de los cinturones y me bajo del auto. Fausto

espera a que abra la puerta y lo salude para poner en marcha el auto e irse.

Me saco las botas y el abrigo. Rezongo cuando me acuerdo de que tengo maquillaje puesto. Detesto sacarlo. Camino hasta el baño como si tuviera plomo en los pies, bostezo y pienso en lo rápido que son los cambios. Cuando me fui de mi casa jamás imaginé que este iba a ser un final posible para la noche, yo sola en mi casa, temprano, triste. Agarro el agua micelar y mojo un disco de tela. Lo presiono en un párpado y luego en otro, intentando aflojar la máscara de pestañas para que sea un poco más sencillo sacarla después. Nunca tengo éxito, siempre quedan rastros al día siguiente. Suspiro. Vuelvo a mojar el disco de tela y me lo paso por los labios, la cara, de nuevo las pestañas. Quiero que se termine el día. Quiero que mañana llegue lo más rápido posible. Me cepillo los dientes, hago pis, y voy a mi habitación. Hace frío así que decido dormir con buzo y medias. Hago un bollito con mi cuerpo y tengo que tragarme las lágrimas. No quiero llorar. *No lo hagas, Juana.* Tomo aire por la nariz y me obligo a dormir. *Cerrá los ojos y apagá la cabeza.* Escucho el viento chiflar y siento que mi cuerpo se relaja, se hunde sobre el colchón. Antes de quedarme completamente dormida escucho el repiqueteo de las gotas sobre mi ventana y así me entrego al sueño, envuelta en viento y agua.

Capítulo 29

Amanezco el domingo sin ganas de trabajar, sin ganas de nada. Le mando un mensaje a Delfina diciéndole que no me siento bien y que queda a cargo del café. Después de eso apago el celular y me doy una ducha con el agua casi hirviendo. Con la toalla en la cabeza me hago un café y me digo a mí misma que tampoco sé si quiero estar todo el día en mi casa, encerrada, sola, con mis pensamientos. Pero tampoco tengo ganas de ver a nadie. Le doy un sorbo al café. Bueno, hay una persona a la que sí quiero ver. Termino de desayunar, me cambio y salgo de mi casa aún con el pelo mojado. Si mi madre me viera me cagaría a pedos. Sonrío ante el pensamiento. Subo al auto, no tengo ganas de caminar, y pongo la radio. Automáticamente pienso en Tomás y es espeluznante y al mismo tiempo maravilloso cómo una persona puede filtrarse en cotidianidades y pequeñeces y apropiarse de ellas para que cuando aparezcan en tu vida te acuerdes de ellas. Dejo que la radio suene hasta llegar a la casa de mi papá. Estaciono, me bajo y toco la puerta.

—¡Voy! —grita desde adentro.

Cuando abre la puerta tiene un repasador en el hombro y, apenas me ve, no entiende qué hago parada en la puerta de su casa, pero poco a poco se le dibuja una sonrisa enorme y de repente estoy entre sus brazos.

—Hola, pa.

—Hola, hija. —Desarma el abrazo y me dice que entremos antes de que nos congelemos—. Pasá, pasá. —Se queda al lado mío mientras cuelgo el abrigo—. No sabía que venías hoy.

—Yo tampoco.

—Bueno, justo estaba haciendo el almuerzo, ¿te quedás a comer?

—¿Qué estás haciendo? —Voy hasta la cocina.

—Carne al horno con papas.

—¿Querés que te ayude?

—No, no. Relajate. —Abre el horno y saca la fuente de papas. Con una espátula las sacude y vuelve a meter la fuente—. ¿Tu hermano viene?

—No hablé con él —digo—. Creo que hoy llegaba una de las sorpresas. —Mi papá se sienta conmigo en la mesa y sonríe. Verlo bien es un bálsamo y un privilegio que no doy por sentado.

—El otro día Matilda me preguntó si sabía algo. Sabe que soy débil.

—Si mi hermano no se apura lo va a terminar descubriendo.

—No veo la hora de que le pregunte —admite mi papá—. No aguanto un segundo más guardando este secreto. ¿Cuál es la sorpresa? ¿Te dijo?

—Le pedí que no me cuente nada más porque tenía miedo de que se me escapara algo.

—¿A qué hora te vas para el café? —dice mientras se para y me pregunta si quiero algo para tomar. Le digo que no y se sirve un poco de jugo de naranja antes de volver a sentarse—. Supongo que la comida estará lista en cuarenta minutos más o menos.

—No voy a ir a trabajar hoy. —Mi papá alza las cejas. Jamás falto a trabajar.

—¿Por?

Cuando di mi primer beso se lo conté a mi mamá y le pedí por favor que no le diga nada a papá. Me daba vergüenza. Aunque presenciaba conversaciones de él y Valentino donde mi hermano le contaba que le gustaba una de sus compañeras pero que no se animaba a hablarle. De los dos, él siempre fue el más tímido y mi papá lo sabía, por eso intentaba ayudarlo a sacarse la vergüenza de encima. Mi papá nunca fue una persona afectiva con palabras. Pero él demostraba su amor escuchando con atención cuando tenías un problema o necesitabas ayuda. Trataba de darte un consejo o una solución, dependiendo de la situación. Evidentemente esa necesidad

de mi hermano por ayudar todo el tiempo a los demás la heredó de él. Pero, si bien mi papá siempre fue un excelente consejero, yo nunca, jamás, le contaba mis cosas. Yo hablaba mucho más con mi mamá. Al menos de chica. Después, a medida que fui creciendo y dejé de tener vergüenza de contarle ciertas cosas, empecé a tener charlas más profundas y variadas. Política, relaciones, libros, recetas, ideas. A veces coincidíamos, a veces nuestras opiniones variaban al punto de discutir y mi mamá se terminaba metiendo para apaciguar el fuego. De repente un día me desperté y mi papá era a quien recurría cuando necesitaba darles una mirada distinta a mis problemas. Si tenía algún problema primero se lo contaba a él, siempre.

—Es complicado.

—¿Es sobre Tomás? —Alza una ceja y le da un sorbo a su jugo—. Todo el pueblo sabe.

—¿Qué sabe? —Entrecierro los ojos.

—Lo que pasa entre ustedes dos. Hay rumores.

—Papá…

—¿Qué? Soy un hombre con demasiado tiempo libre. Además, si están hablando de mi hija, merezco saber.

—Podrías preguntarme a mí.

—Nunca me contás nada —se queja.

—Siempre te cuento todo, pa.

—No nos desviemos de mi pregunta. ¿Es sobre Tomás? ¿Te hizo algo? ¿Vos le hiciste algo? —Alza una ceja.

Suspiro. Subo las piernas y me abrazo, apoyo la pera en mis rodillas.

—¿Qué tanto querés saber? —Parece meditar la respuesta por varios segundos.

—Mantenelo apto para todo público. Hay cosas que un padre nunca debería saber.

—¡Papá! —Me llevo la palma a los ojos y niego con la cabeza.

—¿Qué? Son adultos, no tendría nada de malo si… —Levanto mi mano y le suplico que no termine la oración.

—Me gusta.

—Eso ya lo sabe todo Nanai. —Vuelvo a suspirar.

—Buenísimo —digo con sarcasmo.

—No te enojes —dice—. Tampoco fuiste muy disimulada… —Lo miro seria y encoge un hombro—. Él tampoco lo es, por si te sirve de consuelo. La verdad es que a estas alturas todo el pueblo está esperando el día en que entre ustedes se den cuenta.

No digo nada y miro al piso. Y ese gesto alcanza para que se dé cuenta de que le estoy ocultando algo.

—Juana —dice lentamente—. ¿Algo que me quieras contar?

—No quiere —respondo bajito. No le cuento toda la conversación porque la realidad es que lo único que interesa es cómo terminó.

—¿Qué no quiere?

—Estar conmigo.

—¿Te lo dijo?

—Sí.

Mi papá me mira genuinamente confundido. Lo dejé sin palabras.

—¿Te dijo el porqué?

—Tiene miedo de que no funcione y las cosas queden raras después.

Asiente con la cabeza.

—Bueno, tiene razón. Si ustedes terminaran mal, sería incómodo para todos. En especial para ustedes dos, porque, dejame decirte hija, se tendrían que seguir viendo. Tomás no va a dejar de ser amigo de Valentino, ni viceversa. Y vos no vas a dejar de ver a Fausto tampoco. Además de que vivimos en un pueblo, aunque no tuvieras personas en común te lo cruzarías cuando vas a comprar el pan.

—Lo sé —digo con los dientes apretados. Porque es verdad. Y sé que Tomás tiene razón. Pero eso no es lo que me enoja.

—Pero estás enojada, así que supongo que hay algo que no te gustó de la conversación.

—Me molesta que no lo quiera ni intentar, pa. Ya está pensando en cómo va a terminar algo que ni empezó.

—Yo creo que está intentando tomar la mejor decisión para todos.

—No necesito que tome decisiones por mí —escupo.

Se para y va al horno de nuevo. Saca la bandeja de papas, las mueve y las vuelve a meter. Les falta unos minutos me dice. Vuelve a servirse jugo. "¿Querés?", me pregunta, le digo que no, que estoy bien, cierra la heladera y se sienta de nuevo frente a mí.

—Te voy a decir algo que no te va a gustar. Tomás está enamorado de vos.

Pestañeo.

—Soy viejo, pero no boludo y todavía puedo distinguir cuando alguien está hasta las manos y creeme, hija, ese hombre está enamorado de vos. Y si bien para vos todo esto es nuevo, para él no. Y algo me dice que ya se había hecho la idea de que nada iba a pasar entre ustedes dos, porque estabas de novia, porque él nunca te iba a decir lo que sentía, no sé, pero a lo que voy es que Tomás tenía esa certeza y vos ahora le decís que lo que él siente, vos también lo sentís, y puede ser que lo hayas tomado por sorpresa. —Encoge un hombro—. A veces uno desea algo y cuando se cumple no sabe qué hacer con eso. Y hasta desconfiás porque es muy bueno para ser verdad.

—No quiero fingir que no siento nada por él.

—Estás enojada, y lo entiendo, pero no creo que haya sido fácil para Tomás tener que ocultar lo que sentía. Es feo y solitario callar lo que sentís. Y ni te cuento tener que ver a la mujer de la que estás enamorado con otro.

—¿Lo decís por mamá?

—Esa mujer me hizo sufrir como un condenado —responde con una sonrisa. Nada en este mundo lo hace sonreír como mi mamá—. Creo que disfrutaba de ver cómo me arrastraba por un gramo de su atención.

Veo a mi padre y pienso en lo mucho que la amó, pero también en lo doloroso que fue para él perderla. Prefería morir que vivir en un mundo donde ella no existiera, le dolía la realidad, la odiaba. Tantas veces me encontré con él balbuceando que no quería vivir más, que no tenía sentido si ella no estaba, que solo quería volver a verla una vez más. Pienso si vale la pena encontrar el amor del que todo mundo habla si perderlo te puede llevar a un lado tan oscuro.

—¿Te arrepentís?

—¿De tu mamá? Nunca. Lo haría todo de nuevo, aun sabiendo lo que sería perderla.

Se levanta para servir la comida y yo me quedo sentada, observando. Dejo pasar unos segundos hasta que me decido a decirlo.

—Podés contármelo, eh.

—¿Qué cosa? —pregunta confundido, una mano en la fuente, la otra sosteniendo una espátula que empuja las papas a otra fuente.

—Lo de Marisa. —Sonrío. Mi papá frunce las cejas y gira la cabeza.

—No sé de qué hablás.

—Yo creo que sí sabés. Somos grandes. Además, acabo de contarte lo que me pasa con Tomás. Lo mínimo que podés hacer es contarme lo de Marisa.

Apoya mi plato en la mesa para después apoyar el suyo y sentarse.

—Te tuve que sacar la información a la fuerza —dice pinchando una papa.

—¿Y voy a tener que hacer lo mismo? —Alzo una ceja y lo miro desafiante. Mi papá suspira y corta un pedazo de carne y se lo lleva a la boca. Mastica por lo que parecen años y pienso que no va a contarme nada, que va a dejar morir la conversación y cambiar de tema, pero me sorprende cuando traga, vuelve a suspirar, esta vez un poco más resignado, y habla.

—Me hace sentir bien. Menos solo.

Valentino y yo lo visitamos constantemente. Una vez a la semana tenemos cena o almuerzo familiar en la casa de mi hermano y no se negocia. Mi papá no está solo, pero entiendo que el lugar que ocupamos Valentino y yo no es el que estaba sintiendo vacío.

—¿Y me tengo que enterar por mis amigas del curso de tejido?

Entrecierra los ojos y sacude la cabeza.

—Miriam es una chusma.

—Miriam pensó que sabía que mi papá estaba teniendo citas con Marisa —disparo y alzo ambas cejas.

Un suspiro grande como esta casa sale de sus labios.

—No sabía cómo contarles. Tampoco sabía cómo se lo iban a tomar. Por momentos ni yo sé cómo me siento con todo esto. —Hace un movimiento con las manos. Y pincha otra papa. La mastica algo enojado.

Tengo que admitir que cuando me enteré de lo de Marisa al principio la noticia me cayó como un ácido sobre la piel. Lo primero que sentí fue un enojo hacia mi papá. Porque él podía encontrar, de alguna manera, un reemplazo, pero yo nunca iba a poder encontrar otra mamá. Después me dije que estaba siendo cruel, egoísta y poco racional. Seguí masticando la noticia hasta que por la tarde me encontré con algo mucho más digerible. Él tiene el derecho de volver a enamorarse, ¿por qué no? Valentino todavía no lo sabe porque me parece que lo que corresponde es que se entere por él y no por mí. Tampoco quería ir develando los secretos de mi padre por todo Nanai. Aunque ahora que lo pienso, me parece raro que Valen no haya escuchado rumores al respecto.

—Pa —apoyo mi mano sobre la suya—, con Valen queremos que seas feliz, y si Marisa te hace feliz, entonces no tenemos nada que decir.

Su sonrisa, como siempre, me hace sonreír. Me da una palmadita en mi mano con la que tiene libre y sé que la conversación, ahora sí, se terminó. Mi papá no es un sentimentalista.

Comemos sobre una conversación trivial pero que disfruto. Hasta que suena el celular. El suyo, porque el mío lo dejé olvidado en mi casa. Mi papá se levanta y atiende.

—¿Sí? —Automáticamente se aleja el celular de la oreja y se le contorsionan los músculos de la cara. Puedo escuchar a Matilda gritando del otro lado—. Es para vos —dice y me entrega el celular.

—¿Hola?

—¡Juana! Juana, Juana, Juana. —Matilda está tan excitada que también tengo que alejarme un poco el celular si no quiero quedarme sorda—. ¿Estás en lo de tu papá? ¡Tenés que venir ya! Está invitado también él. —No hace falta que le diga nada a mi papá, ya lo escuchó. Grita que gracias por la invitación pero que ya tiene planes. Yo muevo mis cejas de manera sugestiva y mi papá

corta el aire con la mano y sigue comiendo ignorando por completo la conversación.

—Mati, no entiendo nada.

—Mi regalo —dice extremadamente emocionada—. Llegó mi regalo.

—¿Y querés que vaya a verlo?

—¡Sí! —grita.

De alguna manera estoy más confundida que antes, porque no entiendo el motivo por el cual Matilda quiere que vaya hasta su casa para ver algo que tranquilamente podría mandarme una foto. Empiezo a pensar qué tipo de regalo es que necesita ser visto sí o sí en persona mientras me meto en capas de abrigo y me pongo las zapatillas. Saludo a mi papá con un beso y me pide que por favor le cuente qué mierda le regaló mi hermano que parecía que le iba a dar un paro cardíaco a Matilda.

Cuando veo el regalo, entiendo completamente a Matilda.

Capítulo 30

Matilda no me llamó solo a mí. En la entrada están el auto de Carolina y la moto de Tomás. Camino hasta la puerta y toco el timbre, Ringo ladra desde adentro y segundos después aparece mi hermano. Tiene una sonrisa estúpida en la cara y lo primero que hago es preguntarle qué hizo.

—Entrá —me apura y cierra la puerta apenas pongo un pie adentro. Se escuchan voces desde el *living*. Y hay solo una que me es familiar pero que no logro reconocer del todo.

—¿No vino papá? —pregunta mi hermano al mismo tiempo que Ringo aparece y yo estiro mi brazo para saludarlo, acariciando su cabeza.

—Hola, Ringo. —Le sonrío y él me ladra—. No, papá tenía planes.

—¿Qué planes?

—No sé, no me quiso decir. —Encojo un hombro y cuelgo mi campera—. ¿Qué le regalaste?

—Andá y fijate. —No puede disimular ni el orgullo ni la felicidad. Con intriga voy hasta donde están todos y veo a una mujer dándome la espalda, su pelo castaño largo es la única pista que tengo y no es suficiente. Matilda me ve y abre mucho los ojos y mucho los brazos y casi corre para alcanzarme.

—¡Juana! —Me muestra todos sus dientes y mira para atrás—. Vení, vení. —Agarra mi brazo y me lleva hasta donde está la misteriosa mujer. Caro me saluda con un movimiento de cabeza. Tomás solo me mira.

A medida que me acerco, la mujer va moviendo su cabeza hasta que sus ojos chocan con los míos. Conozco a esta mujer.

—Amelia —dice Matilda—, ella es Juana, la hermana de Valen.

Amelia me sonríe y estira su mano.

—Hola, Juana —saluda en un perfecto español, pero acentuado.

—Amelia, —tomo su mano—, un placer conocerte. ¿Supongo que vos sos el regalo?

—Suponés bien. —Deja caer mi mano y me sonríe con delicadeza. Había visto fotos de ella, pero en persona es tan pero tan hermosa que entiendo perfectamente a Amadeus.

El nombre Amelia lo escuché infinidad de veces, Matilda y Finn hablan de ella cada vez que tienen oportunidad, siempre con un tinte melancólico provocado por la distancia que los separa y hace que el extrañarse sea una cotidianidad. Por eso busco a mi hermano con la mirada y espero que entienda con la mirada que le estoy dando que este es el mejor regalo que le podía dar a Matilda.

—No puedo creer que estés acá.

—Ni yo —agrega Carolina—. Es como conocer a una celebridad. —Amelia bufa, pone los ojos en blanco y sacude la mano.

—No exageren —pide.

—Si supieras cómo habla Matilda de vos, te darías cuenta de que no exageramos. Además, técnicamente sos famosa. ¿No saliste como una de las mejores chefs del siglo veintiuno? —Amelia niega con la cabeza y mira a su mejor amiga.

—A mí no me mires. —Alza ambas manos.

Una puerta que se abre y se cierra y unos pasos que acercan.

—¿Por qué yo no recibo la misma bienvenida? —dice Finn—. Siento que a nadie le emocionó tanto.

Me quedo perpleja, la mandíbula colgando, los ojos a punto de caerse de mi cara y mi lengua quieta. Finn apenas sabía hablar español la última vez que estuvo acá, y acaba de decir todo eso en español.

—Se ve que las clases que te dio Delfi dieron sus frutos —comento. Pero el nombre de mi mejor amiga no tiene el efecto que esperaba en la cara de Finn. Algo mezclado con dolor y rencor atraviesa sus ojos y su boca. Giro la cabeza y la miro a Matilda. Ella solo encoge ambos hombros. Miro a mi hermano, yo sé que él sabe. Pero cuando nos miramos niega con la cabeza y entiendo perfectamente que esta vez no tiene ni idea. Voy a tener que

preguntarle a mi mejor amiga qué pasó. Y encontrar la manera en que quiera contarme.

Unos golpes en la puerta interrumpen el momento incómodo. Valentino deja pasar a Delfina y Fausto.

—Perdón, ¿y el café? —pregunto cuando los veo.

—Tu hermano nos amenazó para que viniéramos —explica Delfina.

—Marisa se quedó a cargo —agrega Fausto—. Tenemos veinte minutos. —Esto último se lo dice a mi hermano, que instantáneamente ve el reloj de su muñeca.

Alguien más toca la puerta. Esta vez aparece mi papá.

—¿Papá? —digo yo—. Pensé que no podías venir, que tenías planes.

—Esto era el plan —responde muy divertido.

—¿Y no podíamos venir juntos?

—Es que primero tenía que llevar a Marisa al café para que estos dos pudieran venir. —Señala con el mentón a Delfina y Fausto.

Otra vez, se escuchan unos golpes en la puerta. Miro a mi alrededor, intentando adivinar quién falta. Casi todo el pueblo está acá.

Primero se escuchan y después aparecen. Darío y Esmeralda tienen cara de recién me bajo del avión, pero les gana la emoción. Saludan rápido a todos con besos y abrazos y se detienen a exprimir un poco a su hija.

—¿Qué hacen acá? —pregunta Matilda que está a segundos, o que aparezca alguien más, de llorar.

—Somos parte del regalo —responde Esmeralda. Matilda mira a mi hermano con tanto amor.

—Gracias por venir —comienza Valentino. Pero se interrumpe y silba, llamando a Ringo. Cuando el perro se sienta a su lado, retoma lo que estaba diciendo—. Sin ustedes no podría hacer esto. La verdad es que sin ustedes no podría hacer nada. Son lo más importante que tengo. Y los amo.

Esmeralda ya está llorando, Darío abrazándola, con el brazo sobre sus hombros y pegando su costado contra el suyo.

Valentino se gira para mirar de frente a Matilda, con sutileza le toma las manos y se queda mirando la unión por unos segundos antes de levantar la cabeza y mirarla a los ojos. Estamos todos expectantes, observando, queriendo saber qué va a pasar, aunque creo que todos sospechamos lo que está a punto de decir Valentino.

—Matilda, sos mi persona favorita en el mundo. Pienso en vos cuando me voy a dormir y apenas abro los ojos cada mañana. Sos mi mejor amiga y nadie me hace reír como vos. Durante muchos años te extrañé pensando que nunca más nos íbamos a volver a ver y miranos ahora, ¿quién lo hubiera pensado, no? —Lágrimas caen por los cachetes de Matilda y mi hermano, con dulzura, le seca las lágrimas con el pulgar—. Me hacés feliz y sé que puede parecer poco, pero no lo es. Para mí no lo es, porque por mucho tiempo pensé que nunca más lo iba a ser, que iba a vivir mi vida sin volver a ser feliz. —Valentino hace una pausa, se corre una lágrima con el puño. Toma aire y exhala—. Tenemos nuestras cosas, y tenemos nuestras peleas, a veces no nos entendemos y a veces no nos escuchamos. Pero todos los días te elijo, amor. Todos los días agradezco tenerte. Quiero envejecer con vos, quiero morir sabiendo que pasé la mayor cantidad de tiempo posible con vos.

Matilda ya está diciendo que sí con la cabeza y Valentino se ríe.

—Todavía no hice la pregunta —dice divertido. Matilda deja de mover la cabeza y espera paciente.

Miro a mi papá luchando por no llorar. Y sé que está pensando lo mismo que yo, que ojalá estuviera ella acá, que merecía presenciar este momento, que le habría fascinado. La imagino acá, con todos nosotros, lo hago con tanta fuerza que hasta puedo verla, sonriendo, emocionada, sonándose los mocos y llorando con la cabeza apoyada sobre el hombro de mi papá.

—Mati, ¿te querés casar conmigo?

Matilda salta hacia mi hermano, que por suerte tiene los reflejos rápidos y la atrapa en el aire. Ella envuelve sus piernas sobre él y se besan en una lluvia de gritos de felicidad, chiflidos y aplausos.

—Amor, tenés que decir que sí —le recuerda mi hermano con una sonrisa.

—¡Sí! —Matilda asiente rápido—. Por supuesto que me quiero casar con vos. —Ella pega su boca a él y se ríe cuando Valentino los hace girar.

Mis ojos, desobedientes, buscan a Tomás. Me sorprendo cuando me encuentro con que él ya me estaba mirando.

Valentino devuelve a Matilda al piso y sin mucho disimulo, nos echa.

—Bueno, gracias por venir, en serio. Quería hacer esto con ustedes presentes.

—¿Nos estás echando? —Fausto pregunta lo que todos pensamos. Mi papá se ríe y Amelia esconde una sonrisa con la mano. Delfina lo mira como si fuera un bruto y yo simplemente asiento con la cabeza, dándole la razón.

—No, no —se apura a decir mi hermano. Lo miramos en silencio —. Solo les estoy ofreciendo irse. Si quieren, por supuesto. —Mi hermano mira a Fausto—. ¿Además no entraste diciendo que tenías veinte minutos nada más?

—Puedo hacer que sean treinta.

—No, no podés —digo yo.

—Quiero quedarme —dice Carolina—. La verdad es que no tengo nada que hacer —dicho esto, se sienta en el sillón.

—Yo tampoco —dice Finn sentándose al lado de ella.

—Podría tomarme un café —agrega mi papá.

—A Ringo no lo veo hace un montón. —Mi hermano me fulmina con la mirada y yo solo sonrío—. ¿Qué? Dijiste que nos podíamos quedar si queríamos. —Valentino me mira con los ojos chicos.

—Los amo, pero somos demasiados. Menos las personas que recién se bajan de un avión, todos afuera de mi casa.

—Eso es discriminación —apunta Fausto.

—¿No tenés que trabajar vos? —ataca mi hermano.

—Me llevo bien con la jefa.

Mi papá se ríe y hace que Amelia se rinda y se ría también. Matilda pone los ojos en blanco y le dice algo a Valentino en el oído. Los hombros de mi hermano se relajan.

—Están todos invitados a cenar —Matilda sonríe—. Con la condición de que se vayan ahora y me dejen solo con mi futura

esposa. Y las personas que recién se bajaron de un avión. —Finn alza la mano para chocar los cinco con Amelia, que lo hace sin muchas ganas.

Antes de irnos pasamos uno por uno para felicitarlos y abrazarlos. Cuando fue mi turno abracé con tanta fuerza a mi hermano que lo hice reír.

—No puedo creer que te vas a casar —le digo.

—Estamos grandes, eh. —Aprieto los labios y vuelvo a abrazarlo.

Solo suelto a mi hermano para poder estrujar a Matilda.

—Estoy tan feliz por ustedes —le digo.

—Gracias, mi vida —dice con la voz aguda, llena de emoción.

Cuando los saludos y las felicitaciones y las muestras de cariño ya tuvieron su lugar, Valentino va hasta la puerta y la abre, despachándonos, uno por uno. Primero Fausto, después Delfina, luego Carolina, Tomás y por último yo.

—¿Querés que traiga el postre?

—Solo si querés.

—Te vas a casar, decime qué querés.

Mi hermano lo piensa por unos segundos.

—Chocotorta.

—Chocotorta será.

Nos decimos chau, él cierra la puerta y me encuentro con Tomás, esperando apoyado sobre su moto. Delfina y Fausto no están. Carolina tampoco. Mi papá tenía permitido quedarse.

—¿Querés que te alcance a tu casa? —ofrece a medida que me acerco.

—No, gracias. —Le sonrío.

—No me cuesta nada —insiste.

—Prefiero caminar. Pero gracias, Tomi.

Me mira por varios segundos, sus ojos concentrados en mí, su cuerpo estático. Creo que va a volver a insistir una vez y yo voy a tener que decirle que no una vez más porque no quiero subirme a la moto con él, no quiero fingir que está todo bien, no tengo ganas de tener una conversación frívola y vacía y porque un poco me lastimó ayer. Pero no vuelve a decir nada, simplemente asiente con la cabeza, se pone el casco, se sube a la moto y se aleja dejando un

rugido de fondo. Mientras yo doy media vuelta y me alejo caminando en la dirección contraria.

Capítulo 31

Cuando suena la alarma para ir a nadar, lo medito por unos segundos. Me quedo acostada, con el cielo todavía oscuro y la cama demasiado cómoda. Pero nada de eso es lo que me hace dudar, no. Pienso en tener que compartir una hora con Tomás y la inevitable incomodidad. Me encantaría poder evitarlo por un poco más de tiempo, fingir que no existe hasta que un día me despierte olvidándome de la vergüenza que me acompaña cuando pienso en él y el beso que nos dimos y todo lo que vino después de eso. Con una exhalación de frustración y resignación, salgo de la cama. Nadar me hace bien y no quiero dejar de hacerlo porque Tomás me besó para después darse cuenta de que no era una buena idea.

Todo lo que hago lo hago un poco enojada. Lavarme los dientes, desayunar, cambiarme, lavar la taza que usé, poner el lavarropas, subirme al auto, manejar. En todo momento me estoy preguntando con quién estoy enojada y tengo que seguir preguntándomelo porque la verdad es que no tengo una respuesta.

¿Estoy enojada porque no quiere estar conmigo? No. Dolida y un poco mortificada, eso seguro que sí, pero enojada no. Pero sus razones son válidas y sus miedos son válidos y yo no puedo obligarlo o presionarlo a hacer algo que no quiere. Después de la conversación que tuve con Fausto y con mi papá puedo entender mejor a Tomás. Me saco el cinturón y junto fuerzas para bajar, un poco por el frío y otro poco porque no tengo ganas de enfrentar la realidad. Agarro el bolso que estaba en el asiento del acompañante, abro la puerta y camino rápido hasta la entrada del club.

Pilar está bostezando justo cuando entro.

—Buenos días. —Observo su cara de cansada y pienso en algo por primera vez: en este horario no viene nadie, la primera clase es cuando Tomás y yo terminamos. Y cada vez que vine, Pilar está. En un horario que no le corresponde. Me acerco al mostrador y apoyo mis brazos.

—¿Pili? Buenos días, ¿todo bien?

—Todo bien, Juana. —Otro bostezo—. ¿Escuché que Valen y Mati se casan?

—Sí, sí. —No me sorprende que todo el pueblo lo sepa en menos de veinticuatro horas—. Escuchame, te quería hacer una pregunta.

—Decime.

—¿Estás viniendo una hora antes de tu horario laboral? —Pilar parece despertarse ante eso.

—Sí.

—¿Por estas clases que me está dando Tomás?

—No me molesta —aclara—. Aprovecho para estudiar y adelantar un par de cosas administrativas. Después cuando empieza a venir la gente es imposible.

—¿Qué estudias?

—Kinesiología.

—¿Te está gustando?

—Sí, sí —dice contenta.

—Me alegro, Pili. Pero ¿alguien te está pagando esta hora? No importa si la usás para estudiar, trabajar o lo que sea.

Pilar mira hacia el pasillo que te lleva a los vestuarios y vuelve a mirarme.

—Tomás me está pagando.

—¿Tomás?

—Tomás, sí. —Asiente con la cabeza y se acerca un poco más a mí—. No le digas que te dije, pero tuvo que hacer un par de malabares para tener el club abierto solo para él. Y una de las condiciones fue que tenía que haber alguien en recepción. Él me preguntó si podía y si quería y que obvio me iba a pagar. Yo necesitaba la plata y me gustan las mañanas, así que acepté.

—Perdón, pero hay algo que no entiendo. ¿Hace cuánto tiempo estás viniendo más temprano? —Pilar se lleva una mano al mentón y

piensa.

—¿Un mes? Más o menos, sí. —Pilar inclina un poco la cabeza y me mira—. ¿Por?

—No, no, por nada. —Miro a mi izquierda. Pilar parece entender lo que mi cabeza se está preguntando sin que tenga que decirle nada.

—Llegó hace un rato. Parecía estar de mal humor. —Eso hace que gire mi cabeza y la mire—. Me pareció raro que no llegaran juntos.

—Es que ya no estamos viviendo juntos.

—Pero el otro día vinieron juntos —puntualiza. La miro seria y ella me sonríe con inocencia, como si no supiera lo que está haciendo.

—Bueno, voy yendo, porque si me decís que él ya llegó no quiero hacerlo esperar. —Me alejo del mostrador y camino a la puerta que da al pasillo que te lleva a los vestuarios.

—¡Fijate si podés sacarle un poco la cara de culo! —grita cuando la puerta se cierra detrás de mí. Me río solo para mí y abro la puerta del vestuario para mujeres. Cambiarme no me lleva más de diez minutos, el problema es ponerme el gorro de natación, que, si bien ya le encontré la vuelta, sigue siendo un trabajo de maña y fuerza de brazos. Suspiro cuando logro meter todo mi pelo dentro, agarro la toalla y salgo para las piletas.

Solo está él, dándome la espalda, con la vista en el agua. Tan alto, tan grande, tan abarcativo. Quiero morderle la espalda y después acurrucarme en él. Lamentablemente me doy cuenta de que nunca voy a poder convivir con solo una porción pobre de Tomás, no cuando yo quiero absolutamente todo. Y a lo mejor eso es lo que me enoja, tener que conformarme, tener que resignar lo que quiero. Pero ¿prefiero no verlo nunca más? ¿No hablar con él? Tampoco. Supongo que voy a tener que aprender a convivir con lo que puedo tener, aunque no sea lo que quiero. Doy un paso delante del otro, sintiendo la porosidad en la planta de mis pies, el olor a cloro en mis fosas nasales y el llanto reprimido en mi garganta. *Qué pena,* pienso*, porque podríamos ser algo lindo.*

—Buenos días —digo. Tomás se sobresalta y me mira. Lo entiendo al instante, no pensaba que fuera a venir.

—Hola, Juana. —Hay tantas emociones en su voz que no puedo decidirme por una sola. Anhelo, sorpresa, confusión, tristeza. Todo junto, al mismo tiempo.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿vos?

—Bien, bien.

Ninguno le dice al otro que está mintiendo. Simplemente nos ponemos a calentar nuestras articulaciones, a estirar los músculos, a hacer circular la sangre por nuestro cuerpo. Y cuando estamos listos, nos metemos al agua.

Una hora después llega Gabi con su grupo. Pongo las manos sobre el borde de la pileta y me impulso para salir.

—¡Juana! —dice Gabriela—. ¿Cómo estás? Me enteré de que tu hermano se casa, mandale un beso a ambos de mi parte.

—Les mando. —Busco con la mirada mi toalla, pero no la encuentro, ¿me la olvidé en el vestuario? No tengo mucho tiempo para pensar antes de que una toalla se materialice frente a mis ojos, no necesito seguir la mano de quien la está agarrando para saber que es Tomás—. Gracias —le digo y él solo asiente para alejarse a buscar sus cosas. Por un momento me invade el pánico al pensar que se va a ir, pero mis músculos se relajan cuando me doy cuenta de que se queda parado solo a unos metros de distancia secándose el cuerpo y tomando agua. Vuelvo a ver a Gabi y tiene los labios apretados.

—Si Tomás se entera de que te conté esto, me mata. —Estira un poco el cuello, supongo que para asegurarse de que la distancia que hay entre nosotras y él sea la suficiente como para que no pueda escuchar—. Pilar me dijo que el primer día que no apareciste Tomás iba cada diez minutos al mostrador a preguntarle si habías llegado. A la tercera vez entendió que no ibas a venir y se fue. No sin antes decirle a Pili que no hacía falta que fuera temprano al otro día, que él iba a venir a entrenar más tarde, en el horario de siempre.

—¿El horario de siempre?

—Juana, vos viste a ese hombre a la mañana, las odia. La única razón por la cual viene tan temprano es por vos.

Volteo a verlo. Está estirando el cuello, completamente ajeno a esta conversación.

—No tengo idea de qué está pasando entre ustedes dos. Pero lo que sí puedo decirte es que a ese hombre le gustás, Juana.

Asiento con la cabeza sin saber qué responder. El problema no es que yo no sepa lo que él siente por mí. No solamente lo sé, sino que también puedo sentirlo. El beso que me dio no es un beso que das si no sentís algo por esa persona. Pero de qué me sirve saberlo si él no pretende hacer nada con eso. Él gusta de mí y yo gusto de él, pero es algo que tenemos que dejar quieto, algo que debemos ignorar hasta que la falta de atención minimice su tamaño a tal punto que sea tan chiquito que no nos demos cuenta de que existe. Y eso también me enoja. Tener que matar lo que siento por él.

Gabriela abre la boca para volver a hablar, pero una de sus alumnas la llama.

—Andá —le digo—. El deber te llama.

—¿Querés tomar un café en la semana? —Camina hacia atrás, pero sin dejar de mirarme—. Pedile a Pili mi número y hablame.

—¡Dale! —Gabriela me guiña un ojo, da media vuelta y se pone a hablar con su alumna.

Tomás se acerca a mí mientras se seca con la toalla el pelo y la nuca. Le sonrío porque no sé qué otra cosa hacer y lo espero.

—No sabía si ibas a venir. —Decide romper el silencio con eso y no suena a reproche. Me agacho para secarme las piernas y de paso poner mis ojos en otra cosa que no sea él, porque de entrada me es difícil pensar cuando lo tengo cerca, más si está semidesnudo.

—Ya falté demasiado, no quería empezar la semana sin nadar. —Termino de secar mis gemelos, rodillas y muslos y continuo por mis brazos, sin mirarlo. La verdad es que nunca me sequé con tanto detalle y esmero—. Igual estuve pensando, y a lo mejor debería buscarme otra persona que me dé las clases.

Como Tomás no responde, subo mis ojos hacia su rostro. Pestañea dos veces, traga una y se lleva las manos a la cintura.

—No creo que tengas que hacer eso, Juana. Somos adultos, podemos convivir perfectamente.

—Lo sé. —Me paso la toalla por la nuca—. Pero a lo mejor necesitamos distanciarnos un poco. Creo que sería lo mejor.

Puedo ver cómo mis palabras lo lastiman y no es lo que busco. Tomo aire y vuelvo a intentarlo.

—Al menos por ahora, hasta que las cosas vuelvan a la normalidad.

Frunce las cejas, como si estuviera hablando en una lengua ajena a su comprensión.

—Sería lo mejor —repito.

Tomás asiente la cabeza, mira el agua de las piletas, cómo entrena el grupo de Gabriela y cómo la clase que le dan a los jubilados y jubiladas empieza a llegar, murmurando que con este frío no se puede ni salir de la casa, y que no ven la hora de que se termine de una vez por todas, ah y que la humedad les hace doler todo. ¿Yo? Lo observo a él. Pienso en que hubo un momento en mi vida que podía verlo sin sentir nada de nada, ni siquiera un cosquilleo en la panza, ni un roce en el corazón. Siento que todo eso fue en otra vida. Porque ahora yo lo veo y lo único que siento es que es acá, con él, cerca, para siempre, todos los días, todo el tiempo, pegados, acá, es acá donde tengo que estar. Tomás se masajea las cejas y cuando parece decidido, a qué no sé, vuelve a mirarme.

—No, no sería la mejor.

—¿No?

—No.

Me muerdo la parte interna de mi labio inferior, creo que, para evitar sonreír como una estúpida, porque no me está diciendo nada, pero la esperanza es infantil a veces, y un poco irracional, y sobre todo aparece cuando no tiene vela en el entierro.

—Necesito tiempo y que me tengas paciencia. No quiero cagarla, no quiero ser impulsivo. Pero tampoco quiero seguir perdiéndote. Quiero hacer lo correcto, Juana. Y no quiero lastimarte, ¿entendés? —Asiento con la cabeza—. Necesito pensar.

—Yo no puedo ser tu amiga.

—Lo sé. —Asiente con la cabeza y su mano derecha acaricia el costado de mi cara. No me había dado cuenta de lo cerca que estábamos—. Y yo tampoco puedo, pero no quiero confundirte. Entiendo si querés que te dé clases otra persona. Vos me estás dando tiempo y yo sería egoísta si no te doy espacio. Si necesitás que busque a otra persona, lo hago.

Doy un paso hacia atrás haciendo que su brazo vuelva al costado de su cuerpo. Su mano se abre y cierra en forma de puño dos veces.

—Ese es el problema, si me preguntás, no quiero a otra persona.

La sonrisa que me da es triste.

—Y yo tampoco quiero que quieras a otra persona, Juana —lo dice con culpa, como si sus palabras le dieran vergüenza, pero al mismo tiempo no pudiera evitar decirlas, porque podrán ser muchas cosas, pero lo más importante es que son la verdad, y a veces la verdad no es linda.

—Tengo que irme. Gracias por la clase, Tomi.

Me ofrece una sonrisa diminuta.

—De nada, Juana.

Capítulo 32

Levanto la bufanda azul y la observo. Le estoy buscando imperfecciones, lo sé. Miriam se para detrás de mí y hace un ruido con la garganta que no puedo descifrar sin el acompañamiento de su cara. Giro la bufanda, la apoyo en la mesa, inclino la cabeza y vuelvo a levantarla, me la pongo en el cuello y me parece que me quedo un poco corta. Suspiro.

—Te quedó preciosa, corazón.

—¿Decís? —Pego la pera a mi pecho, intentando ver cómo me queda puesta.

—Es la primera vez que tejés en tu vida, Juana. No seas tan dura con vos misma. —Volteo a mirarla.

—Me parece que es un poco corta —digo y me la saco.

—La próxima hacés una más larga y listo. —Me sonríe—. ¿Qué tenés ganas de tejer ahora?

Las clases de tejido tienen el mismo efecto que las clases de natación. Cuando agarro las agujas entro en estado de flujo, mi mente concentrada en lo que estoy haciendo y nada más. Por eso cada vez que Miriam dice que eso es todo por hoy, que nos vemos el lunes que viene, levanto la cabeza y miro el reloj sin poder creer lo rápido que se pasa el tiempo. Agarro mis cosas, entre ellas la bufanda azul, y guardo todo en mi bolsa de tela que uso exclusivamente para guardar mis cosas de tejido.

—¿Es para alguien la bufanda? —pregunta Miriam cuando estoy a punto de cruzar la puerta. Pienso si decirle la verdad o una casi verdad.

—Para un amigo —decido ir por la segunda opción. Miriam parece no creerme del todo.

—¿Un amigo especial?

—Podría decirse, sí.

Miriam asiente con la cabeza un par de veces y baja su vista al libro que tiene entre manos. No hubo una vez que no la viera con uno.

—Le va a gustar —dice completamente convencida.

—¿Sí?

—Por supuesto, Juana. Está hecha con amor, ¿cómo podría no gustarle? —Pasa la página—. Además, es el color favorito de Tomás.

Tiro mi cabeza hacía atrás y gruño. Miriam se ríe bajito.

—No te agobies —dice como si nada—. Es lindo lo que te pasa, disfrutalo.

Jamás me senté a charlar con Miriam. Lo nuestro siempre fueron interacciones breves y cordiales cuando nos cruzábamos comprando algo, o por la calle. Pero hay algo que me invita a acercarme y tomar asiento frente a ella. Miriam solo despega brevemente los ojos del libro para mirarme y volver a leer. Casi como ignorándome, pero sé que, si quisiera que me fuera, me lo diría. Esta mujer no es una con pelos en la lengua. Cruzo una pierna arriba de la otra y me encuentro hablando, como sucede mucho últimamente, de él.

—Estoy enamorada —comienzo, Miriam no deja de leer—. Lo que pasa es que yo pensaba que ya lo había estado, pero no. Estaba equivocada. Y me di cuenta tarde, muy tarde. A veces me enojo conmigo misma por no haberme dado cuenta de que lo que sentía no era amor y que tampoco estaba siendo amada, pero bueno, no lo hice. —Miro a la ventana, hoy hay sol. Me encanta cuando hace frío pero las nubes nos permiten ver el color celeste del cielo—. Él piensa que estoy confundida, que no sé lo que siento. Creo que piensa que me estoy equivocando de nuevo —me río bajito y niego con la cabeza—. Él no sabe nada.

Un pájaro se posa sobre la rama despojada de hojas, a los pocos segundos aparece otro. Le hace compañía durante tres pestañeos míos y luego se va volando, lejos, muy lejos. El primer pájaro sigue sobre la rama y quiero preguntarle si se siente triste, si se siente

solo. Pienso, *¿no te gustaría tener compañía en esa rama tan vacía?* Espero una respuesta, me doy cuenta, porque no dejo de mirarlo. El pájaro, por supuesto, no me responde, pero me hace dar cuenta de algo.

—¿Sabés por qué sé que lo amo? —Giro mi cabeza para mirar a Miriam, que ahora tiene el libro cerrado sobre la mesa, sus manos apoyadas sobre la tapa—. Porque sé que podría estar sin él, pero no quiero.

Ahora es Miriam quien está mirando al pájaro. Sigo su mirada y nos quedamos ambas en silencio, mirándolo. Hasta que luego de unos minutos, otro pájaro aparece volando y se posa sobre la rama. Pienso que se va a ir, como pasó con el anterior, pero vuelven a pasar varios minutos y el pájaro parece estar cómodo, sin intenciones de irse.

—Hablé con mi papá sobre Marisa.

—¿Y qué te dijo?

—No mucho, pero lo noté feliz y es lo único que me importa.

—¿Se enojó que te conté? —Alza una ceja.

—Nah. —Corto el aire con la mano.

—Tu abuela siempre decía que Tomás era un chico sensible, más de lo que parecía, más de lo que él mostraba. Y también decía que era un chico inseguro. Tu mamá entonces se metía y decía que nada que ver, que gracias a él Valen estaba menos retraído. Aunque en realidad todo el mundo sabe que la que llevaba la batuta en ese grupo era Carolina. La sigue llevando hoy en día. —Sonrío porque tiene razón—. Tomás sufrió mucho la ausencia de su padre, y si bien su mamá hizo todo lo que pudo, hay heridas que son muy grandes y nunca sanan del todo. Y no creo que eso esté mal, hay algunas cosas con las que tenemos que aprender a andar. —Miriam encoge sus hombros y suspira. Vuelve a mirar a la ventana y yo hago lo mismo. Los pájaros siguen ahí—. Tomás es un chico bueno, pero como toda persona, tiene miedo a ser lastimado, abandonado. La única diferencia es que a él eso ya le pasó. Primero con su papá y luego con Ludmila. —La miro estupefacta. Pensaba que nadie lo sabía—. Nanai está repleto de gente chusma, pero sabemos cuándo tenemos que guardar los secretos.

—¿Cómo te enteraste?

—Tomás adoraba a Lila. Para él tu abuela fue la abuela que nunca tuvo. Él solía ir bastante al café después del colegio, a veces a hacer la tarea, a veces solo pasaba a buscar a tu hermano. Pero a medida que fue creciendo, empezó a charlar más con Lila y un día, cuando ya no iba más al colegio, dejó de ir al café para hacer la tarea y empezó a ir para hablar con tu abuela.

—Jamás me contó.

—A tu abuela le gustaba tener secretos.

Frunzo las cejas. Puedo entender que Tomás sea cercano a mi abuela. Después de todo él y Fausto pasaban horas en mi casa varias veces a la semana cuando éramos chicos. Pero no sabía que había tenido un vínculo tan profundo con ella. Hago memoria y puedo ver a Tomás en el café un centenar de veces. Pero el problema es que todos iban al café. Nunca me pareció raro.

—Una tarde, hace unos diez años, Tomás llegó al café llorando. Estaba tu mamá también, creo. No me acuerdo muy bien. Pero sí me acuerdo de que el café estaba cerrado. Tomás tocó la puerta dos veces. A Lila le pareció raro que estuviera ahí y no en su casa. Había dicho algo de que era el día que tenía que ir a llevar a Fausto a no sé dónde porque su mamá no podía. Eso me explicaba mientras buscaba la llave e iba hasta la puerta. Y como soy chusma, me paré y fui a ver qué andaba pasando. Apenas lo vimos, ambas supimos que a ese chico le acababan de romper el corazón. Nos contó lo que había pasado con Ludmila, tu abuela le hizo un té que ni tocó, y le pidió a… —Miriam hace una pausa para intentar sacar de su memoria el pedazo de información faltante. Parece encontrarlo, porque levanta el dedo índice y me mira muy despierta—. ¡Sí que estaba tu mamá! Fue ella quien llevó a Fausto andá a saber adónde, porque Tomás decía que no lo quería preocupar y si lo veía iba a saber que algo malo había pasado.

—Perdón, pero sigo perpleja con el hecho de que este secreto de hace tantos años haya sido tan bien guardado. Mi propia madre y mi propia abuela lo sabían y nunca me dijeron nada.

—Tomás estaba tan avergonzado. Las tres hicimos un pacto de que el secreto iba a morir con nosotras.

—Bueno, dos de ustedes lo cumplieron.

Miriam me pega un cortito en el brazo.

—¡Auch!

—¡No hagas esos chistes!

Me acaricio el lugar golpeado, dejando que mis ojos vuelvan a ir al árbol. Ninguno de los dos pájaros sigue en la rama. Me pregunto hacia dónde volaron, si lo hicieron juntos o separados, si fueron a buscar otra rama o si simplemente querían sentir el viento besando sus plumas.

—¿Te conté cómo conocí a mi marido? —Niego con la cabeza—. Fue bastante polémico.

—¿Por qué?

—Porque era el novio de mi hermana. —Hago una cara que la hace reír—. Te dije que fue polémico. Todo el pueblo hablaba de cómo podía ser capaz de robarle el novio a mi hermana, que era mala, que mejor no tenerme cerca. Me gané miradas de odio y que hablaran mal de mí a mis espaldas. Y a veces también de frente. Pero lo que nadie sabía es que mi hermana nunca lo amó y él tampoco. Y esto no lo digo para sentir menos culpa, es la simple verdad. A mi hermana le gustaban las mujeres y lo descubrió después de la primera semana de novia con Eduardo. Así y todo, siguió estando con él, porque le daba miedo que sin novio las personas podrían empezar a sospechar. Esa época no era como ahora, y lo que ella soñaba, poder salir públicamente con una mujer, fue algo que pudo hacer varios años después. —Miriam mira a un punto fijo detrás de mí, supongo que, recordando esos años, a su hermana, a Eduardo—. ¿A qué iba con esto? Ah, sí. Que el amor casi nunca es fácil, Juana. Eduardo fue lo mejor que me pasó en la vida, pero tuvo sus sacrificios. Mi mamá no me habló durante meses, apenas podía mirarme a la cara. Mis amigas dejaron de ser mis amigas por miedo a que les robe sus novios. Lila fue la única que se quedó a mi lado. Y bueno, Tito también. Vos sabés que donde estaba uno, estaba el otro.

Miriam se levanta y sé que es la señal para que me vaya. Caminamos hasta la puerta en silencio, yo repasando con mis ojos las fotos que tiene colgadas en el pasillo. Tantas personas –tanta

historia apelmazada en un pasillo– dentro de marcos, congeladas en el tiempo. Miriam abre la puerta, le agradezco por la clase y la saludo.

—Juana —me llama, volteo y el viento sacude mi bufanda tapándome la cara. La corro de un manotazo—. Pero que algo no sea fácil no quiere decir que tenga que ser complicado. —Frunzo las cejas, no la entiendo y se me debe notar—. Lo que quiero decir es que hay cosas que al principio son difíciles, pero después no. Con Eduardo al principio tuvimos que esforzarnos mucho para estar juntos. Pero cuando estábamos juntos, era lo más fácil del mundo.

—Entiendo —respondo—. Gracias, Miriam.

—Nos vemos la semana que viene —dice ya cerrando la puerta —. Y la bufanda está divina, avisame qué te dice cuando se la des.

Capítulo 33

Mi semana es tranquila, familiar. Todos los días nado con Tomás, nuestras conversaciones se mantienen en un nivel tan superficial que roza lo absurdo. Parecemos dos personas que se encontraron en el ascensor y tienen que sacar charla para que tampoco sea tan incómodo. Después voy a trabajar. Fausto intenta no preguntarme por Tomás cuando digo que vengo de estar con él. Sé que quiere saber, pero ya le dije, no tengo nada que contarle. Simplemente nadamos. Y tenemos esas conversaciones típicas entre personas desconocidas. Delfina últimamente está rara, habla poco y sé que algo le preocupa, pero cuando le pregunto lo único que hace es cambiar de tema. Ceno con Valentino y Matilda. Mi hermano ignora un poco el hecho de que me haya besado con Tomás y que después me haya peleado. No porque sea ese típico hermano mayor protector, sino porque no quiere meterse. Matilda en cambio no tiene drama con meterse. El otro día hablamos durante dos horas sobre Tomás y otras cosas. Fue catártico.

Carolina me manda un mensaje diciéndome que Tomás deja una estela de tristeza por donde pasa, me hace reír y le digo que es una exagerada y ella me responde que ¡ojalá estuviera exagerando! Almuerzo con mi papá y Valen. Y lo más importante, veo a Rita. Tomás la dejó unos días en la casa de Valentino y yo sé que lo hizo para que pudiera verla. No es que no pudiera ir a la casa de Tomás, no estamos peleados, no es eso. Es que él está respetando el espacio que le pedí. Y yo cumplo con mi promesa y lo dejo pensar. Aunque a veces tengo que morderme la lengua para no preguntarle si está cerca de saber qué decisión va a tomar. Por lo general,

mientras estoy en el café lavando la pila de cosas que usamos, me pierdo en mis pensamientos. Y es ahí cuando me pregunto si a lo mejor lo nuestro no tiene que ser, ¿no debería sentirlo?

Escucho a alguien tocar la puerta que separa la cocina de la parte de adelante del café y frunzo las cejas. Nadie nunca pide permiso para entrar. Miro el reloj gigante que cuelga en la pared y pienso que es muy temprano para que sea Delfina o Fausto.

—¿Permiso? —Se asoma una cabeza y la sorpresa me dura un segundo. Sonrío y ella me sonríe.

—Pasá, pasá. —Me seco las manos con el delantal y me acerco a saludarla—. ¿Madrugaste?

Amelia encoge un hombro y empieza a caminar por la cocina, observando los detalles, tocando las superficies, abriendo alguna que otra puerta o cajón, inclinándose sobre unos budines y recorriendo todo con esos ojos tan atentos.

—Quería pasar a visitar tu café. —No me mira cuando lo dice, todavía estudiando el espacio—. Me dijo tu hermano que estabas pensando en cambiar un poco el menú, ¿puede ser?

—Sí, para el verano. Quiero probar hacer café frío con salsas de frutas.

—Allá es furor. Mi combinación favorita es café con salsa de frutos rojos.

—Me sirve el dato. —Amelia sonríe un poco de lado y se apoya sobre el borde la mesada, enfrentándome.

—¿Qué estabas haciendo?

—Limpiando un poco, viendo qué falta comprar, adelantando algunas cosas. La verdad es que no dormí muy bien. Me desperté un par de veces y cuando no pude volver a dormirme me di una ducha y me vine para acá.

—¿Estresada? ¿Preocupada?

—Un poco de muchas cosas.

Amelia asiente con la cabeza y cruza sus brazos.

—¿Nadar también te ayuda a despejar la cabeza?

—Sí. Pero últimamente no tanto.

—¿Tiene que ver con Tomás? —Pronuncia algo más parecido a Thomas que a Tomás. Amelia habla perfecto, pero en algunas

palabras muy específicas podés adivinarle el acento estadounidense mezclado con salpicaduras de un francés.

—Veo que te pusieron al día.

—Mérito de Matilda.

—¿Hasta cuándo tenés pensado quedarte?

No responde, no me mira, piensa y hace una mueca con la boca. Honestamente pensé que iba a decirme día y hora como cualquier persona que viaja y tiene un pasaje de vuelta. Al menos que justamente ese sea el problema, que no tenga uno. Amelia parece encontrar algo que le llama la atención y de paso le sirve como excusa para cambiar de tema.

—¿Ibas a hacer medialunas? —Da un par de pasos hasta la mesada que está más cerca de mí. Se inclina, las estudia.

—Sí, ¿querés que te enseñe?

Amelia me sonríe y lo tomo como un sí.

Le explico detalles, le doy consejos, le muestro la técnica. Me dice que es como un *croissant* y le digo que sí, pero no del todo. Amelia no despega los ojos ni medio segundo, hace preguntas, si se pueden rellenar, por supuesto, con dulce de leche.

—¿Y qué más le podés poner?

—Crema pastelera, membrillo. Ambas.

—¿En una misma medialuna?

—A esas se la llaman facturas. —Amelia alza un poco las cejas y asiente para sí misma—. Acá solo hacemos medialunas de manteca o grasa.

—¿Y por qué se le dice diferente?

—Las medialunas vendrían a ser un tipo de factura. Que puede ser salada, de grasa, o dulce, de manteca.

—¿Cuáles son tus favoritas?

—Las de manteca, sin dudarlo.

Amelia se mantiene a mi lado, las manos entrelazadas detrás de ella, aunque varias veces le insistí en que lo intentara. Es una de las mejores chefs del mundo, estoy segura de que puede hacer una medialuna. Pero ella solamente niega con la cabeza y responde que prefiere mirarme y a lo mejor después intentarlo.

—Quiero ver bien lo que hacés, cada paso.

Así que eso hacemos. Yo me dedico a hacer medialunas de manteca, ella hace preguntas y también observaba en silencio. Y es solo entonces cuando se escucha el repiqueteo de la lluvia. Pienso en Delfina y en lo mucho que odia la lluvia.

—Odio la lluvia —dice Amelia.

—Justo estaba pensando en mi mejor amiga, que también la detesta.

—Me pone triste.

Llevo las medialunas al horno, le explico temperatura, tiempo, y ella parece absorber cada palabra como si no fuera la número uno en la cocina. Pero si Amelia es así de curiosa y siempre está así de dispuesta a aprender, puedo entender por qué ella es quien es, por qué es la mejor de todas.

—No sé si voy a volver —dice de repente. Cierro la puerta del horno y me giro para mirarla. Amelia es una mujer segura, no la conozco demasiado, pero por lo que Matilda me cuenta de ella y por el trabajo que tiene, es evidente que no es una mujer insegura. Pero ahora, parada en mi cocina, tomándose de los codos y mirándose los pies, lo parece—. Todavía no se lo dije a Mati. Ni a Finn. Sé que cuando se los diga van a empezar a preguntar y…

—No tenés las respuestas todavía.

Amelia me mira y se ríe.

—No, no las tengo —me concede—. Solo sé que no quiero volver a Francia.

—¿Por qué?

—Complicado. —Encoge un hombro.

—¿Tiene que ver con la razón por la cual tampoco vas a Nueva York? —La miro atenta y espero no haber abusado de la confianza que recién empezó a brotar entre nosotras. Amelia entrecierra los ojos y podría decirse que me sonríe, pero no es eso. Se muerde la parte interna del cachete izquierdo.

—Supongo que le tengo que agradecer a Matilda de que te haya puesto al día con mi vida.

—Amelia, creo que es un buen momento para decirte que Mati nos puso al día a *todos*.

Amelia se lleva una mano a la frente y se masajea.

—La voy a matar.

—Se ha debatido mucho sobre tu situación. A niveles intensos. —Amelia corre su mano lo suficiente para verme a los ojos—. No debería decirte esto, pero estoy de tu lado. Y eso que soy la más romántica del grupo. Pero entiendo por qué lo hiciste. Además, nadie que no haya estado en tu lugar puede juzgarte.

Amelia me sonríe, esta vez sí.

Delfina abre la puerta con cara de ojete.

—Buenos días —digo.

—Para vos —responde, sigue de largo, ignorando por completo a Amelia y desapareciendo por el cuartito que usamos para cambiarnos y dejar las cosas.

—Tenías razón, odia la lluvia.

—Hoy va a estar todo el día de mal humor. ¿Tenés algo que hacer? —Amelia mira el reloj gigante.

—No hasta dentro de tres horas.

—Podés quedarte si querés.

—Me encantaría.

Delfina entra atándose el pelo. Cuando sube la cabeza se da cuenta de que está Amelia, abre un poco los ojos.

—Hola, perdón, no te vi —dice un poco avergonzada—. Quería sacarme la ropa mojada rápido.

—No pasa nada –le ofrece Amelia. No puedo evitar preguntarme si ella sabe qué pasó entre Delfina y Finn, ¿le habrá contado él? A veces pienso que me voy a morir sin saberlo.

—¿No te trajo Fausti en auto? —pregunto yo.

—Se quedó dormido. —Encoge un hombro—. Voy a calibrar la cafetera. —Y con eso empuja la puerta y se va.

Amelia me pregunta en qué puede ayudar sin entorpecer, le digo que no hace falta que se ponga a trabajar, que puede tomarse un café tranquila, comer algo rico, lo que ella quiera. Pero lo que Amelia quiere es no estar haciendo nada. Así que le digo que me ayude con la pincelada de almíbar para las medialunas, a cortar porciones de budines y tortas, y cortar los sándwiches de miga en triángulos para tenerlos listos ya para tostar. Fausto entra minutos después, el pelo despeinado y con la almohada pegada a la cara. Saluda a Amelia con

una sonrisa y un abrazo, y a mí con un beso en la cabeza. Vuelvo a mirar el reloj gigante que me dice que ya es hora de abrir, así que eso hago.

Durante las próximas horas no pienso en nada, solo en tomar pedidos, hacerlos, entregarlos. Amelia nos mira, nos ayuda, nos hace preguntas cuando la frecuencia de gente baja un poco, charlamos un poco de todo, de Francia, de la cocina de alto nivel, qué le gusta y qué no, de si le gusta Nanai, a lo que responde que está enamorada. Nos da una dosis de ego a los tres. Pasan tantas horas que en el medio deja de llover por un rato largo, y Amelia se va. Justo cuando nos estamos por ir se larga con todo. Delfina putea y Fausto le dice que no se haga mala sangre, que trajo el auto.

—A veces te quiero —balbucea mientras se cierra la campera y pone las manos en los bolsillos. Fausto le sonríe y le da un abrazo, el cual ella no tiene intención de devolver—. Salí, estoy molesta. —Fausto la deja de abrazar y le dice que es cruel.

—¿Por la lluvia? —pregunto.

—No.

Fausto y yo la miramos, esperando que siga la oración, que desarrolle un poco más, pero Delfina pestañea dos veces y nos mira como preguntando qué mierda estamos esperando. Muy pocas veces vi a Delfina tan del orto como ahora. No necesito preguntarle para saber que es por Finn. Voy a darle un poco más de tiempo, pero si no se me acerca a contarme qué mierda está pasando, voy a tener que presionar un poco. Fausto corre primero hacia el auto y nosotras lo seguimos. Viajamos en silencio, supongo que cada uno pensando en sus cosas. La primera en bajarse es Delfi. Balbucea un chau y cierra la puerta del auto. Fausto espera a que entre para arrancar el auto.

—Está rara —dice él.

—Creo que estaba de mal humor, sí.

—¿Sabés por qué? —Me mira un solo segundo, antes de volver a mirar al frente.

—No con certeza.

—¿Decís que es por Finn?

—Puede ser. —Encojo mis hombros—. La verdad es que nunca me habló mucho de la relación que tiene con él. Ya sabés cómo es, se guarda todo.

—Vos no te quedás muy atrás.

—¿Yo? —Mi tono de voz es un poco indignado—. A mí me cuesta *no* hablar de lo que me pasa.

—¿Me estás cargando? ¡Un mes! Un mes sin saber que tu ex te había cagado y que estabas viviendo con mi hermano.

—Perdón por querer, por primera vez en mi vida, mantener algo para mí. —Fausto me sonríe y pone los ojos en blanco. Sé que a ambos les molestó que no haya recurrido a ellos, que de alguna manera les haya mentido, pero también sé que ahora entienden el porqué lo hice.

La lluvia es tal que apenas se puede ver, es como si alguien estuviera arriba del techo del auto tirando baldazos de agua de forma constante. Por eso tardamos un poco más de lo normal en llegar a mi casa.

—Gracias —le digo a mi mejor amigo.

—Un placer. —Me ofrece una sonrisa, se la devuelvo, abro la puerta y salgo corriendo. Lo escucho a Fausto reírse un poco.

Los metros de distancia del auto a la puerta son pocos, pero, así y todo, estoy empapada. Pongo las llaves, saludo a Fausto una última vez y entro al calor reconfortante de mi hogar.

Estoy por poner a calentar una porción de tarta cuando escucho unos golpes en la puerta. *Raro.* Son casi las nueve de la noche, hay una lluvia torrencial allá afuera, ¿a quién se le ocurre salir de su casa? Con esa duda camino hasta la puerta, me fijo antes de abrir por la perilla de la puerta. Mis ojos se asombran, mi corazón se enloquece. Eso último es lo normal cuando se trata de él. Abro la puerta y ahí está, empapado, de pies a cabeza, con una sonrisa tímida, el pelo pegado a su rostro, no tiene absolutamente nada de abrigo, la remera se le pega al torso, al abdomen, y parece casi transparente de lo mojada que está.

—Hola, Juana —dice Tomás, esta vez su sonrisa crece un poco. Quiero preguntarle qué pasó, qué hace acá, con esta lluvia, *¿estás loco?,* le quiero decir. Pero nada sale de mi boca—. ¿Puedo pasar? —

Asiento con la cabeza, abro un poco más la puerta y dejo que Tomás entre a mi hogar.

Capítulo 34

Lo primero que hago es ir a buscar un toallón. Tomás me espera con algo de culpa en su cara por estar mojando el piso, pero quiero decirle que no me importa, que ni siquiera puedo prestarle atención a algo tan insignificante cuando él está acá, y cuando además puedo ver las líneas de sus abdominales, sus clavículas, y esa cara tan hermosa. Estiro mi mano, acepta el toallón con una sonrisa y empieza a refregarse la cabeza y un poco los brazos. Está plenamente concentrado en secarse lo máximo posible, pero ambos sabemos que lo que debería hacer es cambiarse la ropa mojada por algo seco. Estoy a punto de decirle eso, pero de mi boca sale una pregunta completamente diferente.

—Tomi, ¿pasó algo?

Él levanta la vista y como no puede ser de otra manera me analiza antes de decidir qué decir.

Pero por primera vez ese momento es breve, como si de alguna manera hubiera encontrado la valentía suficiente para que no le importe cómo voy a recibirlo. O a lo mejor es más grande la necesidad de decir lo que quiere decir, sin importar las consecuencias. Tal vez es la mezcla perfecta de ambas cosas, valentía y necesidad.

Tomás deja la toalla en el mueble de mi entrada y yo lo espero, quieta, expectante, un poco ansiosa. Espero unas palabras que jamás llegan, porque en vez de hablar, lo que Tomás hace es tirar de mi mano, pegar mi pecho con el suyo y besarme. Cierro los ojos y me concentro en cómo sus manos se acomodan para sostener mi cabeza, manteniéndome cerca y firme. Su lengua acaricia la mía y

sus labios se separan un instante para que sus dientes muerdan mi labio inferior. Y procurar mirarme a los ojos cuando lo hace. Tiene las pupilas dilatadas, la mirada hambrienta. Me sonríe, yo le sonrío y nos volvemos a besar.

Esta vez es con más violencia y urgencia. Sus manos van a mi cintura y me pega más. Puedo sentir que se le está poniendo dura y no puedo evitar gemir dentro de su boca. Él me responde con una especie de gruñido y me presiona con más fuerza. Todo mi cuerpo me pide fricción y él parece entenderlo porque me alza sin esfuerzo. Lo envuelvo con mis piernas y Tomás me acomoda para que pueda refregarme contra su erección. Ambos miramos hacia abajo, donde su cuerpo y el mío están pegados, miramos cómo mis caderas se mueven. Cuando subo la mirada me fijo en la boca de Tomás. Tiene los labios apenas despegados e hinchados. Parece sentir mi mirada porque deja de mirar hacia abajo para mirarme a los ojos. Me sostiene con solo un brazo, para poder acariciarme el costado de mi cara con su mano derecha. Es tan delicado el gesto, tan dulce. Me rindo ante su caricia, cierro los ojos y siento paz.

—Sos tan hermosa —susurra. Mi corazón se vuelve loco ante sus palabras—. Nunca sentí esto por nadie, Juana. Te pienso todo el tiempo y te extraño todo el tiempo y te quiero ver todo el tiempo. —Abro los ojos y me encuentro con los suyos tan sinceros y vulnerables—. Tengo miedo.

—¿De qué?

—De que no funcione. O que funcione, pero me dejes.

Uso ambas manos para sostener los costados de su cara. Tomás me sonríe con dulzura, sus ojos tienen miedo, pero también me encuentro con una expresión de entrega, de rendimiento. Le doy un beso en la frente.

—No puedo prometerte que nada de eso va a pasar, porque no lo sé y no quiero mentirte, Tomi.

—Lo sé, tampoco quiero que lo hagas.

—Pero sí puedo decirte que te adoro y no me gusta estar lejos de vos y que si me das una oportunidad voy a hacer lo posible para que valga la pena. —Tomás frunce las cejas. Algo de lo que dije

claramente no le gustó o no lo convence del todo. Con delicadeza me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No quiero que pienses ni por un segundo que tenés que convencerme, mi vida. Mis miedos no tienen nada que ver con vos, ni con nosotros, son míos. No pienso que vos vayas a decepcionarme, mi miedo es que *yo* te decepcione a vos. Pero hay algo mucho peor que mis miedos.

—¿Sí? —pregunto. Tomás asiente con la cabeza.

—Sí. —Me da un beso en la comisura—. Y es no tenerte. —Sus labios chocan con los míos.

No me suelta, no deja de besarme, lo único que hace es ir hasta el sillón. Se sienta, me acomoda encima de él y despega sus labios de mi boca para besarme el cuello. Suspiro y dejo caer mi cabeza hacia atrás, entregándome por completo. Sus manos recorren el costado de mi torso con lentitud y suben hasta que tiene sus dedos presionando mis tetas, las dos al mismo tiempo. Es casi involuntario el movimiento de mis caderas hacia adelante. Tomás se ríe, "alguien es sensible acá", dice, y vuelve a presionarlas. Quiero tocarlo, quiero que se saque la remera, quiero morderlo. Mis dedos buscan el borde de su remera y Tomás parece entender a la perfección lo que quiero. Un segundo después su remera descansa en el piso y mis manos recorren su torso de arriba abajo, cuando llego al borde de su *jean* le doy un tirón y Tomás se muerde la parte interna de la boca. Le desabrocho el botón, meto la mano y le agarro la pija por debajo del bóxer. Tomás gime cuando aprieto y deja caer la cabeza cuando empiezo a mover mi mano arriba y abajo. Con el pulgar acaricio la punta y eso hace que sus caderas se sacudan hacia arriba y que tiemble un poco. Lo hago solo dos veces más antes de que me agarre la muñeca.

—Parate —me indica. Y eso hago.

Tomás está sentado con las piernas abiertas, la pija dura sobre su estómago, en cuero, con los brazos estirados sobre el sillón, y mirándome como si pudiera comerme entera de un bocado.

—Sácate la ropa. —Empiezo por la remera, sigo por el pantalón y me detengo antes de desabrocharme el corpiño.

—Todo, amor.

Mis dedos van hacia la parte de atrás de mi corpiño y con un movimiento hago que caiga al suelo. Agarro los costados de mi tanga y la deslizo hasta que queda en mis pies, levanto uno y después el otro y doy un paso hacia adelante. Me paro desnuda entre sus piernas. No siento nervios, ni mucho menos vergüenza ¿Cómo hacerlo cuando Tomás me mira así?

—Arrodillate.

Bajo sin dejar de mirarlo. Cuando mis rodillas tocan el piso coloco mis manos en sus muslos. Quiero pedirle que se saque el *jean,* pero no tengo la capacidad de hablar. Lo miro expectante y él me mira con hambre. Se incorpora lo suficiente para acariciarme la cabeza. Con el dedo índice me recorre el costado de la cara y después me aprieta los cachetes lo suficiente para que mis labios broten.

—Tan hermosa —dice, admirándome. Suelta su agarre y vuelve a dejar caerse en el respaldo del sillón—. Chupá, Juana. —El efecto que esas dos palabras provocan en mí es casi primitivo. Deslizo mis manos un poco más y bajo la cabeza. Le doy un lengüetazo largo y lento mirándolo a los ojos. Me gusta ver cómo se sacude un poco y cómo una de sus manos vuelve a mi cabeza para acariciarme el pelo. Interpreto el mimo como una aprobación. Abro la boca y me lo meto entero, relajo la mandíbula para poder ir lo más profundo posible. Lo escucho gemir, lo siento vibrar, me agarra la cabeza con las dos manos, pero no presiona, solo las deja ahí. Empiezo a moverme y Tomás gruñe mi nombre y dice cosas como muy bien, amor, así, seguí, no pares, nunca nadie me la chupo así, sí, mi vida, sí. Cada cumplido solo hace que quiera hacerlo mejor. Me imagino a Tomás con otra mujer haciéndole lo que le estoy haciendo yo y unos celos irracionales aparecen en medio de mi pecho. Me digo que, si algún día es otra la que va a estar arrodillada frente a él, quiero que no pueda evitar pensar en mí, en este momento, que se acuerde de lo bien que lo hice.

—Juana. —Suspira. Levanto la cabeza y me encuentro con Tomás mirándome con tanto deseo que tengo que cerrar los ojos. Todo es demasiado y al mismo tiempo necesito más. Me la saco de la boca y me dedico a darle besos, lengüetazos—. Si seguís así, voy a acabar.

—Eso espero —respondo y paso mi lengua por la punta. Todo su cuerpo se sacude. Sonrío.

—Sí, pero quiero acabar adentro de vos. —Ahora soy yo la que se estremece. Tomás aprovecha el momento para pararse. Y yo aprovecho la posición para metérmela una vez en mi boca. Tomás se ríe, da un paso atrás y me dice que me porte bien. No puedo evitar sentir una pulsación entre mis piernas, aprieto mis piernas y Tomás se fija en cómo estoy desesperada por algo de fricción. Me ofrece su mano y me ayuda a pararme.

—Sentate en el sillón. —Señala con el mentón. Y yo le hago caso. Me siento con las piernas juntas y veo cómo Tomás se termina de desnudar. Es tan grande, alto, imponente, quiero entregarme a él. Se acaricia una vez mientras me come con la mirada y yo estoy tan hipnotizada que no me doy cuenta de que Tomás empieza a bajar hasta que sus rodillas chocan contra el piso. Mi respiración se altera, siento calor en la panza. Tomás me abre las piernas despacio. Lo observo expectante. Inclina su cabeza para dejarme un beso en la cadera, otro en la panza, y uno en la parte interna de mi muslo izquierdo. Tiemblo. Tomás me agarra y me arrastra hasta el borde del sillón haciendo que quede un poco más acostada y más cerca de él. Un segundo después tengo su boca en mí y no puedo evitar mover mis caderas hacia atrás, escapándome.

—No te vayas —murmura, pasa la lengua, me hace temblar—. Quedate quieta. —Sus manos viajan hasta mi espalda y me pega aún más a él. Cierro los ojos y me llevo una mano a la boca para tener algo que morder. El movimiento de su lengua, la imagen de él arrodillado ante mí, la forma en la que parece querer devorarme. Siento que me voy a morir. La mano que tengo libre la uso para hundir mis dedos en su pelo que ahora está más seco que mojado. Le doy un tirón y parece que le gusta porque gime y empieza a mover sus labios con más agresividad. Vuelvo a tirar y esta vez su boca se despega de mí y me mira, tiene los labios hinchados, la boca mojada, los ojos húmedos, el pelo hecho un desastre y tan mío. Tiro un poco más y entiende que quiero que venga arriba de mí. Su cuerpo aplasta el mío. Y quiero acostarme, pero sé que Tomás no va a entrar en el sillón. Se lo digo y él asienta una vez, entendiendo lo

que quiero. Me alza, colocándome sobre su hombro, me río y me da una palmada en la cola. Le indico dónde está mi habitación y me recuerda que él ya estuvo acá.

—¿Te acordás que vine a buscarte ropa?

Verdad. Pasaron tantas cosas en tan poco tiempo que a veces algunas se me escapan. Por solo un segundo la velocidad de todo me abruma, pero cuando Tomás me coloca en la cama y puedo volver a su cara, lo único que siento es una paz arrolladora. Y felicidad. Y la sensación de que estoy donde tengo que estar. Se acomoda entre mis piernas, sus brazos estirados, sus manos al lado de mi cabeza. Me sonríe y quiero morir un poco de lo mucho que lo amo. Se inclina y empieza a repartir besos por toda mi cara. Me hace reír y pienso en que jamás me reí mientras tenía sexo con alguien. Poco a poco los besos empiezan a descender, dejándome en las clavículas, en las tetas, en las costillas, en la panza. Toma una de mis manos y me da un beso en la palma.

—¿Te cuento algo? —murmura mirándome, asiento con la cabeza y me da un beso en la punta de los dedos—. Supe que estaba hasta las pelotas cuando empecé a soñar con vos. Y no soñaba… esto. —Puedo jurar que veo cómo se sonroja un poco—. A ver, sí, pero además de esto. Soñaba que vivíamos juntos, que cuando volvía de trabajar estabas esperándome, o tal vez no, porque nuestros horarios eran un quilombo y nos costaba coincidir. Pero al menos sabía que dentro de unas horas ibas a entrar por la misma puerta que yo y nos íbamos a saludar con un beso y me ibas a contar cómo fue tu día para que después fuera mi turno. Empecé a soñar que éramos novios, que teníamos citas, planes juntos, viajes, que todos sabían que estábamos juntos. Todo, Juana. Empecé a soñar que podíamos tenerlo todo. Y ahí supe que estaba más complicado de lo que pensaba, que lo que sentía por vos era mucho más profundo de lo que me permitía admitir. —Acaricio su pelo y vuelve a besarme, impidiendo que pueda responderle, confesarle todo lo que me hace sentir, todo lo que quiero hacer con él y solo con él. Me encuentro deseando desde lo más mundano a lo más extraordinario con él.

Tomás desliza una mano y empieza a acariciarme el clítoris al mismo tiempo que me devora el cuello con besos y mordidas. Abro

un poco más las piernas para que pueda acomodarse mejor. Empieza a presionar con un poco más de fuerza y siento cómo mis piernas se debilitan un poco. Gimo, y él parece estar satisfecho con mi reacción. Sé que le gusta ver cómo me desarmo ante su tacto. Apura el movimiento de sus dedos y me mira atento. Y así es como acabo, bajo la mirada atenta de Tomás. Me sonríe satisfecho con él mismo.

—¿Tenés forros?

—Tomo la pastilla.

Puedo ver la lucha interna que está teniendo.

—Con Lucas jamás tuve sexo sin cuidarme. Se ve que muy dentro mío nunca confié del todo en él.

—No estuve con nadie este último año. —La confesión hace que quiera comérmelo entero. Coloco mi palma en su cuello y lo traigo hacia mi boca. Tomás se ríe—. Pero si te querés cuidar, tengo uno en el bolsillo del pantalón.

—¿Te tenías fe? —Alzo una ceja.

—Me gusta ser precavido. —Encoge un hombro. Le sonrío y me doy cuenta de que un poco me duelen los cachetes de tanto sonreír y reírme y que estoy tan feliz. "Estoy muy feliz", le digo, porque no puedo evitarlo, porque no quiero ocultarlo tampoco. Tomás me mira serio y me dice que él también, que siempre lo está cuando estoy cerca. Nos volvemos a besar. Yo lo acaricio y él me pellizca un pezón, provocando que arquee la espalda. Reemplaza sus dedos por sus labios y despego mi espalda de la cama un poco más, entregándoselas. Tomás va de la izquierda a la derecha, mordiendo, lamiendo, chupando, succionando, haciendo que me retuerza. Me mira y me sonríe y lo odio un poco. Le pido que me coja y él asiente, entendiendo, pero sin moverse. Por favor, le suplico, esta vez niega, con mi pezón entre sus dientes.

—Tomás —intento decir con firmeza, pero sale como un suspiro. Siento que mi cuerpo va a explotar, mi cerebro es una laguna de pensamientos inconclusos, mi lengua solo puede pronunciar su nombre.

—¿Sí? —pregunta con inocencia.

—¿Podés cogerme?

Pasa su lengua por el pezón que segundos antes estaba mordiendo y me vuelve a sonreír. Y eso es todo lo que tengo antes de sentir cómo la punta de su pija presiona en mi entrada. Estoy tan mojada que no le cuesta entrar. Ambos nos quedamos quietos cuando termina de entrar. Nos miramos a los ojos y después miramos la parte de nuestros cuerpos que está unida. Tomás mueve sus caderas hacia adelante, despacio, y yo lo abrazo con mis piernas y con mis talones le doy un golpecito y empieza a moverse. No es delicado. Todo lo contrario. Tomás me penetra con fuerza, como si estuviera enojado. Cada vez que entra lo hace con tanta fuerza que me va deslizando. Problema que soluciona agarrándome del hombro y empujando un poco para abajo, para que no me escape. Por varios minutos lo único que se escucha en la habitación es el golpe de su cuerpo contra el mío, el sonido que hace cada vez que sale y entra y mis gemidos y sus gruñidos y las incoherencias que salen de su boca.

—Dios, Juana. —Niega con la cabeza, sale y entra con fuerza—. ¿Vos entendés lo mucho que me gustás? ¿Lo loco que estoy por vos? —Sale y vuelve a entrar—. Estoy obsesionado con vos, mi vida, obsesionado.

Sale por completo y me pide que vaya yo arriba, que quiere verme rebotar encima de él. Se acuesta con la espalda sobre la cama y espera a que me acomode. Una vez que estoy arriba de él, me levanto un poco, la agarro y la acomodo en mi entrada. Me deslizo con una lentitud que ninguno de los dos puede soportar, pero me gusta la idea de torturarlo un poco. Cuando sé que entro toda empiezo a moverme despacio, aunque sé que los dos necesitamos todo menos eso. Quiero ver hasta dónde puedo soportar menos de lo que mi cuerpo pide, pero se ve que Tomás no tiene ganas de esperar porque sus manos me agarran las caderas, me sube y me baja, con fuerza. Lo vuelve a hacer, un poco más brusco. Me sacude todo el cuerpo. Después de la tercera vez empieza a hacerlo con menos corrido, más rápido. Cuando me doy cuenta estoy brincando arriba de él, sus manos ya no están en mis caderas, sino que están pellizcando mis pezones con fuerza, tiene su labio inferior atrapado entre sus dientes y el ceño fruncido. La expresión

plena de concentración. Una de sus manos baja y empieza a acariciarme el clítoris. Mis piernas se rinden.

—No puedo —balbuceo—. Es mucho, Tomi. —Tomás no para, mira donde sus dedos están tocándome. Usa su otra mano para indicar el movimiento de mis caderas, haciendo que el ritmo sea más tranquilo y no arriba y abajo, sino adelante y atrás. Mi cabeza cae hacia atrás. El placer es tan grande que siento que voy a reventar.

—Juana —me llama—. Mirame. —Alzo la cabeza—. Muy bien. Quiero que me veas cuando acabes y quiero que me veas cuando yo acabe, ¿sí? —Asiento y él me sonríe. Poco a poco empieza a incrementar el movimiento de sus dedos y en consecuencia mi cadera se mueve más y mis músculos internos aprietan su pija, lo que hace que apriete los dientes y los tendones de su cuello se tensionen.

—Sí, amor, sí —me motiva—. Así, muy bien. —Los elogios hacen que sienta una pileta de calor en la panza y entre mis piernas y provoca que vuelva a apretar y eso hace que Tomás pierda el control. Me gira para que mi panza quede sobre la cama, pero solo por un segundo porque casi de forma inmediata me levanta, haciendo que quede apoyada sobre mis rodillas y codos. Con una mano entre mis omóplatos y la otra en mi cadera se acomoda y me penetra.

Esta vez es mucho más violento, ninguno de los dos habla. Cada vez que Tomás entra dentro de mí, siento crecer mi orgasmo. No dura mucho. Primero siento cómo sus embestidas empiezan a ser más erráticas y desprolijas. La mano que tenía sobre mi hombro me agarra el pelo, tira hasta que mi espalda queda pegada a su pecho, ambos jadeantes, transpirados. Busca mi boca y yo se la doy. Nos besamos. Con su mano libre me acaricia el clítoris, me murmura que quiere que acabe con su pija dentro de mí. Apoyo mi cabeza sobre su hombro y me dejo golpear por mi propio orgasmo. Tomás me felicita, me da besos en el cuello, pasa unos de sus dedos por el contorno de mis tetas, me muerde la mandíbula. Caigo desplomada en la cama cuando mi cuerpo deja de sacudirse. Tomás sale de adentro de mí, y lo extraño de manera inmediata. Me volteo para mirarlo, está con las rodillas en la cama y tocándose. Me pregunta

dónde lo quiero y abro la boca como respuesta. Tomás se acomoda arriba de mí, pone su pija a la altura de mi boca y solo necesita tocarse una vez más y que yo saque la lengua. Cuando termina se acuesta encima de mí y yo recibo con placer el peso de su cuerpo, me gusta ser aplastada por él. Le hago mimos en el pelo, en la espalda, y cierro los ojos. Me dice que no me duerma, que estoy toda sucia, le digo que no me importa, demasiado cansada para pensar, o para moverme. Tomás me regala unos minutos antes de obligarme a pararme.

—Nos damos una ducha, comemos algo y nos volvemos a acostar.

Y eso hacemos. Tomás me pasa la esponja con dedicación. Con el mismo esmero me lava el pelo. Y después intercambiamos. Una vez que estamos secos y vestidos, bajamos a comer la tarta que había puesto a calentar antes de que me tocara la puerta. Estamos lavando los platos cuando me confiesa que en realidad había venido con un plan.

—Me cuesta pensar cuando estás cerca —admite–. Pero en realidad tenía todo un discurso preparado.

Dejo el repasador y me volteo para mirarlo.

—Ahora es un buen momento.

—Algunas cosas ya te las dije, pero no lo más importante. —Tomás toma aire y me mira con esos ojos llenos de adoración—. Te amo, ¿te das cuenta, no? —Siento cómo el aire que estaba respirando ya no me alcanza—. Creo que es bastante obvio que estoy enamorado de vos, Juana. Pero por las dudas quería dejarlo en claro.

Camino hasta que mis brazos envuelven su cuello, no lo beso porque necesito mi boca para hablar.

—Tomi, me haces reír, me gusta hablar con vos. Podría pasar horas hablando de lo que sea con vos. Me gusta que te gusten tanto las plantas, que no hayas dudado ni un segundo en adoptar a Rita y que seas tan atento, que siempre busques la manera de ayudar a los demás. Y además tenés esa cara. —Tomás se ríe—. Por supuesto que me iba a enamorar de vos.

Tomás me da un beso dulce en la frente y puedo sentir todo su amor en ese gesto tan simple.

Minutos después nos estamos lavando los dientes a punto de irnos a dormir cuando se me ocurre hacer una pregunta extremadamente importante.

—¿Con quién está Rita?

—En lo de tu hermano. —Se inclina y escupe.

—¿Le dijiste adónde ibas? —Lo miro por el reflejo del espejo.

—Creo que lo suponía. —Me sonríe.

Nos acostamos abrazados y aunque ambos estamos cansados no podemos evitar desnudarnos una vez más. Nos recorremos con las manos, la boca, la lengua. Esta vez es más dulce y paciente, menos atolondrado, como si quisiéramos que durara para siempre. Pero finalmente él acaba primero y yo después. Me coloca sobre su pecho y me voy a dormir escuchando los latidos de su corazón y una sonrisa en mi boca.

Capítulo 35

Tomás me deja un beso en la nuca y yo me derrito un poco más. Siento su brazo ajustarse sobre mi panza, su cadera presionando ligeramente hacia adelante al mismo tiempo que mi cola va hacia atrás. Siento que se mueve detrás de mí. Cuando abro los ojos me encuentro con su cara de dormido, su pelo despeinado y una sonrisa tonta en la boca.

—Buenos días.

—Buenos días, Tomi.

—¿Cómo dormiste? —Me acuesto sobre mi espalda, él aprovecha el cambio de posición para acostarse arriba mío, apoyando sus antebrazos en los costados de mi cabeza, su cara flotando sobre la mía.

—Podría haber dormido mejor si alguien no roncara… —Tomás me mira completamente indignado.

—Yo no ronco.

—A lo mejor nunca nadie se animó a decírtelo.

—Juana, no ronco —dice firme.

—Si vos decís…

—Hagamos una cosa, hoy a la noche, si es verdad que ronco, grabame.

—¿Hoy a la noche?

Tomás me corre un mechón de la frente, me mira, y mientras juega con mi pelo me dice con una voz algo tímida que no quiere separarse de mí, en lo posible.

—Sé que tenés que ir a trabajar —continúa—. Pero estaba pensando que podía pasarte a buscar y que vengas a casa. Y que te quedes a dormir. Digo, los lunes no trabajás, y me pareció una

buena idea. Aunque entiendo si preferís aprovechar tu día libre haciendo cualquier otra cosa. O quedándote en tu casa. —Le sonrío con plenitud. Tomás es muchas cosas, pero no tímido, ni miedoso. Y acá está, siendo todo eso.

—Me encantaría, Tomi.

Se inclina, me deja un beso en la frente y sale de la cama. Yo me quedo acostada viendo su torso desnudo, los músculos de su espalda cuando sale de la habitación y la forma de su culo. Me muerdo los labios y me río como una boluda porque es Tomás y yo soy yo y ahora somos algo los dos y estoy tan feliz. Mentiría si dijera que no pienso que algo malo va a pasar, que todo es demasiado bueno y perfecto. *A lo mejor dentro de unas semanas se aburre de vos. ¿En serio pensás que te ama? Juana, por favor. Seguro que solo tenía ganas de sacarse las ganas y ya. Juana, no seas tonta.* Pero es Tomás. Tomi. Él no me haría daño, me ama y me cuida. Sé qué tipo de persona es Tomás. Aunque nunca fuimos muy unidos la verdad es que ha estado en mi vida desde que tengo memoria y puedo empacharme de momentos donde puedo corroborar lo atento, gentil, cariñoso y bueno que es. Sé cómo es como amigo, como hermano. Y sé que lo que siente por mí es real. ¿Cómo no hacerlo? Si puedo sentirlo, puedo verlo, puedo tocarlo. Salgo de la cama y voy al baño. Tomás se está lavando los dientes y así me sonríe, con cepillo y todo en la boca. Me pongo a su lado, agarro el cepillo, le pongo la pasta de dientes y nos cepillamos los dientes juntos. Mi mente vuela a una realidad donde esto para nosotros es lo más normal del mundo. Primero escupe él, después yo, y le digo que se vaya que tengo que hacer pis. Cuando salgo del baño me está esperando sentado en la cama. Me hace un gesto con la mano para que vaya y yo lo hago sin dudarlo.

—Me tengo que ir a trabajar —le digo cuando me sienta arriba de él.

—No vayas. —Encoge un hombro—. Delfina y Fausto son capaces de manejar el café solos. Si vos pudiste siendo una ellos, siendo dos la tienen mucho más fácil.

—Tomi…

—Juana…

—No puedo faltar. —Tomás rezonga, exponiendo todo su cuello para mí. Me inclino y le doy un beso—. Pero tengo media hora. —Levanta la cabeza, me mira y sonríe.

Un segundo estoy arriba de él y al otro estoy siendo atrapada por su cuerpo. Su boca alterna besos por mordidas y luego lengüetazos. Me tiene retorciéndome, queriendo más. Cuando se lo pido me dice que no sea impaciente.

—Tenemos tiempo —dice con voz calma, sus manos viajan hasta mi estómago, sus dedos largos haciendo trazos sobre mi piel al mismo tiempo que su boca besa mis clavículas. Quiero que sus manos suban más y su boca vaya más abajo. Pero no lo hace, porque es cruel y le gusta verme así, desesperada, suplicante. Pero al parecer no soy la única afectada, porque puedo sentir cómo su erección va creciendo poco a poco.

Intento sacarme la remera, pero Tomás niega con la cabeza, me agarra ambas manos y las pone por encima de mi cabeza. Dejo salir un sonido de frustración y él se ríe. Lo miro con odio. Tomás se inclina y me agarra un pezón con su boca a través de la remera. Dejo caer mi cabeza sobre la cama y arqueo la espalda. Cuando termina con uno va al otro. Siento que me está castigando dándome tan poco cuando mi cuerpo entero suplica por mucho más. Su boca me deja y veo hacia abajo, encontrándome con mi remera mojada por su boca, dejando ver con claridad lo firmes que están mis pezones. Tomás baja la cabeza hasta que puede agarrar el borde de mi remera con sus dientes. Con sus ojos fijos en mí y una lentitud tortuosa, va levantándola, poco a poco, hasta dejar mis tetas expuestas. Me muerdo el labio y lo miro esperando que vuelva a hundir su cabeza en ellas, pero no. Tomás se sienta sobre sus talones, inclina la cabeza y me mira. Mis piernas se frotan, desesperada por poder liberar un poco de la tensión que tengo ahí abajo. Tomás me sonríe. Sus manos agarran el costado de mi pantalón y tira hacia abajo. Repite lo mismo con mi ropa interior.

—Tocate. —Me señala con el mentón, se saca el *short* y agarra su erección.

Siento mi sangre burbujear dentro de mí, mi respiración agitarse. Abro las piernas y me toco. Tomás cierra los ojos por un segundo

como si fuera demasiado. Pero solo por un segundo. Porque quiere verme, así, acostada, desnuda, tocándome mientras veo cómo él se toca arrodillado enfrente de mí. La única luz que entra es la que dejamos prendida del baño, las cortinas están bajas, así que acá dentro es casi de noche. Puedo verle la cara, puedo ver el contorno de sus músculos, cómo sus abdominales se tensan, la fuerza que está haciendo su brazo, cómo tira la cabeza para atrás, el hambre con la que me mira. Ninguno de los dos habla. Solo se escuchan nuestros gemidos, nuestras respiraciones alteradas, el sonido de mis dedos contra mi clítoris y el sonido de él pajeándose.

De repente siento un tirón en mi tobillo. Un segundo después su boca está besándome desesperada.

—Me vas a matar —dice y empieza a tocarme.

—Tomi. —Suspiro.

—¿Sí?

—Dios, Tomi —es todo lo que puedo decir mientras me acaricia lentamente. Necesito más y creo que él lo sabe. Pero le gusta darme mucho y rápido para después retroceder y darme poco y lento.

—Mirá estas tetas. —Hunde su cabeza, dándole atención a una para después concentrarse en la otra con la misma dedicación. Bajo mi mano para tocarlo, pero mueve sus caderas alejándose—. No. Si me tocás, acabo. Y quiero volver a hacerlo dentro de vos. —Mete dos dedos dentro de mí y puedo sentir lo cerca que estoy. Me acaricia un par de veces el clítoris con su pulgar, pero, de repente, frena y saca su mano. Se acuesta en la cama y lo miro perpleja—. Vení. —Me da su mano y me incorporo.

Me guía con sus manos en mi cadera. Pienso que quiere que me siente arriba de él. Y estoy en lo correcto. Pero me equivoco cuando pienso en *dónde* es que quiere que me siente. Me lleva hasta que estoy flotando sobre su cara. Lo miro y me da esa sonrisa peligrosa, engreída. Es lo último que veo antes de que me empuje hacia abajo y me chupe. Cierro los ojos, mis caderas tiran hacia adelante casi por reflejo y tengo que agarrarme del cabezal de mi cama para no colapsar encima de él. Tengo miedo de ahogarlo, así que intento no estar con todo mi peso encima de su cara. Pero cada vez que me levanto un poco, él me mira negando la cabeza y vuelve a

aplastarme contra su boca. Bajo la mirada y me encuentro con tanto placer en sus ojos, como si esto fuera lo mejor que le pasó en su vida, como si hubiera esperado años para tenerme así. Mis caderas se mueven y él incentiva el movimiento con sus manos en mi cola. Espero que sus dedos queden marcados, que pueda verme al espejo y encontrarme con las marcas de sus dedos, de sus dientes, de sus besos.

Acabo sentada en la cara de Tomás. Me ayuda a bajar mientras tiene una sonrisa orgullosa en la cara. Se acuesta a mi lado, trazando dibujos abstractos en la piel de mi panza. Siento el resto de temblor en mis piernas, tengo los ojos cerrados y puedo sentir la humedad en la parte interna de mis piernas. Tomás está apoyado sobre su codo, mirándome. Estiro mi brazo y lo traigo hacia mí para poder besarlo. Lo empujo hasta que está acostado por completo. Lo beso hasta que siento que mis piernas vuelven a responderme. Me subo arriba de él, me acomodo y bajo lentamente hasta sentir que entro toda.

Al principio me muevo lento, y él me lo permite. Pero poco a poco los dos perdemos el control. Tomás me agarra las tetas con fuerza mientras yo muevo mis caderas adelante y atrás. Sus manos se deslizan hasta mi cabeza y me baja para que nuestras bocas se encuentren. Me dice que me ama, que nunca nadie lo cogió así, que soy lo mejor que le pasó en la vida, que quiere encerrarme en mi habitación durante una semana, que no puede pensar en nada que no sea yo, que siga así, más rápido, más, más, Juana. Siento cuando su cuerpo se tensiona previamente a acabar. Sus ojos cerrados, sus cejas fruncidas, su boca ligeramente abierta, parece como si estuviera sufriendo. Me toco mientras lo siento acabar adentro de mí. Y sigo hasta que el segundo orgasmo me golpea. Me desplomo arriba de él, sus brazos envolviendo mi cuerpo, su mano acariciándome. Lo respiro y me digo que no quiero estar en ningún lugar en el que él no esté.

Estoy tan relajada que tengo miedo de quedarme dormida, pero el sonido de mi celular sonando me despabila. Frunzo las cejas y pienso en dónde podría estar. Se escucha a lo lejos. ¿Lo dejé abajo? ¿Dentro de la cartera? Tomás me da un beso en la frente y me dice

que él va, que me quede en la cama. Asiento medio ausente, algo drogada. Lo veo ponerse el *short* deportivo que tenía antes y bajar las escaleras. El celular deja de sonar solo para volver a hacerlo. Escucho la voz de Tomás atendiendo. Pongo los pies en el piso, estiro mis brazos arriba de mi cabeza, bostezo y me alargo. Busco mi ropa en el piso y me la pongo. Debería bañarme antes de irme a trabajar, pero primero quiero saber quién me llamó. Mi primer pensamiento es que debe ser algo urgente. Empiezo a bajar las escaleras. Me encuentro a Tomi con mi celular pegado a la oreja, subiendo las escaleras. Supongo que viniendo a buscarme.

—Yo le aviso, sí. —Pone los ojos en blanco y señala el celular, hastiado—. No, no vimos nada. —Tomás hace el gesto de *qué hincha pelotas*. Me hace reír. Puedo imaginarme con quién está hablando—. ¡Porque me acabo de despertar, Fausto! —Tomás da media vuelta y se acerca hasta la ventana de mi cocina. Lo sigo, intrigada. Y es ahí cuando vemos algo inaudito. Tomás sigue con el celular pegado en la oreja, pero no habla. Y yo tampoco. Me acomodo a su lado con mis ojos anclados a la ventana.

Nieve.

—Te llamo después.

—¿Eso es nieve? —Tomás no me mira cuando asiente con la cabeza. Empiezo a reírme, incrédula. No lo puedo creer.

—No nevaba desde…

—Desde el primero de agosto del noventa y uno —digo y nos miramos.

—Hace treinta y cuatro años. —Me sonríe y yo sé que está pensando en lo mismo que yo. En la mañana en que desperté en su casa después de haber tenido lo que pensaba que había sido la peor noche de mi vida.

—Me dijo mi hermano que en el noticiero recomiendan no salir. Al menos que sea necesario. Algo de una alerta meteorológica, ni idea. —Básicamente me dijo que el café no tendría que abrir. Y creo que tiene razón. No sé cuántas personas van a ir.

—¿Le aviso a Delfi?

—La iba a llamar después de hablar conmigo.

Vuelvo a ver a través de la ventana. No es la nieve que ves en las películas. Es menos blanca y es menos la cantidad también. Pero podés ver cómo va cayendo, cómo se acumula de a poco en el piso. ¿Cuáles eran las posibilidades? Sí, habían dicho que este invierno a lo mejor iba a nevar. Pero lo dicen todos los inviernos. Niego con la cabeza.

—¿Cuáles eran las chances, no? —Escucho que dice Tomi a mi lado, leyéndome la mente.

—¿Una en un millón? —agrego.

—Voy a llamar a tu hermano, decirle que ahora vemos cómo hacemos con Rita.

—No creo que mi hermano tenga mucho problema en que se quede más tiempo. —Tomás bufa y busca su celular.

—A veces tengo miedo de que no me la devuelva.

Mientras él habla con mi hermano me pongo a hacer café. Busco algo para comer y no encuentro mucho. Agarro la tostadora, la bolsa de pan lactal con sus últimas tres rodajas y una mermelada que me regaló Tomi. Voy a la heladera, agarro mi yogur y cuando me agacho al cajón de frutas me encuentro con un casi desierto de no ser por la banana que está ahí, pidiéndome que la coma de una vez por todas. Exhalo. Sirvo los cafés, dejo la leche y el azúcar en la mesa. También las tres tostadas para él y mi yogurt con miel, granola y banana.

Veo a Tomás ir y venir. Es de las personas que necesitan caminar cuando hablan por teléfono. Escucho alguna que otra palabra, pero la verdad es que no le estoy prestando atención. Estoy tan embobada viendo hacia afuera que el sonido de mi celular sonando me asusta. Dejo la taza de café y atiendo.

—¿Delfi, todo bien? —No responde, pero la escucho respirar. Algo no está bien, lo sé, la conozco, es mi mejor amiga. Desde que volvió de Nueva York que está rara—. ¿Amiga? ¿Pasó algo?

—Necesito contarte algo. —Por el tono de su voz evidentemente no es algo bueno lo que tiene para decirme.

Me late tan rápido el corazón que tengo que llevarme una mano al pecho para intentar contenerlo un poco. Cruzo mirada con Tomás y sé que la preocupación que siento por dentro la estoy mostrando por fuera, porque deja de caminar, le dice a mi hermano que

después lo llama y viene a la cocina. Me pregunta qué pasó, quién es, pero no puedo responderle. Solo existe Delfina en este momento.

—Te escucho.

Silencio de nuevo.

—En persona —agrega—. Mejor en persona.

—Delfi, ¿querés que vaya a tu casa?

Tomás sale corriendo de la cocina.

—No, no.

Tomás vuelve con ropa mía y él vestido de pies a cabeza. Está terminando de atarse los cordones mientras me señala con el mentón la pila de ropa que me trajo. Vuelve a irse y segundos después tiene nuestros abrigos.

—Me estás asustando. —Me paro y empiezo a ponerme unas calzas con bastante dificultad. Tendría que poner la llamada en altavoz, pero está Tomás y no sé qué es lo que quiere decirme Delfina ni si quiere que él lo sepa. Tomás se agacha y me ayuda a poner un pie, después el otro, y comienza a subirlas por mis piernas.

—Perdón. No es nada grave. No tenés que preocuparte, amiga. En serio. No es urgente.

—No sonás muy segura.

Escucho que suspira.

—Es complicado.

—Me estoy terminando de cambiar —le digo. Tomás me está poniendo un *jogging* con frisa por arriba de las calzas y yo mientras me pongo un buzo arriba de mi pijama—. En unos minutos estoy ahí.

—¿Estás loca? ¡Está nevando, Juana! Lo podemos hablar mañana. No salgas de tu casa.

—No me importa. —Antes de que vuelva a decirme que es una locura, corto la llamada. Tomás me mira abrigado y expectante.

—Te acompaño.

—No hace falta.

Tomás está caminando a la puerta, agarrando las llaves de mi auto y poniéndose la bufanda que le tejí, sin darme lugar a que me niegue.

—Me quedo dentro del auto, pero no vas a ir sola. No con el clima así, Juana. Dame esa tranquilidad, dejá que te acompañe, ¿sí?

—Está bien. —Me estiro y le doy un pico.

El viento es fuerte y durante todo el viaje estoy con el miedo de que vaya a voltear el auto. Vamos despacio, casi que no nos movemos. Caminando llegaría muchísimo más rápido. Tomás no pone música, no habla, no hace otra cosa que prestarle atención al camino. Agradezco que sean solo diez cuadras y que la calle está prácticamente vacía.

No me bajo cuando Tomás se detiene frente a la casa de Delfina.

—Voy a estar acá, para lo que necesites.

—Delfina nunca me llama.

—¿Mhm?

—Delfina odia hablar por teléfono. Tiene que ser algo importante para que me haya llamado.

Tomás me da un apretón en la mano y me sonríe.

—Te espero, andá.

Salgo rápido del auto. El frío es violento. Toco el timbre, golpeo la puerta, todo al mismo tiempo. Delfina abre la puerta mientras sigo tocando la puerta.

—¿Necesitás algo? —pregunta divertida. Ella tan relajada y yo al borde de un colapso nervioso.

—No me río —le respondo seria. Y Delfina parece entender que estoy ansiosa y nerviosa. Me deja pasar, me pregunta si quiero agua o algo y le digo que no, que lo que necesito es que me diga qué mierda está pasando.

Nos sentamos en el *living*. Cuando me fijo bien en ella me doy cuenta de que está tensa. Se pone un almohadón en su regazo y lo abraza. Se muerde el labio y me mira.

—Amiga, ¿qué anda pasando?

Puedo ver la lucha interna dentro de ella. Quiere contármelo, pero hay algo que la frena.

—Delfi, soy yo, podés contarme lo que sea.

Dice que sí con la cabeza, pero no me mira a los ojos. Me doy cuenta de que tiene unas ojeras marcadas. Me acerco un poco más a ella y le tomo la mano. Ahora sus ojos me observan, veo miedo,

inseguridad y los restos de unas lágrimas pasadas. Le sonrío intentando alentarla, intentando darle un poco de seguridad. No la presiono. Voy a esperar lo que haga falta. Abre la boca, la cierra, se ríe y vuelve a intentarlo. Presiono su mano con un poco más de fuerza. *Acá estoy, acá voy a estar siempre.* Finalmente, sus ojos celestes me miran de nuevo, pero esta vez no rompe el contacto visual.

—Estoy embarazada.

Poco a poco sus ojos se empiezan a humedecer.

—¿Embarazada? —pregunto lentamente. Estoy intentando salir del impacto de lo que acaba de decir.

—Sí. —Se le escapa un sollozo. Exhalo y la abrazo. Le acaricio el pelo y dejo que llore sobre mi hombro. Su cuerpo se sacude, la abrazo con más fuerza y empiezo a atar cabos.

—¿Puedo preguntar quién es el padre? —Siento su cabeza asintiendo—. ¿Es Finn? —Eso solo hace que el llanto se intensifique. Me balanceo un poco, intentando arrullarla, calmarla, contenerla. Me gustaría tener las palabras exactas, pero me encuentro sin saber muy bien qué decirle. Es evidente que no está feliz con la noticia.

—No sé qué hacer, Juana.

—¿No lo sabe?

—No le voy a contar. —La firmeza con la que lo dice me sorprende. No hay un gramo de duda, de vacilación. Dejo de balancearme y rompo el abrazo, necesito mirarla a la cara.

—Delfi, amor, no podés esconderle esto.

—Ni siquiera sé si lo voy a tener.

—¿No pensás que debería saberlo? —Espero que entienda que no la estoy juzgando. Ella tiene que saber que va a tener mi apoyo incondicional en lo que decida. Pero también siento que está nublada por el miedo y no está viendo las cosas con claridad.

—No lo sé. —Mira hacia un costado y se pasa la mano por la nariz.

—¿Cuándo te enteraste?

—Hace unos días. Al segundo día de retraso empecé a sospecharlo. No sé cómo explicarte, pero *sabía* que estaba embarazada. Junté fuerzas, fui a comprarme un test de embarazo, y

bueno… —Encoge sus hombros. Aprieto los labios. Delfina nunca expresó su deseo de ser mamá, entiendo por qué no son lágrimas de felicidad. Y también entiendo que, si bien Finn es un buen tipo, no tienen una relación, y lo más importante, ni siquiera vive acá. Todo es complicado.

Ninguna de las dos habla por unos segundos. Solo nos quedamos sentadas en el sillón, con nuestras manos juntas. Le miro la cara de preocupación y me encantaría poder borrarla. Quiero poder preguntarle qué sería para ella resolver esta situación y hacerlo. Aunque creo que uno de los problemas es que no tiene ni idea qué hacer.

—¿Qué te gustaría hacer? —murmuro.

—No lo sé.

—Hoy, que te gustaría hacer hoy.

Delfina me mira y piensa.

—Me gustaría quedarme en mi casa, viendo películas, dormirme, volver a despertarme y seguir viendo películas. No quiero pensar. No me quiero mover. No quiero hablar.

—Me parece bien. —Le sonrío—. ¿Querés hacerlo sola? ¿O querés que me quede?

—Prefiero estar sola.

—Está bien. —Aunque la verdad es que no me relaja mucho dejarla sola en este estado—. Me estás privando de estar tirada viendo la tele durante horas, pero bueno, tengo que respetar tus deseos. —Delfi se ríe un poquito y me siento ganadora. No me gusta verla así—. ¿Sabés que cualquier cosa me llamás y vengo no?

—Juana, está nevando. Literalmente recomendaron que no salgamos de nuestras casas.

—Me chupa un huevo. Vos me llamás y yo vengo, ¿está bien? Me llamás, Delfina. —Me aseguro de que mis palabras salgan con firmeza, que lo entienda. Cuando asiente con la cabeza me quedo tranquila de que puedo irme sabiendo que me va a llamar si cambia de opinión—. Decidas lo que decidas, vas a tener mi apoyo y mi ayuda. Pero mi consejo es que se lo cuentes. Tengo el presentimiento de que él va a entender cualquier decisión que tomes.

Delfina no responde. Solamente se seca una lágrima que cae por su cachete. Le dejo un beso en la cabeza y me levanto para irme. No doy ni un paso que siento su mano frenarme.

—Gracias, amiga.

—Para eso estamos. —Sonrío y le doy un abrazo fuerte.

Estoy por salir cuando me pide una última cosa.

—No se lo digas a nadie.

Le sonrío, asiento con la cabeza, le tiro un beso volador y me voy. Cuando cierro la puerta necesito unos minutos antes de enfrentar a Tomás. No puedo creer que Delfina está embarazada. Escucho una bocina y cuando enfoco la vista veo a Tomás algo preocupado, mirando desde adentro del auto.

—¿Todo bien? —me pregunta apenas abro la puerta del acompañante. Me dejo caer en el asiento y me abrocho el cinturón.

No sé qué responder. ¿Está todo bien?

—Es complicado. —Siento que esa palabra es la indicada para resumir lo que está pasando sin darle una apreciación negativa o positiva a la situación. Tomás me mira antes de girar la llave de mi auto. Cuando ve que no agrego nada más sé que sabe que no voy a darle detalles.

—¿Vamos a casa?

—¿A la tuya o a la mía?

—Si querés vamos a la mía. Tendría que pasar a buscar a Rita primero.

Tomás enciende el motor y pone primera.

—Sí, que la extraño. —Siento la mirada de Tomás en el costado de mi cara—. ¿Qué?

—La viste anteayer.

—Yo la quiero ver todos los días.

—Bueno, ya sabés dónde vive. —Pone la luz de giro.

—Sí, pero no sé si el dueño va a estar muy contento de que vaya a su casa tan seguido…

—Yo creo que nada le gustaría más —responde Tomás. Tengo que morderme el labio para no sonreír. Y como igualmente se me escapa la sonrisa, miro hacia la ventanilla.

Frenamos en la casa de mi hermano y me pregunto si bajar los dos juntos es demasiado obvio. Es la media mañana de un domingo, está nevando, nos pidieron que cada uno esté en su casa y de repente Tomás y yo venimos juntos en el mismo auto a buscar a Rita. No puede ser más obvio. Hasta este momento nunca me pregunté cuándo le íbamos a contar a los demás, ni cómo. Tomás se saca el cinturón, abre la puerta y camina hasta el otro lado del auto. Me da unos golpecitos en la ventana. La bajo.

—Hola. —Me sonríe.

—Hola.

—¿Venís?

Miro detrás de él, la casa de mi hermano y todo lo que significa ir juntos hasta allá.

—¿No es demasiado obvio? —pregunto.

—¿Qué cosa?

—Ir juntos. Se van a dar cuenta, no son boludos.

—Juana —dice mi nombre con una sonrisa, sus ojos tan felices—. No me importa que ellos sepan. ¿A vos te importa?

Lo pienso por unos segundos. Pero rápidamente me doy cuenta de que no, no me importa ni un poco. No pienso esconderme. Nada de lo que estamos haciendo está mal. Somos adultos, no le estamos haciendo daño a nadie. ¿Por qué no podrían saberlo? Al contrario, quiero que lo sepa todo el mundo. Que deje de nevar para poder agarrar a este hombre de la mano y recorrer todo Nanai. Me saco el cinturón y me bajo del auto.

Tomás toca la puerta tres veces. Deja pasar unos segundos y como nadie responde, vuelve a golpearla. Mi hermano grita un "ya voy" y como el hombre que tengo al lado disfruta de hacerlo enojar, empieza a tocar la puerta sin parar. Hasta que un Valentino muy enojado aparece ante nosotros. Lo mira a él, a mí y de nuevo a él. Puedo ver el momento exacto en que se da cuenta de lo que está pasando.

—Entren. —Se da media vuelta, dejando la puerta abierta para que entremos. Lo miro de reojo a Tomás y él me hace un gesto con la cara de que no me preocupe. Pero un poco lo hago.

Escucho primero el ladrido, después sus patitas viniendo y luego veo la cara hermosa de Ringo. Me agacho para saludarlo y darle un par de besos. Cuando levanto la vista está Matilda con cara de recién me despierto.

—Buenos días —dice con un bostezo al final y sigue caminando hasta la cocina. Segundos después aparece mi hermano con Rita a upa. Nos mira de nuevo y niega la cabeza, como si estuviera decepcionado y enojado al mismo tiempo.

—No lo puedo creer. —Abro la boca para defenderme porque su reacción me parece exagerada, pero siento la mano de Tomás en mi brazo, frenándome—. Me dijiste que ibas a venir a buscarla mañana. Ya me había mentalizado de que íbamos a pasar todo el día juntos. —La mira a Rita y le deja un beso en la cabeza.

Tomás me mira y los dos intentamos no sonreír.

—Cambio de planes —dice Tomás y estira los brazos para que mi hermano haga entrega de Rita. Valentino no mueve ni un músculo. Tomás flexiona sus dedos y alza las cejas.

—¡Amor, ya lo hablamos! —grita Matilda desde la cocina. Valentino suspira resignado y estira sus brazos. Tomás no duda mucho antes de agarrar a Rita. Mi hermano se ve derrotado. Ringo ladra una vez en su dirección y Valentino le sonríe con el amor más puro del mundo.

—Gracias por cuidarla —dice Tomi.

—Cuando quieras.

—No te voy a mentir, tengo miedo de que un día la secuestres y no me la devuelvas. —Mi hermano no responde nada ante eso, solo sonríe con maldad.

Vamos hasta la cocina para saludar a Mati. Que está agarrada a la taza de café como si fuera su salvavidas. Sé que está empezando a planear su casamiento con ayuda de Finn, pero no creo que la cara de cansada sea por eso. Me pregunto si ella sabe lo mismo que yo. Niego la cabeza. Si hay alguien a quien Delfina no le contaría que está embarazada es a la mejor amiga de Finn. Aunque ellas también sean amigas. *Dios, qué quilombo.*

—Ah, mañana hay cena. Vénganse. —Nos invita y le da un sorbo al café. Cierra los ojos y de repente los abre y me señala con el dedo

—. Traé postre.

—Lo que sea por vos, Mati. —Le doy un beso en el cachete y nos vamos. No sin antes dejar que mi hermano se despida de Rita como si nunca más la volviera a ver. Pongo los ojos en blanco cuando le murmura que si se cansa de nosotros dos siempre puede irse a vivir con el tío Valen.

Después de mucha resistencia, de parte de Valentino, finalmente logramos salir de su casa y meternos al auto. El viento es, de alguna manera, más agresivo. Tomás maneja con atención y en silencio. No nos relajamos hasta que no estamos dentro de su casa.

Estoy poniendo agua en el recipiente de Rita cuando veo por la ventana que da al patio de Tomás. Al principio no lo entiendo, pero cuando lo hago, cierro la canilla, dejo el recipiente en el suelo y salgo corriendo afuera. El frío me muerde la cara y aunque estoy con un buzo y calzas y *jogging* abajo, lo puedo sentir en todo mi cuerpo. Pero no me importa. Porque ahí en el medio del patio de la casa de Tomás hay una hamaca. Escucho que Tomás me llama desde adentro, que entre, que estoy loca, que hace un frío de morir, que me voy a enfermar, pero nada de eso hace que me mueva. La puerta se abre y se cierra y segundos después está a mi lado. Me rodea con una frazada y hace fricción con sus manos en un intento de darme calor.

—Tenés una hamaca en tu patio —digo.

—Sí.

—¿Por qué? —No puedo mirarlo, absorta en la hamaca.

—Porque me dijiste que cuando eras chica querías una y nunca la tuviste. Quería cumplirte el deseo.

—¿La hiciste vos? —Esta vez giro mi cabeza para mirarlo. Me sonríe con cierta timidez.

—Es más fácil de lo que pensás.

Estiro mis brazos para rodear su cuello y lo abrazo. Espero, realmente espero, que pueda sentir el amor que tengo por él. Lo abrazo con fuerza, le dejo un beso en el cachete y pego mi cara en su garganta. Me quedaría horas y horas así, pero la realidad es que hace un frío de cagarse.

—Gracias —le digo en un susurro que al principio pienso que no escuchó, pero cuando siento sus labios sobre mi pelo sé que lo hizo. ¿Sabrá por todo lo que le digo gracias? Espero que sepa que no es solo por la hamaca.

Entramos a la casa tiritando de frío. Rita viene corriendo y Tomás le hace upa y yo no puedo resistirme a mimarla. Tomás me dice que me vaya a dar una ducha, que él prepara el almuerzo. Le dejo un beso en los labios, corto y rápido. Minutos después con el pelo mojado, pero con el cuerpo un poco más caliente, bajo a la cocina. Y ahí está Tomás, dándome la espalda, concentrado en lo que está haciendo. Siento tanto amor. Me acerco y lo abrazo por detrás, apoyando mi cachete entre sus omóplatos. Cuando me asomo para ver qué está cocinando, sonrío.

—Sopa —digo.

—Tu favorita. —Me sonríe.

¿Y no es eso el amor? Atesorar, guardar y cuidar los detalles que la otra persona te da, los pedazos de información, lo grande, lo chiquito. Ir, de a poco, armando una repisa mental con todas las cosas que le gustan o no le gustan a esa persona, tenerlas en cuenta, no olvidarlas, modificarlas a medidas que sea necesario. Yo creo que sí, que eso es el amor.

Capítulo 36

—¿Querés ver si podés superar tu propio tiempo? —Tomás alza una ceja y me mira. Yo le sonrío y sé que lo toma como un sí—. Avisame cuando estés. —Me muestra el cronómetro que tiene en la mano. Me acomodo en el borde con los brazos estirados, intentando recuperar un poco la respiración. Inhalo y exhalo tres veces antes de asentir con la cabeza, bajarme las antiparras y ponerme en posición. Tomás empieza a contar—. Uno, dos, ¡tres!

Salgo disparada. No me preocupo mucho por la técnica o la respiración. Solo me enfoco en ser lo más rápida posible. Si alguien que nada profesionalmente me viera en este momento negaría la cabeza y diría que estoy haciendo cualquier cosa. Pero no me importa. Mis piernas patalean a toda velocidad, mis brazos entran y salen del agua. Mentalmente voy contando las vueltas. No hay lugar en mi cabeza para nada más que lo que estoy haciendo ahora y es lo que más me gusta de nadar. Cuando llego a la vuelta número veinte, freno. Saco la cabeza del agua, me subo las antiparras y me encuentro con Tomás sentado en el borde de la pileta, sonriéndome. No tiene la gorra ni las antiparras puestas, por eso puedo ver en sus ojos que lo logré. Para mayor verificación gira el cronómetro y me lo muestra. No puedo evitar sonreír cuando veo los números. Solo me superé con diez segundos, pero cuenta. Pongo mis manos en el borde y presiono para subir y sentarme al lado de Tomás. Sigo un poco agitada, pero estoy contenta.

—Necesitás ir a buscar ropa a tu casa —pregunta mientras mi respiración se empieza a regular y me seco la cara con la toalla.

—Nop. Cualquier cosa te robo algo a vos. —Tomás me pellizca el muslo sin que llegue al punto del dolor—. ¿Qué? Vos mismo me

dijiste ayer que lo tuyo es mío y toda la pelota. —Lo miro y entrecierro un poco los ojos—. ¿Qué pasa, amor? ¿Te arrepentiste? —Poco a poco su sonrisa empieza a formarse.

—Nunca. —Se inclina y está a punto de darme un beso cuando escuchamos al grupo de Gabriela entrar. No tengo problema con que el pueblo entero sepa que estamos juntos, pero tampoco quiero estar besándome con Tomás enfrente de todos. Estoy alejándome de Tomás cuando escucho gritos y vítores. Giro mi cabeza para encontrarme con las chicas saltando, chocando los cinco entre ellas, celebrando. Frunzo las cejas y miro a Tomás. Él tampoco tiene cara de entender qué está pasando. Gabriela niega la cabeza, intentando esconder una sonrisa. Me mira y las señala con el pulgar. "Adolescentes" me dice con un grito y yo me río. Ambos nos paramos para ir y saludar a Gabi y es ahí cuando escucho un par de te lo dije, y yo sabía, era obvio, ¡al fin!

¿Están hablando de nosotros? Cuando estamos lo suficientemente cerca una de las chicas se acerca a Tomás con mucha seriedad, lo apunta con el dedo índice y no le tiembla la voz cuando habla.

—Si la lastimás vas a tener que buscarte un nuevo lugar para nadar, ¿queda claro?

Tomás está impactado. No sé si por la amenaza o por el hecho de que se haya animado a hablarle en ese tono. Lo único que puede hacer es asentir con la cabeza. Eso parece ser suficiente para dejarla satisfecha, darse media vuelta y volver con el grupo.

—Adolescentes —dice Gabriela—. Son terribles.



—¿Estás nerviosa?

—No. Un poco. No sé.

Tomás me pega a su pecho y me sostiene ahí. Siento cómo sus dedos empiezan a jugar con mi pelo.

—Son personas que nos quieren.

—Lo sé.

—Por lo tanto, quieren lo mejor para nosotros.

—Ya sé.

—¿Entonces? Es evidente que vos sos lo mejor para mí, Juana. Cualquier persona puede verlo. Nadie nos va a decir nada.

La cena es dentro de media hora y hasta hace cinco minutos estaba tranquila. Pero ahora que se acerca el momento ya empiezo a pensar y a veces pensar no me lleva a ningún lugar bueno. Sé que son nuestros amigos, que no nos juzgarían. O a lo mejor sí, pero no se animarían a decírnoslo. Tal vez no aprueban nuestra relación, pero fingirían que sí. Y eso es mucho peor.

—Dejá de pensar. —Tomás me da un beso en la sien—. Todo va a salir bien, mi vida. Además, si se aguantaron al salame de Lucas…

Pero ahí está el problema. En realidad, a nadie le gustaba mi relación con mi ex y no se animaron a decirlo hasta que corté. ¿Y si con Tomás pasa lo mismo? ¿Si en realidad no están contentos con nosotros dos estando juntos, pero nadie lo dice? Pienso en Fausto y en que preferiría que esté con cualquier persona antes que su hermano. Y eso me lleva a pensar en mi hermano y en que tendría derecho a decirme, Juana, ¿en serio? ¿Mi mejor amigo?

Tomás sale de la cama y me dice que va a dar una vuelta con Rita. Por suerte ya no nieva. Pero el frío sigue siendo intenso. Aprovecho que no está para empezar a cambiarme. Intento suprimir mis pensamientos escuchando un *podcast*. Estoy terminando de cambiarme cuando Tomás y Rita vuelven.

—¿Sabés dónde quedó el pretal para el auto? —me pregunta mientras me lavo los dientes. Quiero responder, pero tengo la boca ocupada—. Listo, ya lo encontré. Avisame cuando estés lista y vamos.

Minutos después estamos los tres en el auto. Mi pie sube y baja. No recuerdo haber estado tan nerviosa en mi vida. La mano de Tomás envuelve mi rodilla y le da un apretón.

—Vas a hacerle un agujero al auto —dice despacio. Suelto una risa nerviosa.

Bajamos del auto más rápido de lo que me hubiera gustado. Siento que necesitaba al menos un par de vueltas más para terminar de mentalizarme. No quiero que mi relación con Tomás sea un

problema para los demás. Porque para mí no lo es. Tomás me hace feliz y quiero que lo sepan. Tomo aire y toco el timbre. Rita está a upa de Tomás y puedo notar que está contenta. Los miro y cuando Tomás me guiña un ojo siento que todo mi cuerpo se relaja un poco. Matilda abre la puerta con una sonrisa.

—¡Al fin! —Abre la puerta y Tomás deja que Rita sea libre. Primero va a molestar a Ringo, quien la adora, pero todavía no se enteró. No pasa ni medio minuto antes de que mi hermano aparezca. Por supuesto primero la saluda a Rita y después es nuestro turno.

Están todos. Delfina, Fausto, Carolina, Finn, Amelia y, entrecierro los ojos, mi papá. Con Marisa. Miro de reojo a mi hermano que ahora tiene a Rita en sus brazos.

—Me pareció correcto invitarla —dice bajito, para que lo escuche yo solamente.

No me agrada lo primero que siento. Supongo que es una pizca de enojo, un poco de tristeza. Pero cuando lo veo sonreír y cuando veo cómo Marisa lo mira, todo se borra instantáneamente.

Voy hasta la cocina para guardar el postre en la heladera. Mi mejor amigo y Amelia están hablando de cocina. Los saludo con un beso a ambos y sigo recorriendo la casa para saludar a todo el mundo. Cuando llego al lado de mi papá le doy un abrazo y nos quedamos hablando un poco de la nevada, tema que sé que vamos a hablar todos después durante la cena, un poco sobre mis clases de tejido y las suyas de cocina. Y ahí es cuando me presenta a Marisa, aunque ya nos conocemos. Pero esta vez no es solo Marisa, ahora es Marisa, la pareja de mi papá. Sé que ella nunca se casó, no tuvo hijos.

—Bienvenida a la familia. —Le ofrezco mi mano, pero ella va directo a un abrazo. Pestañeo rápidamente, tomada por sorpresa. Veo a mi papá y su sonrisa es tan grande que lo único que puedo hacer es sonreír igual de emocionada que él.

Delfina y Valentino empiezan a poner la mesa y yo me acerco para ayudarlos. Y además porque quiero ver de cerca a mi mejor amiga.

—¿Todo bien? —susurro cuando estamos agarrando las copas.

—Sí. —Se queda mirando fijo la copa que sostiene entre sus dedos—. Si no tomo se van a dar cuenta —balbucea y me mira. Aprieto los dedos y le saco la copa.

—Entonces yo tampoco voy a tomar. —Guardo dos copas. Delfina sonríe agradecida—. ¿Querés venir a dormir a casa después? —Veo que sus ojos buscan a Tomás, que está hablando con mi papá, Marisa y Carolina.

—No quiero cambiarte los planes —dice.

—No me cambiás nada. Hace mucho que no hacemos pijamada. Venite, dale. —Le tomo la mano—. Además, te extraño. —Eso parece terminar de convencerla.

—Bueno, está bien. —Me da un apretón y se pone a buscar los cubiertos.

Cuando terminamos de poner la mesa voy a ver si Amelia necesita una mano en la cocina. Aunque tiene a Fausto. Y a Matilda. Aunque en realidad Mati está más para charlar que otra cosa. Creo que no tiene permitido tocar nada.

—Si querés podés ponerle mayonesa a la ensalada rusa —me dice Fausto. Y eso hago.

Amelia pega un grito diciendo que la comida está lista y que nos sentemos. Con Fausto y Finn la ayudamos a llevar todo a la mesa mientras los demás se sientan. Tomás tiene un asiento vacío a su derecha y sé que es para mí.

—Hola —me saluda cuando me siento.

—Hola.

—Te extrañé.

Pongo los ojos en blanco y eso parece indignarlo. Me pelliza el muslo y me hace saltar. Todos me miran.

—Me golpeé con la mesa —ofrezco. Parece ser suficiente para que todos retomen lo que estaban haciendo. Tomás sin embargo se inclina y me susurra cerca.

—Contémoslo.

—¿Ahora?

—¿Cuándo si no? —Alza las cejas. Y tiene razón. Todos se están sirviendo comida o bebida. Pero siento que después va a ser peor. O a lo mejor es que quiero sacármelo de encima y terminar con esto

de una vez. Tomás me da un apretón en la pierna y yo tomo aire. Carraspea para llamar la atención, pero el quilombo es tal que nadie le presta atención. Así que, delicado como es, da un aplauso. Fuerte. Todos los ojos están sobre nosotros. Tomás vuelve a carraspear y entrelaza sus dedos con los míos. Me mira solo una vez, supongo que para asegurarse de que sigo queriendo, le doy un pequeño movimiento de mi cabeza. Y es todo lo que necesita. Levanta nuestras manos unidas y las deja sobre la mesa, a la vista de todos.

—Juana y yo estamos juntos.

Nadie dice nada. Nadie se mueve. Poco a poco puedo sentir los nervios volviendo. Tomás me mira ligeramente preocupado.

—Ya lo sabíamos —dice Carolina.

Dicho eso, todos empiezan a comer. Los miro perpleja. Y Tomás me mira con la misma sorpresa. Empiezan a hablar entre ellos, a pasarse el pan, alguna que todavía no se sirvió ensalada la pide. Ahora es mi turno de carraspear. Todos vuelven a mirarnos, ahora más que expectantes parecen al borde del fastidio.

—¿Sí? —dice Fausto con el tenedor a mitad de camino.

—Perdón, ¿pero nadie va a sorprenderse?

—No —responde mi mejor amigo y se lleva el tenedor a la boca. La miro a Delfina y me sonríe.

—Era obvio —ofrece Carolina—. No son tan disimulados como piensan. Además, Valentino nos contó que ayer vinieron a buscar a Rita juntos. —Volteo a fulminar a mi hermano con la mirada.

—¿Qué? —dice—. No pensé que era un secreto. Y si lo era déjenme decirles que de secreto no tenía nada.

Escucho a mi papá reírse. Lo miro con los ojos filosos. Alza ambas manos.

—Hija, perdón, pero tu hermano tiene razón. Digamos que no fueron los más disimulados del mundo.

Suspiro. Cuando veo a Tomás me encuentro con que está comiendo despreocupado. Levanta los ojos lentamente.

—¿Qué? —me pregunta. Niego con la cabeza y pincho una papa.

—Pensé que se iban a caer de culo.

—Si de algo te sirve —ofrece Fausto—. Estoy sorprendido de que hayan tardado tanto.

—No, no me sirve. Pero gracias.

—De nada. —Fausto me guiña el ojo y sigue comiendo despreocupado.

Mientras mastico los miro a todos, ninguno afectado por la noticia, nadie con preguntas. A nadie le importa. *A nadie le importa.* Sin poder evitarlo, me empiezo a reír como una desquiciada. Ah, y ahí sí me miran sorprendidos. Estuve preocupada al pedo. Tomás frunce las cejas.

—¿Estás bien?

—¡Estupenda! —Alzo el vaso de agua y lo llevo a mis labios cuando finalmente mi risa se apaga. Tomás me mira, intentando confirmar mis palabras. Así que me acerco y hablo solo para él—. A nadie le importó —digo feliz. Tomás me sonríe y me da una palmadita en la pierna y vuelve a comer. Y yo me relajo por completo.

—¿Podemos hablar de la nevada de ayer? —dice Carolina. Y por los próximos minutos es el único tema de conversación. Después mi papá se pone a hablar con Valentino sobre trabajo. Marisa está fascinada con Amelia y todo lo que le cuenta. Mati habla con Finn y Caro sobre el casamiento. Fausto está hablando con Tomás sobre el domingo que viene, dónde hacer el almuerzo familiar ahora que su mamá volvió de viaje. Escucho a Tomás nombrarme.

—¿Podés venir después del café? Así te presento.

—Obvio.

Cuando los platos están vacíos y la panza ya tiene lugarcito para el postre, Matilda levanta una copa y le da un golpecito con el cuchillo.

—Tuviste que haber hecho eso —le susurro a Tomás.

—Shhh. Quiero escuchar.

Esta vez yo le pellizco el muslo. Cuando sonríe me remuevo un poco en la silla.

—Esa te la voy a devolver más tarde —dice cerca de mi oreja y hace que me dé escalofríos.

Matilda nos mira para que nos callemos y si bien debe ser la persona más paciente y dulce del mundo, en este momento me da un poco de miedo. Tomás y yo cerramos la boca. Cuando comprueba

que tiene la atención de todo el mundo baja la copa y la mira a Amelia.

—Como ya saben, mi amiga Amelia es chef. La mejor de todas. Y como también saben, el Hotel Mancini de Mar del Plata recientemente se quedó sin chef. —Nos empezamos a mirar entre todos, intuyendo por dónde va el asunto. La sonrisa de Matilda es tan grande que siento que le va a romper los cachetes—. Quiero presentarles a la nueva chef. —Y toma la copa de nuevo para alzarla en dirección a Amelia. Su sonrisa es más contenida, pero es evidente que está contenta. Nos levantamos para felicitarla y darle la bienvenida oficial a Nanai. Amelia se ríe. Es cuando estoy dándole el abrazo que Mati vuelve a hablar.

—Y no solo Amelia se viene a vivir a Nanai.

Rompo el abrazo y dejo de sonreír. Busco a Delfina con la mirada y puedo ver la cara de pánico. El tiempo parece congelarse.

—¡Finn va a quedarse hasta el casamiento!

Delfina se levanta de golpe, arrastrando la silla contra el piso. Todas las cabezas se voltean para mirarla. Ella se queda ahí parada, mirándome. Abro la boca para decir algo, aunque no tengo idea de qué, pero no importa, porque Delfina sale disparada al baño.

—¿Qué le pasa? —pregunta Carolina.

—Ni idea —responde Fausto, que me está mirando con sospecha.

—No sé —miento—. A lo mejor no se siente bien —ofrezco aprovechando que fue al baño.

Finn está parado con los ojos preocupados y mirando a la dirección en la que Delfina se acaba de ir. Matilda me había comentado que él también estaba enojado con Delfi, pero cuando miro a este hombre no veo rastro de odio, o bronca. Solo veo mucho cariño. Pero desorganizado, desprolijo. También puedo ver las ganas que tiene de ir a buscarla. Le pongo una mano en el hombro y me mira.

—Yo voy. —Le ofrezco una sonrisa, pero su expresión de tormento no cambia.

Le doy unos golpecitos a la puerta.

—Soy yo —digo con suavidad. Delfina me deja pasar y me encuentro con ella llorando en el piso del baño, las rodillas

abrazadas. Voy hasta el piso y la abrazo. El gesto hace que llore más.

—¿Cómo se lo voy a ocultar con él viviendo acá? —solloza.

—Tenés que decirle, Delfi.

—Lo sé, pero no quiero.

—¿De qué tenés miedo?

No necesita mucho tiempo para pensarlo. Como si estos miedos la persiguieran constantemente haciendo que sea inevitable no saberlos de memoria.

—Que no lo quiera, que lo quiera. Que me odie. Que me eche la culpa. Que se sienta obligado. Que desaparezca. Que me pida tenerlo, que me pida no tenerlo.

—Finn no va a pedirte que hagas nada que no quieras. Y no se va a enojar, amiga.

—Eso no lo sabés —balbucea—. La gente te puede sorprender.

—Tenés razón. No puedo saber con certeza cuál va a ser su reacción. Pero vos tampoco. Y por eso tenés que decírselo, Delfi.

Nos quedamos abrazadas hasta que deja de llorar. Y después de eso nos quedamos un rato más.

—No quiero que se den cuenta de que lloré. —Tiene los ojos tan rojos e hinchados que es casi imposible que no se den cuenta. Delfina parece llegar a la misma conclusión cuando se para y se ve en el espejo. Suspira cansada—. Me voy a ir. Deciles que me sentía mal, no sé.

—Tranquila, yo me encargo, ¿sí?

—Gracias.

—¿Después de la cena querés que vaya para tu casa o vos venís a la mía?

—¿Podés venir vos?

—Por supuesto. —Sonrío y ella lo intenta, pero pareciera como si sus comisuras pesaran toneladas.

Cuando vuelvo al comedor doy el aviso de que Delfina no se sentía bien. Por un segundo pienso que nadie me va a creer. Pero eso es porque yo sé la verdad. Mis palabras parecen convencer a todos, se escucha algún, uy, espero que se mejore, espero que no sea nada grave. Todos me creyeron. Menos una persona. Los ojos

de Finn están mirándome como si quisiera sacarme la verdad a la fuerza.

—¿Traigo el postre? —ofrezco para poder salir debajo del escrutinio de Finn.

—Te ayudo —dice Tomás. Y así de fácil Delfina quedó atrás. Algunos levantan la mesa, otros empiezan a llevar los platos y cucharas para comer el postre. Y yo suspiro aliviada de que no haya preguntas.

No llego a llevarme la cuchara a la boca cuando escucho otra copa siendo golpeada con delicadeza. Ahora es mi hermano.

—¿Otro anuncio más? —se queja Fausto. Tomás le da un golpe en la parte de atrás de la cabeza.

—Gracias —dice mi hermano—. Prometo ser breve. Juana, Tomás, ustedes fueron los únicos que no aceptaron los viajes que les queríamos regalar con Mati. Y aunque al principio no me parecía correcto que no las aceptaran, me pone feliz que al menos sirvió para algo. Pero ya me conocen, saben que soy un poco cabeza dura. —Matilda pone una cara como diciendo "¿un poco?"—. Así que esta vez me van a decir que sí cuando les vuelva a ofrecer un mes en cualquier parte del mundo. Juntos o separados. Aunque puedo imaginarme qué van a elegir —sonríe.

—No tenés que regalarnos nada —digo.

—Pero ya se lo regalamos a los demás. No nos hagan insistir. Digan que sí, el destino, la fecha y listo —agrega Valentino. Matilda asiente con la cabeza.

—Es al pedo decir que no. Nos pone felices poder hacerles este regalo. Piénsenlo como algo que están haciendo para nosotros. —Matilda se señala el pecho.

—No podemos irnos —comienza Tomi—. Tenemos nuestros trabajos. Y Rita.

—Nosotros la cuidamos —ofrece rápidamente Valentino. Si no fuera porque nos quisieron regalar esto antes dudaría de que no haya sido algo planeado por mi hermano para tener un mes entero a Rita.

—Y olvídense de los trabajos. Ya arreglamos con Delfi —se mete Fausto—. Yo voy a ayudar a Choco con Bar y Delfina se va a

encargar del café. A veces yo le voy a dar una mano y otras Amelia. —Finaliza llevándose un pedazo de tiramisú a la boca. Miro perpleja.

—Digan que sí. —Matilda junta sus manos como si estuviera rezando.

Lo miro a Tomás y encoge un hombro al mismo tiempo que intenta disimular una sonrisa. La verdad es que no me disgusta la idea de estar un mes entero con Tomás. Otra vez. Cuando volteo a mirar a mi hermano y a Matilda pueden ver en mi cara el sí gigante. Se chocan los cinco y brindan.

—Parece que otra vez vamos a tener que convivir un mes entero —le digo a Tomi.

—Qué cagada —dice con la sonrisa más hermosa del mundo.

Epílogo

45 días después.

El sol quema sobre su piel y piensa que debería volver a meterse al mar para calmar un poco el calor sofocante. Es casi imposible estar más de una hora sin mojarse bajo el sol europeo de agosto. Pero está tan cómoda que pararse le da un poco de fiaca. A lo mejor puede esperar diez minutos más, llegar al límite y ahí sí ir a mojarse. Y es cuando está pensando eso que el sol desaparece. Abre los ojos y se encuentra con Tomás, recién salido del mar, sonriéndole. Su piel tomó un color acaramelado, que de alguna manera hacía que sus ojos marrones parecieran más claros. Está tan hermoso como siempre.

—Hola —le dice él. Ella no puede evitar sonreír. Es como si su cuerpo solo pudiera responder con felicidad y amor cuando él está cerca.

—Vení al mar conmigo —estira la mano y ella la toma.

Es su último día, mañana ya regresan a Argentina después de veinticinco días en Europa. Empezaron por Italia. Visitaron Roma, la Costa Amalfitana, Cinque Terre y Florencia. Caminaron hasta que se perdieron por las callecitas de Florencia, visitaron el Coliseo y se tiraron a tomar sol y meterse al mar de cada playa. En la Costa Amalfitana subieron a un barco y al principio todo iba bien, hasta que Tomás empezó a sentirse un poco mareado. Le dijo a Juana que no se sentía muy bien y minutos después se encontró vomitando dentro de una bolsa mientras ella le dibujaba círculos en la espalda con la palma de la mano. Nunca más subieron a ninguna especie de

bote por el resto del viaje. Su noche favorita fue una noche en la que salieron a cenar. Comieron pasta y tomaron mucho vino. Demasiado. Y en ese estado de ebriedad, un poco por el vino y un poco por el amor, volvieron al hotel riéndose de todo, frenando para besarse, por las calles de Italia.

Después fueron a Grecia. Atenas, Santorini, Mykonos y Naxos. Comieron muchos *gyros*, sacaron un millón de fotos de absolutamente todo lo que veían. Juana estaba completamente enamorada de Grecia, y se lo dijo desde el primer día hasta el último. No podía creer que un lugar así existiera. Caminaron kilómetros cada día y a pedido de Tomás, hicieron un *tour* guiado que recorría la Acrópolis, el Museo de la Acrópolis y el Parlamento. Tomás estaba fascinado con cada dato que el guía les contaba, como, por ejemplo, el hecho de que la Acrópolis de Atenas, originalmente estaba cubierta de colores vivos y brillantes, como azules intensos, rojos, amarillos y dorados. Tomás parecía absorber cada pedazo de información completamente deslumbrado. Esa noche él se había sentado a anotarlo todo, no quería olvidarse, quería poder contárselo a sus hijos algún día. Juana lo había abrazado mientras estaba sentado en la silla y lo veía escribir. Letra espantosa, pero mientras él se entendiera, pensó Juana.

Y de ahí fueron a su último destino del viaje: Croacia. Empezaron por Dubrovnik, donde exploraron las murallas, visitaron el Fuerte de San Lorenzo y tomaron el teleférico, donde la vista era impresionante. Continuaron por Hvar, donde no hicieron más que estar tirados bajo el sol y meterse al mar y comer y tomar. Ahora están en la Costa Dálmata, haciendo más de lo mismo. Pero ninguno preferiría hacer otra cosa.

Tomás la lleva hasta el mar de la mano. Al principio, el contraste de temperatura hace que Juana se resista. Pero poco a poco su cuerpo se acostumbra y cuando el agua ya pasó la cintura, es más fácil. Ambos se sumergen mojándose la cabeza. No hablan. Simplemente se hacen compañía mientras sus cuerpos flotan en el mar croata, viendo cómo el sol hace que brille el agua. Juana cierra los ojos y se dice a sí misma que haga el esfuerzo de recordar este momento lo más que pueda. En realidad, lo que ella quiere es poder

recordar la esencia. El olor del mar, el sonido de las olas, el ruido de la gente hablando en diferentes idiomas, lo amada que se siente, lo plena que se siente. Cuando abre los ojos, siente que él la está mirando.

—¿En qué estás pensando? —le pregunta él.

—En que sé que voy a extrañar este momento.

Tomás no dice nada. La entiende perfectamente. Fueron las mejores semanas de su vida. Por un lado, porque conoció lugares que nunca pensó que iba a poder hacerlo. Pero también porque pudo tener a Juana como hacía tanto tiempo anhelaba. El poder abrazarla, besarla, decirle que la amaba, con tanta libertad, era embriagante. Una noche, cuando ella ya dormía, se quedó mirándola. Y tuvo miedo. Le dio terror lo mucho que la amaba, el poder abismal que Juana tenía sobre él. Se encontró dándose cuenta de que había muy pocas cosas que no haría por ella.

Flotaron un rato más. Hasta que Juana dijo que tenía hambre. Picaron algo y con resistencia empezaron a guardar las cosas. Tenían que volver al hotel, darse una ducha y encarar para el aeropuerto. Estaban cansados, bronceados y, aunque el viaje había sido maravilloso, con ganas de volver. Extrañaban a sus amigos, familia. Durante el viaje le habían pedido a Valentino que mandara fotos de Rita para apaciguar la añoranza.

Ya sentados dentro del avión, Juana acomoda su cabeza en el hombro de Tomás para poder ver por la ventana el atardecer que está ocurriendo en el cielo. No quiere cerrar los ojos, no quiere perderse ni un segundo de este momento, quiere poder atesorarlo por siempre. Tomás, sin embargo, la está viendo a ella. Un pensamiento similar en su mente. Juana siente los ojos de él, así que va con los suyos al encuentro. Sobran las palabras cuando sus miradas están cargadas de tanto amor. Juana le sonríe, él también, y vuelve a apoyar la cabeza sobre su hombro. No desearía estar en ningún otro lugar.

Agradecimientos

Sin querer pecar de catastrófica, este libro estuvo cerca de no existir. Aprendí que la escritura no es lineal, no se vuelve más fácil, ni tampoco llega a ese punto en el que el ego tapa los miedos. Fue estresante, pero acá estamos y es gracias a varias personas.

Una noche, entre mi llanto y mi locura, Alvin me calmó y me regaló palabras que voy a atesorar para siempre. Gracias por ser sensatez cuando me ahogo. Gracias por la paciencia. Gracias por tus ideas tan valiosas para mí.

Esta escritura fue particular. Esta vez tuve la compañía de Jules mientras iba avanzando, mientras iba frenando por miedos, inseguridades, dudas. Un día de agosto le pregunté si a lo mejor no tenía que borrar el libro y empezar otra vez. Me dijo que sí y no me soltó la mano en ningún momento. Empezar de cero no es fácil, pero con vos a mi lado no fue tan terrible. Gracias por las llamadas a cualquier hora, gracias por amar esta historia cuando yo no me veía capaz, gracias.

Mi cabeza no siempre es clara. Y esta vez me pasó que la portada no tenía forma, no sabía que quería. Hasta que llegó Fran e hizo la magia de siempre. Gracias por ilustrar las palabras. Gracias por tu talento.

Cuando escribo necesito que la historia exista en algún lugar más que en mi cabeza. Es ahí cuando le toco el hombro a mis amigas. Trinidad, Milagros, Jacinta, Almendra, gracias por escuchar, por preguntar, por ser cuidadoras de mis historias antes de que salgan al mundo. Y cuando llega la instancia de definir portada, título, gracias

por analizar la cataratas de opciones y entender la importancia de los detalles. Gracias por ser soporte y motivación.

Ah, a mi familia también le tengo que agradecer por eso. Pero es que, como me pasa seguido, a mi familia le tengo que agradecer por tanto que a veces siento que no soy justa con ellos.

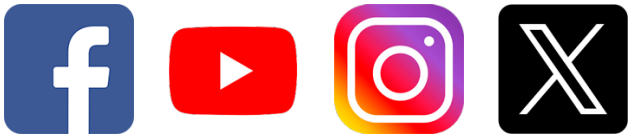
Erika, Diego, Micaela, Catalina, Nina. Mi amor y agradecimiento por ustedes va más allá de lo que pueden dimensionar. Lo digo de verdad. Nada de lo que soy, de lo que hago, sería posible sin ustedes. Gracias. Este sueño, esta vida, es gracias a ustedes.

Escribo esto emocionada, sentada en mi cama, recién despierta, los pelos despeinados, vulnerable. ¿No es acaso la mejor forma de vivir? No quiero esconder, ni disfrazar lo agradecida que estoy de esta oportunidad que ustedes me siguen regalando. Escapa de mi entendimiento pero gracias por leerme, gracias por hacerme un hueco entre sus libros, gracias por esa dosis de tiempo que nunca vuelve, gracias, gracias, gracias.

Y sí, termino de escribir esto con lágrimas en mis ojos pero sepan que la sonrisa también está.

Grupo Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...



